EL ÚLTIMO HÉROE DEL OLIMPO

PERCY JACKSON & LOS DIOSES DEL OLIMPO · LIBRO V

RICK RIORDAN



Libro proporcionado por el equipo

Le Libros

Visite nuestro sitio y descarga esto y otros miles de libros

http://LeLibros.org/

Descargar Libros Gratis, Libros PDF, Libros Online

Los mestizos han dedicado mucho tiempo a prepararse para la batalla decisiva contra los titanes, aunque saben que sus posibilidades de obtener la victoria son mínimas. El ejército de Cronos es ahora más formidable que nunca y, con cada dios y cada mestizo que logra reclutar, aumentan los poderes del maligno titán.

Percy fracasa en un primer intento de detener en alta mar las arrolladoras huestes de Cronos e, inevitablemente, estalla la contienda más sanguinaria y espeluznante de todos los tiempos, un auténtico enfrentamiento por la supervivencia. Los olímpicos se esfuerzan en mantener a raya la furia desatada del monstruo Tifón. Cronos ordena el avance definitivo hacia la ciudad de Nueva York, donde el monte Olimpo, en lo alto del Empire State, se encuentra prácticamente indefenso.

Pararle los pies al implacable Señor del Tiempo dependerá exclusivamente de Percy Jackson y un pequeño ejército de jóvenes semidioses… En esta última y trascendental entrega de la serie, la profecía largamente anunciada en torno al decimosexto cumpleaños de Percy se hace por fin realidad. Y mientras la batalla por la civilización occidental se libra con brutal ensañamiento en las calles de Manhattan, Percy abriga la terrible sospecha de estar luchando tal vez contra su propio destino.

LELIBROS

Rick Riordan

El último héroe del Olimpo

Percy Jackson y los dioses del Olimpo - 5

A la señorita Pabst, mi profesora de inglés de octavo curso, que me puso en camino como escritor.

Capítulo 1

Me voy de crucero con un montón de explosivos

El fin del mundo dio comienzo cuando un pegaso aterrizó en el capó de mi coche.

Hasta ese momento estaba pasando una tarde perfecta. Oficialmente se suponía que no podía conducir, porque no cumpliría los dieciséis hasta la semana siguiente, pero mi madre y mi padrastro, Paul, nos llevaron a mi amiga Rachel y a mí a una playa privada de la costa sur, y Paul nos dejó dar una vuelta con su Toyota Prius.

Vale, ya sé lo que estás pensando: « Hala, menuda irresponsabilidad de su parte, bla, bla, bla» , pero la verdad es que a estas alturas Paul me conoce bastante bien. Me ha visto cortar en rodajas a varios demonios y escapar de un colegio en llamas, así que debió de suponer que conducir un coche unos centenares de metros no era lo más peligroso que había hecho en mi vida.

Bueno, el caso es que Rachel y yo íbamos en el coche. Era un caluroso día de agosto. Rachel se había recogido su cabello pelirrojo en una coleta y llevaba una blusa blanca sobre el traje de baño. Siempre la había visto con camisetas raídas y vaqueros pintarrajeados, así que tenía un aspecto tan deslumbrante como un millón de dracmas de oro.

—¡Para ahí! —me dijo de pronto.

Lo hice junto a un acantilado que se asomaba al Atlántico. El mar es siempre uno de mis lugares predilectos, pero aquel día estaba especialmente bonito: verde reluciente y liso como un cristal, como si mi padre lo mantuviera en calma para nosotros.

Mi padre, por cierto, es Poseidón. Puede hacer cosas así.

—Bueno. —Rachel me sonrió—. ¿Qué me dices de la invitación?

—Ah… sí. —Procuré sonar entusiasmado.

La cuestión era que me había invitado a pasar tres días en la casa de verano que su familia tiene en la isla de Saint Thomas. No es que yo reciba muchas invitaciones parecidas. La idea que tenemos en mi casa de unas vacaciones de lujo se reduce a un fin de semana en una cabaña desvencijada de Long Island con unas cuantas películas alquiladas y un par de pizzas congeladas, mientras que los padres de Rachel me estaban proponiendo que fuera con ellos al Caribe, nada menos.

Además, yo necesitaba con urgencia unas vacaciones. Aquel verano había sido el más duro de mi vida, así que la idea de tomarme un respiro, aunque sólo fuera de unos días, resultaba muy tentadora.

Sin embargo, se suponía que iba a pasar algo gordo en cualquier momento. Y yo estaba « de guardia» por si había que emprender una misión. Peor aún: sólo

faltaba una semana para mi cumpleaños. Y había una profecía que afirmaba que ocurrirían cosas terribles cuando cumpliera los dieciséis.

—Percy —dijo Rachel—, ya sé que es mal momento. Pero siempre lo es para ti… ¿no?

En eso acertaba.

—Tengo muchas ganas de ir —le aseguré—. Es sólo que…

—¿La guerra?

Asentí. No me gustaba hablar de ello, pero Rachel estaba al corriente. A diferencia de la mayoría de los mortales, ella podía ver a través de la Niebla: el velo mágico que distorsiona la visión humana. Había visto monstruos y conocido a algunos de los demás semidioses que combatíamos contra los titanes y sus aliados. Incluso había estado presente el verano anterior cuando el señor Cronos, despedazado durante siglos, se había alzado de su ataúd con una nueva forma terrible. Y se había ganado para siempre mi respeto cuando le lanzó al malvado titán un cepillo para el pelo y le dio en todo el ojo.

Rachel me puso la mano en el brazo.

—Tú piénsalo, ¿vale? Nos vamos dentro de un par de días. Mi padre… —Le tembló la voz.

—¿Te está apretando las tuercas?

Rachel meneó la cabeza, indignada.

—Intenta ser amable, lo cual casi es peor. Quiere que vaya en otoño a la Academia de Señoritas Clarion.

—Es el colegio al que fue tu madre, ¿no?

—Es un estúpido colegio para señoritas de la alta sociedad. Y está en el quinto pino: en New Hampshire. ¿Tú me ves a mí en una escuela de señoritas?

Reconocí que era bastante absurdo. Rachel estaba metida en proyectos de arte urbano y le gustaba colaborar en los comedores para vagabundos y asistir a manifestaciones del tipo « Salvemos al chupasabias pechiamarillo» (un pájaro en vías de extinción). Cosas así. Nunca la había visto con un vestido. Costaba imaginársela aprendiendo modales refinados para moverse en las altas esferas.

Dio un suspiro.

—Piensa que, si me trata bien y me colma de atenciones, me sentiré culpable y acabaré cediendo —explicó.

—¿Por eso ha accedido a que vaya con vosotros de vacaciones?

—Sí… Pero escucha, Percy, me harías un gran favor. Sería mucho más divertido si vinieras con nosotros. Además, tengo que hablar contigo de una cosa… —Se calló en seco.

—¿Tienes que hablar conmigo de una cosa? —repetí—. Quiero decir… ¿es tan seria que hemos de ir a Saint Thomas para hablar de ella?

Rachel frunció los labios.

—Mira, olvídalo ahora. Simulemos que somos una pareja, quiero decir, un

par de personas normales que han salido a dar una vuelta. Tenemos el océano delante y es agradable estar juntos.

Algo le preocupaba, pero ella sonreía y le ponía al mal tiempo buena cara. El brillo del sol convertía su pelo en una llamarada.

Habíamos pasado mucho tiempo juntos aquel verano. No es que yo lo hubiera planeado así, pero, cuanto más graves se habían puesto las cosas en el campamento, más ganas tenía de llamarla para tomar distancia y respirar un poco de aire puro. Necesitaba recordarme a mí mismo que seguía existiendo un mundo normal ahí fuera, lejos de aquella pandilla de monstruos que querían usarme como saco de boxeo.

—De acuerdo —asentí—. Una tarde normal y corriente, y un par de personas normales.

Ella asintió.

—Y suponiendo… —dijo— sólo suponiendo que esas dos personas se gustaran, ¿qué haría falta para que el tonto del chico besara a la chica, eh?

—Pues… —Me sentí de golpe como una de las vacas sagradas de Apolo: lento, bobo y sonrojado—. Hum…

No digo que no hubiera pensado en Rachel. Era mucho más tratable que… bueno, que otras chicas que conozco. Con ella no tenía que esforzarme, ni cuidar mis palabras ni devanarme los sesos tratando de adivinar qué estaría pensando. Rachel no ocultaba nada. Te mostraba lo que sentía.

No sé lo que hubiera hecho a continuación, pero estaba tan confuso que ni siquiera vi cómo bajaba del cielo en picado aquella mole oscura hasta que las cuatro pezuñas se estamparon sobre el capó del Prius con un sonoro ¡BRAM-POM-CRAC!

« Eh, jefe —dijo una voz en mi cabeza—. ¡Bonito coche!» .

El pegaso *Blackjack* era un viejo amigo, así que traté de no enfadarme demasiado por los cráteres que acababa de dejar en el capó. Aunque mi padrastro no iba a tomárselo demasiado bien.

—*Blackjack* —dije, suspirando—. ¿Qué demonios…?

Entonces vi quién iba montado sobre su lomo y deduje sin más que el día se iba a complicar de verdad.

—¿Qué tal, Percy?

Charles Beckendorf, el líder de la cabaña de Hefesto, habría logrado con su aspecto que la mayor parte de los monstruos llamaran a su mamá, muertos de miedo. Era un tipo enorme, con unos potentes músculos desarrollados a base de trabajar todos los veranos en las fraguas. Me sacaba dos años y era uno de los mejores forjadores de armas del campamento. Construía artilugios mecánicos muy ingeniosos. Hacía sólo un mes había colocado una bomba de fuego griego en el lavabo de un autocar que cruzaba el país cargado de monstruos. La explosión se llevó por delante a una legión entera de secuaces de Cronos en

cuanto una arpía tiró de la cadena.

Beckendorf iba en uniforme de combate, o sea, con yelmo y coraza de bronce, pantalones de camuflaje y espada al cinturón. La bolsa de explosivos la llevaba colgada del hombro.

—¿Ya? —le pregunté.

Él asintió con aire sombrío.

Se me hizo un nudo en la garganta. Sabía que se acercaba el momento, llevábamos semanas preparándonos, pero había albergado la esperanza de que no llegase a suceder.

Rachel miró a Beckendorf.

—Hola.

—Ah, hola. Soy Beckendorf. Tú debes de ser Rachel. Percy me ha contado… eh, o sea, me ha hablado de ti.

Ella arqueó una ceja.

—¿De veras? Estupendo. —Le echó un vistazo a *Blackjack*, que pateaba con sus cascos la plancha del cape—. Bueno, chicos, deduzco que tenéis que iros a salvar el mundo.

—Más o menos —asintió Beckendorf.

Miré a Rachel con gesto de impotencia.

—¿Le dirás a mi madre…?

—Se lo diré. Seguro que ya está acostumbrada. Y le explicaré a Paul lo del capó.

Asentí agradecido. Supuse que aquélla sería la última vez que Paul me prestaba su coche.

—Buena suerte. —Rachel me besó antes de que pudiera reaccionar—. Y ahora en marcha, mestizo. Cárgate a unos cuantos monstruos por mí.

Sentada en el Prius con los brazos cruzados, contempló cómo nos elevábamos a lomos de *Blackjack*, que iba trazando círculos cada vez más altos en el cielo. Mientras la perdía de vista, me pregunté de qué querría hablar conmigo, y también si viviría lo suficiente para averiguarlo.

—Bueno —comentó Beckendorf—, supongo que no querrás que le cuente a Annabeth la escenita que acabo de presenciar.

—Oh, dioses —mascullé—. Ni se te ocurra.

Ahogó una risotada mientras nos remontábamos por los aires sobre el Atlántico.

* * *

Casi había oscurecido cuando divisamos nuestro objetivo. El *Princesa Andrómeda*, un crucero descomunal, destellaba en el horizonte con sus lucecitas blancas y amarillas. De lejos podrías haberlo tomado por un simple crucero de

vacaciones, y no por el cuartel general del señor de los titanes. Al acercarte un poco más, distinguías un gigantesco mascarón de proa: una doncella de pelo oscuro, túnica griega y cubierta de gruesas cadenas, con una expresión de horror, como si percibiera el hedor de todos los monstruos que se veía obligada a transportar.

Se me encogió el estómago al ver otra vez aquel barco. Había estado dos veces a punto de morir a bordo del *Princesa Andrómeda*, que ahora navegaba rumbo a Nueva York.

—¿Recuerdas lo que has de hacer? —me gritó Beckendorf por encima del fragor del viento.

Asentí. Habíamos ensayado en los astilleros de Nueva Jersey, usando barcos abandonados como blanco. Era consciente del poco tiempo que tendríamos, pero también de que aquélla era la ocasión ideal para acabar con la invasión de Cronos incluso antes de que empezara.

—Déjanos en la cubierta inferior de popa, *Blackjack* —pedí.

« Entendido, jefe —contestó él—. Jo, no soporto ver ese barco» .

Blackjack había estado apresado en el *Princesa Andrómeda* hacía tres años, hasta que mis amigos y yo lo ayudamos a escapar. Imagino que habría preferido dejarse trenzar las crines como Mi Pequeño Poni —ese muñeco rosa para niñas — a volver allí de nuevo.

—No nos esperes —añadí.

« Pero jefe…» .

—Confía en mí. Escaparemos por nuestros propios medios.

Blackjack plegó las alas y se lanzó en picado hacia el barco. El viento silbaba en mis oídos. Había muchos monstruos patrullando por las cubiertas superiores: *dracaenae*, que son mujeres-reptil, perros del infierno, gigantes, demonios-foca de aspecto humanoide, conocidos como telekhines… en fin, de todo, pero nosotros volábamos a una velocidad tan supersónica que nadie dio la alarma. Bajamos disparados hacia la popa y *Blackjack* desplegó las alas para posarse suavemente en la cubierta más baja. Me apeé, algo mareado.

« Buena suerte, jefe —dijo él—. No deje que lo hagan picadillo» .

Dicho lo cual, mi viejo amigo alzó el vuelo y desapareció. Saqué el bolígrafo del bolsillo, le quité el tapón y *Contracorriente* se desplegó en toda su longitud: casi un metro de mortífero bronce celestial refulgiendo en la oscuridad.

Beckendorf sacó un pedazo de papel del bolsillo. Creí que era un mapa o algo así, pero se trataba de una fotografía. La miró en la penumbra: era la cara sonriente de Silena Beauregard, hija de Afrodita. Habían empezado a salir el pasado verano, aunque les había costado lo suyo, porque todos los demás llevábamos años diciéndoles: « Pero ¡si se nota a la legua que estáis colados el uno por el otro!» . Incluso en medio de aquella misión tan peligrosa, nunca había

visto a Beckendorf tan feliz.

—Conseguiremos volver al campamento, seguro —le prometí.

Por un segundo me pareció ver una sombra de preocupación en su mirada. Luego adoptó su habitual sonrisa confiada.

—Pues claro —respondió—. Anda, vamos a partir a Cronos otra vez en un millón de pedazos.

* * *

Beckendorf abrió la marcha. Cruzamos un estrecho pasillo que conducía a la escalerilla de servicio, tal como habíamos ensayado. Pero nos quedamos paralizados al oír una conversación por encima de nuestras cabezas.

—Me importa un comino lo que te diga la nariz —gruñó una voz medio humana, medio perruna: un telekhin—. La última vez que oliste a mestizo, resultó que era un sándwich de carne.

—¡Los sándwiches de carne son buenos! —rezongó la segunda voz—. Pero este olor es de mestizo, seguro. ¡Están a bordo!

—¡Bah, lo que no está a bordo es tu cerebro!

Mientras seguían discutiendo, Beckendorf señaló hacia abajo. Descendimos por la escalerilla con sigilo. Dos pisos más abajo, dejamos de oír sus voces.

Finalmente llegamos a una escotilla metálica. Beckendorf dijo moviendo sólo los labios: « Sala de máquinas» .

Estaba cerrada, pero él sacó de la bolsa unas tenazas y partió el cerrojo como si fuese de mantequilla.

Dentro, zumbaban y vibraban con estruendo una serie de turbinas amarillas del tamaño de silos de grano. En la pared opuesta se alineaban los indicadores de presión y las terminales informáticas. Había un telekhin inclinado sobre una consola, pero estaba tan absorto en su trabajo que no advirtió nuestra presencia. Medía metro y medio, tenía pelaje oscuro y lustroso de foca y unos pies pequeños y achaparrados. La cabeza parecía de dóberman, pero sus garras resultaban casi humanas. Gruñía y mascullaba mientras iba tecleando. Quizá estaba enviando mensajes a sus amigos de *monsterface.com.*

Avancé unos pasos y él se irguió bruscamente, tal vez oliéndose que pasaba algo raro. Saltó hacia un gran botón rojo de alarma, pero me adelanté y le cerré el paso. Entonces se abalanzó sobre mí con un silbido. Me bastó con un tajo de *Contracorriente* para que explotara y se hiciera polvo.

—Uno menos —dijo Beckendorf—. Quedan unos cinco mil.

Me pasó un tarro lleno de un espeso líquido verde: fuego griego, sin duda una de las sustancias mágicas más peligrosas del mundo. Luego me lanzó por el aire otro utensilio esencial de los héroes semidioses: cinta de embalar.

—Fija el tarro encima de la consola —me dijo—. Yo me ocupo de las

turbinas.

Pusimos manos a la obra. Hacía calor y humedad y enseguida quedamos empapados de sudor.

El barco avanzaba ronroneando. Al ser hijo de Poseidón, tengo un perfecto sentido de la orientación en el mar. No me preguntes cómo, pero sabía que estábamos a 40,19 grados norte y 71,90 oeste, y que navegábamos a dieciocho nudos, lo cual significaba que llegaríamos al alba al puerto de Nueva York. Era nuestra última oportunidad para impedirlo.

Acababa de adosar un segundo tarro de fuego griego a los paneles de control cuando oí un estrépito de pasos: varias criaturas bajaban por la escalerilla de metal y se las oía a pesar del ruido de los motores. Mala señal.

Crucé una mirada con Beckendorf.

—¿Queda mucho?

—Demasiado. —Le dio unos golpecitos a su reloj, que era nuestro detonador de control remoto—. Aún he de conectar el receptor y preparar las cargas. Diez minutos al menos.

A juzgar por el ruido de pasos, teníamos unos diez segundos.

—Los distraeré —dije—. Nos vemos en el punto de encuentro.

—Percy…

—Deséame suerte.

Parecía querer discutir. El plan consistía en entrar y salir sin que nos localizaran. Pero habría que improvisar.

—Buena suerte —dijo al fin.

Me lancé hacia la puerta y salí.

* * *

Media docena de telekhines bajaban ruidosamente por la escalera. Empecé a subir abriéndome paso con *Contracorriente* a tal velocidad que ni siquiera les dio tiempo a soltar un gañido. Continué subiendo y dejé atrás a otro monstruo, que se llevó un susto de muerte al verme. A ése lo dejé vivo para que diese la alarma e hiciera que sus compañeros me persiguieran en lugar de dirigirse a la sala de máquinas.

Salí por una puerta a la cubierta seis y seguí corriendo. Estoy seguro de que aquel vestíbulo enmoquetado había sido muy lujoso en su día, pero, después de tres años sufriendo un trasiego diario de monstruos, el empapelado, la moqueta y las puertas de los camarotes se veían tan llenos de arañazos y babas que aquello parecía el gaznate de un dragón (y sí, por desgracia, hablo por experiencia).

En mi primera visita al *Princesa Andrómeda*, mi viejo enemigo Luke tenía a bordo para disimular unos cuantos turistas, completamente aturdidos y cegados por la Niebla para que no descubrieran que estaban en un barco infestado de

monstruos. Ahora no había rastro de turistas. Me horrorizó pensar lo que podía haberles sucedido, pero dudaba que les hubieran permitido volver a casa con sus ganancias en el bingo.

Llegué a la galería Promenade, un centro comercial que ocupaba el centro del navio, y frené en seco. En medio del patio había una fuente, y en ella, agazapado, un cangrejo gigante.

No « gigante» como los cangrejos de oferta que venden en los chiringuitos de la playa. No: quiero decir tan gigantesco que apenas cabía en la fuente. El cuerpo le sobresalía tres metros sobre el agua. Tenía el caparazón moteado de azul y verde, y unas pinzas más largas que mi propio cuerpo.

Si alguna vez te has fijado en la boca de un cangrejo, toda espumajosa, con unos bigotes asquerosos y unas fauces que no paran de dar bocados, ya te imaginarás que aquélla, ampliada cien veces, no tenía mejor aspecto. Sus ojillos negros repararon en mí con un destello, y advertí inteligencia en su modo de mirarme. Y odio. Que yo fuera hijo del dios del mar no iba a darme puntos ante el señor Cangrejo.

—Shhhhhh —silbó, mientras la boca se le llenaba de espumarajos. El olor que exhalaba era como el de un cubo de basura lleno de raspas de pescado expuesto al sol una semana.

Las alarmas habían empezado a aullar. Muy pronto tendría compañía en abundancia, no podía quedarme quieto.

—Eh, cangrejito. —Me deslicé por el borde del patio—. Sólo estoy aquí de paso…

El bicho se revolvió con increíble agilidad. Salió de la fuente y vino hacia mí, abriendo y cerrando las pinzas amenazadoramente. Me precipité al interior de una tienda de regalos, derribando un colgador entero de camisetas. Una pinza hizo añicos la vidriera y rastreó el local. Salí a toda velocidad, casi sin resuello, pero el señor Cangrejo dio media vuelta y me siguió.

—¡Allí! —gritó alguien desde lo alto de una galería—. ¡Un intruso!

Si pretendía distraer a los monstruos, lo había logrado, pero no era allí donde yo quería combatir. Si me atrapaban en el centro del barco, acabaría entre las fauces del cangrejo.

El diabólico crustáceo se abalanzó sobre mí. Le di un mandoble con *Contracorriente*, cercenándole la punta de la pinza. Siseó y soltó aún más espumarajos, aunque no parecía muy herido.

Intenté recordar algo de las antiguas leyendas que me ayudase a derrotarlo. Annabeth me había hablado de un cangrejo monstruoso que Hércules había aplastado con el pie… Cosa que no iba a funcionarme. Aquel cangrejo era ligeramente más grande que mis Reebok.

Entonces me vino una curiosa idea a la cabeza. En Navidades, mi madre y yo habíamos pasado unos días con Paul Blofis en la vieja cabaña de Montauk a la

que íbamos siempre. Paul me había llevado a pescar cangrejos y, cuando sacó la red llena de bichos, me enseñó la pequeña abertura que tienen en su caparazón, justo en medio de ese vientre tan feo.

El único problema, pues, era llegar a aquel vientre repulsivo.

Eché un vistazo a la fuente y luego al suelo de mármol, que ya estaba muy resbaladizo por los movimientos del bicharraco. Extendí la mano, concentrándome en el agua, y la fuente explotó como un géiser. El agua se desparramó por todas partes: llegó hasta el tercer piso, empapando los ascensores y las galerías que asomaban al patio, y mojando también los escaparates de las tiendas. Al cangrejo le daba igual. A él le encantaba el agua. Se me acercó de lado, chasqueando las pinzas y emitiendo aquel siseo diabólico. Me precipité hacia él gritando con todas mis fuerzas:

—¡¡¡Aaaaaaah!!!

Justo antes de que chocáramos, me tiré al suelo al estilo de un jugador de béisbol y resbalé en el suelo de mármol por debajo de la criatura. Era como deslizarse bajo la panza de un camión de diez toneladas. Lo único que tenía que hacer el cangrejo era sentarse y aplastarme, pero, antes que comprendiera lo que sucedía, hundí *Contracorriente* en el orificio de su caparazón. Solté la espada y salí a rastras por detrás.

El monstruo se estremeció y silbó enloquecido. Sus ojos se disolvieron; el caparazón se le puso rojo mientras sus entrañas se volatilizaban y, finalmente, la cáscara vacía se desmoronó con gran estruendo.

No tenía tiempo de admirar mi hazaña. Corrí hacia la escalera más cercana mientras por todas partes aparecían monstruos y semidioses que daban órdenes a gritos y se ajustaban las correas de sus armas. Llevaba las manos vacías. *Contracorriente* reaparecería mágicamente en mi bolsillo tarde o temprano, pero por ahora estaba atascada bajo el chasis del cangrejo y no podía entretenerme en recuperarla.

En el rellano de la octava cubierta me salieron al paso un par de *dracaenae*. De cintura para arriba, eran mujeres con la piel verde y escamosa, con ojos amarillos y lengua bífida. De cintura para abajo, tenían dos serpientes en lugar de piernas. Llevaban lanza y red, y sabía por experiencia que las manejaban con destreza.

—¿Qué esss esssto? —siseó una—. ¡Un trofeo para Cronos!

No estaba de humor para un duelo de sarcasmos. Me fijé en una maqueta del barco, plantada allí en medio (supongo que para orientarse, como los carteles de «USTED ESTÁ AQUÍ»). La arranqué de cuajo del pedestal y se la lancé a la primera *dracaena*. El barco le dio en plena cara y la derribó. Salté por encima de ella, agarré la lanza de su compañera, tiré con fuerza al tiempo que giraba y la estampé contra la puerta del ascensor. Luego seguí corriendo hacia la proa.

—¡Atrapadlo! —gritaba la *dracaena*, furiosa.

Oí ladridos de perros del infierno. Una flecha silbó a mi lado y se incrustó en la pared de caoba de la escalera.

Me tenía sin cuidado el peligro. La cuestión era mantener a los monstruos alejados de la sala de máquinas y darle tiempo a Beckendorf.

Seguí subiendo los peldaños de tres en tres y me encontré a un chico que bajaba corriendo. Parecía que acabara de despertarse y sólo tenía puesta la armadura a medias. Desenvainó la espada y gritó: «¡Por Cronos!», pero sonó más asustado que agresivo. Tendría unos doce años: los mismos que yo la primera vez que llegué al Campamento Mestizo.

Esta idea me deprimió. A aquel chaval le habían hecho un lavado de cerebro: estaban adiestrándolo para que odiase y combatiera a los dioses simplemente por haber nacido como un olímpico a medias. Cronos lo manipulaba, pero lo cierto era que el chico me consideraba su enemigo.

No pensaba herirlo. Con él, ni siquiera necesitaba un arma. Esquivé el golpe que me lanzó, lo agarré de la muñeca y lo aplasté contra la pared. La espada se le escurrió de la mano y rodó tintineando por los escalones.

Entonces hice algo que no había planeado. Seguramente era una estupidez, porque ponía en peligro nuestra misión, pero no pude evitarlo.

—Si quieres seguir vivo —le dije—, sal del barco ahora mismo. Díselo a los demás semidioses.

Le propiné un empujón y lo mandé dando tumbos al siguiente rellano. Luego seguí subiendo.

Me asaltaron malos recuerdos al ver un pasillo que discurría junto a una cafetería. Annabeth, mi hermanastro Tyson y yo habíamos pasado por allí a hurtadillas tres años atrás.

Salí corriendo a la cubierta principal. Por el lado de babor, el cielo pasaba ya del púrpura al negro. Había una piscina deslumbrante situada entre dos grandes torres de cristal, con terrazas y restaurantes situados a distintos niveles. Pero todo parecía misteriosamente desierto.

Sólo tenía que cruzar al otro lado y bajar por la escalera que llevaba a la pista de helicópteros: nuestro punto de encuentro en caso de emergencia. Con un poco de suerte, Beckendorf se reuniría allí conmigo. Saltaríamos al mar, donde mis poderes acuáticos nos protegerían, y detonaríamos las cargas explosivas cuando estuviéramos a quinientos metros.

Había cruzado ya la mitad de la cubierta cuando una voz me dejó paralizado:

—Llegas tarde, Percy.

Luke se asomó desde la primera terraza con una sonrisa en su rostro cruzado por una gran cicatriz. Iba con tejanos, camiseta blanca y chancletas, como un estudiante cualquiera. Pero sus ojos decían la verdad. Eran de oro macizo.

—Hace días que te esperamos.

Al principio sonaba normal, como Luke, pero después su cara se contrajo y

todo él se estremeció de pies a cabeza como si acabara de tragarse un brebaje asqueroso. Su voz se hizo más grave, más antigua y poderosa: la voz del titán, del señor Cronos. Sus palabras, afiladas como una hoja de acero, me provocaron escalofríos:

—Vamos, inclínate ante mí.

—Sí, ya, lo tienes claro —mascullé.

Como respondiendo a una señal, un regimiento de gigantes lestrigones se apostó a ambos lados de la piscina: cada uno de dos metros y medio de estatura, con brazos tatuados, armadura de cuero y porras erizadas de pinchos. Por encima de Luke, el techo se llenó de semidioses arqueros. Dos perros del infierno saltaron de la terraza de enfrente y se acercaron gruñendo. En cuestión de segundos me encontré rodeado. Una encerrona. Era imposible que se hubieran dispuesto en formación tan deprisa a menos que supieran que iba a presentarme.

Levanté la vista hacia Luke. La sangre me bullía de furia. No sabía si la conciencia de Luke continuaba viva en el interior de aquel cuerpo. Quizá sí, por aquella forma de cambiar de voz… O quizá sólo era Cronos, que estaba adaptándose a su nueva forma. Me dije que no importaba. Luke había sido un tipo retorcido y maligno mucho antes de que Cronos se apoderase de él.

Una voz susurró en mi interior: « Tendré que luchar con él tarde o temprano. ¿Por qué no ahora?» .

Según la Gran Profecía, a los dieciséis años yo tomaría una decisión que salvaría o destruiría el mundo. Sólo faltaba una semana para que los cumpliera. ¿Por qué no hacerlo ya? Si de verdad tenía en mí ese poder, ¿qué importaba una semana más o menos? Podía acabar allí mismo con la amenaza derrotando a Cronos. Qué diablos, ya había luchado otras veces con dioses y monstruos.

Como si me leyera el pensamiento, Luke sonrió. No, no era él: era Cronos. Debía tenerlo presente.

—Ven aquí —dijo—. Si te atreves.

La horda de monstruos se abrió en dos. Ascendí por la escalera con el corazón desbocado. Estaba casi seguro de que alguno me apuñalaría por la espalda, pero me dejaron pasar. Me palpé el bolsillo y descubrí que el bolígrafo ya estaba allí. Lo destapé y *Contracorriente* creció hasta adoptar su apariencia de espada.

El arma de Cronos surgió sin más en sus manos: una guadaña de dos metros, la mitad de bronce celestial y la otra mitad de acero mortífero. Se me aflojaron las rodillas, pero, antes de que pudiera pensármelo mejor, arremetí contra él.

El tiempo se ralentizó. Quiero decir: literalmente. Cronos tenía ese poder. Tuve la sensación de que me movía a través de un fluido espeso como la miel. Los brazos me pesaban, apenas podía alzar la espada. Cronos sonrió, revoleando su guadaña a velocidad normal y aguardando a que yo me arrastrara penosamente hacia una muerte segura.

Traté de combatir su magia. Me concentré en el mar que me rodeaba: la fuente de mi poder. Había aprendido a canalizarlo a lo largo de los años, pero ahora no sucedía nada.

Di otro paso lentísimo. Los gigantes me abucheaban. Las *dracaenae* soltaban una risa sibilante.

«Eh, océano —supliqué para mis adentros—. Si puede ser hoy, mejor que mañana».

Súbitamente, el barco dio un bandazo, derribando a los monstruos. Quince mil litros de agua salada se alzaron de golpe de la piscina, empapando a todos los que estábamos en cubierta. El remojón me revitalizó y rompió el hechizo temporal, cosa que aproveché para lanzarme a la carga.

Ataqué a Cronos con la espada en ristre, pero seguía siendo demasiado lento para él. Además, cometí el error de mirarlo a la cara: la cara de Luke, un tipo que había sido amigo mío en otra época. Por mucho que lo odiara, me resultaba difícil matarlo.

Por su parte, Cronos no tenía dudas y me lanzó un golpe de guadaña. Retrocedí de un salto. La maligna cuchilla no me tocó por los pelos, pero rajó la cubierta justo entre mis pies.

Asesté a Cronos una patada en el pecho y retrocedió tambaleante. Pero era mucho más pesado de lo que habría sido Luke y fue casi como darle una patada a un frigorífico.

Cronos me lanzó otro viaje con su guadaña. Lo intercepté con *Contracorriente*, pero el golpe era tan poderoso que sólo lo desvié. El filo me desgarró la manga y me arañó la piel. No era un corte serio en apariencia, pero sentí un estallido de dolor en esa zona del cuerpo. Recordé lo que había dicho un demonio marino sobre la guadaña: «Cuidado, idiota. Al menor contacto, esa hoja te arrancará el alma». Ahora comprendía lo que quería decir. No sólo perdía sangre; noté que se me iban la fuerza y la voluntad, incluso mi identidad.

Retrocedí dando tumbos, agarré la espada con la mano izquierda y me abalancé a la desesperada sobre él. Debería haberlo atravesado de parte a parte, pero la hoja resbaló por su estómago como si fuese de mármol. No era posible que hubiera resistido una estocada así.

Cronos soltó una risotada.

—Una pobre actuación, Percy Jackson. Según me dice Luke, nunca has sido rival para él con la espada.

Empezaba a ver borroso. No me quedaba mucho tiempo.

—Luke tenía muchos humos y una cabeza muy dura —dije—. Pero al menos aquella cabeza era suya.

—Una lástima tener que matarte ya —murmuró pensativo—, antes de desarrollar todo el plan. Me habría encantado ver tu expresión de horror cuando entendieras cómo voy a destruir el Olimpo.

—Nunca conseguirás llevar este barco a Manhattan. —Me palpitaba el brazo y manchas negras revoloteaban en mi campo visual.

—¿Y eso por qué, según tú? —Sus ojos dorados destellaron. Su rostro (el de Luke) parecía una máscara inhumana iluminada desde atrás por un poder maligno—. ¿Tal vez estás pensando en tu amigo y en los explosivos? —Bajó la vista a la piscina—. ¡Nakamura! —llamó.

Un adolescente con armadura griega completa se abrió paso entre la multitud. Un parche negro le cubría el ojo izquierdo. Lo conocía, desde luego. Era Ethan Nakamura, el hijo de Némesis. El pasado verano yo le había salvado la vida en el laberinto y, a cambio, el muy sinvergüenza había contribuido a devolverle la vida a Cronos.

—¡Un éxito completo, mi señor! —declaró Ethan—. Lo hemos encontrado tal como nos indicasteis.

Dio una palmada y un par de gigantes se adelantaron pesadamente arrastrando a Charles Beckendorf. Casi se me paró el corazón. Mi compañero tenía un ojo a la funerala y la cara y los brazos llenos de cortes. Ya no llevaba armadura y la camisa le había quedado hecha jirones.

—¡No! —aullé.

Beckendorf me miró a los ojos y luego se echó un vistazo a la mano, como si intentara decirme algo. Su reloj. No se lo habían quitado. No sabían que era el detonador. ¿Sería posible que los explosivos ya estuvieran instalados? No, no podía ser. Seguramente los monstruos los habían desactivado en el acto.

—Lo hemos encontrado cuando pretendía colarse en la sala de máquinas —dijo uno de los gigantes—. ¿Ya podemos devorarlo?

—Un momento. —Cronos miró a Ethan, frunciendo el entrecejo—. ¿Seguro que no ha colocado los explosivos?

—Iba hacia la sala de máquinas, mi señor.

—¿Cómo lo sabes?

—Hum… —Ethan se removió incómodo—. Caminaba hacia allí. Y nos lo ha dicho. Todavía tiene la bolsa llena de explosivos.

Empecé a deducir lo ocurrido. Beckendorf los había engañado. Al comprender que iban a capturarlo, había dado media vuelta para despistarlos. Así los había convencido de que no había llegado aún a la sala de máquinas. ¡El fuego griego seguía activado! Pero eso no nos serviría de nada si no conseguíamos salir del barco y detonarlo.

Cronos vaciló.

«Ojalá se lo crea», rogué. El dolor en el brazo era tan terrible que apenas podía soportarlo.

—Abrid su bolsa —ordenó el titán.

Uno de los gigantes le arrancó a Beckendorf la bolsa que llevaba al hombro. Atisbó en su interior y le dio la vuelta. Los monstruos que había alrededor

retrocedieron, presas del pánico. Si realmente hubiera estado llena de tarros de fuego griego, habríamos saltado todos por los aires. Pero lo que cayó al suelo fue una docena de latas de melocotón.

Cronos respiraba agitadamente, tratando de dominar su cólera.

—¿No lo habréis capturado por casualidad cerca de la cocina?

Ethan se puso blanco.

—Hum… —empezó.

—¿Y no se os ha ocurrido enviar a nadie a registrar la sala de máquinas? —bramó Cronos.

Ethan dio un paso atrás, aterrorizado; giró sobre los talones y echó a correr.

Solté una maldición silenciosa. Ahora ya sólo nos quedaban unos minutos antes de que desactivasen las bombas. Crucé una mirada con Beckendorf y le pregunté mentalmente, con la esperanza de que me entendiera: «¿De cuánto disponemos?».

Juntó el índice y el pulgar, formando un círculo. «Cero». El detonador no tenía programada ninguna cuenta atrás. Si conseguíamos apretar el botón, el barco explotaría en el acto. Era imposible. No podríamos alejarnos lo suficiente antes de activarlo. Los monstruos acabarían con nosotros primero, o desmontarían los explosivos, o ambas cosas.

Cronos se volvió hacia mí con una sonrisa torcida.

—Tendrás que disculpar a esta panda de incompetentes, Percy Jackson —dijo—. Aunque no importa. Ahora estás a nuestra merced. Sabíamos que ibas a venir desde hace semanas.

Extendió la mano y sacudió una pequeña pulsera plateada con un amuleto en forma de guadaña: el símbolo del señor de los titanes.

La herida del brazo minaba mi capacidad de raciocinio, pero aun así murmuré:

—Un dispositivo de transmisión… un espía en el campamento.

Cronos sofocó una carcajada.

—No puedes fiarte de los amigos. Siempre acaban decepcionándote. Luke lo aprendió de la peor manera posible. Tira tu espada y ríndete, o tu amigo morirá.

Tragué saliva. Uno de los gigantes había agarrado del cuello a Beckendorf. No estaba en condiciones de rescatarlo y, aunque lo intentara, lo matarían antes de que lograse llegar a su lado. Nos matarían a ambos.

Beckendorf articuló una palabra con los labios: «Huye».

Meneé la cabeza. No podía dejarlo allí.

El segundo gigante todavía estaba hurgando entre las latas de melocotón, de modo que Beckendorf tenía el brazo izquierdo libre. Lentamente lo alzó hacia el reloj que llevaba en la derecha.

Quise gritar «¡¡¡Noooo!!!».

Y entonces, una de las *dracaenae* que estaba abajo, junto a la piscina, dijo

con su voz sibilante:

—¿Qué essstá haciendo? ¿Qué esss esa cosssa de sssu muñeca?

Beckendorf cerró los párpados y se llevó la mano al reloj.

No me quedaba otra alternativa. Le arrojé a Cronos mi espada como si fuera una jabalina. La hoja rebotó en su pecho sin hacerle un rasguño, pero el golpe lo sobresaltó y aproveché su desconcierto para abrirme paso entre la horda de monstruos y saltar por la borda hacia el agua, treinta metros más abajo.

Oí un sordo retumbo en las entrañas del barco. Los monstruos chillaban y me maldecían asomados a la barandilla. Una lanza pasó rozándome la oreja y una flecha me desgarró el muslo, pero apenas tuve tiempo de sentir el dolor. Me sumergí en el mar y ordené a las corrientes que me arrastraran lejos: a cien, a doscientos metros.

Incluso a esa distancia, la explosión pareció sacudir el mundo entero. Noté una oleada de calor que me abrasó la nuca, mientras el *Princesa Andrómeda* estallaba y se convertía en una descomunal bola de fuego, una llamarada verde que se enroscaba en el cielo oscuro, consumiéndolo todo.

«Beckendorf», pensé.

Luego perdí el conocimiento y me hundí hacia el fondo del mar como un áncora.

Capítulo 2

Conozco a varios parientes con aletas

Los sueños de los semidioses son una lata.

La cuestión es que nunca son sueños simplemente. Siempre han de ser visiones, presagios y otros fenómenos místicos por el estilo que me dejan el cerebro hecho polvo.

Soñé que estaba en un oscuro palacio en lo alto de una montaña. Por desgracia, lo conocía: el palacio de los titanes en la cima del monte Othrys, también conocido como monte Tamalpais, en California. El pabellón principal se abría a la noche cercado de negras columnas griegas y estatuas de titanes. La luz de las antorchas relucía en el suelo de mármol negro. En el centro, un gigante con armadura forcejeaba bajo el peso de una nube que giraba sobre sí misma como un torbellino. Era Atlas, sosteniendo el cielo.

Cerca de él había otros dos hombres gigantescos junto a un brasero de bronce, estudiando las imágenes de las llamas.

—Menuda explosión —comentaba uno de ellos. Llevaba una armadura negra tachonada de puntos plateados, como una noche estrellada, y un casco de guerra del que sobresalía un cuerno de carnero a cada lado.

—No importa —decía el otro, un titán con una túnica de oro y unos ojos tan dorados como los de Cronos. Todo su cuerpo fulguraba. Me recordaba a Apolo, dios del sol, pero el resplandor del titán era más chillón y su expresión infinitamente más cruel—. Los dioses han respondido al desafío. Pronto serán destruidos.

Las imágenes de las llamas eran muy confusas: tormentas terribles, edificios que se desmoronaban, mortales enloquecidos de terror.

—Yo iré al este a organizar nuestras fuerzas —decía el titán dorado—. Tú, Crios, permanecerás aquí, vigilando el monte Othrys.

El tipo de los cuernos de carnero emitía un gruñido.

—Siempre me tocan las tareas más idiotas. Señor del Sur. Señor de las Constelaciones. Y ahora resulta que he de hacerle de niñera a Atlas mientras tú te quedas la parte más divertida.

Bajo el torbellino de nubes, Atlas soltaba un bramido agónico:

—¡Sácame de aquí, maldito seas! Soy tu mejor guerrero. ¡Líbrame de mi carga para que pueda combatir!

—¡Silencio! —rugía el titán dorado—. Ya tuviste tu oportunidad, Atlas. Y fracasaste. Cronos quiere que te quedes donde estás. En cuanto a ti, Crios, cumple con tu deber.

—¿Y si necesitas más guerreros? —replicaba Crios—. Nuestro traicionero sobrino con su esmoquin no te servirá de gran cosa en una batalla.

El titán dorado se echaba a reír.

—No te preocupes por él. Además, los dioses apenas dan abasto para hacer frente a este primer desafío tan insignificante. No saben que aún les tenemos reservados muchos otros. Acuérdate de lo que te digo: en unos días tan sólo, el Olimpo estará en ruinas, ¡y nosotros volveremos a reunirnos aquí para celebrar el nacimiento de la Sexta Era!

El titán dorado estallaba en llamas y desaparecía.

—Sí, claro —rezongaba Crios—. Él puede estallar en llamas y yo tengo que andar con estos absurdos cuernos de carnero.

La escena cambiaba. Ahora me encontraba fuera del pabellón, oculto tras una columna griega. A mi lado había un chico escuchando a los titanes. Un chico de pelo negro y tez pálida, con ropas oscuras: mi amigo Nico di Angelo, el hijo de Hades.

Me miraba con expresión lúgubre.

—¿Lo ves, Percy? —susurraba—. Se te agota el tiempo. ¿De veras crees que podrás vencerlos sin mi plan?

Sus palabras caían sobre mí, heladas como el fondo del océano, y de repente todo se volvía negro.

* * *

—¿Percy? —dijo una voz ronca.

Sentía como si me hubiesen metido la cabeza en un microondas. Abrí los ojos y vi una figura enorme y oscura inclinada sobre mí.

—¿Beckendorf? —pregunté, esperanzado.

—No, hermano.

Mis ojos lo enfocaron lentamente. Era un cíclope lo que tenía delante: una cara deformada, con greñas de color castaño y un enorme ojo marrón lleno de inquietud.

—¿Tyson?

Mi hermano sonrió ampliamente mostrándome los dientes.

—¡Yuju! ¡Te funciona el cerebro! —exclamó.

Yo no estaba tan seguro. Notaba el cuerpo frío e ingrávido. Y la voz me sonaba rara. Oía a Tyson, pero era como si percibiera vibraciones en mi cráneo, más que sonidos normales.

Me incorporé y la sábana vaporosa que me tapaba se elevó flotando. Me encontraba en una cama de sedosas algas entrelazadas. Las paredes estaban cubiertas de caparazones de orejas de mar y en el techo había perlas del tamaño de pelotas de baloncesto que iluminaban la estancia.

Me hallaba bajo el agua. Lo cual, siendo hijo de Poseidón, no es ningún problema para mí. Puedo respirar aunque esté sumergido, y ni siquiera se me

moja la ropa. Aun así, me sobresalté un poco cuando un tiburón martillo entró por la ventana de la habitación. Pero se limitó a echarme un vistazo y salió tranquilamente por el lado opuesto.

—¿Dónde…?

—En el palacio de papá —contestó Tyson.

En otras circunstancias habría sentido una gran excitación. Nunca había visitado el reino de Poseidón, y llevaba años soñando con ello. Pero ahora me dolía la cabeza, tenía la camisa toda chamuscada por la explosión y, aunque las heridas del brazo y la pierna se me habían curado casi del todo (uno de los efectos que tiene en mí el agua del mar, siempre que actúe el tiempo suficiente), aún me sentía como si me hubiera pisoteado un equipo de fútbol de gigantes lestrigones con botas de tacos metálicos.

—¿Cuánto tiempo…?

—Te encontramos anoche, cuando te hundías hacia el fondo.

—¿Y el *Princesa Andrómeda*?

—¡Hizo BUUUUM! —aclaró, por si me quedaban dudas.

—Beckendorf iba a bordo. ¿Lo has…?

Su rostro se ensombreció.

—Ni rastro de él. Lo siento, hermano.

Miré por la ventana el agua azul oscuro. Beckendorf iba a ir a la universidad en otoño. Tenía novia, un montón de amigos y toda una vida por delante. No podía haber muerto. Quizá había logrado saltar del barco también. Quizá se había lanzado por la borda… No: él no habría sobrevivido como yo a una caída al agua desde treinta metros. Ni habría conseguido alejarse lo suficiente de la explosión.

Sabía que había muerto. Se había sacrificado para destruir el *Princesa Andrómeda* y yo lo había dejado allí.

Recordé mi sueño. Los titanes comentaban la explosión como si no tuviera importancia, y Nico di Angelo me había advertido que nunca derrotaría a Cronos si no seguía su plan: una idea peligrosa que yo llevaba más de un año rehuyendo.

Una explosión lejana sacudió la habitación. En el exterior relumbró una oleada de luz verde, iluminando el fondo marino como si fuese mediodía.

—¿Qué ha sido eso? —pregunté.

Tyson me miró preocupado.

—Papá te lo explicará. Ven. Les está haciendo *¡bum!* a los monstruos.

* * *

El palacio me habría parecido el lugar más increíble que había visto en mi vida si no hubiese sido porque estaban destruyéndolo. Nadamos hasta el fondo de un largo pasillo y subimos disparados en línea recta aprovechando un géiser. Al elevarnos por encima de los tejados contuve el aliento… bueno, si es que puede

uno contener el aliento bajo el agua.

El palacio era tan grande como la ciudad del monte Olimpo, con jardines, patios enormes y pabellones rodeados de columnas. Los jardines tenían colonias de coral y relucientes plantas acuáticas. Había veinte o treinta edificios construidos con caparazones de oreja de mar. Eran blancos, pero destellaban con todos los colores del arco iris. Los peces y pulpos entraban y salían por las ventanas, y los caminos se hallaban bordeados de perlas brillantes que recordaban a ristras de luces navideñas.

El patio principal estaba lleno de guerreros: tritones con cola de pez de cintura para abajo y cuerpo humano de cintura para arriba, aunque con la piel azul. Hasta entonces no había visto ninguno. Algunos atendían a los heridos, otros afilaban sus lanzas y espadas. Uno de ellos pasó nadando a toda prisa por nuestro lado. Tenía ojos verde fosforescente y dientes de tiburón. Estas cosas no te las enseñan en La sirenita.

Alrededor del patio principal se alzaban grandes fortificaciones —torres, murallas, artefactos contra los asedios—, aunque la mayoría se encontraban en ruinas. Algunas ardían con un fulgor verde que yo conocía bien: era fuego griego, que arde incluso bajo el agua.

Más allá se extendía el fondo del mar sumido en la penumbra. Entrevi batallas enfurecidas: destellos de energía, explosiones, chisporroteos que saltaban cuando los ejércitos chocaban. Un humano normal lo habría encontrado todo demasiado oscuro para distinguir nada. Pero, qué demonios, un humano normal habría resultado aplastado por la presión y congelado por el frío. Y, en realidad, ni siquiera mis ojos sensibles a los cambios de calor lograban identificar con claridad lo que sucedía.

En un lado del palacio explotó un templo con techo de coral rojo. El fuego y los escombros saltaron a cámara lenta y llegaron a los jardines más lejanos. Arriba, surgió entre las sombras una silueta monumental: un calamar más grande que un rascacielos rodeado de una nube de polvillo reluciente; bueno, creí que era polvillo, hasta que comprendí que se trataba de un enjambre de tritones que intentaban atacar al monstruo. El calamar descendió hacia el palacio y, con un solo barrido de sus tentáculos, aplastó una columna entera de guerreros. Entonces salió un arco de luz azulada de la azotea de uno de los edificios más altos. La luz le dio de lleno al enorme calamar, que se disolvió en el agua como una mancha de colorante.

—Papá —dijo Tyson, señalando el punto del que había surgido el arco azulado.

—¿Ha sido él? —De pronto me sentía más esperanzado. Mi padre tenía poderes increíbles. Era el dios del mar. Él podía hacer frente a aquel ataque. Y quizá me dejara echarle una mano—. ¿Tú has participado en el combate? —le pregunté a Tyson, maravillado—. ¿Te has dedicado a aporrear cabezas con tu

alucinante fuerza de cíclope?

Tyson se enfurruñó y comprendí que acababa de formular la pregunta menos indicada.

—Yo me he dedicado… a forjar armas —masculló—. Ven, vamos a buscar a papá.

* * *

Ya sé que esto le sonará un poco raro a la gente con, bueno, con padres normales, pero yo sólo había visto a mi padre cuatro o cinco veces en mi vida, y siempre durante unos minutos. Los dioses griegos no son precisamente de los que asisten sin falta a los partidos de baloncesto de sus hijos. Aun así, pensaba que reconocería a Poseidón a primera vista.

Me equivocaba.

La azotea del templo, un espacio enorme y abierto, se había convertido en el centro de mando. En el suelo había un mosaico con un mapa de gran exactitud de los terrenos del palacio y el océano circundante. Pero el mosaico se movía: los azulejos de colores que representaban a los distintos ejércitos y monstruos marinos se iban desplazando a medida que los contendientes cambiaban de posición; y los edificios que se desmoronaban en la realidad también se venían abajo en la imagen.

De pie alrededor del mosaico, estudiando la batalla con toda seriedad, había un curioso elenco de guerreros, aunque ninguno se parecía a mi padre. Yo buscaba a un tipo musculoso, de piel bronceada y barba negra, vestido con bermudas y una camisa hawaiana.

Pero no había nadie con ese aspecto. Uno de los tipos era un tritón con dos colas de pez en lugar de una. Tenía la piel verde y la armadura tachonada de perlas. El pelo oscuro lo llevaba en una cola y parecía joven, aunque siempre resulta difícil decirlo con los no humanos. Pueden tener tres años o mil, nunca se sabe. A su lado había un viejo con una poblada barba blanca y el pelo gris. La armadura de combate parecía pesarle. Tenía ojos verdes y las típicas arruguitas que se forman de tanto sonreír, aunque ahora no sonreía. Estudiaba el mapa apoyado en un báculo de metal. A su derecha había una mujer muy guapa con armadura verde y larga cabellera negra, y tenía unos pequeños cuernos muy raros, similares a pinzas de cangrejo. También había un delfín: uno normal, aunque examinaba atentamente el mosaico.

—Delfín —dijo el viejo—. Envía a Palemón y su legión de tiburones al frente occidental. Debemos neutralizar a esos leviatanes.

El delfín respondió con un par de chillidos, pero pude entenderlo: «Sí, mi señor». Luego se alejó a gran velocidad.

Miré consternado a Tyson y luego de nuevo al viejo.

Parecía imposible, pero…

—¿Papá? —balbucí.

Él levantó la vista. Reconocí el brillo de sus ojos, pero su rostro, en cambio, parecía haber envejecido cuarenta años.

—Hola, Percy.

—¿Qué… qué te ha pasado?

Tyson me dio un codazo. Se puso a menear la cabeza con tanto ímpetu que casi temí que se la dislocara, pero Poseidón no parecía ofendido.

—No pasa nada, Tyson —dijo—. Disculpa mi aspecto, Percy. La guerra me ha afectado mucho.

—Pero ¡si eres inmortal! —musité—. Puedes tener el aspecto que quieras.

—Yo reflejo el estado de mi reino —repuso—. Y ese estado ahora mismo es bastante lamentable. Voy a presentarte, Percy. Me temo que acabas de cruzarte con mi lugarteniente Delfín, dios de los delfines. Ésta es mi esposa Anfítrite. Querida…

La mujer de la armadura verde me lanzó una mirada gélida.

—Perdonadme, mi señor —dijo—. Me necesitan en la batalla.

Y se alejó nadando.

Me sentí bastante incómodo, aunque imagino que ella no pudo evitarlo. Nunca me había parado a pensarlo, pero sabía que mi padre tenía una esposa inmortal. Y todos sus romances con mortales, incluida mi madre… bueno, no debían de hacerle mucha gracia a Anfítrite.

Poseidón carraspeó.

—Sí, en fin, y éste es mi hijo Tritón —añadió—. Eh… mi otro hijo.

—Tu hijo y heredero —lo corrigió el tipo de color verde. Sus dos colas de pescado se agitaban de un lado para otro. Me dedicó una sonrisa, pero no había en sus ojos nada amistoso—. Hola, Perseus Jackson. ¿Por fin has venido a ayudar?

Me lo dijo como si yo fuese un remolón o un perezoso. Si es posible ruborizarse bajo el agua, probablemente me ruboricé.

—Dime qué tengo que hacer —repliqué.

Tritón sonrió como si le hiciese gracia mi respuesta, como si yo fuera un perro simpático que acabara de soltar un ladrido. Luego se volvió hacia Poseidón.

—Voy a encargarme de la primera línea, padre. No te preocupes. Yo no te fallaré.

Le hizo a Tyson una inclinación educada (¿por qué a mí no?) y se alejó por el agua velozmente.

Poseidón soltó un suspiro y alzó su báculo, que se transformó en su arma habitual: un enorme tridente cuyas puntas refulgían con una luminosidad azul. El agua hervía alrededor a causa de la energía que desprendían.

—Perdona —me dijo.

Una inmensa serpiente marina apareció por encima de nuestras cabezas y descendió hacia nosotros con un movimiento en espiral. Era de un anaranjado brillante y su boca llena de colmillos parecía capaz de tragarse un yate entero.

Sin levantar apenas la vista, Poseidón apuntó con su tridente y le disparó un rayo de energía azul. ¡Buuuum! El monstruo estalló en un millón de pececillos de colores, que se alejaron aterrorizados.

—Mi familia está muy nerviosa —prosiguió él, como si nada—. La batalla contra Océano no va nada bien.

Me señaló el borde del mosaico y dio unos golpecitos con la punta del tridente en la imagen de un tritón mucho mayor que los demás, provisto de cuernos de toro. Parecía conducir un carro arrastrado por cangrejos de agua dulce y, en lugar de espada, empuñaba una serpiente viva.

—Océano —repetí, hurgando en mi memoria—. ¿El titán del mar?

Poseidón asintió.

—En la primera guerra entre dioses y titanes se mantuvo neutral. Pero Cronos lo ha convencido para que luche de su lado. Cosa que… en fin, no es muy buena señal. Océano no se comprometería si no estuviera seguro de elegir el bando ganador.

—Tiene un aspecto estúpido —comenté, procurando parecer optimista—. Vamos, ¿a quién se le ocurre esgrimir una serpiente?

—Papá la retorcerá con sus manos y le hará cuatro nudos —dijo Tyson, muy convencido.

Poseidón sonrió, pero parecía cansado.

—Agradezco vuestra fe. Llevamos ya casi un año en guerra. Mis poderes están sobrecargados. Y él sigue encontrando nuevas fuerzas que lanzar sobre mí… Monstruos marinos tan antiguos que ya había olvidado que existían.

Oí a lo lejos una explosión. Más o menos a un kilómetro de distancia, una montaña de coral se desintegró bajo el peso de dos seres gigantescos. Apenas podía distinguir sus siluetas. Uno era una langosta. El otro, un gigante humanoide semejante a un cíclope, pero provisto de una infinidad de miembros. Primero creí que llevaba adosados un montón de pulpos gigantes, pero eran sus propios brazos: un centenar de brazos que se agitaban y combatían a la vez.

—¡Briares! —grité.

Me alegraba de verlo, aunque daba la impresión de estar tratando de salvar el pellejo. Era el último de su especie: un centimano, primo directo de los cíclopes. Lo habíamos rescatado el pasado verano de la prisión de Cronos y luego se había marchado a ayudar a Poseidón, pero no había vuelto a saber de él.

—Lucha muy bien —comentó Poseidón—. Ojalá tuviera un ejército entero, pero es el único que queda.

Briares soltó un bramido furioso, agarró con fuerza a la langosta, que lanzaba golpes e intentaba apresarlo con sus pinzas, y la arrojó desde lo alto de la

montaña de coral. La langosta desapareció en la oscuridad y Briares se zambulló tras ella, agitando sus cien brazos como si fueran las hélices de una lancha motora.

—Percy, quizá no tengamos mucho tiempo —dijo mi padre—. Hablame de tu misión. ¿Has visto a Cronos?

Se lo expliqué todo, aunque la voz me flaqueó al contarle lo de Beckendorf. Bajé la vista hacia el patio que teníamos a nuestros pies. Había una multitud de tritones malheridos tumbados en catres de campaña, y una larga hilera de montículos de coral que debían de ser tumbas improvisadas. Comprendí que Beckendorf no era la primera víctima de aquella guerra, sino sólo una más entre centenares, tal vez entre millares. Nunca me había sentido tan furioso e impotente.

Poseidón se acarició la barba.

—Beckendorf escogió una muerte heroica —prosiguió—. Tú no tienes la culpa. El ejército de Cronos debe de estar inmerso en un completo desorden. Muchos han sido destruidos.

—Pero a él no lo hemos matado, ¿no? —Ya mientras lo preguntaba comprendí que era una ingenuidad por mi parte. Habíamos volado su barco por los aires y desintegrado a muchos de sus monstruos, pero el señor de los titanes no sería tan fácil de matar.

—No —reconoció Poseidón—. Pero nos has hecho ganar tiempo.

—Había semidioses en el barco —dije, acordándome del chico con que me había cruzado en la escalera. Me había concentrado únicamente en los monstruos y en Cronos. Me había convencido de que destruir su barco estaba bien porque eran seres malignos y navegaban hacia mi propia ciudad para atacarla. Además, ellos no morían de un modo permanente. Los monstruos se volatilizaban y volvían a formarse al cabo de un tiempo. En cambio, los semidioses…

Poseidón me puso una mano en el hombro.

—Percy, sólo había unos cuantos semidioses a bordo, y todos habían decidido combatir al lado de Cronos. Tal vez algunos hicieron caso de tu advertencia y huyeron. Pero si no… ellos eligieron su destino.

—¡Les habían lavado el cerebro! —exclamé—. Ahora están muertos y Cronos sigue vivo. ¿Debería sentirme mejor por ello?

Miré con rabia el mosaico: diminutas explosiones que destruían monstruos diminutos. Parecía todo muy fácil cuando se trataba sólo de una imagen.

Tyson me rodeó los hombros con el brazo. Si lo hubiera intentado cualquier otro, lo habría apartado sin contemplaciones, pero Tyson era demasiado grande y muy testarudo. Él me abrazaba tanto si quería como si no.

—No es culpa tuya, hermano —dijo—. Con Cronos no sirven las explosiones. La próxima vez le atizaremos con una porra bien grande.

—Percy —añadió mi padre—, el sacrificio de Beckendorf no ha sido en

vano. Habéis desbaratado el ejército invasor. Nueva York estará a salvo durante un tiempo, lo cual deja las manos libres a los olímpicos para afrontar una amenaza mucho mayor.

—¿Qué amenaza? —Recordé lo que había dicho en mi sueño el titán dorado: « Los dioses han respondido al desafío. Pronto serán destruidos» .

El rostro de mi padre se ensombreció.

—Ya has tenido bastantes disgustos por hoy —dijo—. Pregúntaselo a Quirón cuando vuelvas al campamento.

—¿Volver al campamento? ¿Con todos los problemas que tienes aquí? ¡Yo quiero ayudar!

—No puedes, Percy. Tu misión está en otra parte.

No daba crédito a mis oídos. Miré a Tyson, buscando su apoyo.

Mi hermano se mordió el labio.

—Papá… Percy puede combatir con su espada —dijo—. Es muy bueno.

—Eso ya lo sé —murmuró Poseidón con calma.

—Padre, puedo echar una mano —dije—. Me siento capaz. No lograrás resistir aquí mucho tiempo.

Una bola de fuego surgió de las líneas enemigas y trazó una rápida parábola. Pensé que Poseidón la desviaría o algo así, pero fue a caer en la esquina del patio y explotó. Un montón de tritones saltaron dando tumbos por el agua. Poseidón hizo una extraña mueca, como si hubiera recibido una puñalada.

—Vuelve al campamento —insistió—. Y dile a Quirón que ya ha llegado el momento.

—¿De qué?

—Debes oír la profecía. Entera.

No me hacía falta preguntar cuál. Llevaba años oyendo hablar de la Gran Profecía, aunque nadie me la había explicado nunca del todo. Lo único que sabía era que debía tomar una decisión que decidiría el destino del mundo. Pero nada, sin agobios…

—¿Y si fuera ésa la decisión: quedarse a luchar o marcharse? —discurrí—. ¿Y si te dejo aquí y tú…?

No podía decir « mueres» . Se suponía que los dioses no se morían, aunque yo había visto algún caso. Pero incluso sin morirse podían quedar reducidos prácticamente a nada, o bien ser exiliados o arrojados al fondo del Tártaro, como le había sucedido a Cronos.

—Debes marcharte, Percy —insistió Poseidón—. Ignoro en qué consistirá tu decisión final, pero tu lugar está en el mundo exterior. Has de ir al campamento, aunque sólo sea para prevenir a tus amigos. Cronos conoce vuestros planes. Tenéis un espía. Nosotros resistiremos aquí. No nos queda otro remedio.

Tyson me apretó la mano con fuerza.

—¡Te echaré de menos, hermano!

Mientras nos contemplaba, nuestro padre pareció envejecer otros diez años.

—Tyson, tú también tienes cosas que hacer, hijo. Te necesitan en el arsenal.

Tyson volvió a enfurruñarse.

—Ya voy —gimió. Me dio un abrazo tan fuerte que casi me parte las costillas—. ¡Ten cuidado, Percy! ¡No dejes que te maten los monstruos!

Asentí, fingiendo confianza, pero aquello era demasiado para el grandullón. Se alejó sollozando hacia el arsenal, donde sus primos los cíclopes fabricaban lanzas y espadas.

—Deberías dejarle luchar —dije a mi padre—. No soporta estar encerrado en el arsenal, ¿no lo ves?

Él negó con la cabeza.

—Basta y sobra con tener que ponerte a ti en peligro. Tyson es demasiado joven. Tengo que protegerlo.

—Deberías confiar en él y no tratar de protegerlo.

Sus ojos llamearon un instante y pensé que había ido demasiado lejos, pero luego bajó la vista hacia el mosaico y se encogió de hombros. En los azulejos, el tritón con el carro tirado por cangrejos se acercaba peligrosamente al palacio.

—Ya viene Océano —dijo—. Debo hacerle frente en el campo de batalla.

Hasta entonces nunca había sentido temor por un dios, pero no veía cómo podría arreglárselas para vencer a aquel titán.

—Resistiré —prometió Poseidón—. No entregaré mis dominios. Sólo dime una cosa, Percy: ¿aún tienes el regalo de cumpleaños que te di?

Asentí y le mostré mi collar. Tenía una cuenta por cada verano pasado en el Campamento Mestizo, pero desde el año anterior también llevaba colgado del cordón un dólar de arena, que es un caparazón plano y redondo de erizo. Mi padre me lo había dado al cumplir quince años.

Aquel día me había dicho que yo sabría cuándo «gastarlo», pero aún no había descubierto a qué se refería. Lo único seguro era que no entraba en las máquinas de la cafetería del colegio.

—Se acerca el momento —aseguró—. Con un poco de suerte, nos veremos la semana que viene, el día de tu cumpleaños, y lo celebraremos como es debido.

Sonrió y, por un instante, me pareció atisbar el brillo de siempre en sus ojos.

Entonces toda la zona del mar que teníamos delante se oscureció, como si se avecinara una tormenta. Hubo un retumbo de truenos, cosa que parecía imposible bajo el agua. Se notaba la proximidad de una presencia inmensa y glacial. Una oleada de miedo se propagó entre las tropas que se hallaban a nuestros pies.

—Debo adoptar mi verdadera forma divina —dijo Poseidón—. Vete. Y buena suerte, hijo mío.

Habría deseado darle ánimos, abrazarlo o algo así, pero no debía entretenerme. Cuando un dios adopta su verdadera forma, la energía que

desprende es tal que cualquier mortal se desintegraría con sólo mirarlo.

—Adiós, padre —acerté a decir.

Di media vuelta y pedí a las corrientes que me ayudaran. El agua se arremolinó en torno a mí y me impulsó hacia la superficie a una velocidad que habría hecho estallar como un globo a cualquier humano normal.

Miré atrás, pero lo único que vi fueron los destellos verdes y azules que saltaban mientras mi padre combatía con el titán. El mar mismo se encontraba desgarrado entre los dos ejércitos.

Capítulo 3

Echo una mirada furtiva a mi propia muerte

Si quieres ser un tipo popular en el Campamento Mestizo, no vuelvas de una misión con malas noticias.

Apenas salí del mar, corrió la voz de mi llegada. Nuestra playa está situada al norte de Long Island y tiene un hechizo gracias al cual la mayoría de la gente no puede verla siquiera. O sea, que no aparece nadie por las buenas en esa playa, a menos que se trate de semidioses, dioses o repartidores de pizza muy, muy despistados. (Ha ocurrido, en serio, pero ésa es otra historia).

El caso es que aquella tarde el vigía de guardia era Connor Stoll, de la cabaña de Hermes. En cuanto me divisó, se emocionó tanto que se cayó del árbol. Luego hizo sonar la caracola para avisar al campamento y vino corriendo a mi encuentro.

Tenía una sonrisa torcida que armonizaba con su retorcido sentido del humor. Es un buen tipo, pero te conviene sujetar bien la cartera cuando anda cerca. Y no se te ocurra poner a su alcance un bote de crema de afeitar si no quieres encontrarte el saco de dormir lleno de espuma. Tiene el pelo castaño y rizado, y es un poco más bajo que su hermano Travis (el único rasgo que te permite distinguirlos). Son tan distintos de mi viejo enemigo Luke que cuesta creer que los tres son hijos de Hermes.

—¡Percy! —chilló—. ¿Cómo ha ido? ¿Dónde está Beckendorf? —Entonces vio mi expresión y su sonrisa se esfumó en el acto—. Oh, no —se lamentó—. Pobre Silena. Por Zeus sagrado, verás cuando se entere…

Cruzamos juntos las dunas y a unos trescientos metros vimos a la gente del campamento acercándose en masa, excitada y sonriente. «Percy ha vuelto —debían de estar pensando—. ¡Ha salvado la situación! ¡Quizá haya traído algún recuerdo y todo!».

Me detuve en el pabellón del comedor y los esperé allí. No valía la pena apresurarse para contarles la desgracia que había ocurrido.

Contemplé el valle, tratando de recordar cómo era el Campamento Mestizo la primera vez que lo vi. Tenía la sensación de que había pasado un billón de años. O más.

Desde el comedor se dominaba casi todo. De entrada, el círculo de colinas que rodean el valle. En la más alta, la colina Mestiza, se alza el pino de Thalia; y de una de sus ramas bajas cuelga el famoso Vellocino de Oro, que extiende su protección mágica sobre el campamento. El dragón que lo vigilaba día y noche, Peleo, había crecido tanto que se veía incluso desde aquella distancia, enroscado alrededor del tronco y enviando señales de humo cada vez que soltaba un ronquido.

A mi derecha se extendían los bosques. A mi izquierda, el lago de las canoas brillaba bajo los últimos rayos de sol y el muro de escalada resplandecía con la cascada de lava que caía por uno de sus flancos. Enfrente, se desplegaban en herradura doce cabañas —una por cada dios del Olimpo— alrededor de un prado verde de uso comunitario. Más hacia el sur estaban los campos de fresas, el arsenal y la Casa Grande, un edificio de cuatro pisos pintado de azul cielo y coronado con una veleta de bronce que representa un águila.

En cierto modo, el campamento no había cambiado. No percibías ningún indicio de la guerra en los campos y edificios. La percibías en los rostros de los semidioses, los sátiros y las náyades que subían por la cuesta.

Ahora no había tantos como cuatro veranos atrás. Algunos se habían ido y no habían regresado. Algunos habían caído en combate. Y otros —procurábamos no hablar de ellos— se habían pasado al enemigo.

Los que continuaban allí eran guerreros curtidos, aunque se los veía cansados. Últimamente no se oían muchas risas en el campamento. Ni siquiera los de la cabaña de Hermes hacían tantas travesuras. No es fácil disfrutar de las bromas cuando toda tu vida parece una broma pesada.

Quirón llegó el primero galopando (cosa que no le resulta difícil, porque es un caballo de cintura para abajo). Tenía la barba cada vez más larga y enmarañada a medida que avanzaba el verano. Llevaba una camiseta con la leyenda « MI OTRO COCHE ES UN CENTAURO» y un arco colgado a la espalda.

—¡Percy! —exclamó—. Gracias a los dioses. Pero ¿dónde…?

Annabeth entró corriendo en el pabellón justo detrás de él, y he de reconocer que al verla el corazón se me aceleró un poco. No es que ella se esforzara mucho en tener buen aspecto. Últimamente habíamos participado en tantas misiones que apenas se entretenía en cepillarse su ondulado pelo rubio ni se preocupaba de la ropa que llevaba puesta: normalmente, la vieja camiseta anaranjada del campamento y unos tejanos; y de vez en cuando, claro, la armadura de bronce. Tenía los ojos de un gris tormentoso. La mayoría de las veces no podíamos mantener una conversación sin intentar estrangularnos el uno al otro. Pero, aun así, sólo de verla me sentía confuso y aturdido. El pasado verano, antes de que Luke se convirtiera en Cronos y todo se torciera entre nosotros, hubo algunos momentos en los que pensé que tal vez… bueno, que tal vez llegaríamos a superar esa fase de querer estrangularnos el uno al otro.

—¿Qué ha pasado? —Me agarró del brazo—. ¿Luke está…?

—El barco voló por los aires —dije—. Pero él no ha sido destruido. No sé dónde…

Silena Beauregard se abrió paso entre la multitud. No iba peinada ni llevaba maquillaje, cosa sorprendente en ella.

—¿Dónde está Charlie? —preguntó, mirando alrededor como si pudiera haberse escondido.

Miré a Quirón, impotente.

El viejo centauro carraspeó.

—Silena, querida, vamos a hablar a la Casa Grande…

—No —musitó—. No. No.

Rompió a llorar y los demás nos quedamos alrededor paralizados, demasiado aturdidos para decir nada. Habíamos sufrido muchas pérdidas a lo largo del verano, pero ésta era sin duda la peor. Con Beckendorf desaparecido, era como si alguien nos hubiera robado el áncora de todo el campamento.

Finalmente, se adelantó Clarisse, de la cabaña de Ares, y rodeó con un brazo a Silena. Tenían una de las amistades más raras del mundo —una hija del dios de la guerra y una hija de la diosa del amor—, pero desde que Silena le había dado algunos consejos a Clarisse sobre su primer novio, ésta había decidido convertirse en su guardaespaldas personal.

Clarisse iba con su armadura de combate manchada de sangre y llevaba el pelo castaño recogido bajo un pañuelo. Era tan fornida y grandullona como un jugador de rugby y siempre andaba con una expresión huraña, pero ahora le habló con suma delicadeza a Silena:

—Anda, chica. Vamos a la Casa Grande. Te prepararé una taza de chocolate caliente.

Todos dieron media vuelta y empezaron a regresar hacia las cabañas en grupitos de dos o tres. Ya no sentían unas ganas locas de verme ni querían saber cómo había estallado el barco.

Sólo Annabeth y Quirón se quedaron a mi lado.

Ella se secó una lágrima de la mejilla.

—Me alegra que no estés muerto, sesos de alga.

—Gracias —dije—. A mí también.

Quirón apoyó una mano en mi hombro.

—Estoy seguro de que hiciste todo lo que pudiste, Percy. ¿Quieres contarnos lo que pasó?

No me apetecía repasarlo una vez más, pero aun así les conté la historia completa, incluido mi sueño sobre los titanes. Sólo me dejé un pequeño detalle: el comentario de Nico. En su día me había hecho prometerle que no le contaría a nadie su plan hasta que me decidiera, y ese plan era tan espeluznante que no me importaba mantenerlo en secreto.

Quirón contempló el valle que se extendía a nuestros pies.

—Tenemos que convocar de inmediato un consejo de guerra para hablar de ese espía y de otros asuntos.

—Poseidón se refirió a otra amenaza —dije—. Una más importante que la del *Princesa Andrómeda*. Pensé que quizá se trataba del desafío al que se había referido el titán en mi sueño.

Quirón y Annabeth cruzaron una mirada, como si supieran algo que yo

ignoraba. No soporto que me hagan eso.

—También hablaremos de ello —me prometió Quirón.

—Una cosa más. —Inspiré hondo—. Cuando hablé con mi padre, me pidió que te dijera que el momento ha llegado. Que debo conocer la profecía entera.

Quirón bajó los hombros, pero no pareció sorprendido.

—Durante mucho tiempo he temido que llegara este día. Muy bien. Annabeth, vamos a mostrarle a Percy la verdad. Toda la verdad. Subamos al desván.

* * *

Ya había subido al desván de la Casa Grande tres veces, lo cual era tres veces más de lo que habría deseado.

Había una escalera de mano que ascendía desde el último rellano. Me pregunté cómo iba a arreglárselas Quirón para subir, siendo un centauro, pero ni siquiera hizo el intento.

—Ya sabes dónde está —le dijo a Annabeth—. Bájalo aquí, por favor.

Ella asintió.

—Vamos, Percy.

Fuera, el sol se había puesto, así que el desván resultaba más sombrío y espeluznante de lo normal. Por todas partes se veían montones de trofeos de antiguos héroes: escudos mellados, tarros con cabezas disecadas de monstruos diversos, un par de dados de peluche sobre una placa de bronce que rezaba: « BIRLADOS DEL HONDA ÚLTIMO MODELO DE CRISAOR POR GUS, HIJO DE HERMES, 1988» .

Tomé una espada curvada de bronce tan sumamente retorcida que parecía una M. Todavía se distinguían en la hoja las manchas verdes del veneno mágico con que había estado impregnada. La etiqueta tenía una fecha del verano anterior: « CIMITARRA DE CAMPE, DESTRUIDA EN LA BATALLA DEL LABERINTO» .

—¿Te acuerdas de Briares lanzando todas aquellas rocas? —le pregunté a Annabeth.

Me dirigió una sonrisa reticente.

—¿Y de Grover desatando el pánico?

Nos miramos a los ojos. Recordé otro momento de aquel verano, bajo el monte Saint Helens, cuando Annabeth creyó que no saldría vivo y me dio un beso.

Ahora carraspeó y desvió la mirada.

—La profecía —dijo.

—Exacto. —Dejé la cimitarra—. La profecía.

Nos acercamos a la ventana. Sobre un taburete de tres patas reposaba el

Oráculo: una momia de mujer con un colorido vestido hippy. Todavía tenía algunos mechones de pelo oscuro pegados al cráneo, y sus ojos vidriosos sobresalían en la cara apergaminada. Se me ponía la piel de gallina sólo de mirarla.

Normalmente, si querías salir del campamento durante el verano era porque tenías que subir a escuchar al Oráculo antes de emprender una búsqueda. Pero este verano habíamos dejado de lado esa norma. Los campistas salíamos continuamente en misión de combate. No nos quedaba otro remedio si queríamos pararle los pies a Cronos.

Aun así, me acordaba demasiado bien de aquella niebla verde —el espíritu del Oráculo— que vivía dentro de la momia. Parecía sin vida ahora, pero cuando pronunciaba una profecía podía moverse. A veces salía humo de su boca, creando formas extrañas. Una vez incluso bajó del desván y dio un pequeño paseo por el bosque en plan zombi para entregar un mensaje. Así que yo no estaba muy seguro de lo que sería capaz de hacer para la Gran Profecía. Quizá se ponía a bailar claque o algo por el estilo.

Sin embargo, la momia permaneció inmóvil y como muerta (y lo estaba, sin duda).

—Nunca lo he entendido —susurré.

—¿El qué? —preguntó Annabeth.

—Por qué es una momia.

—En la Antigüedad no lo era. Durante miles de años, el espíritu del Oráculo vivió en el interior de una hermosa doncella. El espíritu pasaba de una generación a otra. Quirón me contó que ella era así hace cincuenta años —explicó, señalándola—. Pero ésta fue la última.

—¿Qué sucedió?

Estaba a punto de responder, pero cambió de idea.

—Hagamos lo que tenemos que hacer y salgamos de aquí —dijo.

Miré nervioso la cara marchita del Oráculo.

—Vale, ¿y ahora qué?

Annabeth se volvió hacia la momia y extendió las palmas de las manos.

—Oh, Oráculo, se acerca la hora. Te pido la Gran Profecía.

Me armé de valor, pero la momia no se movió ni un milímetro. Annabeth se acercó un poco más y le desabrochó uno de sus collares. Nunca me había detenido a examinar sus baratijas. Me imaginaba que eran adornos de estilo hippy, en plan paz y amor y esas cosas. Pero cuando Annabeth se volvió hacia mí, tenía en las manos una bolsita de cuero, como la bolsa de la medicina de los nativos americanos, que colgaba de un cordón de plumas trenzadas. La abrió y extrajo un rollo de pergamino no más grande que su meñique.

—No me lo puedo creer —dije—. ¿Así que me he pasado todos estos años haciendo preguntas sobre esa estúpida profecía y ahora resulta que la tenía aquí,

colgada del cuello?

—No había llegado el momento —dijo Annabeth—. Créeme, Percy. Yo la leí con sólo diez años y todavía tengo pesadillas.

—Fantástico. ¿Ya puedo leerla?

—Abajo, en el consejo de guerra —repuso—. No delante de… ya me entiendes.

Miré los ojos vidriosos del Oráculo y decidí no discutir.

Bajamos a reunimos con los demás. No lo sabía entonces, pero aquélla sería la última vez que subía al desván.

* * *

Los líderes más veteranos del campamento estaban reunidos alrededor de la mesa de ping-pong. No me preguntes por qué, pero la sala de juegos se había convertido en una especie de cuartel general improvisado para celebrar los consejos de guerra. De todos modos, cuando llegamos Annabeth, Quirón y yo, aquello parecía más bien un concurso de alaridos.

Clarisse iba aún con la indumentaria de combate. Llevaba sujeta a la espalda su lanza eléctrica (mejor dicho, su segunda lanza eléctrica, porque yo le había partido la primera. Ella la llamaba «Matamonstruos», aunque todo el mundo la conocía como «Matamoscas»). Sostenía bajo el brazo su casco con forma de jabalí y llevaba un puñal al cinto.

Justo en ese momento Michael Yew, el nuevo líder de la cabaña de Apolo, le estaba echando un buen rapapolvo, lo cual resultaba bastante gracioso porque Clarisse le sacaba al menos treinta centímetros. Michael había ocupado el puesto de Lee Fletcher cuando éste cayó en combate el verano anterior. Medía sólo un metro cuarenta, pero con su actitud parecía que midiese dos metros. A mí me recordaba a un hurón, con su nariz puntiaguda y aquellos rasgos contraídos de tanto fruncir el entrecejo o acaso de tanto afinar la puntería con sus flechas.

—¡Ese botín es nuestro! —chillaba Michael, irguiéndose de puntillas para tratar de ponerse a la altura de Clarisse—. ¡Y si no te gusta, que te zurzan!

En torno a la mesa, todos hacían esfuerzos para no reír: los hermanos Stoll; Pólux, de la cabaña de Dioniso; Katie Gardner, de Deméter. Incluso esbozó una leve sonrisa Jake Mason, nombrado precipitadamente nuevo líder de Hefesto para sustituir a Beckendorf. La única que no prestaba atención al altercado era Silena Beauregard. Permanecía sentada junto a Clarisse, contemplando la red de ping-pong con aire ausente. Tenía los ojos rojos e hinchados, y una taza de chocolate delante que ni siquiera había tocado. Me pareció injusto que tuviera que asistir a la reunión. Y no podía creer que Clarisse y Michael se hubieran puesto a discutir allí mismo de algo tan idiota como un botín cuando ella acababa de perder a su novio.

—¡Basta! —bramé—. ¿Qué demonios estáis haciendo?

Clarisse me miró enfurruñada.

—Dile a Michael que no se porte como un imbécil y un egoísta.

—Muy indicado que lo digas tú nada menos —replicó el aludido.

—¡La única razón por la que estoy aquí es para apoyar a Silena! —gritó Clarisse—. Si no, me habría quedado en mi cabaña.

—¿Se puede saber qué pasa? —pregunté.

Pólux carraspeó.

—Clarisse no piensa hablarnos hasta que su, hum… asunto se resuelva. No nos dirige la palabra desde hace tres días.

—¿Qué asunto?

Clarisse se volvió hacia Quirón.

—Eres tú quien está al mando, ¿no? ¿Le corresponde o no le corresponde a mi cabaña lo que pedimos?

Quirón arrastró las pezuñas, incómodo.

—Tal como expliqué en su día, querida, Michael tiene razón —respondió—. La reclamación de la cabaña de Apolo es más convincente. Además, tenemos cosas más importantes…

—Ya, claro —le espetó Clarisse—. Siempre hay cosas más importantes que atender las reclamaciones de Ares. Se supone que hemos de presentarnos y luchar sin rechistar cuando vosotros lo digáis.

—No estaría mal —murmuró Connor Stoll.

Clarisse empuñó el cuchillo.

—Quizá debería preguntarle al señor D…

—Como bien sabes —la interrumpió Quirón, ahora algo irritado—, nuestro director, Dioniso, está muy ocupado con la guerra y no se le puede molestar.

—Ya veo. ¿Y los líderes veteranos? ¿Ninguno de vosotros va a ponerse de mi lado?

Ya nadie sonreía ni se atrevía a mirarla a los ojos.

—Muy bien —dijo, volviéndose hacia Silena—. Perdona. No pretendía meterme en esta discusión cuando tú acabas de perder… En fin, me disculpo. Pero sólo ante ti. Ante nadie más.

Silena no pareció captar sus palabras.

Clarisse arrojó su cuchillo sobre la mesa de ping-pong.

—Y vosotros ya podéis prepararos para librar esta guerra sin Ares. Hasta que reciba una reparación, ningún miembro de mi cabaña levantará un dedo. Que os divirtáis cayendo como moscas.

Los demás líderes se habían quedado pasmados y se limitaron a mirarla salir hecha una furia.

Michael Yew dijo al fin:

—¡Que se pudra!

—¿Bromeas? —protestó Katie Gardner—. ¡Esto es un auténtico desastre!

—No puede hablar en serio —dijo Travis—. ¿O sí?

Quirón suspiró.

—Se ha sentido herida en su orgullo. Acabará calmándose.

No parecía muy convencido.

Tenía ganas de preguntar por qué demonios estaba tan rabiosa Clarisse, pero, cuando miré a Annabeth, ella me respondió con los labios: «Te lo cuento luego».

—Bueno —prosiguió Quirón—. Si hacéis el favor, Percy ha traído algo que debéis oír. Percy… la Gran Profecía.

Annabeth me tendió el pergamino. Se notaba viejo y reseco al tacto. Forcejeé con el cordel, lo desenrollé con cuidado, procurando no romperlo, y empecé a leer:

—«De los dioses más anfibios un mestizo…».

—Hum, Percy —me interrumpió Annabeth—. Son «antiguos», no «anfibios».

—Ah, vale. —La dislexia es uno de los rasgos típicos de un semidiós, aunque a veces resulta una verdadera lata. Cuanto más nervioso me pongo, peor leo—. «De los dioses más antiguos un mestizo… llegará a dieciséis contra todo lo predicho…».

Titubeé un momento, examinando los versos siguientes. Me había entrado una sensación de frío en los dedos, como si el pergamino estuviera helado.

«Y en un sueño sin fin el mundo verá… El alma del héroe, una hoja maldita habrá de segar».

De pronto, me pareció que *Contracorriente* me pesaba más en el bolsillo. ¿Una hoja maldita? Quirón me había dicho una vez que *Contracorriente* había causado dolor a muchas personas. ¿Sería posible que yo fuese a morir por el filo de mi propia espada? ¿Y cómo podía caer el mundo en un sueño sin fin, a menos que se tratara de la muerte?

—Percy —me apremió Quirón—. Lee el resto.

Sentí la boca llena de arena, pero leí en voz alta los dos últimos versos:

—«Una sola decisión… con sus días acabará. El Olimpo perseverará…».

—«Preservará» —corrigió en voz baja Annabeth—. Quiere decir «salvará».

—Ya sé lo que quiere decir —refunfuñé—. «El Olimpo preservará o asolará».

La habitación quedó en silencio. Connor Stoll comentó al fin:

—«Asolará» no está tan mal. Es «aislar», ¿no?

—De eso nada —repuso Silena. Hablaba con tono inexpresivo, pero me sobresaltó oír su voz—. Significa «destruirá».

—«Arrasará» —añadió Annabeth—. «Aniquilará». «Reducirá a escombros».

—Sí, vale. —Sentía un peso en el corazón—. Mensaje recibido.

Todo el mundo me miraba: con inquietud o compasión, o tal vez con un poco de miedo.

Quirón tenía los ojos cerrados, como si se hubiera puesto a rezar. Cuando adoptaba forma de caballo, su cabeza casi rozaba el techo de la sala.

—Ahora entenderás, Percy, por qué consideramos conveniente no contarte la profecía entera. Bastante peso tenías ya sobre tus hombros…

—¿Sin saber que, de todos modos, iba a morir al final? —dije—. Vale, ya lo entiendo.

Quirón me miró con tristeza. El tipo tenía tres mil años, había visto morir a centenares de héroes. Quizá no le gustara, pero ya estaba acostumbrado. Seguramente era consciente de que no valía la pena tratar de tranquilizarme.

—Percy —apuntó Annabeth—, ya sabes que las palabras de una profecía siempre tienen doble sentido. Quizá no signifique literalmente que vayas a morir.

—Sí, ya —dije—. « Una sola decisión con sus días acabará» . Eso tiene una infinidad de significados, ¿no?

—Quizá podamos impedirlo —aventuró Jake Mason—. « El alma del héroe, una hoja maldita habrá de segar» . Tal vez podríamos encontrar esa hoja maldita y destruirla. Suena como si fuera la guadaña de Cronos, ¿no creéis?

No se me había ocurrido, pero tampoco importaba demasiado si la hoja maldita era *Contracorriente* o la guadaña de Cronos. Se suponía que una hoja segaría mi alma. Y la verdad, prefería que no me la segaran.

—Quizá deberíamos dejar que Percy medite sobre esas líneas —dijo Quirón —. Necesita un poco de tiempo…

—No. —Doblé el pergamino y me lo metí en el bolsillo. Me sentía desafiante y lleno de enojo, aunque no sabía con quién estaba enojado—. No necesito tiempo. Si debo morir, moriré. No voy a preocuparme por eso, ¿vale?

A Annabeth le temblaban un poco las manos. No se atrevía a mirarme a los ojos.

—Prosigamos —dije—. Tenemos otros problemas. Hay un espía.

Michael Yew frunció el entrecejo.

—¿Un espía?

Les conté lo que había descubierto en el *Princesa Andrómeda*, o sea, que Cronos sabía que íbamos a presentarnos allí y que incluso me había enseñado el colgante con una guadaña de plata que usaba para comunicarse con su informador.

Silena se echó de nuevo a llorar; Annabeth la rodeó con un brazo.

—Bueno —dijo Connor Stoll, incómodo—, llevamos años sospechando que podría haber un espía, ¿no? Alguien que ha estado pasándole información a Luke. Como la localización del Vellocino de Oro hace un par de años. Tiene que ser alguien que lo conoce bien.

Tal vez sin darse cuenta, le echó un vistazo a Annabeth. Ella había conocido a Luke mejor que nadie, desde luego, pero Connor desvió la mirada.

—Bueno, en fin, podría ser cualquiera.

—Sí. —Katie Gardner les lanzó una hosca mirada a los Stoll. No los soportaba desde que habían decorado el tejado de hierba de la cabaña de Deméter con conejitos de Pascua de chocolate—. Como, por ejemplo, alguno de los hermanos de Luke.

Travis y Connor se enzarzaron en una discusión con ella.

—¡Parad ya! —Silena dio un puñetazo tan fuerte en la mesa que volcó su taza de chocolate—. ¡Charlie ha muerto y sin embargo vosotros no dejáis de discutir como crios!

Bajó la cabeza y se echó otra vez a llorar.

Ahora corría un reguero de chocolate caliente por la mesa de ping-pong. Todo el mundo parecía avergonzado.

—Tiene razón —comentó Pólux por fin—. Acusarnos unos a otros no servirá de nada. Hemos de mantener los ojos bien abiertos por si vemos un collar con una guadaña como amuleto. Si Cronos tiene uno, seguramente el espía también.

Michael Yew soltó un gruñido.

—Tenemos que encontrar a ese espía antes de planear la próxima operación. Que hayamos volado el *Princesa Andrómeda* no va a detener a Cronos eternamente.

—Por supuesto que no —dijo Quirón—. De hecho, su siguiente asalto ya está en marcha.

Arrugué el ceño.

—¿Hablas de esa «amenaza mayor» que mencionó Poseidón?

Él y Annabeth se miraron un instante, como diciéndose: «Ahora sí». ¿He dicho ya que no soporto que me hagan eso?

—Percy —prosiguió Quirón—, no queríamos contártelo hasta que regresaras. Necesitabas un descanso con… tus amigos mortales.

Annabeth se sonrojó. Comprendí que sabía que yo había estado saliendo con Rachel, y me sentí culpable. Enseguida me enfadé conmigo mismo por sentirme culpable. ¿Es que no podía tener amigos fuera del campamento? Cualquiera diría…

—Cuéntame lo que ha pasado —le pedí.

Quirón tomó una copa de bronce de la mesita auxiliar y vertió agua en la plancha caliente donde solíamos fundir el queso de los nachos. De inmediato se elevó una columna de humo, formando un arco iris a la luz de los fluorescentes. Quirón sacó un dracma de oro, lo lanzó a través de la niebla y musitó:

—Oh, Iris, muéstranos la amenaza.

La niebla tembló. Vi la imagen humeante de un volcán conocido: el monte Saint Helens. Mientras lo contemplaba, la ladera de la montaña estalló

violentamente, arrojando fuego, lava y cenizas. La voz de un locutor comentaba: « … incluso mayor que la erupción del año pasado, y los geólogos advierten que podría no haber concluido aún» .

Conocía con todo detalle la erupción del año pasado. La había provocado yo. Pero esta explosión era muchísimo peor. La montaña se hizo pedazos y se desmoronó hacia el interior de la tierra, y entre el humo y la lava se alzó una silueta colosal, como si emergiera de la boca de una alcantarilla. Confiaba en que la Niebla impidiese que los humanos vislumbraran aquello con claridad, porque lo que veía ante mis ojos habría desatado el pánico y provocado revueltas en todo el país.

Aquel gigante era más grande que cualquier otro con el que yo hubiera tropezado. Incluso mis ojos de semidiós no lograban distinguir su forma con exactitud entre las llamas y la ceniza, pero parecía algo humanoide y era tan descomunal, tan brutalmente inmenso, que podría haber usado un rascacielos del tamaño del edificio Chrysler como bate de béisbol. La montaña se estremeció con un retumbo horrible, parecido a un terremoto, como si el monstruo se estuviera riendo.

—Es él —dije—. Tifón.

Albergaba la esperanza de que Quirón dijera algo positivo, como: « ¡No, ése es el grandullón de nuestro amigo Leroy! ¡Viene a echarnos una mano!» . Pero no hubo suerte, porque se limitó a asentir.

—El monstruo más horrible de todos —explicó—, la mayor amenaza que los dioses han afrontado jamás. Ha sido liberado finalmente de debajo de la montaña. Pero esa escena fue grabada dos días atrás. Aquí tienes lo que está ocurriendo ahora.

Quirón hizo un ademán y la imagen cambió. Una masa de nubes tormentosas que se cernían sobre las llanuras del Medio Oeste. Los relámpagos rasgaban el cielo y una serie de tornados lo arrasaban todo a su paso, arrancando casas de cuajo y estrujando coches y camiones como si fuesen de juguete.

« Inundaciones colosales —decía un locutor—. Cinco estados han sido declarados zona catastrófica mientras el monstruoso temporal se desplaza hacia el este, sembrando la destrucción» . Las cámaras enfocaron un frente tormentoso que se acercaba a una ciudad. No sabía cuál era. En el interior de aquella masa rugiente vislumbraba al gigante, aunque sólo percibía atisbos fugaces de su verdadera forma: la silueta borrosa de un brazo, una mano de afiladas garras tan grande como un bloque de casas… Su furioso bramido se propagaba por la llanura como un estallido nuclear. Otras formas más pequeñas surcaban las nubes y volaban en círculos alrededor del monstruo. Vi destellos de luz y comprendí que el gigante trataba de aplastarlas. Entorné los ojos y me pareció distinguir un carro de oro que se zambullía en la negrura. Luego una especie de pájaro enorme, un buho monstruoso, se lanzó directamente contra el gigante.

—¿Ésos… son los dioses? —pregunté.

—Sí, Percy —dijo Quirón—. Llevan días combatiendo con él y tratando de frenarlo. Pero Tifón continúa avanzando… hacia Nueva York. Hacia el Olimpo.

Hice una pausa para asimilar aquellas noticias.

—¿Cuánto le falta para llegar?

—¿A menos que los dioses consigan detenerlo? Quizá cinco días. La mayoría de los olímpicos están ahí luchando… salvo tu padre, que ha de librar su propia guerra.

—¿Quién vigila entonces el Olimpo?

Connor Stoll negó con la cabeza.

—Si Tifón llega a Nueva York, eso ya no importará.

Recordé las palabras de Cronos en el barco: «Me habría encantado ver tu expresión de horror cuando entendieras cómo voy a destruir el Olimpo».

¿A eso se refería, a un ataque de Tifón? No podía negarse que era terrorífico. Pero Cronos siempre estaba engañándonos y tratando de despistarnos. Aquello parecía una maniobra demasiado evidente viniendo de él. Y en mi sueño, el titán dorado había asegurado que nos tenían reservados muchos más desafíos. Como si Tifón fuera sólo el primero.

—¡Es una trampa! —dije—. Hay que avisar a los dioses. Va a ocurrir otra cosa.

Quirón me miró con gravedad.

—¿Peor que Tifón? Espero que no.

—Tenemos que defender el Olimpo —insistí—. Cronos tiene planeado un ataque distinto.

—Lo tenía —me recordó Travis Stoll—. Pero vosotros dos hundisteis su barco.

Todos me miraban. Querían oír algo positivo. Querían creer que al menos yo les había traído un rayo de esperanza.

Le eché una mirada a Annabeth, y sentí que estábamos pensando lo mismo. ¿Y si el *Princesa Andrómeda* era sólo una estratagema? ¿Y si Cronos nos había dejado volar el barco para que bajásemos la guardia?

Sin embargo, eso no pensaba decirlo delante de Silena. Su novio se había sacrificado por el éxito de aquella misión.

—Quizá tengas razón —dije, aunque no lo creía.

Intenté imaginarme cómo podrían empeorar aún las cosas. Los dioses se encontraban en el Medio Oeste luchando con un monstruo descomunal que en una ocasión había estado a punto de derrotarlos. Poseidón sufría un duro asedio y parecía camino de perder la guerra contra el titán Océano. Cronos seguía indemne en algún lugar. El monte Olimpo estaba prácticamente indefenso. Los semidioses del Campamento Mestizo luchábamos por nuestra cuenta, pero con un espía en nuestro seno.

¡Ah! Y según la antigua profecía, yo iba a morir cuando cumpliera los dieciséis, cosa que sucedería en cinco días: justo el tiempo que se suponía que iba a necesitar Tifón para llegar a Nueva York. Casi se me olvidaba ese detalle.

—Bueno —dijo Quirón—. Creo que ya hemos tenido bastante por esta noche.

Hizo un gesto con la mano y el humo se disipó.

—Una manera muy suave de decirlo —musité.

El consejo de guerra fue aplazado hasta el día siguiente.

Capítulo 4

Incineramos un sudario metálico

Soñé con Rachel Elizabeth Dare; se dedicaba a *lanzar* dardos a un retrato mío.

Estaba de pie en su habitación… Vale, rebobinemos un poco. Debo explicar primero que Rachel no tiene una habitación, sino toda la planta superior de la mansión de su familia, un edificio restaurado de piedra arenisca ubicado en Brooklyn. Su «habitación» es un inmenso desván con iluminación industrial y ventanales del suelo al techo. Es el doble de espacioso que el apartamento de mi madre.

Un tema de rock alternativo rugía por un altavoz ultramoderno manchado de pintura. Por lo visto, la única norma de Rachel en materia musical era que no hubiese en su iPod dos canciones que sonaran igual. Y que todas fueran extrañísimas.

Ella iba con un quimono y tenía el pelo encrespado, como si acabara de levantarse. La cama estaba deshecha. Había una serie de caballetes de pintura tapados con sábanas, y por el suelo se veía ropa sucia tirada y envoltorios de barritas energéticas. Pero, bueno, cuando tienes una habitación así de grande, el desbarajuste no produce tan mala impresión. Las ventanas mostraban el panorama nocturno de los rascacielos de Manhattan.

El cuadro acribillado era un retrato en el que yo aparecía de pie sobre el gigante Anteo. Rachel lo había pintado un par de meses atrás. La expresión de mi rostro era feroz, casi inquietante, de manera que resultaba difícil saber si era el bueno o el malo, pero ella decía que aquél era exactamente mi aspecto después de una batalla.

—Semidioses —mascullaba con retintín mientras lanzaba un dardo al lienzo —. Ellos y sus estúpidas operaciones de búsqueda.

La mayoría de los dardos rebotaban, pero varios se clavaban. Uno colgaba de mi mentón como una perilla.

Alguien aporreaba la puerta.

—¡Rachel! —Era la voz de un hombre—. ¿Se puede saber qué demonios haces? Baja esa…

Rachel apagaba la música con el mando a distancia.

—¡Adelante!

Su padre entraba enfurruñado y parpadeaba a causa de aquella luz tan cruda. Tenía el pelo rojizo, como Rachel, aunque un poco más oscuro y totalmente aplastado por un lado, como si acabara de perder una pelea con su almohada. Su pijama azul de seda llevaba bordadas en el bolsillo las iniciales «W.D.». La verdad, ¿quién se borda las iniciales en el pijama?

—Pero ¿qué pasa aquí? —preguntaba airado—. Son las tres de la mañana.

—No podía dormir —decía Rachel.

En ese momento uno de los dardos clavados en mi retrato caía al suelo. Ella trataba de tapar el cuadro con el cuerpo, pero el señor Dare lo veía igualmente.

—Vaya… ¿Así que tu amigo no va a venir a Saint Thomas?

Así era como me llamaba el señor Dare. Nunca « Percy» . Sólo « tu amigo» . O « joven» , si es que se dirigía a mí, cosa que raramente sucedía.

Rachel arqueaba las cejas.

—No lo sé.

—Salimos por la mañana —decía su padre—. Si no se ha decidido ya…

—Seguramente no vendrá —replicaba Rachel con tono sombrío—. ¿Contento?

El señor Dare se paseaba muy serio por la habitación, con las manos cruzadas a la espalda. Supongo que eso era lo que hacía en la sala de reuniones de su promotora inmobiliaria y lo que ponía más nerviosos a sus subordinados.

—¿Aún tienes pesadillas? —preguntaba—. ¿Y dolores de cabeza?

Rachel tiraba los dardos al suelo.

—No debería habértelo contado.

—Soy tu padre. Me preocupo por ti.

—Más bien por el buen nombre de la familia —mascullaba su hija.

El hombre no reaccionaba, quizá porque ya había oído ese comentario otras veces, o quizá porque era cierto.

—Podríamos llamar al doctor Arkwright —sugería—. Él te ayudó a superar la muerte de tu hámster.

—Entonces tenía seis años. Y no, papá, no necesito un terapeuta. Sólo… —Movía la cabeza con impotencia.

Su padre se detenía junto a los ventanales. Observaba el horizonte de rascacielos como si fueran suyos, lo que no era el caso: sólo poseía una parte.

—Te vendrá bien alejarte un poco —decidía—. Has estado sometida a influencias poco saludables.

—No pienso ir a la Academia de Señoritas Clarion —le espetaba Rachel—. Y mis amistades no son asunto tuyo.

Él sonreía, pero no con calidez, sino en plan: « Algún día comprenderás que eso son tonterías» .

—Procura dormir un poco —le sugería—. Mañana por la noche estaremos en la playa. Ya verás qué divertido es.

—Muy divertido —resoplaba Rachel—. Divertidísimo.

Su padre salía de la habitación, dejando la puerta abierta.

Rachel contemplaba mi retrato. Luego se acercaba al caballete de al lado, cubierto con una sábana.

—Ojalá sean sueños —decía.

Destapaba el caballete para revelar un dibujo al carboncillo esbozado deprisa,

aunque se notaba que Rachel era muy buena. Se trataba de un retrato de Luke de niño. Debía de tener unos nueve años y sonreía de oreja a oreja, todavía sin aquella cicatriz en la cara. No se me ocurría cómo podía saber Rachel qué aspecto tenía Luke entonces, pero el retrato era tan fiel que me daba la sensación de que no era inventado. Por lo que yo sabía de la vida de Luke, que no era mucho, aquel retrato lo mostraba justo antes de descubrir que era mestizo y escapar de casa.

Rachel lo contemplaba largamente. Luego destapaba el siguiente caballete. Ese cuadro todavía era más inquietante: una imagen del Empire State sobre un cielo plagado de relámpagos. A lo lejos se preparaba una gran tormenta y una mano gigantesca se insinuaba entre las nubes negras. Al pie del edificio se había congregado una multitud, pero no de turistas y peatones. Lo que se veían eran lanzas, jabalinas y estandartes: los símbolos de un ejército.

—Percy —murmuraba Rachel—, ¿qué está pasando?

El sueño se desvaneció, y lo último que recuerdo haber pensado fue que me gustaría poder responder a su pregunta.

* * *

Quería llamarla a la mañana siguiente, pero en el campamento no había teléfonos. A Dioniso y Quirón no les hacía falta una línea fija. Cuando necesitaban algo, les bastaba con enviar un mensaje Iris al Olimpo. Y en cuanto a los teléfonos móviles, cuando los usa un semidiós la señal alerta a todos los monstruos en cien kilómetros a la redonda. Viene a ser como lanzar una bengala: «¡Aquí estoy! ¡Hazme una cara nueva, por favor!». Así que, incluso dentro de los límites de seguridad del campamento, es una clase de publicidad que preferimos evitar.

Por este motivo, la mayoría de los mestizos, salvo Annabeth y algún otro, ni siquiera poseían su propio móvil. Y a ella, desde luego, no podía decirle: «Oye, déjame tu teléfono, tengo que llamar a Rachel». En fin, para hacer la llamada tenía que salir del campamento y caminar varios kilómetros hasta el supermercado más cercano. E incluso si Quirón me daba permiso, cuando llegase allí Rachel ya estaría volando hacia Saint Thomas.

Engullí un desayuno deprimente, sentado solo en la mesa de Poseidón. No quitaba la vista de la fisura del suelo de mármol por la que Nico había arrojado dos años atrás al inframundo a un puñado de esqueletos sedientos de sangre. Aquel recuerdo no contribuía precisamente a abrirme el apetito.

* * *

Después del desayuno, Annabeth y yo bajamos a inspeccionar las cabañas.

Le tocaba hacer la inspección a ella. Mi tarea matinal consistía en clasificar informes para Quirón. Pero como los dos aborrecíamos nuestros respectivos trabajos, decidimos hacerlos juntos para que no resultaran tan insoportables.

Empezamos por la cabaña de Poseidón, que ocupaba sólo yo. Había hecho la cama esa mañana (bueno, más o menos) y había colocado bien el cuerno de minotauro de la pared, así que me daba a mí mismo un cuatro sobre cinco.

—Estás siendo muy generoso —dijo Annabeth con una mueca, mientras recogía con la punta de su lápiz unos pantalones sucios.

Se los arrebaté de un tirón.

—Eh, dame un respiro. Este verano no cuento con Tyson para que ponga orden y arregle mis estropicios.

—Tres sobre cinco —sentenció Annabeth.

No me convenía discutir, así que continuamos.

Eché una ojeada al montón de informes de Quirón mientras caminábamos. Había mensajes de semidioses, de sátiros y espíritus de la naturaleza procedentes de todo el país, que informaban sobre los últimos movimientos de los monstruos. Eran bastante deprimentes, y a mi cerebro aquejado de THDA (Trastorno Hiperactivo por Déficit de Atención) no le gusta concentrarse en las cosas deprimentes.

Había batallas menores por todas partes. El reclutamiento de efectivos para el campamento se había reducido a cero. A los sátiros les costaba muchísimo localizar a nuevos semidioses y traerlos a la colina Mestiza, debido a la cantidad de monstruos que pululaban por el país. De nuestra amiga Thalia, que dirigía a las cazadoras de Artemisa, no nos llegaban noticias desde hacía meses, y si Artemisa sabía lo que les había ocurrido, no parecía dispuesta a contárselo a nadie.

Visitamos la cabaña de Afrodita, que, por supuesto, sacó un cinco sobre cinco. Las camas estaban hechas a la perfección y la ropa guardada en baúles y ordenada por colores. Había flores frescas en los alféizares de las ventanas. Aunque yo quería quitarle un punto porque todo apestaba a perfume de diseño, Annabeth no me hizo caso.

—Impecable como siempre, Silena —sentenció.

Silena asintió lánguidamente. La pared detrás de su cama estaba empapelada con fotografías de Beckendorf. Ella permanecía sentada con una caja de bombones en el regazo. Recordé que su padre tenía una tienda de chocolate en el Village (de ahí que Afrodita se hubiera fijado en él en su día).

—¿Quieres un bombón? —preguntó—. Me los ha enviado mi padre. Ha pensado… que quizá sirvan para levantarme el ánimo.

—¿Son buenos? —pregunté.

Ella negó con la cabeza.

—Saben a cartón.

Yo no tenía nada contra el cartón, de manera que probé uno. Annabeth pasó. Le prometimos a Silena que iríamos más tarde a verla y seguimos adelante.

Mientras cruzábamos la zona comunitaria, se desató una pelea entre las cabañas de Ares y Apolo. Varios campistas de Apolo provistos de bombas incendiarias sobrevolaron la cabaña de Ares con un carro tirado por dos pegasos. Nunca había visto aquel carro, pero daba la impresión de ser cómodo y ligero. El tejado de Ares empezó a arder enseguida, y las náyades del lago de las canoas se apresuraron a echarle agua para apagarlo.

Entonces los de Ares les lanzaron una maldición y las flechas de los arqueros de Apolo se volvieron de goma. Éstos seguían disparando, pero las flechas rebotaban sin hacerles ningún daño.

Dos arqueros pasaron corriendo por nuestro lado, perseguidos por un chico de Ares furioso que les gritaba en verso:

—¿Maleficios contra mí lanzáis? ¡A pagar me las vais! ¡Días y noches os arrepentiréis! ¡Y a la rima despreciaréis!

Annabeth suspiró.

—No, por favor. ¡Otra vez no! La última vez que Apolo le echó un maleficio a una cabaña, costó una semana que las víctimas dejaran de hablar en pareados.

Me estremecí. Apolo no solamente era dios de los arqueros, sino también de la poesía, y yo lo había oído recitar en persona. Casi habría preferido que me clavaran una flecha.

—¿Por qué se están peleando? —pregunté.

Annabeth no me prestó atención mientras anotaba en un rollo de papiro su veredicto: uno sobre cinco para ambas cabañas.

De pronto la miré fijamente, cosa bastante absurda porque la había visto un millón de veces. Ese verano, para mi alivio, teníamos prácticamente la misma estatura. Aun así, ella parecía mucho más madura. Resultaba incluso algo intimidante. O sea, sí, Annabeth siempre ha sido mona, pero ahora estaba empezando a ser guapa de verdad.

Finalmente, levantó la vista y dijo:

—Por ese carro volador.

—¿Qué?

—Me has preguntado por qué se peleaban, ¿no?

—Ah, sí.

—Lo capturaron la semana pasada durante un ataque en Filadelfia. Unos mestizos de Luke se habían presentado allí con el carro volador y los de la cabaña de Apolo se apoderaron de él durante la batalla. Pero el ataque lo dirigía la cabaña de Ares, así que llevan discutiendo desde entonces a quién le corresponde quedárselo.

Nos agachamos bruscamente, porque Michael Yew pasaba lanzado con su carro para bombardear a un campista de Ares. Éste intentó clavarle la espada y

le echó una maldición rimada.

—Estamos tratando de salvar nuestras vidas —dije—, y lo único que se les ocurre es pelearse por un carro estúpido.

—Ya se les pasará. Clarisse acabará entrando en razón.

A mí no me parecía tan seguro. Entrar en razón no iba demasiado con la Clarisse que yo conocía.

Seguí ojeando informes mientras revisábamos unas cuantas cabañas más. Deméter sacó un cuatro. Hefesto un tres justo, y seguramente le correspondía una nota más baja, pero con lo de Beckendorf les perdonamos un poquito. Hermes se llevó un previsible dos. Todos los campistas que no conocían a su progenitor olímpico iban a parar a Hermes y, como los dioses son un poco olvidadizos, aquella cabaña estaba siempre repleta.

Llegamos por fin a la cabaña de Atenea, que se veía tan ordenada y pulcra como de costumbre. Los libros alineados en los anaqueles, las armaduras pulidas y relucientes, y las paredes decoradas con planos y mapas de batallas. Únicamente la cama de Annabeth estaba hecha una calamidad, con montones de papeles esparcidos por encima y con su portátil plateado abierto y en funcionamiento.

—*Vlacas* —masculló Annabeth por lo bajini, que era como llamarse idiota a sí misma en griego.

Su lugarteniente Malcolm reprimió una sonrisa.

—Eh… bueno, hemos limpiado todo lo demás. No sabíamos si sería prudente tocar tus notas.

Una muestra de inteligencia por su parte. Annabeth tenía un cuchillo de bronce que reservaba para los monstruos más peligrosos y para la gente que se atrevía a tocar sus cosas.

Malcolm me sonrió.

—Esperaremos fuera a que terminéis la inspección.

Todos los campistas de Atenea desfilaron por la puerta mientras Annabeth ordenaba y arreglaba su cama.

Me paseé incómodo arrastrando los pies y simulando que revisaba varios informes más. Oficialmente, incluso durante una inspección, iba contra las normas del campamento que dos campistas permanecieran… hum, solos en una cabaña.

Esta norma había dado mucho que hablar cuando Silena y Beckendorf habían empezado a salir. Sí, ya sé, quizá estarás pensando: « ¿No son parientes todos los semidioses por su lado divino? ¿Cómo es posible que puedan salir juntos?» . Pero la cuestión es que el lado divino de tu familia no cuenta, genéticamente hablando, porque los dioses no tienen ADN. Aun así, a ningún semidiós se le ocurriría salir con otro que tenga el mismo progenitor divino. Por ejemplo, ¿dos miembros de la cabaña de Atenea? Imposible. En cambio, ¿una hija de Afrodita y un hijo de

Hefesto? Perfecto, porque no tienen ningún parentesco.

En fin, no sé por qué me había puesto a pensar en todo eso mientras Annabeth ordenaba y cerraba el portátil, un regalo del inventor Dédalo el verano pasado.

—Bueno —carraspeé—, ¿has sacado información interesante de ese trasto?

—Demasiada. Dédalo tenía tantas ideas que podría pasarme cincuenta años tratando de entenderlas.

—Ya —murmuré—. Menuda diversión.

Recogió sus papeles, la mayoría dibujos de edificios, y también un montón de notas manuscritas. Sabía que quería ser arquitecta, pero ya había aprendido que no debía preguntarle en qué estaba trabajando, porque se ponía a hablar de ángulos y paredes de carga y acababa mareándome.

—¿Sabes? —Se recogió el pelo detrás de la oreja, como suele hacer cuando se pone nerviosa—. Toda esta historia de Beckendorf y Silena… da que pensar. Sobre las cosas importantes, me refiero. Como perder a las personas que te importan.

Asentí. Mi cerebro, alarmado, empezó a buscar algún detalle insignificante al que aferrarse: cualquier cosa para distraerme. Por ejemplo, que aún llevara puestos los pendientes de plata con forma de lechuza que le había regalado su padre, un profesor de historia militar de San Francisco y una especie de genio estrafalario.

—Ah, hum —balbuceé—. Y… ¿todo bien en tu familia? —Vale, sí, era una pregunta idiota, pero bueno, estaba nervioso.

Annabeth pareció decepcionada, pero asintió.

—Mi padre quería llevarme a Grecia este verano —dijo, melancólica—. Siempre he deseado ver…

—El Partenón —recordé.

Ella esbozó una sonrisa.

—Sí.

—No importa. Habrá otros veranos, ¿no?

Nada más decirlo, comprendí que era un comentario de lo más estúpido. Se acercaba el momento que acabaría con mis días, según la profecía. En una semana, el Olimpo podía caer. Y si la Era de los Dioses llegaba a su fin, el mundo tal como lo conocíamos se sumiría en el caos. Los semidioses serían perseguidos y exterminados. Ya no tendríamos más veranos.

Annabeth miraba fijamente el rollo de papiro con los resultados de la inspección.

—Tres sobre cinco —murmuró entre dientes— por culpa de una líder desastrada. Vamos. Acabemos con los informes y vayamos a ver a Quirón.

De camino a la Casa Grande leímos el último. Estaba escrito a mano en una hoja de arce y procedía de un sátiro de Canadá. Aquel informe me deprimió todavía más.

—«Querido Grover —leí en voz alta—. Bosques de Toronto atacados por un tejón gigante maligno. Intentado, como sugeriste, invocar el poder de Pan. Sin resultado. Muchas náyades de los árboles destruidas. En retirada hacia Ottawa. Instrucciones, por favor. ¿Dónde estás? Gleeson Hedge, protector».

Annabeth hizo una mueca.

—¿No has tenido noticias de él? —preguntó—. ¿Ni siquiera con vuestra conexión por empatia?

Negué con la cabeza, desanimado.

Desde el verano pasado, cuando el dios Pan había muerto, nuestro amigo Grover había permanecido casi todo el tiempo alejado del campamento. El Consejo de Sabios Ungulados lo consideraba un apestado, pero Grover había seguido viajando por toda la costa Este para propagar el mensaje de Pan y convencer a los espíritus de la naturaleza de que cada uno debía proteger su pequeña parcela de territorio virgen. Sólo había regresado unas cuantas veces para ver a su novia Enebro.

Lo último que había sabido de él era que andaba por Central Park organizando a las dríadas, pero nadie lo había visto ni recibía noticias suyas desde hacía dos meses. Habíamos tratado de mandarle mensajes Iris, pero nunca conseguíamos comunicarnos. Yo tenía una conexión por empatia con Grover, así que esperaba enterarme si llegaba a sucederle algo malo. Una vez me había dicho que si él moría, también podría morir yo a causa de la conexión. Pero no sabía si aquello seguía en vigor.

Me pregunté si todavía estaría en Manhattan. Luego recordé mi sueño y el boceto de Rachel, con las nubes arremolinándose sobre la ciudad y un ejército reunido al pie del Empire State.

—Annabeth. —La detuve junto a la pista de voleibol. Sabía que me estaba metiendo en un lío, pero no se me ocurría otra persona en quien confiar. Además, yo siempre había contado con su consejo—. Escucha, he tenido un sueño, hum… con Rachel.

Y se lo conté todo, incluso lo del retrato de Luke de niño.

Ella se quedó en silencio. Luego se puso a enrollar el papiro de la inspección con tanta saña que acabó rasgándolo.

—¿Qué quieres que te diga? —me espetó al fin.

—No lo sé. Tú eres la mejor estratega que conozco. Si estuvieras en la piel de Cronos planeando esta guerra, ¿cuál sería tu próximo paso?

—Utilizaría a Tifón para distraer al enemigo. Y entonces, mientras los dioses permanecían en el Oeste, atacaría el Olimpo.

—Como en el cuadro de Rachel.

—Percy —dijo con voz tirante—, Rachel es solamente una mortal.

—Pero ¿y si lo que ha soñado es cierto? Los otros titanes dijeron que el Olimpo sería destruido en cuestión de días. Y que nos tenían reservados otros

desafíos. Y además está ese retrato de Luke cuando era niño…

—Hay que estar preparados.

—¿Cómo? —exclamé—. Mira el campamento. Ni siquiera podemos dejar de pelear entre nosotros. Y se supone que mi estúpida alma habrá de acabar segada.

Ella tiró el rollo de papiro con rabia.

—Sabía que no debíamos mostrarte la profecía. —Sonaba dolida y contrariada—. Sólo ha servido para asustarte. Y tú sueles huir cuando estás asustado.

La miré, atónito.

—¿Huir?, ¿yo?

Se puso delante de mí.

—Sí, tú. ¡Eres un cobarde, Percy Jackson!

Casi me rozaba con la nariz. Tenía los ojos enrojecidos y de repente comprendí que quizá no se refería a la profecía al llamarme cobarde.

—Si no te convencen las posibilidades que tenemos —dijo—, quizá deberías irte de vacaciones con Rachel.

—Annabeth…

—¡Si es que tanto te disgusta nuestra compañía!

—¡Eso no es justo!

Me dio un empujón y se alejó furiosa hacia el campo de fresas. Mientras cruzaba la pista de voleibol, la pelota se le puso a tiro y le dio tal patada que la mandó al quinto pino.

* * *

Me encantaría poder decir que el día mejoró a partir de ese momento. Pero no fue así, desde luego.

A primera hora de la tarde nos congregamos junto a la hoguera del campamento para incinerar el sudario de Beckendorf y decirle adiós. Incluso las cabañas de Ares y Apolo acordaron una tregua provisional para asistir a la ceremonia.

El sudario de Beckendorf estaba hecho de eslabones metálicos, como una cota de malla. Yo no veía cómo podría arder, pero las Moiras debieron de echar una mano porque el metal se fundió sin problemas bajo el fuego, convirtiéndose en un humo dorado que se elevó hacia el cielo. Las llamas de la hoguera reflejaban siempre el estado de ánimo de los campistas, y esta vez ardían con un tono prácticamente negro.

Confié en que el espíritu de Beckendorf acabara en los Campos Elíseos. Aunque quizá eligiera volver a nacer y llegar a los Campos en tres vidas distintas para poder acceder a las Islas Afortunadas, que eran algo así como la sede de la fiesta más guay dentro del inframundo. Nadie lo merecía más que él.

Una vez terminada la ceremonia, Annabeth se alejó sin dirigirme la palabra. La mayoría de los campistas se retiraron a sus respectivas tareas. Yo me quedé contemplando las llamas mortecinas. Silena permanecía sentada sollozando; Clarisse y su novio, Chris Rodríguez, procuraban consolarla.

Finalmente, me armé de valor y me acerqué.

—Silena, lo siento muchísimo —le dije.

Ella se sorbió la nariz mientras Clarisse me dirigía una mirada furibunda (aunque ella mira así a todo el mundo). Chris no se atrevía ni a levantar la vista. Había sido uno de los secuaces de Luke hasta que Clarisse lo rescató del Laberinto el verano pasado, y supongo que todavía se sentía culpable.

Me aclaré la garganta.

—Ya sabes que Beckendorf llevaba encima una foto tuya —proseguí—. La miró justo antes de que entrásemos en combate. Significabas mucho para él. Hiciste que este año fuera el mejor de su vida.

Silena sollozó.

—Bravo, Percy —masculló Clarisse.

—No; está bien —dijo Silena—. Gracias… gracias, Percy. Ahora tengo que irme.

—¿Quieres compañía? —preguntó Clarisse.

Ella negó con la cabeza y se alejó corriendo.

—Es más fuerte de lo que parece —musitó Clarisse casi para sí—. Sobrevivirá.

—Para eso podrías echarnos una mano —le dije—. Podrías rendir honor a la memoria de Beckendorf luchando con nosotros.

Ella buscó instintivamente su cuchillo, pero ya no lo llevaba encima. Lo había dejado clavado en la mesa de ping-pong de la Casa Grande.

—No es problema mío —refunfuñó—. Si mi cabaña no recibe honores, yo no lucho.

Advertí que ella no hablaba en verso. Quizá no andaba cerca cuando sus compañeros habían sufrido el maleficio, o quizá se las había arreglado para romperlo. Me pregunté con un escalofrío si podría ser la espía de Cronos en el campamento. ¿Sería por eso por lo que mantenía a su cabaña apartada de la lucha? Pero, por mal que me cayera, la verdad era que espiar para los titanes no parecía propio de ella.

—Muy bien —le dije—. No quería sacarlo a relucir, pero me debes una. Si no fuera por mí, te estarías pudriendo en la cueva del cíclope del Mar de los Monstruos.

Ella apretó la mandíbula.

—Pídeme cualquier otra cosa, Percy. Pero eso no. La cabaña de Ares ha sido maltratada demasiadas veces. Y no creas que no sé lo que dicen todos de mí en cuanto les doy la espalda.

«Bueno, es la verdad», habría deseado responder, pero me mordí la lengua.
—Entonces… ¿vas a permitir que Cronos nos aplaste? —le pregunté.
—Si tanto deseas mi ayuda, dile a Apolo que nos entregue el carro.
—Sigues siendo una cría: grandullona pero cría.
Hizo el amago de echarse sobre mí, pero Chris se interpuso.
—Vamos, chicos —dijo—. Oye, Clarisse, quizá tenga razón.
Ella lo miró con aire desdeñoso.
—¿Tú también?
Se alejó furiosa y Chris fue detrás de ella.
—¡Eh, espera! Yo sólo… ¡Espera, Clarisse!
Observé cómo se elevaban las últimas chispas de la hoguera de Beckendorf. Luego me encaminé hacia la arena de combate. Necesitaba un respiro, y quería ver a una vieja amiga.

Capítulo 5

Me monto en un perro y me voy contra un árbol

La *Señorita O'Leary* me vio antes de que yo la viera a ella, lo cual tenía su guasa, considerando que es del tamaño de un camión. Entré en el ruedo de arena y un muro de oscuridad se me vino encima.

—¡Guau!

Cuando quise darme cuenta, me encontraba tirado en el suelo con una pezuña gigante en el pecho y una lengua enorme y rasposa como un estropajo lamiéndome la cara.

—¡Uf! —resoplé—. Qué tal, chica. Yo también me alegro de verte. ¡Ay!

Me costó unos minutos calmarla y quitármela de encima. Para entonces ya estaba empapado de babas. Ella quería jugar, así que tomé un escudo de bronce y lo lancé a la otra punta del ruedo.

La *Señorita O'Leary*, dicho sea de paso, es la única perra del infierno simpática. La había heredado cuando murió su anterior propietario. La dejaba en el campamento y Beckendorf… bueno, Beckendorf solía cuidar de ella cuando yo estaba fuera. Él había forjado el hueso de bronce que más le gustaba y que se pasaba todo el tiempo mascando. También le había hecho un collar y en la etiqueta había puesto un icono sonriente amarillo —en vez de la calavera— entre dos tibias cruzadas.

Pensar en todo aquello me entristecía de nuevo, pero le lancé una cuantas veces más el escudo porque ella insistía.

Enseguida se puso a ladrar —un estruendo incluso superior al de un cañón de artillería—, como si necesitara salir a dar un paseo. A los demás campistas no les gustaba que hiciera sus necesidades en la arena. Ya había provocado más de un resbalón e incluso algún accidente desafortunado. Abrí la cerca y ella se alejó hacia el bosque dando saltos.

La seguí corriendo, aunque no me preocupaba que me llevara la delantera. No había nada en aquel bosque que entrañase peligro para la *Señorita O'Leary*. Incluso los dragones y los escorpiones gigantes escapaban cuando la oían acercarse.

La localicé al fin (para entonces ya había ido al lavabo) en el claro donde el Consejo de los Sabios Ungulados había sometido a juicio a Grover. El lugar no tenía buen aspecto. La hierba estaba amarillenta y los tres tronos de arbustos recortados habían perdido todas las hojas. Pero lo que me sorprendió no fue eso, sino el extraño trío que divisé en medio del claro: la ninfa Enebro, Nico di Angelo y un sátiro viejísimo y muy gordo.

Nico era el único que no parecía asustado por la aparición de la *Señorita O'Leary*. Tenía el mismo aspecto que en mi sueño, con su cazadora de cuero,

unos tejanos negros y una camiseta con esqueletos danzantes, como en esas imágenes del Día de los Muertos. Llevaba al cinto su espada de hierro estigio. Sólo tenía doce años, pero parecía mucho mayor y más triste que un chico de esa edad.

Me hizo un gesto al verme, sin dejar de rascarle las orejas a la *Señorita O'Leary*. Ella le olisqueaba las piernas como si fuesen lo más interesante que había husmeado en su vida, aparte de los filetes de vaca. No era de extrañar. Siendo hijo de Hades, Nico debía de haber andado por sitios muy apetitosos para un perro del infierno.

El viejo sátiro no parecía tan contento, ni mucho menos.

—¿Alguien va a explicarme qué demonios hace esta criatura del inframundo en mi bosque? —Agitaba los brazos y daba golpes nerviosos con las pezuñas, como si la hierba estuviera ardiendo—. ¡Tú, Percy Jackson! ¿Es tuya esta fiera?

—Perdona, Leneo —le respondí—. Es así como te llamas, ¿no?

El sátiro puso los ojos en blanco. Tenía el pelaje de color gris pelusa y una telaraña entre los cuernos. Con aquella panza, pensé, habría sido un autochoque invencible.

—Pues claro que soy Leneo. No me dirás que te has olvidado tan fácilmente de un miembro del Consejo, ¿eh? Y ahora, saca de aquí a esta fiera.

—¡Guau! —dijo alegremente la *Señorita O'Leary*.

El viejo sátiro tragó saliva y espetó:

—¡Dile que se vaya! En estas condiciones, Enebro, no pienso ayudarte.

Enebro se volvió hacia mí. Estaba muy mona, al estilo de las dríadas, con su vaporoso vestido morado y sus rasgos de elfo, pero tenía los ojos teñidos de verde de tanto llorar clorofila.

—Hola, Percy —dijo, sorbiéndose la nariz—. Estaba preguntando ahora mismo por Grover. Estoy segura de que le ha ocurrido algo. No pasaría tanto tiempo fuera si no se hubiera metido en un aprieto. Tenía la esperanza de que Leneo…

—¡Ya te lo he dicho! —bramó el sátiro—. Te irán mejor las cosas sin ese traidor.

—¡No es un traidor! —protestó Enebro—. ¡Es el sátiro más valiente del mundo y quiero averiguar dónde está!

—¡Guau!

A Leneo le temblaban las rodillas.

—¡N… no responderé a ninguna pregunta mientras este perro del infierno siga husmeándome la cola!

Nico hacía esfuerzos para no mondarse de risa.

—Ya me la llevo yo a dar un paseo —dijo.

Dio un silbido y la *Señorita O'Leary* correteó tras él hacia la otra punta de la arboleda.

Leneo resopló indignado y se sacudió las ramitas de la camisa.

—Bueno, como estaba tratando de explicarte, jovencita, tu novio no ha enviado ni un solo informe desde que decidimos exiliarlo por votación.

—Intentasteis exiliarlo por votación —lo corregí—. Pero Quirón y Dioniso lo impidieron.

—¡Bah! Ellos sólo son miembros honorarios del Consejo. No fue una votación reglamentaria.

—Ya se lo contaré a Dioniso —dije.

Leneo palideció.

—Bueno, quería decir… —balbució—. Jackson, esto no es asunto tuyo.

—Grover es amigo mío —repliqué—. Y no mentía cuando os explicó la muerte de Pan. Yo fui testigo. Pero a vosotros os daba demasiado miedo aceptar la verdad.

A Leneo le temblaron los labios de rabia.

—¡No! Grover es un mentiroso. ¡Por mí que se pudra! Nos las arreglamos mejor sin él.

Señalé los tronos marchitos.

—Si tan bien van las cosas, ¿dónde están tus amigos? Parece que vuestro Consejo no se ha reunido últimamente.

—Marón y Sileno… eh… volverán, estoy seguro —afirmó, aunque había una nota de temor en su voz—. Se están tomando su tiempo para reflexionar. Ha sido un año muy peliagudo.

—Y más lo va a ser —le aseguré—. Necesitamos a Grover, Leneo. Ha de haber un modo de localizarlo con tu magia.

El viejo sátiro parpadeó, nervioso.

—Te lo estoy diciendo: no he oído nada. Quizá esté muerto.

—Muerto no —le aseguré—. Eso sí lo percibo.

—Esas conexiones por empatia —replicó, desdeñoso— son muy poco fiables.

—Pregunta por ahí —insistí—. Encuéntralo. Se avecina una guerra. Grover estaba preparando a los espíritus de la naturaleza.

—¡Sin mi permiso! Y ésta no es nuestra guerra.

Lo agarré de la camisa, cosa nada propia de mí, la verdad, pero aquella vieja cabra estaba sacándome de quicio.

—Escucha, Leneo. Cuando Cronos ataque, vendrá con manadas de perros del infierno. Y destruirá todo lo que encuentre a su paso: mortales, dioses, semidioses… ¿Crees que a los sátiros no os tocará un pelo? Se supone que eres un líder. Pues lidera. Lárgate de una vez y averigua lo que pasa. Encuentra a Grover y tráele noticias a Enebro. Y ahora, ¡muévete!

No le di un empujón muy fuerte, pero era más bien cabezón y se desplomó sobre sus cuartos traseros. Se reincorporó penosamente y se alejó corriendo con su panza bamboleante.

—¡Grover jamás será aceptado! —refunfuñó—. ¡Seguirá desterrado hasta la muerte!

Desapareció entre los matorrales y Enebro se secó los ojos.

—Perdona, Percy. No quería involucrarte. Leneo sigue siendo uno de los señores de la Naturaleza. No te conviene tenerlo como enemigo.

—No importa —contesté—. Tengo enemigos peores que ese sátiro gordinflón.

Nico se acercó.

—Buen trabajo, Percy —dijo—. Por el rastro de boñigas que ha dejado, yo diría que lo has asustado de lo lindo.

A mí, en cambio, me asustaba ver allí a Nico, porque intuía el motivo. Aun así traté de sonreír.

—Bienvenido. ¿Sólo has venido a ver a Enebro? —pregunté.

Él se sonrojó.

—Eh… no. Eso ha sido por causalidad. He caído… en medio de su conversación.

—¡Nos ha dado un susto brutal! —dijo Enebro—. Como surgido directamente de las sombras. Pero oye, Nico, tú eres hijo de Hades. ¿Seguro que no has sabido nada de Grover?

El chico desplazó su peso de una pierna a otra.

—Ya he intentado explicártelo, Enebro… Aunque Grover muriera, se reencarnaría en otro ser de la naturaleza. Yo no percibo esas cosas, sólo detecto las almas mortales.

—Pero si te enteras de algo —suplicó, poniéndole una mano en el brazo—, de cualquier cosa…

Nico se ruborizó aún más.

—Eh… sí, cuenta con ello. Mantendré los oídos alerta.

—Daremos con él, Enebro —le prometí—. Grover está vivo, seguro. Tiene que haber algún motivo para que no se haya comunicado con nosotros.

Ella asintió, desmoralizada.

—¡Me da rabia no poder salir del bosque! Puede estar en cualquier parte y yo, aquí atada, esperando. Ay, si ese niño cabra se ha hecho daño…

La *Señorita O'Leary* volvió dando saltos y se puso a olfatear el vestido de Enebro. Ella soltó un chillido.

—¡Eh, quieta! Que ya sé lo que pasa con los perros y los árboles. ¡Me voy!

Hizo *¡puf!* y se disolvió en una niebla verde. La perra se alejó decepcionada en busca de otro objetivo.

Nico dio unos golpecitos en el suelo con la espada y en el acto surgió de la tierra un montón de huesecillos que se acoplaron entre sí y formaron el esqueleto de un ratón de campo, que se apresuró a salir corriendo.

—Me apenó mucho lo de Beckendorf —comentó Nico.

Se me hizo un nudo en la garganta.

—¿Cómo lo has sabido?

—Hablé con su fantasma.

—Ah… ya. —No conseguía hacerme a la idea de que aquel crío de doce años pasara más tiempo hablando con los muertos que con los vivos—. ¿Te dijo algo?

—No te culpa a ti. Se imaginaba que te estarías fustigando por lo ocurrido y me dijo que no tenías por qué.

—¿Va a tratar de renacer?

Nico negó con la cabeza.

—Piensa quedarse en los Campos Elíseos. Dijo que esperaba a alguien. No sé a qué se refería, pero parecía conforme con la muerte.

Aquello no me consolaba demasiado, pero ya era algo.

—Tuve una visión de ti en el monte Tamalpais —le dije—. ¿Fue…?

—Real, sí —repuso—. No pretendía espiar a los titanes, pero andaba por allí cerca.

—¿Se puede saber para qué?

Nico tiró del cinturón de su espada.

—Seguía una pista… bueno, ya sabes, de mi familia.

Asentí. No ignoraba que su pasado era un asunto doloroso. Hasta hacía dos años, él y su hermana Bianca habían permanecido detenidos en el tiempo en el Hotel Casino Loto. Habían pasado allí unos setenta años. Finalmente, un misterioso abogado los había rescatado y llevado a un internado, pero Nico no conservaba ningún recuerdo de su vida antes de aquel casino. No sabía nada de su madre. Tampoco quién era el abogado ni por qué los habían congelado en el tiempo y luego los habían liberado. Desde que Bianca había muerto y lo había dejado solo, vivía obsesionado con encontrar la respuesta a todos aquellos enigmas.

—¿Y cómo te fue? —le dije—. ¿Hubo suerte?

—No —murmuró—. Pero quizá tenga pronto una nueva pista.

—¿Cuál?

Nico se mordió el labio.

—Eso no importa ahora —afirmó—. Ya sabes por qué he venido.

Sentí un pavor que me oprimió el pecho. Desde que el pasado verano Nico me había propuesto su plan para derrotar a Cronos, yo no había parado de sufrir pesadillas. Él se había presentado de vez en cuando para apremiarme a que le diera una respuesta, pero le había ido dando largas.

—No sé, Nico —dije—. Es que me parece una pasada, una solución extrema.

—Ya, pero vas a tener a Tifón aquí en… ¿cuánto?, ¿una semana? Y la mayoría de los demás titanes están sueltos y se han puesto del lado de Cronos. Quizá haya llegado el momento de pensar en soluciones extremas.

Eché un vistazo al campamento por encima del hombro. Incluso a aquella

distancia oía a los campistas de Ares y Apolo peleándose otra vez, soltando maldiciones y farfullando versos malísimos.

—No tienen nada que hacer contra el ejército del titán —dijo Nico—. Lo sabes muy bien. Esto es cosa tuya y de Luke, a fin de cuentas. Y sólo hay un modo de que puedas vencer a Luke.

Recordé nuestro combate en el *Princesa Andrómeda*. Él me había superado de un modo arrollador. Cronos casi me había matado con un solo corte de su guadaña, que me había dejado el brazo paralizado. En cambio, yo ni siquiera le había hecho un rasguño. *Contracorriente* rebotaba en su piel una y otra vez como si nada.

—Nosotros podemos conferirte la misma potencia —me apremió Nico—. Ya has oído la Gran Profecía. A menos que quieras que tu alma sea segada por una hoja maldita…

Me pregunté cómo habría sabido el contenido de la profecía. Algún fantasma, seguramente.

—No se puede evitar una profecía —le dije.

—Pero puedes combatir. —Tenía un brillo ávido y extraño en los ojos—. Puedes volverte invencible.

—Quizá deberíamos esperar. Tratar de combatir sin…

—¡No! —gruñó—. ¡Ha de ser ahora!

Me quedé mirándolo. Hacía mucho que no lo veía de tan mal genio.

—Oye, ¿seguro que estás bien? —pregunté.

Nico inspiró hondo.

—Lo único que digo, Percy… es que cuando empiece la lucha ya no podremos hacer el viaje. Es nuestra última oportunidad. Siento ponerme tan agresivo, pero hace dos años mi hermana dio su vida para protegerte. Ahora quiero que correspondas a su gesto. Tienes que hacer lo que sea para mantenerte con vida y derrotar a Cronos.

No me gustaba la idea. Pero entonces me acordé de Annabeth llamándome cobarde y volví a sulfurarme.

Nico tenía razón. Si Cronos atacaba Nueva York, los campistas estarían totalmente vendidos ante su ejército. Debía hacer algo. La idea de Nico era peligrosa, quizá incluso mortal, pero tal vez serviría para darme ventaja en el combate.

—Está bien —decidí—. ¿Qué hay que hacer?

En cuanto vi su fría y espeluznante sonrisa me arrepentí de haber accedido.

—Primero tenemos que rastrear las huellas de Luke —explicó—. Saber más cosas de su pasado, de su infancia.

Me estremecí al recordar el retrato que le había hecho Rachel en mi sueño: aquel Luke sonriente de nueve años.

—¿Para qué tenemos que hacer eso? —pregunté.

—Te lo explicaré cuando lleguemos a nuestro destino —dijo Nico—. Ya he localizado a su madre. Vive en Connecticut.

Me quedé de piedra. Nunca había pensado en su progenitor mortal. Yo había conocido a Hermes, su padre, pero de su madre ni siquiera había oído hablar.

—Luke se escapó de casa muy joven —le dije—. No sabía que su madre viviera.

—Ya lo creo que está viva.

Su modo de decirlo me puso la mosca en la oreja. ¿Qué clase de persona horrible sería?

—De acuerdo —asentí—. ¿Cómo vamos a Connecticut? Si quieres puedo llamar a *Blackjack*…

—No —dijo, frunciendo el entrecejo—. No les caigo bien a los pegasos, y el sentimiento es mutuo. Pero no necesitamos volar.

Dio un silbido y la *Señorita O'Leary* apareció galopando entre los árboles.

—Tu amiga puede echarnos una mano. —Nico le dio unas palmaditas en la cabeza—. ¿Nunca has hecho un viaje por las sombras?

—¿Un viaje por las sombras?

Nico le susurró al oído a la *Señorita O'Leary*, que ladeó la cabeza, súbitamente alerta.

—Sube a bordo —me indicó.

Nunca se me había ocurrido montarme en un perro, aunque la *Señorita O'Leary* tenía sin duda el tamaño suficiente. Me subí a su lomo y me sujeté de su collar.

—Esto la dejará agotada —me advirtió Nico—, así que no puedes hacerlo a menudo. Y cuando mejor funciona es de noche. Pero todas las sombras son parte de la misma sustancia. Sólo hay una oscuridad, y las criaturas del inframundo pueden usarla como si fuese una carretera o una puerta.

—No entiendo nada —declaré.

—Ya. A mí me costó mucho tiempo aprenderlo. Pero la *Señorita O'Leary* sabe cómo se hace. Tú dile adónde debe ir. Dile que te lleve a Westport, a casa de May Castellan.

—¿Tú no vienes?

—No te preocupes por mí —dijo—. Nos vemos allí.

Estaba un poco nervioso, pero me incliné sobre la oreja de la perra.

—Bueno, chica —le dije—. Eh… ¿puedes llevarme a Westport, Connecticut?, ¿a la casa de May Castellan?

La *Señorita O'Leary* husmeó el aire. Miró el bosque sombrío. Entonces arrancó de golpe y fue directamente hacia el tronco de un roble.

Justo antes de chocar, nos zambullimos en una sombra tan helada como el lado oscuro de la luna.

Capítulo 6

Mis galletas acaban chamuscadas

No te recomiendo un viaje por las sombras si te da miedo: a). La oscuridad. b). Los escalofríos que te recorren la columna. c). Los ruidos extraños. d). Correr a una velocidad que parece que se te vaya a pelar la piel de la cara.

En otras palabras, me pareció alucinante. No veía absolutamente nada. Sólo notaba el pelaje de la *Señorita O'Leary y* los eslabones de bronce de su collar, que aferraba con todas mis fuerzas.

Y, de golpe, las sombras se disolvieron para mostrar otro escenario. Estábamos sobre un risco de los bosques de Connecticut. O al menos parecía Connecticut: o sea, montones de árboles, grandes casas y muros bajos de piedra. A mis pies se veía por un lado una autopista que cruzaba un barranco y, por el otro, el patio trasero de una finca enorme, aunque parecía más un terreno salvaje que un prado. La casa, blanca y de estilo colonial, era de dos pisos. Aunque tuviera la autopista al otro lado de la colina, daba la sensación de estar plantada en medio de la nada. Se veía luz en la ventana de la cocina. Bajo un manzano, había un columpio viejo y oxidado.

No me imaginaba a mí mismo en una casa como aquélla, con un patio de verdad y esas cosas. Había vivido toda mi vida en un apartamento minúsculo o en internados. Si realmente aquélla era la casa de Luke, me pregunté por qué habría querido marcharse de allí.

La *Señorita O'Leary* se tambaleó. Nico ya me había advertido que un viaje por las sombras la dejaría agotada, así que me deslicé por su lomo y bajé. Ella soltó un bostezo descomunal, con todos los colmillos al aire (habría intimidado incluso a un tiranosaurio Rex), giró en redondo y se desmoronó con todo su peso, haciendo temblar el suelo.

Nico apareció justo a mi lado, como si las sombras se hubieran adensado hasta darle forma. Dio un traspié, pero lo agarré del brazo.

—Estoy bien —acertó a decir, restregándose los ojos.

—¿Cómo lo has hecho?

—Es sólo cuestión de práctica. Unos cuantos porrazos contra un muro, unos cuantos viajes improvisados a China…

La *Señorita O'Leary* empezó a roncar. De no haber sido por el rugido del tráfico que subía de la autopista, seguro que habría despertado a todo el vecindario.

—¿Tú también te vas echar una siesta? —le pregunté a Nico.

Negó con la cabeza.

—La primera vez que viajé por las sombras estuve inconsciente una semana. Ahora sólo me deja un poco adormilado, aunque no puedo hacerlo más de una o

dos veces por noche. La *Señorita O'Leary* no se moverá de aquí en un buen rato.

—Así que tenemos tiempo de sobra. —Observé con atención la casa colonial blanca—. Bueno, ¿y ahora qué?

—Ahora llamamos al timbre.

* * *

Si hubiera sido la madre de Luke, no les habría abierto la puerta de noche a dos chicos desconocidos. Pero aquella mujer no se parecía en nada a la madre de Luke.

Eso lo supe incluso antes de llegar a la puerta principal. En el sendero lateral había una hilera de esos animalitos de peluche que venden en las tiendas de regalos. Leones, cerditos, dragones e hidras en miniatura, e incluso un minotauro diminuto en pañales. A juzgar por su penoso estado, aquellos muñecos llevaban allí fuera mucho tiempo: al menos desde el deshielo de la última primavera. Entre los cuellos de una hidra había empezado a brotar un arbusto.

El porche estaba plagado de móviles de campanillas, y sus pedacitos relucientes de vidrio y metal tintineaban al viento. Las cintas de latón producían un murmullo como de gotas de agua y me recordaron que tenía que usar el baño. No entendía cómo podía soportar la señora Castellan todo aquel ruido.

La puerta estaba pintada de color turquesa. Arriba aparecía el apellido en inglés —Castellan—, y debajo figuraba en griego: Dioikhthz jrouriou.

Nico me miró.

—¿Listo?

En cuanto llamó, la puerta se abrió de par en par.

—¡Luke! —exclamó alegremente la anciana.

Tenía el aspecto de una persona aficionada a meter los dedos en los enchufes. Su pelo blanco parecía salir disparado en todas direcciones. Llevaba un vestido rosa repleto de trozos chamuscados y manchas de ceniza. Al sonreír, el cutis se le ponía tirante, y la luz de alto voltaje que brillaba en sus ojos me hizo preguntarme si sería ciega.

—¡Ay, mi querido muchacho! —dijo, abrazando a Nico. Yo estaba tratando de comprender por qué lo confundía con Luke (no se parecían en nada), cuando me sonrió y exclamó—: ¡Luke!

Se desentendió de Nico y me dio un abrazo. Olía a galletas carbonizadas. Era tan flaca como un espantapájaros, pero eso no le impidió estrujarme hasta dejarme casi sin aliento.

—¡Vamos, entra! —insistió—. ¡Tengo preparado tu almuerzo!

Nos hizo pasar a la sala de estar, que era todavía más extraña que la entrada. Había espejos y velas por todas partes, hasta en el último rincón. No podías mirar a ningún lado sin verte reflejado. Sobre la repisa de la chimenea, un Hermes de

bronce se desplazaba con el minutero de un reloj. Intenté imaginarme al dios de los mensajeros enamorándose de aquella mujer, pero la idea resultaba demasiado estrafalaria.

Entonces me fijé en la foto enmarcada que había al lado del reloj. Me quedé de piedra. Era exactamente igual que el boceto de Rachel: Luke en torno a los nueve años, con el pelo rubio y una amplia sonrisa en la que faltaban dos dientes. No tenía todavía la cicatriz en la cara y eso lo hacía parecer otra persona: un chico más feliz y despreocupado. ¿Cómo era posible que Rachel conociera aquella fotografía?

—¡Por aquí, cariño! —La señora Castellan me llevó hacia la parte trasera—. ¡Ya les había dicho yo que volverías! ¡Lo sabía!

Nos sentó junto a la mesa de la cocina. Amontonados en la encimera, había centenares —no exagero: centenares— de envases de plástico con sándwiches de mantequilla de cacahuete y mermelada. Los de más abajo estaban verdes y enmohecidos, como si llevaran allí una eternidad. El olor me recordó a mi taquilla de sexto curso, lo cual no era muy buena referencia que digamos.

Encima del horno había una serie de bandejas, cada una con una docena de galletas chamuscadas. Del fregadero asomaba una montaña de envases vacíos de zumo de frutas. Y, apoyada en el grifo, una Medusa de peluche parecía vigilar aquel inmenso desbarajuste.

La señora Castellan se había puesto a tararear mientras sacaba mermelada y mantequilla de cacahuete y empezaba a preparar un nuevo sándwich. Venía un olorcillo a quemado del horno. Intuí que había más galletas cociéndose.

En la ventana, encima del fregadero, se veían pegadas docenas de fotos pequeñitas, sin duda recortadas de anuncios de revistas y periódicos: imágenes de Hermes sacadas del logo de una empresa de envío de flores y de otra de limpieza a domicilio, y también imágenes de caduceos recortadas de anuncios médicos (la vara rodeada de dos culebras, símbolo del dios y también de la medicina).

Se me cayó el alma a los pies. Quería salir corriendo, pero la señora Castellan no paraba de sonreírme mientras me preparaba el sándwich, como para asegurarse de que no me daba a la fuga.

Nico tosió discretamente.

—Eh… ¿señora Castellan? —dijo.

—¿Hum?

—Hemos de hacerle unas preguntas sobre su hijo.

—¡Ah, sí! Ellos me dijeron que nunca volvería. Pero yo sabía que no era cierto. —Me dio unas palmaditas cariñosas en la mejilla, dejándomela pringada de mantequilla.

—¿Cuándo lo vio por última vez? —preguntó Nico.

Su mirada pareció desenfocarse.

—Era muy joven cuando se fue —dijo con tristeza—. Estaba en tercer curso. ¡Demasiado pronto para fugarse! Me dijo que volvería a almorzar. Y yo esperé. Le gustan los sándwiches de mantequilla de cacahuete, las galletas y el zumo de frutas. —Me miró de repente y sonrió—. Bueno, Luke, ¡y aquí estás! Hay que ver lo guapo que te has vuelto. Tienes los ojos de tu padre. —Se volvió hacia las imágenes de Hermes en la ventana—. Un buen hombre, ya lo creo. Viene a verme, ¿sabes?

El reloj seguía resonando con su tictac en la sala. Me limpié la mantequilla de la cara y miré suplicante a Nico, en plan: « ¿Podemos largarnos ya?» .

—Señora —dijo él—, ¿qué… hum… qué le pasó en los ojos?

Miraba de un modo raro, como si estuviera tratando de enfocarlo a través de un calidoscopio.

—Pero, Luke, si tú ya lo sabes… Fue justo antes de que nacieras. Yo siempre había sido especial: veía a través de… esa cosa, como se llame.

—¿La Niebla? —apunté.

—Sí, cariño —asintió—. Y ellos me ofrecieron un trabajo muy importante. ¡Fíjate si era especial!

Le eché un vistazo a Nico, que estaba tan perplejo como yo.

—¿Qué clase de trabajo? —pregunté—. ¿Y qué sucedió?

La señora Castellan frunció el entrecejo y el cuchillo se detuvo sobre la rebanada de pan.

—Santo cielo, la cosa no salió bien. Tu padre ya me advirtió que no lo intentara. Me dijo que era demasiado peligroso. Pero yo tenía que hacerlo. ¡Era mi destino! Ni siquiera ahora puedo sacarme las imágenes de la cabeza. Hacen que lo vea todo borroso. ¿Queréis unas galletas?

Sacó una bandeja del horno y plantó sobre la mesa una docena de grumos de chocolate carbonizados.

—Luke fue muy bueno —musitó la señora Castellan—. Se marchó para protegerme, ¿sabes? Me dijo que si él se marchaba, los monstruos ya no me amenazarían. Pero le dije que los monstruos no son ninguna amenaza. Se pasan el día ahí fuera, en el sendero, y nunca entran. —Tomó la pequeña Medusa de peluche que estaba junto al grifo—. ¿Verdad, señora Medusa? No, ¡qué van a ser una amenaza! —Me dedicó una sonrisa radiante—. ¡Estoy tan contenta de que hayas vuelto a casa! ¡Sabía que no te avergonzabas de mí!

Me removí en mi asiento. Me imaginé en la piel de Luke, sentado ante aquella mesa, con ocho o nueve años, y empezando a darme cuenta de que mi madre no estaba en sus cabales.

—Señora Castellan —le dije.

—Mamá —me corrigió.

—Sí, eso. ¿Ha visto a Luke desde que se marchó de casa?

—¡Pues claro!

No podía saber si eran imaginaciones suyas. Al fin y al cabo, cada vez que se presentara el cartero ella debía de creer que era Luke. Pero Nico se echó hacia delante, interesado.

—¿Cuándo? —preguntó—. ¿Cuándo la visitó por última vez?

—Bueno, fue… Ay, cielos… —Una sombra cruzó su rostro—. La última vez se lo veía muy cambiado. Una cicatriz. Una cicatriz terrible y una voz tan dolida…

—Sus ojos —dije—. ¿Eran de oro?

—¿De oro? —Parpadeó—. No, qué tontería. Luke tiene los ojos azules. ¡Unos preciosos ojos azules!

Así que Luke había estado allí, y había sido antes del último verano: antes de convertirse en Cronos.

—Señora Castellan. —Nico le puso una mano en el brazo—. Esto es muy importante. ¿Luke le pidió algo?

Ella arrugó la frente, tratando de recordar.

—Mi… mi bendición. ¿No lo encontráis bonito? —Nos miró indecisa—. Se iba a un río, y me dijo que necesitaba mi bendición. Yo se la di, por supuesto.

Nico me miró con aire triunfal.

—Gracias, señora —dijo—. Eso es todo lo que…

Ella sofocó un grito y, bruscamente, se dobló sobre sí misma. La bandeja de las galletas se estampó en el suelo. Nico y yo nos pusimos de pie de un salto.

—¡Señora Castellan! —exclamé.

—¡Ah! —La anciana se incorporó.

Me aparté instintivamente y estuve a punto de caerme sobre la mesa de la cocina, porque sus ojos… tenían un intenso resplandor verde.

—Mi niño —dijo con una voz ronca y mucho más grave—. ¡Debo protegerlo! ¡Hermes, socorro! ¡Mi niño, no! ¡Ese destino no!

Agarró a Nico de los hombros y empezó a sacudirlo como si quisiera hacérselo comprender.

—¡Ese destino no! —repitió.

Nico emitió un grito ahogado y la apartó. Agarró con firmeza la empuñadura de su espada.

—Percy, vamonos de aquí… —dijo.

De repente, la anciana empezó a derrumbarse. Me eché hacia delante, la sujeté antes de que se diera con el canto de la mesa y a duras penas conseguí sentarla en una silla.

—¿Señora Castellan?

Murmuró algo incomprensible y sacudió la cabeza.

—Cielos… Se me han caído las galletas. Tonta de mí.

Pestañeó y sus ojos recobraron su aspecto normal (o al menos, el que tenían antes). El brillo verde había desaparecido.

—¿Se encuentra bien?

—Claro, querido. Perfectamente. ¿Por qué lo preguntas?

Le eché una mirada a Nico, que me dijo con los labios: « Larguémonos» .

—Señora Castellan, nos estaba explicando una cosa —le dije—. Sobre su hijo.

—¿De veras? —murmuró, distraída—. Sí, sus ojos azules. Hablábamos de sus ojos azules. ¡Un chico tan guapo!

—Tenemos que irnos —dijo Nico con tono acuciante—. Le diremos a Luke… hum… le daremos recuerdos de su parte.

—Pero ¡no podéis marcharos! —Se puso de pie, tambaleante, y retrocedí.

Me sentía idiota por asustarme de una frágil anciana, pero aquel cambio que había experimentado su voz, y aquella manera de agarrar a Nico…

—Hermes vendrá pronto —nos aseguró—. ¡Querrá ver a su hijo!

—Quizá la próxima vez —dije—. Gracias por… —Bajé la vista hacia las galletas carbonizadas, que habían quedado esparcidas por el suelo—. Gracias por todo.

Ella trató de retenernos, nos ofreció zumo de frutas, pero yo quería salir cuanto antes de allí. En el porche me agarró repentinamente de la muñeca, dándome un susto de muerte.

—Al menos ten cuidado, Luke —suplicó—. Prométeme que te mantendrás a salvo.

—Sí… mamá.

Eso le arrancó una sonrisa. Me soltó y, mientras cerraba la puerta, la oí hablar con las velas de la sala.

—¿Lo habéis oído? Estará a salvo. ¡Ya os lo había dicho!

En cuanto cerró del todo, Nico y yo echamos a correr.

Los animalitos de peluche parecían sonreírnos cuando cruzamos el sendero.

* * *

Arriba, en lo alto del risco, la *Señorita O'Leary* había encontrado una amiga.

A la luz de una hoguera que chisporroteaba entre un cerco de piedras, vi a una niña de unos ocho años, sentada con las piernas cruzadas, rascándole las orejas a la perra del infierno.

Llevaba un sencillo vestido marrón y un pañuelo en la cabeza que le daba todo el aire de ser la hija de un colono: como un fantasma de *La casa de la pradera* o algo parecido. Removió con un palo la hoguera, que resplandeció con un rojo más intenso que el fuego normal.

—Hola —dijo.

Mi primer pensamiento fue: un monstruo. Cuando eres un semidiós y te tropiezas con una dulce niña en medio del bosque, lo más recomendable es desenvainar la espada y lanzarte al ataque. El encuentro con la señora Castellan,

además, me había puesto más nervioso de la cuenta.

Nico, sin embargo, le hizo una reverencia.

—Hola de nuevo, señora.

Ella me estudió con unos ojos tan rojos como las llamas. Decidí que lo mejor sería inclinarme también.

—Siéntate, Percy Jackson —dijo—. ¿Te apetece cenar algo?

Después de ver tantos sándwiches mohosos y galletas chamuscadas no tenía demasiado apetito, pero la niña agitó una mano y apareció junto al fuego un picnic completo. Había bandejas de rosbif, patatas asadas, zanahorias cocidas con mantequilla, pan recién hecho y un montón de cosas que hacía mucho que no probaba. Mi estómago empezó a rugir. Era el tipo de comida casera que se supone que la gente debería comer pero nunca come. La niña hizo aparecer también una galleta para perros de metro y medio y se la dio a la *Señorita O'Leary*, que se apresuró a desmenuzarla alegremente.

Me senté junto a Nico y nos servimos. Estaba a punto de ponerme a zampar cuando lo pensé mejor.

Arrojé una parte de mi comida a las llamas, como hacía en el campamento, y murmuré:

—Por los dioses.

La niña sonrió.

—Gracias. Como guardiana de la llama, me llevo una parte de cada sacrificio, ¿sabes?

—Ahora la reconozco —le dije—. La primera vez que entré en el campamento usted estaba sentada junto al fuego, en medio de la zona comunitaria.

—No te paraste a hablar conmigo —recordó ella con tristeza—. Como la mayoría. Nico sí me habló. Fue el primero en muchos años. Todos andan con prisas, no tienen tiempo de visitar a la familia.

—Usted es Hestia —dije—. La diosa del hogar.

Ella asintió.

Vale… así que tenía una apariencia de ocho años. No pregunté por qué. Ya había aprendido que los dioses podían presentar el aspecto que quisieran.

—¿Y cómo es, señora —preguntó Nico—, que no está luchando contra Tifón con los demás olímpicos?

—No estoy hecha para luchar. —Sus ojos rojos destellaron. No sólo reflejaban las llamas de la hoguera, advertí entonces, sino que estaban verdaderamente en llamas. Aunque no como los ojos de Ares. Los suyos eran cálidos y acogedores—. Además, alguien tiene que mantener encendido el fuego del hogar mientras los dioses están fuera.

—¿Así que usted está custodiando el monte Olimpo? —proseguí.

—«Custodiar» es mucho decir. Pero si alguna vez necesitas un lugar cálido

donde reposar y una comida casera, tu visita será bien recibida. Y ahora, come.

Vacié mi plato en un periquete, casi sin darme cuenta. Nico se zampó el suyo igual de rápido.

—Estaba buenísimo —dije—. Gracias, señora Hestia.

Volvió a asentir.

—¿Ha sido agradable la visita a May Castellan?

Por un momento, casi se me había olvidado aquella anciana de ojos relucientes y sonrisa demente. Y también el ataque que le había dado, como si estuviera poseída.

—¿Qué le pasa exactamente? —pregunté.

—Nació con un don. La capacidad de ver a través de la Niebla.

—Como mi madre —dije. Y pensé: «Como Rachel» —. Pero ese resplandor que tenía en los ojos…

—Algunos sobrellevan mejor que otros el maleficio de la visión —dijo la diosa con tristeza—. Durante un tiempo May Castellan llegó a reunir muchas cualidades. Llamó la atención del mismísimo Hermes. Tuvieron un niño precioso. Durante un breve período, ella conoció la felicidad. Luego fue demasiado lejos.

Recordé lo que había dicho la señora Castellan: «Me ofrecieron un trabajo muy importante… La cosa no salió bien». ¿Qué clase de trabajo podía dejarte en tal estado?

—O sea, que era la mar de feliz —dije— y, de repente, se encontró muerta de miedo, aterrorizada por el destino de su hijo, como si supiera ya que Luke se convertiría en Cronos. ¿Qué sucedió para… que su vida se partiera en dos de esa manera?

El rostro de la diosa se ensombreció.

—Es una historia que no me gusta contar. Pero May Castellan vio demasiado. Si quieres comprender a tu enemigo Luke, has de comprender a su familia.

Pensé en las patéticas imágenes de Hermes que había pegadas encima del fregadero. Me pregunté si la señora Castellan ya estaba tan loca cuando Luke era niño. El resplandor verde que había aparecido en sus ojos le habría dado pánico a un chaval de nueve años. Y si Hermes nunca los visitaba, y si había dejado a Luke solo con su madre todos aquellos años…

—No es de extrañar que se escapara —comenté—. Bueno, no estuvo bien que abandonara a su madre, pero aun así… era sólo un crío. Hermes no tendría que haberlos abandonado.

Hestia rascó a la *Señorita O'Leary* detrás de las orejas. El animal se puso a menear la cola y derribó un árbol sin querer.

—Es fácil juzgar a los demás —me advirtió la diosa—. Pero, dime, ¿seguirás el camino de Luke? ¿Tratarás de conseguir los mismos poderes?

Nico dejó su plato.

—No nos queda más remedio, señora —dijo—. Sólo así tendrá Percy alguna oportunidad.

—Hum. —Hestia abrió la mano y el fuego rugió repentinamente con unas llamaradas de casi cien metros. Sentí la oleada de calor como una bofetada en la cara. Fue sólo un instante. Enseguida el fuego se apaciguó y volvió a ser como antes.

—No todos los poderes son espectaculares. —Hestia me miró—. A veces el poder más difícil de dominar es la capacidad de ceder. ¿Me crees?

—Ajá —murmuré. Cualquier cosa con tal de que no se le ocurriera abusar de su control de las llamas.

La diosa sonrió.

—Eres un buen héroe, Percy Jackson. No demasiado orgulloso. Eso me gusta. Pero todavía tienes mucho que aprender. Cuando Dioniso fue convertido en dios, cedí mi trono para que lo ocupase. Era la única manera de evitar una guerra civil entre los dioses.

—Así fue como se rompió el equilibrio en el Consejo —recordé—. De repente había siete chicos y cinco chicas.

Hestia se encogió de hombros.

—Era la mejor solución, aunque no fuera perfecta. Ahora cuido del fuego. Me desvanezco poco a poco en un segundo plano. Nadie escribirá poemas épicos sobre las hazañas de Hestia. La mayoría de los semidioses ni siquiera se detienen a hablar conmigo. Pero no importa. Yo mantengo la paz. Cedo cuando es necesario. ¿Tú eres capaz de hacerlo?

—No sé a qué se refiere.

Ella me estudió detenidamente.

—Quizá no todavía, pero pronto lo sabrás. ¿Vas a proseguir tu búsqueda?

—¿Por eso está aquí?, ¿para advertirme que no siga adelante?

Hestia negó con la cabeza.

—Estoy aquí porque cuando falla todo lo demás, cuando los dioses más poderosos se han ido a la guerra, yo soy lo único que queda. El hogar. El fuego del hogar. Yo soy la última de los olímpicos. Debes acordarte de mí cuando encares tu decisión final.

No me gustó nada cómo dijo «final». Le eché un vistazo a Nico y luego volví a contemplar los ojos cálidos y encendidos de la diosa.

—Debo continuar, señora —anuncié—. Tengo que detener a Luke… digo, a Cronos.

Hestia asintió.

—Muy bien. No puedo ayudarte mucho más, aparte de lo que te he dicho. Pero, como me has dedicado un sacrificio, te devolveré a tu propio hogar. Nos veremos de nuevo, Percy. En el Olimpo.

Lo dijo con un tono de mal agüero, como si nuestro próximo encuentro no

fuera a ser muy alegre.

Luego agitó una mano y todo se desvaneció.

* * *

Me encontré de golpe en mi casa. Nico y yo estábamos sentados en el sofá del apartamento de mi madre, en el Upper East Side. Ésa era la buena noticia. La mala era que el resto del salón estaba ocupado por la *Señorita O'Leary*.

Oí un berrido amortiguado procedente del dormitorio. Era la voz de Paul:

—¿Quién ha puesto una pared de pelo en la puerta?

—¿Percy? —gritó mi madre—. ¿Estás ahí? ¿Va todo bien?

—¡Sí, estoy aquí! —respondí.

—¡Guau! —La *Señorita O'Leary* intentó darse la vuelta al oír las voces y derribó todos los cuadros de las paredes. Ella sólo había visto a mi madre una vez (es una larga historia), pero la adoraba.

Nos costó un buen rato, pero conseguimos solucionar el problema. Es decir, nos cargamos la mayor parte del mobiliario de la sala de estar y seguramente pusimos de los nervios a todos los vecinos, pero al final rescatamos a mis padres del dormitorio y los llevamos a la cocina, donde nos sentamos los cuatro alrededor de la mesa. La *Señorita O'Leary* seguía ocupando la sala ella sólita, pero había encajado la cabeza en el umbral de la cocina para vernos, cosa que ya la tenía contenta. Mi madre le lanzó un paquete de cinco kilos de carne picada, que desapareció en el acto entre sus fauces. Paul nos sirvió limonada a los demás mientras yo les contaba nuestro viaje a Connecticut.

—Así que es cierto. —Paul me miraba como si me viese por primera vez. Iba con un albornoz blanco, ahora cubierto de pelos de perro del infierno, y con su cabello entrecano de punta debido a la impresión—. Todas esas historias sobre monstruos y semidioses… eran verdad.

Asentí. Durante el otoño anterior le había explicado quién era. Mi madre me había respaldado. Pero me parece que hasta ese momento no nos había creído.

—Bueno —dije—, siento que la *Señorita O'Leary* haya destrozado la sala de estar.

Paul soltó una risita como si estuviera encantado.

—¿Bromeas? ¡Es impresionante! Cuando vi huellas de cascos en el capó de mi Prius pensé: «Quizá». Pero ¡esto!…

Le acarició el hocico a la perra. La sala entera retembló como sacudida por un terremoto —bum, bum, bum—, lo cual podía significar que un equipo de operaciones especiales acababa de echar la puerta abajo… o que la *Señorita O'Leary* estaba meneando la cola.

No pude reprimir una sonrisa. Paul era un tipo bastante guay, aunque fuese mi profesor de Inglés y mi padrastro.

—Te agradezco que no te hayas puesto a flipar —le dije.

—Claro que estoy flipando —aseguró con los ojos como platos—. Pero me parece emocionante.

—Bueno, a lo mejor no te parece tan emocionante cuando sepas lo que pasa.

Primero les expliqué la situación: lo de Tifón y los dioses, y la batalla que se avecinaba. Luego les conté el plan de Nico.

Mi madre enlazó los dedos alrededor del vaso de limonada. Llevaba su viejo albornoz azul y el pelo recogido. Hacía poco había empezado a escribir una novela, como había deseado durante años, y deduje que se había quedado trabajando hasta tarde, porque las ojeras se le veían más oscuras que de costumbre.

A su espalda, en la ventana de la cocina, un lazo de luna plateado resplandecía en una maceta. El pasado verano había traído aquella planta mágica de la isla de Calipso, y había crecido una barbaridad con los cuidados de mi madre. Su fragancia tenía siempre la virtud de serenarme, pero también me entristecía porque me recordaba viejas amistades perdidas.

Mi madre respiró hondo, como sopesando la manera de disuadirme.

—Es peligroso, Percy —me dijo—. Incluso para ti.

—Ya lo sé, mamá. Podría morir, Nico me lo ha explicado. Pero si no lo intento…

—Moriremos todos —intervino Nico. No había tocado su limonada—. Señora Jackson, no tenemos ninguna posibilidad frente a la invasión. Y créame: la invasión se va a producir.

—¿La invasión de Nueva York? —dijo Paul—. ¿Cómo va a ser posible? ¿Cómo no íbamos a ver a los… monstruos? —Pronunció la palabra como si todavía no creyera del todo que aquello iba en serio.

—No lo sé —reconocí—. No comprendo cómo podría desfilar Cronos con todo su ejército por Manhattan, pero la Niebla es muy poderosa. Tifón está arrasando el país de punta a punta y los mortales creen que sólo es un gran temporal.

—Señora Jackson —dijo Nico—, Percy necesita su bendición. El proceso debe empezar así por fuerza. No estaba seguro hasta que hemos hablado con la madre de Luke, pero ahora no me queda ninguna duda. Es algo que sólo se ha hecho dos veces con éxito en el pasado. Y en ambos casos la madre tuvo que dar su bendición. Tenía que estar dispuesta a permitirle correr ese riesgo a su hijo.

—¿Pretendes que bendiga una cosa así? —Negó con la cabeza—. Es una locura. Percy, por favor…

—Mamá, no puedo hacerlo sin tu ayuda.

—Y si sobrevives a ese… proceso, ¿qué?

—Entonces lucharé —aseguré—. Yo contra Cronos. Y sólo uno de los dos sobrevivirá.

No le expliqué la profecía entera: lo del alma segada y lo del fin de mis días. No hacía falta que supiera que probablemente estaba condenado. Sólo me quedaba la esperanza de detener a Cronos y salvar al resto del mundo antes de morir.

—Eres mi hijo —dijo afligida—. No puedo…

Sabía que tendría que presionarla más para que accediera, pero me resistía a hacerlo. Recordé a la pobre señora Castellan en su cocina, esperando eternamente a que regresara su hijo. Y me di cuenta de la suerte que yo tenía. Mi madre siempre había estado a mi lado, siempre había procurado que llevara una vida normal, a pesar de los dioses, los monstruos y demás. Había soportado con paciencia que me fuera cada dos por tres a correr aventuras. Pero lo que ahora estaba pidiéndole era su bendición para hacer una cosa que seguramente acabaría conmigo.

Paul y yo nos miramos y entre ambos se produjo una especie de silencioso entendimiento.

—Sally —le dijo él, poniendo una mano sobre las de mi madre—. No sé lo que habéis tenido que pasar tú y Percy durante estos años. Pero a mí me parece… me parece que Percy se propone algo muy noble. Me gustaría tener el mismo coraje que él.

Se me hizo un nudo en la garganta. No recibía muy a menudo cumplidos como aquél.

Mi madre miraba fijamente su limonada. Daba la impresión de estar esforzándose por no llorar. Pensé en lo que me había dicho Hestia, en lo difícil que es ceder, y supuse que mi madre lo estaba descubriendo ahora.

—Percy —dijo—, te doy mi bendición.

No me sentí distinto. No hubo un resplandor mágico en la cocina ni nada por el estilo.

Le lancé una mirada a Nico. Parecía más angustiado que nunca, pero asintió.

—Ya es la hora.

—Percy —añadió mi madre—, una última cosa. Si… si sobrevives a la lucha con Cronos, envíame una señal, un mensaje. —Hurgó en el bolso y me tendió su teléfono móvil.

—Mamá, ya sabes que los semidioses están reñidos con…

—Ya. Pero por si acaso. Y si no puedes llamar… no sé, envía una señal que yo pueda ver desde cualquier punto de Manhattan. Para que sepa que estás bien.

—Como Teseo —apuntó Paul—. Se suponía que debía izar unas velas blancas cuando regresara a Atenas.

—Pero lo olvidó —musitó Nico—. Y su padre, desesperado, se arrojó desde lo alto del palacio. Una gran idea, aparte de eso.

—¿Qué me dices de una bandera o una bengala? —sugirió mi madre—. Desde el Olimpo, bueno, desde el Empire State.

—Algo azul —murmuré.

Durante años habíamos tenido una especie de chiste privado a propósito de la comida azul. Era mi color favorito, y ella se tomaba un montón de molestias para seguirme la corriente. Todo lo que hiciera falta para que mi pastel de cumpleaños, mi cesta de Pascua y mis chucherías de Navidad fuesen azules.

—Sí —asintió—. Aguardaré una señal azul. Y procuraré no saltar desde lo alto de ningún rascacielos.

Me dio un último abrazo. Traté de no sentirme como si estuviera despidiéndome. Le estreché la mano a Paul, y luego Nico y yo nos acercamos a la puerta de la cocina y miramos a la *Señorita O'Leary*.

—Lo siento, chica —le dije—. Otro viaje por las sombras.

Ella gimió y cruzó las pezuñas sobre el morro.

—¿Adónde vamos ahora? —le pregunté a Nico—. ¿A Los Ángeles?

—No hace falta. Hay una entrada al inframundo mucho más cerca.

Capítulo 7

Mi profesora de Mates me pone por las nubes

Aparecimos en Central Park, al norte del Pond, el lago con forma de coma. La *Señorita O'Leary* parecía muy cansada cuando se detuvo cojeando junto a un grupo de rocas. Se puso a olisquear alrededor y temí que fuese a marcar el territorio allí mismo, pero Nico me tranquilizó.

—No pasa nada —dijo—. Ha olido el camino a casa.

Fruncí el entrecejo.

—¿Entre las rocas?

—El inframundo tiene dos entradas principales —repuso—. Tú ya conoces la de Los Ángeles.

—La barca de Caronte.

Asintió.

—La mayoría de las almas entran por allí, pero hay un camino más estrecho y más difícil de encontrar. La Puerta de Orfeo.

—El tipo del arpa.

—El tipo de la lira —me corrigió—. Pero sí, él. Orfeo usó la música para hechizar la tierra y abrir una nueva entrada al inframundo. Avanzó cantando hasta el palacio de Hades y estuvo a punto de rescatar el alma de su esposa y salirse con la suya.

Recordaba bien la historia. Orfeo no debía mirar atrás mientras conducía a su esposa hacia el mundo de los vivos, pero, por supuesto, desobedeció y se volvió a mirarla. Vamos, el típico mito en plan «y así fue como murieron, fin de la historia» que nos cuentan en el campamento al amor de la lumbre mientras nos vamos quedando dormidos.

—Así que ésta es la Puerta de Orfeo. —Fingí estar impresionado, aunque aquello seguía pareciéndome un montón de rocas—. ¿Cómo se abre?

—Nos hace falta un poco de música. ¿Qué tal se te da cantar?

—Hum, no muy bien. ¿No puedes decirle, bueno, que se abra sin más? Eres hijo de Hades…

—No es tan fácil. Necesitamos música.

Yo tenía claro que si me ponía a cantar sólo conseguiría provocar una avalancha.

—Se me ocurre algo mejor. —Me volví y grité—: ¡¡¡Grover!!!

Esperamos un buen rato. La *Señorita O'Leary* se hizo un ovillo y se echó una siesta. Entre los árboles, oía el canto de los grillos y también el ulular de una lechuza. El zumbido del tráfico llegaba amortiguado desde West Central Park. También oí ruido de cascos en un sendero cercano, quizá una patrulla de la policía montada. Seguro que les encantaría encontrar a dos críos merodeando por

el parque a la una de la madrugada.

—No funciona —susurró Nico por fin.

Pero yo tenía un presentimiento. Por primera vez en muchos meses notaba el hormigueo de mi conexión por empatía, cosa que podía significar dos cosas: que un montón de gente había encendido de golpe el canal Naturaleza, o que Grover andaba cerca.

Cerré los ojos y me concentré. « Grover» .

Estaba en algún rincón del parque, seguro. Entonces, ¿por qué no podía percibir sus emociones? Lo único que me llegaba era un ligero zumbido en el fondo de mi cerebro.

« Grover» , pensé con insistencia.

« Hum-hum» , me pareció oír.

Me vino una imagen a la cabeza. Un olmo gigantesco en lo más profundo del bosque, lejos de los senderos principales; unas raíces retorcidas aferradas a la tierra que formaban una especie de lecho. Y allí, tendido de brazos cruzados y con los ojos cerrados, un sátiro. Al principio no supe si era Grover. Estaba cubierto de hojas y ramitas, como si llevara mucho tiempo durmiendo. Las raíces parecían estar rodeándolo y hundiéndolo poco a poco en la tierra.

« Grover —dije—. Despierta» .

« Hum… zzzzz» .

« Estás cubierto de mugre, colega. ¡Despierta!» , lo arengué.

« Sueño…» , murmuró su mente.

« Comida —sugerí—. Crepés» .

Abrió los ojos de golpe y capté una borrosa secuencia de pensamientos, como si de pronto se le hubiera puesto la mente en avance rápido. La imagen se hizo añicos y no me caí de bruces por poco.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Nico.

—He conectado con él. Ya… ya viene hacia aquí.

Un minuto más tarde el árbol que teníamos al lado se estremeció y Grover cayó de sus ramas. De cabeza.

—¡Grover! —grité.

—¡Guau! —La *Señorita O'Leary* levantó la cabeza. Quizá se preguntaba si íbamos a jugar a lanzarnos el sátiro como un hueso.

—¡Beee-eee! —baló Grover.

—¿Estás bien?

—Oh, sí —dijo, y se rascó la cabeza. Los cuernos le habían crecido tanto que le sobresalían un par de centímetros entre su pelo ensortijado—. Estaba en la otra punta del parque. Las dríadas han tenido la gran idea de pasarme de un árbol a otro para llegar aquí. No acaban de comprender el factor altura.

Sonrió de oreja a oreja y se puso de pie… bueno, quiero decir sobre sus pezuñas. Desde el verano anterior, Grover había dejado de disfrazarse de

humano. Ya no se ponía una gorra para disimular los cuernos ni zapatos con pies postizos. Ni siquiera llevaba tejanos para cubrirse las patas peludas y los cuartos traseros. Iba, eso sí, con una camiseta estampada con un dibujo del libro titulado *Donde viven los monstruos*, aunque estaba manchada de tierra y savia. Tenía su barbita de chivo más poblada (todo un hombre ya, ¿o un macho cabrío?) y me había igualado en estatura.

—Me alegro de verte, Grover —le dije—. ¿Te acuerdas de Nico?

Grover lo saludó con un gesto y luego me dio un fuerte abrazo. Olía a césped recién cortado.

—¡Peeeercy! —baló—. ¡Te he echado de menos! ¡Y también el campamento! Las enchiladas que sirven en las tierras vírgenes no son muy buenas, que digamos.

—Me tenías preocupado —le dije—. ¿Dónde te has metido en los dos últimos meses?

—Los dos últimos… —La sonrisa se le desdibujó—. ¿Los dos últimos meses? Pero ¿qué demonios dices?

—No hemos tenido noticias tuyas. Enebro está muy angustiada. Te enviamos mensajes Iris, pero…

—Aguarda un segundo. —Alzó los ojos hacia las estrellas, como si pretendiera calcular su posición—. ¿En qué mes estamos?

—En agosto.

Se le fue el color de la cara.

—¡Imposible! Estamos en junio. Me he tumbado un ratito a dormir la siesta… —De pronto, me agarró con fuerza—. ¡Ahora lo recuerdo! Me dejó fuera de combate. ¡Hemos de detenerlo, Percy!

—Eh, calma —dije—. No corras tanto. Cuéntamelo todo.

Inspiró hondo.

—Yo estaba… caminando por el bosque, cerca del lago de Harlem, y noté un temblor en el suelo, como si se aproximara algo muy poderoso.

—¿Tú percibes esas cosas? —preguntó Nico.

Grover asintió.

—Desde la muerte de Pan, noto si algo va mal en la naturaleza. Es como si se me aguzasen la vista y el oído cuando estoy en la naturaleza. Bueno, el caso es que me puse a seguir el rastro. El hombre caminaba por el parque con un largo abrigo negro y me fijé en que no tenía sombra. Era un día soleado, pero su cuerpo no arrojaba ninguna sombra. Y su imagen parecía temblar al moverse.

—¿Como un espejismo? —preguntó Nico.

—Sí —contestó Grover—. Y cada vez que se cruzaba con humanos…

—Los humanos se desmayaban —adivinó Nico—. Se acurrucaban en el suelo y se ponían a dormir.

—¡Exacto! Y cuando ya se había marchado, la gente se levantaba y seguía

con sus asuntos como si nada.

Miré a Nico.

—¿Tú conoces a ese tipo del abrigo negro? —le pregunté.

—Me temo que sí. ¿Y qué pasó, Grover?

—Seguí al tipo. Él no paraba de mirar los edificios que hay alrededor del parque, como si estuviera calculando algo. Pasó una señora en chándal trotando y, al llegar a su altura, se tendió en un lado del sendero y empezó a roncar. El tipo de negro le puso la mano en la frente como si le tomara la temperatura. Luego siguió andando. Para entonces, ya sabía que era un monstruo o algo peor. Lo seguí por una arboleda hasta el pie de un olmo gigante. Iba a llamar a las dríadas para que me ayudaran a capturarlo cuando dio media vuelta y… —Tragó saliva—. Su cara, Percy. No pude distinguir su cara porque no paraba de modificarse. Sólo de mirarlo me entraba sueño. «¿Qué estás haciendo?», le dije. «Sólo echando un vistazo», respondió. «Siempre hay que explorar el campo de batalla antes del combate». Contesté algo tremendamente inteligente, tipo: «Este bosque está bajo mi protección. ¡Y no vas a librar aquí ninguna batalla!». Se echó a reír y me dijo: «Tienes suerte de que esté ahorrando energías para el número principal, pequeño sátiro. Sólo te voy a conceder una pequeña siesta. Dulces sueños». Eso es lo último que recuerdo.

Nico suspiró.

—Era Morfeo, Grover, el dios de los sueños. Tienes suerte de haber despertado.

—Dos meses —gimió—. ¡Me dejó dormido dos meses!

Traté de asimilar todo aquello. Ahora se entendía por qué no habíamos podido contactar con Grover durante tanto tiempo.

—¿Por qué no han intentado despertarte las ninfas?

Él se encogió de hombros.

—La mayor parte de las ninfas no se aclaran mucho con el tiempo —explicó—. ¿Qué son dos meses para un árbol? Nada. Seguramente no creían que me pasara nada raro.

—Debemos averiguar qué estaba haciendo Morfeo en el parque —dije, pensativo—. No me gusta ese «número principal» del que te habló.

—Trabaja para Cronos —observó Nico—, como muchos otros dioses menores. Cosa que ya sabemos. Esto sólo demuestra que va a haber invasión. Hay que seguir con el plan, Percy.

—Un momento —intervino Grover—. ¿Qué plan?

Se lo explicamos rápidamente. Grover empezó a arrancarse pelos de la pata izquierda.

—¡No hablarás en serio! —exclamó—. ¡Otra vez el inframundo no!

—No te estoy pidiendo que vengas, colega —le aseguré—. Ya sé que acabas de levantarte. Pero necesitamos un poco de música para abrir la puerta. ¿Podrías

tocar algo?

Grover sacó sus flautas de junco.

—Vale, puedo intentarlo. Conozco algunas canciones de Nirvana capaces de partir por la mitad una roca. Pero, Percy, ¿seguro que quieres hacerlo?

—Vamos, hombre —le dije—. Te lo agradecería mucho. Por los viejos tiempos, ¿de acuerdo?

Él gimoteó.

—En los viejos tiempos, que yo recuerde, estábamos a punto de morir cada dos por tres. Pero qué remedio, vamos allá. Tampoco va a servir de nada.

Se puso las flautas en los labios y tocó una melodía estridente y animada. Las rocas temblaron. Unas cuantas estrofas más y se resquebrajaron del todo, mostrando una grieta triangular.

Atisbé el interior. Había unos peldaños que se hundían en la oscuridad. Olía a moho y a muerto, lo cual me traía malos recuerdos del viaje por el Laberinto del año pasado, pero este túnel parecía más peligroso. Conducía directamente al reino de Hades, y ese viaje era casi siempre sólo de ida.

Me volví hacia Grover.

—Gracias… o eso creo —le dije.

—Peeeercy, ¿de veras crees que Cronos va a invadirnos?

—Ojalá pudiera decirte otra cosa. Pero sí. Lo hará.

Creí que iba a masticar sus flautas de pura angustia, pero se irguió y se sacudió la hojarasca de la camiseta. No pude evitar pensar en lo distinto que era del viejo y orondo Leneo.

—Entonces debo reunir a los espíritus de la naturaleza —contestó—. Quizá podamos echar una mano. ¡Miraré si podemos localizar a ese Morfeo!

—Será mejor que llames a Enebro para decirle que estás bien —le aconsejé.

Abrió los ojos como platos.

—¡Enebro! Ay, me va a matar.

Echó a correr, retrocedió bruscamente y me dio otro abrazo.

—¡Ve con cuidado ahí abajo! ¡Y regresa vivo!

Cuando lo perdimos de vista, Nico y yo despertamos a la *Señorita O'Leary* de su siesta.

Se removió excitada al olfatear el túnel y enseguida abrió la marcha por las escaleras. Entraba casi a presión. Confiaba en que no se quedara atascada. No quería ni imaginarme la cantidad de líquido desincrustante que habría que echar para desatascar a un perro del infierno empotrado en medio de un túnel del inframundo.

—¿Listo? —preguntó Nico—. Todo irá bien, no te preocupes.

Sonaba como si quisiera convencerse a sí mismo.

Levanté la vista hacia las estrellas, preguntándome si volvería a verlas. Y luego me zambullí en la oscuridad.

* * *

Las escaleras seguían y seguían, interminables: estrechas, empinadas, resbaladizas. Estaban totalmente a oscuras, salvo por el fulgor de mi espada. Yo procuraba ir despacio, pero por lo visto la perra tenía otras ideas y avanzaba dando saltos y ladrando con alegría. El eco de los ladridos rebotaba por el túnel como cañonazos. Desde lúego, no pillaríamos a nadie por sorpresa cuando llegáramos al final.

Nico tendía a quedarse rezagado, cosa rara.

—¿Estás bien? —le pregunté.

—Perfecto. —Tenía una expresión peculiar. ¿De duda tal vez?—. Tú no te pares —añadió.

No tenía muchas alternativas, así que seguí a la *Señorita O'Leary* hacia las profundidades. Después de dos horas, empecé a oír el rugido tumultuoso de un río.

Emergimos al pie de un risco que se abría a una llanura de arena volcánica. A nuestra derecha, el río Estigio salía a borbotones de las rocas y se lanzaba rugiendo por una cascada llena de rápidos. A nuestra izquierda, al fondo de la penumbra, ardían hogueras en los baluartes del Érebo: las grandes murallas negras del reino de Hades.

Me estremecí de pies a cabeza. Había estado allí por primera vez cuando tenía doce años, y sólo la presencia de Annabeth y Grover me había dado valor para seguir adelante. No parecía que Nico fuera a ser de gran ayuda en ese sentido, porque él mismo estaba pálido y muy inquieto.

Sólo la *Señorita O'Leary* se movía la mar de contenta. Correteó por la orilla, pescó entre las fauces una tibia humana que encontró por allí y regresó trotando. Me la dejó a los pies y aguardó a que se la lanzara.

—Hum, quizá luego, chica —dije, mirando las aguas oscuras y procurando no amilanarme—. Bueno, Nico, ¿cómo seguimos?

—Primero tenemos que cruzar las puertas.

—Pero si el río está aquí…

—Necesito una cosa —murmuró—. Es la única manera.

Y echó a andar sin más.

Fruncí el entrecejo. No me había dicho que hubiera que entrar. Pero ya estábamos allí y no podía hacer otra cosa, así que lo seguí a regañadientes por la orilla hacia las enormes puertas negras.

Fuera, había largas colas de muertos esperando su turno. Debía de haber sido un día ajetreado en las funerarias, porque incluso la fila de «MUERTE RÁPIDA» estaba a tope.

—¡Guau! —ladró la *Señorita O'Leary*. Y antes de que pudiera detenerla echó

a correr hacia la barrera de seguridad.

Cerbero, el perro guardián de Hades, surgió entre las sombras: un rottweiler de tres cabezas tan descomunal que, a su lado, la *Señorita O'Leary* parecía un caniche de peluche. Cerbero es medio transparente y apenas puedes verlo hasta que está lo bastante cerca para matarte. Pero en esta ocasión no nos hizo caso. Estaba muy ocupado saludando a nuestra perra del infierno.

—¡No, *Señorita O'Leary*! —le grité—. No lo olisquees… Ay, dioses.

Nico sonrió un instante. Luego me miró otra vez con expresión seria, como si acabara de recordar algo desagradable.

—Vamos —dijo—. No nos pondrán ningún problema en la cola. Tú vienes conmigo.

No me hacía mucha gracia, pero nos deslizamos entre los demonios de seguridad y entramos en los Campos de Asfódelos. Tuve que silbar tres veces para que la *Señorita O'Leary* dejara tranquilo a *Cerbero* y viniera corriendo.

Caminamos a través de unos campos negros de hierba, salpicados de chopos negros. Si de verdad moría en unos pocos días como afirmaba la profecía, quizá acabase allí eternamente, aunque procuré no pensar en ello.

Nico iba delante, avanzando con dificultad y llevándonos cada vez más cerca del palacio de Hades.

—Eh —dije—, ya hemos cruzado las puertas. ¿Dónde estamos…?

La perra soltó un gruñido y una sombra apareció por encima de nuestras cabezas: una cosa oscura, fría y apestosa como la muerte, que descendió en picado y fue a posarse en lo alto de un chopo.

Por desgracia, la reconocí. Tenía la cara marchita y llevaba un horrible gorro azul de punto y un vestido de terciopelo arrugado. De la espalda le salían unas correosas alas de murciélago. Sus pies acababan en garras afiladas, y en las zarpas metálicas de las manos sostenía un látigo llameante y un bolso de cachemir.

—Señorita Dodds —dije.

Ella me enseñó sus colmillos.

—Bienvenido de nuevo, cariño.

Sus dos hermanas —las otras Furias— descendieron bruscamente y se colocaron a su lado, en las ramas del chopo.

—¿Conoces a Alecto? —me preguntó Nico.

—Si te refieres a la bruja del medio, sí —contesté—. Era mi profesora de Matemáticas.

Nico asintió, como si no le sorprendiera. Alzó los ojos hacia las Furias e inspiró hondo.

—Ya he hecho lo que me pidió mi padre —anunció—. Llevadnos al palacio.

Me erguí, alarmado.

—Un momento, Nico. ¿Qué demonios…?

—Me temo que ésa es mi nueva pista, Percy. Mi padre prometió darme información sobre mi familia, pero quiere verte antes de que entremos en el río. Lo siento.

—¿Me has engañado? —Estaba tan furioso que me arrojé sobre él sin pensarlo. Pero las Furias eran muy rápidas. Dos de ellas se lanzaron desde lo alto, me agarraron por los brazos (la espada se me escurrió de la mano) y, antes de que pudiera reaccionar, me encontré suspendido a veinte metros del suelo.

—No te resistas, cariño —me gritó al oído mi antigua profe de Mates—. No me gustaría tener que soltarte.

La perra ladraba rabiosa y daba saltos tratando de alcanzarme, pero estábamos demasiado alto.

—Dile a la *Señorita O'Leary* que se tranquilice —me advirtió Nico, que se balanceaba a mi lado en las garras de la tercera Furia—. No quiero que le hagan daño, Percy. Mi padre nos espera. Sólo quiere hablar.

Me habría gustado decirle a la *Señorita O'Leary* que atacara a Nico, pero no habría servido de nada. Y él tenía razón en una cosa: podía salir malparada en una pelea con las Furias.

Apreté los dientes.

—¡Basta de saltos, *Señorita O'Leary*! ¡Tranquila, no pasa nada!

Ella gimió y se puso a dar vueltas sobre sí misma sin dejar de mirarme.

—Muy bien, traidor —refunfuñé—. Ya tienes tu presa. Llévame a tu maldito palacio.

* * *

Alecto me soltó como si fuera un saco de nabos en medio del jardín del palacio.

Era bonito en su estilo espeluznante. Había esqueléticos árboles blancos en macetas de mármol y macizos de flores que rebosaban de plantas de oro y piedras preciosas. En una terraza desde la que se dominaban los Campos de Asfódelos vi un par de tronos: uno de esqueletos y el otro de plata. Habría sido un sitio ideal para pasar la mañana del domingo, de no ser por el olor sulfuroso y los alaridos de las almas torturadas que resonaban a lo lejos.

La única salida estaba custodiada por guerreros-esqueleto, vestidos con uniformes andrajosos del ejército estadounidense y armados con fusiles M16.

La tercera Furia depositó a Nico a mi lado. Luego las tres fueron a posarse en lo alto del trono de esqueletos. Me resistí al impulso de estrangular a Nico allí mismo. Me lo habrían impedido. Tendría que esperar para vengarme.

Miré los tronos vacíos, expectante. Entonces el aire se agitó con una luz trémula y aparecieron tres figuras: Hades y Perséfone, sentados en sus tronos, y una mujer más vieja, de pie entre ambos. Parecían enfrascados en una

discusión.

—¡Te dije que era un inútil! —gritó la mujer mayor.

—¡Madre! —replicó Perséfone.

—Tenemos visitas —ladró Hades—. ¡Por favor!

Hades, uno de mis dioses menos predilectos, se alisó la túnica negra, cubierta con imágenes de caras aterrorizadas de condenados. En su tez lívida resaltaban los ojos intensos de un demente.

—Percy Jackson —dijo satisfecho—. Por fin.

La reina Perséfone me estudió con curiosidad. La había visto una vez en invierno, pero ahora, en pleno verano, parecía una diosa completamente distinta. Tenía el pelo negro y lustroso y unos ojos castaños muy cálidos. Su vestido relucía con un brillo cambiante y las flores del estampado —rosas, tulipanes, madreselvas— se transformaban y florecían constantemente.

La mujer que permanecía entre ellos era obviamente la madre de Perséfone. El pelo y los ojos los tenía iguales, pero se la veía mucho mayor y también más severa. Iba con un vestido dorado, del color de los campos de trigo, y llevaba el pelo trenzado con hierbas secas, semejante a una cesta de mimbre. Me imaginé que si alguien encendía a su lado una cerilla, la pobre mujer correría serio peligro.

—Hum —murmuró—. Semidioses. Vaya. Lo que nos faltaba.

Nico se arrodilló junto a mí. Me habría gustado tener a mano mi espada para cortarle su estúpida cabeza de chorlito. Por desgracia, *Contracorriente* seguía en algún rincón del campo donde nos habían sorprendido las Furias.

—Padre —dijo Nico—. He hecho lo que me pediste.

—Has tardado demasiado —refunfuñó Hades—. Tu hermana lo habría hecho mejor.

Nico bajó la cabeza. Si no hubiera estado tan furioso con el maldito renacuajo, quizá lo habría compadecido.

Miré airadamente al dios de los muertos.

—¿Qué queréis, dios Hades? —inquirí.

—Hablar, desde luego. —Retorció la boca en una sonrisa cruel—. ¿No te lo ha dicho Nico?

—Así que toda esta búsqueda era sólo una artimaña. Nico me ha traído aquí abajo para que me matéis.

—Oh, no. Me temo que Nico fue bastante sincero cuando se ofreció a ayudarte. Es un muchacho tan honrado como duro de mollera. Yo simplemente lo *convencí* para que diera un rodeo y te trajera primero aquí.

—Padre —intervino Nico—, me prometiste que Percy no sufriría ningún daño. Dijiste que si te lo traía me hablarías de mi pasado… de mi madre.

La reina Perséfone suspiró con aire teatral.

—¿Podríais abstenernos de mencionar a esa mujer en mi presencia, por favor?

—Perdona, palomita —murmuró Hades—. Algo tenía que prometerle al chico.

La otra dama carraspeó ruidosamente.

—Te lo advertí, hija. Este canalla de Hades es una birria de marido. Podrías haberte casado con el dios de los médicos o el dios de los abogados. Pero no. Tuviste que comerte esa granada…

—Madre…

—¡Y te quedaste atrapada en el inframundo!

—¡Por favor, madre!

—Y resulta que llega agosto y tú no vienes a casa como deberías. ¿Acaso piensas alguna vez en tu pobre y solitaria madre?

—¡Deméter! —la cortó Hades—. Ya basta. Eres una invitada en mi casa.

—Ah, pero ¿es una casa? —replicó ella—. ¿A este vertedero lo llamas una casa? Hacer vivir a mi hija en esta oscura pocilga…

—¡Ya te lo he dicho! —bramó Hades, haciendo rechinar los dientes—. Hay una guerra en el mundo exterior. Tú y Perséfone estáis más seguras aquí.

—Disculpad —los interrumpí—. Pero si vais a matarme, ¿no podríais aligerar y hacerlo cuanto antes?

Los tres dioses me miraron estupefactos.

—Vaya, pues sí que tiene carácter —observó Deméter.

—En efecto —asintió Hades—. Me encantaría matarlo.

—¡Padre! —exclamó Nico—. ¡Lo prometiste!

—Esposo, ya te lo he dicho otras veces —lo reprendió Perséfone—. No puedes andar incinerando a cada héroe con el que te tropiezas. Además, éste es valiente, lo cual me gusta.

Hades puso los ojos en blanco.

—También te gustaba el tal Orfeo. Y fíjate cómo salió aquello. Déjame matarlo, aunque sólo sea un poquito.

—¡Padre, lo prometiste! —insistió Nico—. Dijiste que sólo querías hablar con él. Que si te lo traía, me explicarías…

Hades frunció el entrecejo y alisó de nuevo los pliegues de su túnica.

—Y así lo haré. Tu madre… ¿qué puedo decirte? Era una mujer maravillosa. —Le echó un vistazo incómodo a Perséfone—. Perdona, querida. Quiero decir, para ser una mortal, claro. Se llamaba Maria di Angelo. Era de Venecia, pero su padre trabajaba de diplomático en Washington. Allí la conocí. Cuando tú y tu hermana erais pequeños, la Segunda Guerra Mundial estaba a punto de desatarse. Un mal momento para ser hijos de Hades. Algunos… hum… de mis otros hijos se habían colocado al frente del bando perdedor. Me pareció que lo mejor sería poneros a los dos fuera de peligro.

—¿Por eso nos escondiste en el Hotel Casino Loto?

Hades se encogió de hombros.

—Así no envejecisteis ni os disteis cuenta del paso del tiempo. Esperé a que llegara el momento oportuno para liberaros.

—¿Y qué pasó con nuestra madre? ¿Por qué no la recuerdo?

—Eso no importa —le soltó Hades.

—¿Qué? Claro que importa. Tú tenías otros hijos. ¿Por qué sólo nosotros fuimos enviados lejos del conflicto? ¿Y quién era el abogado que vino a sacarnos de allí?

Hades hizo rechinar los dientes.

—Harías bien en hablar menos y escuchar más, muchacho. En cuanto al abogado…

Chasqueó los dedos. En el respaldo de su trono, Alecto empezó a transfigurarse hasta adoptar la apariencia de un hombre de media edad con un traje a rayas y un maletín. Allí agazapada, o bueno… agazapado junto al hombro de Hades, tenía un aspecto extrañísimo.

—¡Tú! —exclamó Nico.

La Furia chilló:

—¡Los abogados y los profesores me salen muy bien!

Nico temblaba de pies a cabeza.

—Pero ¿por qué nos sacaste del casino?

—Tú ya sabes por qué —replicó Hades—. Es imposible que este idiota, hijo de Poseidón, sea la criatura de la profecía.

Arranqué un rubí de la planta más cercana y se lo arrojé al dios con rabia, aunque se hundió en su túnica sin causarle el menor daño.

—¡Deberíais estar ayudando al Olimpo! —le espeté—. Todos los demás dioses se encuentran luchando ahora mismo contra Tifón y vos permanecéis aquí sentado tranquilamente…

—Esperando a ver qué pasa —completó mi frase—. Sí, exacto. ¿Cuándo fue la última vez que el Olimpo me ayudó a mí, mestizo? ¿Cuándo fue la última vez que uno de mis hijos recibió el trato de un héroe? ¡Bah! ¿Por qué habría de apresurarme a socorrerlos? No, yo me quedaré aquí con todas mi fuerzas intactas.

—¿Y cuando Cronos venga por vos?

—Que lo intente. Estará muy debilitado. Y mi hijo aquí presente, Nico… —Hades lo observó con desagrado—. Bueno, no es que sea gran cosa ahora mismo, lo reconozco. Habría sido mejor que Bianca hubiera seguido viva. Pero imagínatelo con cuatro años más de entrenamiento… Sin duda podremos resistir todo ese tiempo. Nico tendrá dieciséis, como dice la profecía, y entonces será él quien tome la decisión que salvará al mundo. Y yo seré el rey de los dioses.

—Estáis loco —le dije—. Cronos os aplastará en cuanto termine de pulverizar el Olimpo.

Hades extendió la palma de las manos.

—Bueno, tú mismo tendrás la oportunidad de comprobarlo, mestizo. Porque te vas a pasar esta guerra en mis mazmorras.

—¡No! —gritó Nico—. Eso no fue lo que acordamos, padre. ¡Y no me lo has contado todo!

—Te he contado lo que necesitas saber —replicó Hades—. En cuanto a nuestro acuerdo, he hablado con Jackson, no le he hecho daño, y tú ya tienes tu información. Si querías un acuerdo mejor, tendrías que haberme hecho jurar por el Estigio. ¡Y ahora, vete a tu habitación! —Hizo un ademán y Nico se desvaneció.

—Ese chico debería comer más —rezongó Deméter—. Está demasiado enclenque. Le hacen falta más cereales.

Perséfone puso los ojos en blanco.

—Deja ya lo de los cereales, madre. Mi señor Hades, ¿seguro que no podemos soltar a este pequeño héroe? Tiene un valor increíble.

—No, querida. Ya le he perdonado la vida. Con eso basta.

Estaba convencido de que ella me defendería. La bella y valerosa Perséfone me sacaría de aquel aprieto.

Pero no: se limitó a encogerse de hombros.

—Bueno… ¿Qué hay para desayunar? —preguntó a continuación—. Me muero de hambre.

—Cereales —repuso Deméter.

—¡Madre! —Las dos mujeres desaparecieron en un torbellino de flores y trigo.

—No te deprimas, Percy Jackson —me advirtió Hades—. Mis fantasmas me mantienen informado de los planes de Cronos. Y puedo asegurarte que no tenías ninguna posibilidad de detenerlo a tiempo. Esta misma noche será demasiado tarde para tu precioso monte Olimpo. La trampa ya se habrá accionado para entonces.

—¿Qué trampa? ¡Si sabéis de qué se trata, haced algo! ¡Al menos, dejadme avisar a los demás dioses!

Hades sonrió.

—Tienes arrestos, no lo niego. Disfruta de mi mazmorra. Pasaremos a ver cómo estás dentro de… cincuenta o sesenta años.

Capítulo 8

Me doy el peor baño de mi vida

La espada reapareció por fin en mi bolsillo.

A buena hora, la verdad. Ahora podía asestarles a los muros tantos mandobles como quisiera. Mi celda no tenía barrotes ni ventanas, ni siquiera una puerta. Los guardianes-esqueleto me empujaron directamente a través de un muro que se volvió sólido en cuanto lo crucé. Pensé que tal vez era una celda hermética, sin ninguna ventilación. Probablemente. Los calabozos de Hades debían de estar pensados sólo para muertos, y éstos no respiran. Así que mejor olvidarse de los cincuenta o sesenta años encerrado. Estaría muerto en cincuenta o sesenta minutos. Entretanto, si Hades no me había mentido, se iba a activar una trampa en Nueva York al final del día, y yo no podría impedirlo.

Me senté en el frío suelo de piedra. Me sentía fatal.

No recuerdo haberme dormido. Pero, en fin, debían de ser las siete de la mañana, hora mortal, y me habían pasado tantas cosas que estaba agotado.

Soñé que estaba en el porche de la casa de verano de Rachel, en la playa de Saint Thomas. El sol empezaba a salir por el Caribe. Se divisaban docenas de islitas cubiertas de árboles y velas blancas que surcaban el mar perezosamente. El olor a salitre hacía que me preguntara si volvería a ver el océano.

Los padres de Rachel estaban sentados a la mesa de la terraza mientras su chef privado les preparaba unas tortillas. El señor Dare, vestido con un traje de lino blanco, leía el *Wall Street Journal*. La dama que había sentada enfrente debía de ser la señora Dare, aunque lo único que veía de ella eran sus uñas pintadas de rosa subido y la portada de *Condé Nast Traveler*. ¿Por qué le apetecía leer sobre viajes cuando ya estaba de viaje?

Rachel se encontraba apoyada en la barandilla del porche y de vez en cuando suspiraba. Iba con bermudas y su camiseta de Van Gogh. (Sí, ella intentaba enseñarme un poco de historia del arte, pero no te dejes impresionar: sólo me acordaba del nombre del tipo porque se cortó una oreja).

Me preguntaba si estaría pensando en mí. O diciéndose que era un fastidio que no hubiera ido con ellos de vacaciones. Desde luego, era lo que yo estaba pensando.

Entonces la escena cambiaba. Ahora me encontraba en San Luis, en el centro de la ciudad, justo debajo del Gateway Arch. Ya había estado allí una vez. De hecho, me había faltado muy poco para matarme tras caer desde las alturas.

Sobre la ciudad se cernía una gran tormenta eléctrica: una masa nubosa negra, densa como un muro, surcada de relámpagos. Unas manzanas más allá, veía un enjambre de ambulancias y vehículos de emergencia con las luces parpadeantes. Una columna de polvo se elevaba de una montaña de escombros.

Un rascacielos desmoronado, deducía.

Una periodista gritaba en su micrófono:

—Las autoridades lo atribuyen a un fallo estructural, Dan, aunque nadie sabe si tiene alguna relación con el temporal.

El viento azotaba su pelo. La temperatura descendía rápidamente: cinco o seis grados en el tiempo que llevaba allí.

—Por fortuna, el edificio se encontraba vacío a la espera de ser demolido —añadía la periodista—. Pero la policía ha ordenado la evacuación de todos los inmuebles colindantes por temor a que el hundimiento pudiera provocar…

Se le quebraba la voz al resonar en el cielo un tremendo crujido. Un rayo estallaba en el centro de la oscuridad y la ciudad entera sufría una sacudida. Los pelos se me ponían de punta mientras se expandía por el aire un gran resplandor. El estruendo había sido de tal magnitud que sólo podía tratarse de una cosa: el rayo maestro de Zeus. Tendría que haber pulverizado sin más a su objetivo, pero la nube oscura no se disolvía; sólo retrocedía bamboleándose. Entre la espesa masa negra surgía un puño de contornos difusos que le asestaba un golpe a otro rascacielos. El edificio entero se venía abajo como si fuese de juguete.

La periodista no paraba de dar gritos; la gente corría por las calles; pasaban ambulancias y coches de policía con sus luces parpadeantes. Veía un trazo plateado en el cielo: un carro tirado por renos. Pero no era Papá Noel quien lo conducía, sino Artemisa, que se abría paso entre la tormenta y lanzaba flechas de luz de luna hacia la oscuridad. Un dorado cometa ardiente pasaba a toda velocidad por su lado… quizá su hermano Apolo.

Una cosa estaba clara: Tifón había llegado a la altura del río Misisippi. Había cruzado ya la mitad de Estados Unidos, dejando una estela de destrucción, y los dioses apenas lograban retrasar su avance.

La montaña de oscuridad se alzaba entonces sobre mí y de su espesor surgía un pie del tamaño del estadio de los Yankees. Iba a aplastarme cuando oía un suave susurro: «¡Percy!».

Me lanzaba ciegas y sin pensarlo. Antes de despertarme del todo, advertía que tenía inmovilizado a Nico en el suelo de la celda y que le había puesto en la garganta la punta de mi espada.

—Yo… venía a… rescatarte —decía él con voz estrangulada.

La rabia me despertó en el acto.

—¿Ah, sí? —repliqué—. ¿Y por qué habría de fiarme de ti?

—¿A lo mejor porque… no tienes… otro remedio? —farfulló.

Ojalá no hubiera dicho una cosa tan lógica. Lo solté.

Nico se retorció hecho un ovillo emitiendo sonidos de arcadas. Cuando se recuperó, se puso de pie echando ojeadas recelosas a mi espada. La suya seguía envainada. Comprendí que si hubiera querido matarme podría haberlo hecho mientras dormía. Aun así, no me fiaba.

—Debemos salir de aquí —dijo.

—¿Para qué? —le espeté—. ¿Es que tu padre quiere hablar otra vez conmigo?

Él hizo una mueca.

—Te juro por el río Estigio que no sabía lo que planeaba.

—¡Ya sabes cómo es tu padre!

—Me engañó. Me había prometido… —Alzó las manos—. Escucha… ahora tenemos que largarnos. He dejado dormidos a los guardias, pero el efecto no durará mucho.

Todavía tenía ganas de estrangularlo. Pero, por desgracia, estaba en lo cierto. No había tiempo para discutir, y yo no podría escapar por mi cuenta. Apuntó a la pared con un dedo y desapareció un tramo entero, mostrando un angosto pasillo.

—Vamos —susurró, abriendo la marcha.

Habría deseado tener el gorro de invisibilidad de Annabeth, pero resultó que tampoco hacía falta. Cada vez que veíamos a un guardia-esqueleto, Nico se limitaba a apuntarlo con un dedo y sus ojos llameantes se apagaban de inmediato. Por desgracia, cuanto más lo hacía, más extenuado quedaba. Atravesamos un laberinto de corredores plagados de guardias. Cuando llegamos a las cocinas, cuyos cocineros y criados eran todos esqueletos, prácticamente tenía que sujetar a Nico para que no se viniera abajo. Aún sacó fuerzas para dejarlos dormidos, pero poco le faltó para caer también él desmayado. Lo arrastré por la puerta de servicio y salimos a los Campos de Asfódelos.

Empezaba a sentirme aliviado cuando oímos gongs de bronce en lo alto del castillo.

—Han dado la alarma —murmuró, adormilado.

—¿Qué hacemos?

Él bostezó y arrugó la frente, como tratando de recordar.

—¿Qué tal… si corremos?

* * *

Correr con un hijo de Hades completamente soñoliento es como hacer una carrera a tres piernas con un muñeco de trapo de tamaño extra. Lo arrastraba como podía y mantenía mi espada en ristre para abrirme paso. Los espíritus de los muertos se apartaban como si el bronce celestial quemara.

El sonido de los gongs reverberaba por los campos. Al fondo se alzaban amenazadoras las murallas del Érebo. Pero, cuanto más andábamos, más lejos parecían. Estaba a punto de desmoronarme de agotamiento cuando oí un «¡Guau!» conocido.

La *Señorita O'Leary* surgió de la nada dando saltos y empezó a correr alrededor de nosotros, por lo visto con ganas de jugar.

—¡Buena chica! —dije—. ¿Puedes llevarnos al Estigio?

La palabra « Estigio» pareció estimularla. Dio unos saltos, persiguió a su propia cola, como para mostrarle quién mandaba allí, y por fin se calmó un poco y pude acomodar a Nico en su lomo. Subí yo también y la perra echó a correr hacia las puertas. De un salto rebasó la fila de « MUERTE RÁPIDA» , derribando a los guardias y disparando aún más alarmas. *Cerbero* empezó a ladrar, pero sonaba más excitado que colérico, como diciendo: « Yo también quiero jugar» .

Por suerte, no nos persiguió, y la *Señorita O'Leary* continuó corriendo sin problemas río arriba. No se detuvo hasta que estuvimos bien lejos y perdimos de vista los fuegos del Érebo.

* * *

Nico bajó del lomo de la perra y se desplomó como un saco sobre la arena negra.

Saqué un trozo de ambrosía: una parte de la reserva de alimento divino que llevo siempre encima. Estaba un poco deformada, pero Nico la masticó igualmente.

—¡Uf! —mascullló—. Ya estoy mejor.

—Tus poderes te consumen excesivamente —observé.

Él asintió, soñoliento.

—Cuanto mayores son los poderes, mayor es la necesidad de dormir una siesta. Despiértame dentro de un rato.

—Eh, señor zombi. —Lo sujeté antes de que perdiera otra vez el conocimiento—. Estamos junto al río. Debes decirme qué tenemos que hacer.

Le di el último pedazo de ambrosía, cosa que entrañaba cierto peligro, porque es una sustancia que cura a los semidioses, pero que también puede reducirnos a cenizas si abusamos de ella. Por suerte, pareció funcionar. Nico sacudió la cabeza varias veces y se puso trabajosamente en pie.

—Mi padre vendrá pronto —dijo—. Tenemos que darnos prisa.

La corriente del Estigio arrastraba objetos de lo más extraños: muñecas rotas, diplomas de universidad rasgados, ramilletes marchitos del baile de fin de curso… Todos los sueños que la gente había tirado por la borda al pasar de la vida a la muerte. Mirando aquellas aguas negras, se me ocurrían millones de sitios más agradables donde nadar.

—Entonces… ¿qué? ¿Me zambullo y ya está?

—Debes prepararte primero —me explicó—. Si no, el río te destruirá. Abrasará tanto tu cuerpo como tu alma.

—Suena divertido —murmuré entre dientes.

—No estamos para bromas —advirtió Nico—. Sólo hay un modo de permanecer anclado a tu vida mortal. Tienes que…

Miró a mi espalda y abrió los ojos como platos. Me volví en redondo y me

encontré frente a frente con un guerrero griego.

Por un segundo lo tomé por Ares, porque el tipo tenía exactamente el mismo aspecto que el dios de la guerra: alto y fornido, con el rostro lleno de cicatrices y el pelo oscuro rapado. Llevaba una túnica blanca y armadura de bronce. Bajo el brazo sujetaba un casco de guerra con un penacho de plumas. Sus ojos, sin embargo, eran humanos, de un verde tan claro como un mar poco profundo. Debajo de la pantorrilla izquierda, a la altura del tobillo, tenía clavada una flecha ensangrentada.

Siempre se me olvidan los nombres griegos, pero incluso yo recordaba al guerrero más grande de todos los tiempos, que había sucumbido por una herida en el talón.

—Aquiles —dije.

El fantasma asintió.

—Le advertí al otro que no siguiese mi camino. Y ahora te lo advierto a ti.

—¿A Luke? ¿Hablaste con Luke? —pregunté.

—No lo hagas —insistió—. Te volverá muy poderoso, pero también te hará más débil. Tu destreza en el combate superará la de cualquier mortal, pero tus debilidades y defectos se acrecentarán también.

—¿Quieres decir que tendré un problema en el talón? ¿Y no podría, no sé, llevar otra cosa en vez de sandalias? Sin ánimo de ofender.

Él se miró el pie ensangrentado.

—El talón es sólo mi debilidad física, semidiós. Mi madre, Tetis, me sostuvo por él cuando me sumergió en el Estigio. Pero lo que realmente me mató fue mi propia arrogancia. ¡Te lo advierto! ¡Vuelve sobre tus pasos!

Hablaba en serio. Percibí la amargura y el arrepentimiento en su voz. Realmente trataba de salvarme de un terrible destino.

Pero Luke también había estado allí, y él no se había echado atrás. Por eso, ahora me daba cuenta, había sido capaz de albergar el espíritu de Cronos sin que su cuerpo se desintegrara. Así era como se había preparado, y de ahí que pareciera imposible derrotarlo. Se había bañado en el río Estigio y había incorporado los poderes del mayor héroe mortal, Aquiles. Era invencible.

—Debo hacerlo —dije—, o no tendré ninguna posibilidad.

Aquiles bajó la cabeza.

—Los dioses son testigos de que lo he intentado. Escucha, héroe, si debes hacerlo, concéntrate en tu punto mortal. Imagina un punto de tu cuerpo que seguirá siendo vulnerable. Será por ese punto por donde tu alma anclará tu cuerpo al mundo. Ésa será tu mayor debilidad, pero también tu única esperanza. Ningún hombre puede ser del todo invulnerable. Si pierdes de vista lo que te sigue haciendo mortal, el río Estigio te abrasará y te hará cenizas. Cesarás de existir.

—Supongo que no puedes revelarme cuál es el punto mortal de Luke…

Me miró ceñudo.

—Prepárate, necio muchacho. Tanto si sobrevives como si no, acabas de sellar tu perdición.

Y con esa alegre declaración, se desvaneció.

—Percy —me dijo Nico—, quizá tenga razón.

—Esto ha sido idea tuya.

—Ya. Pero ahora que hemos llegado…

—Tú aguarda en la orilla. Si me sucede algo… Bueno, entonces tal vez Hades vea satisfecho su deseo y tú te conviertas en la criatura de la profecía.

No pareció muy contento con la idea, pero me daba igual.

Antes de que pudiera echarme atrás, me concentré en un punto diminuto del final de mi espalda, justo a la altura del ombligo. Lo tenía bien defendido cuando llevaba mi armadura. Sería difícil que me golpeara en esa zona accidentalmente, y dudaba que a algún enemigo se le ocurriera herirme allí. Ninguno era ideal, pero aquél me pareció adecuado y mucho más digno que, digamos, la axila.

Imaginé un hilo, un cordón vital que me conectaba con el mundo desde mi región lumbar. Y me metí en el río.

* * *

Imagínate que te zambulleras en un pozo de ácido hirviendo. Y ahora multiplica ese dolor por cincuenta. Ni siquiera así llegarás a comprender la sensación de nadar en el Estigio. Había pensado meterme despacio y con el aire valeroso de un auténtico héroe. Pero, en cuanto el agua me tocó las piernas, se me aflojaron todos los músculos y caí de bruces en la corriente.

Me sumergí por completo. Por primera vez en mi vida, sentí que no podía respirar bajo el agua. Por fin comprendía el pánico que provoca ahogarse. Me ardía cada nervio del cuerpo. Estaba disolviéndome en aquel líquido. Vi algunos rostros —Rachel, Grover, Tyson, mi madre—, pero se desvanecían de inmediato.

«Percy —decía mi madre—, te doy mi bendición».

«¡Ten cuidado, hermano!», me suplicaba Tyson.

«¡Enchiladas!», gritaba Grover. No entendí a qué venía eso, y la verdad es que no me ayudaba mucho.

Estaba perdiendo la partida. El dolor era excesivo. Mis manos y pies se disolvían en el agua; sentía que se me desgarraba el alma del cuerpo; ya no recordaba quién era. El dolor que me había causado la guadaña de Cronos no había sido nada comparado con aquello.

«El cordón —dijo una voz conocida—. ¡Recuerda tu cuerda salvavidas, bobo!».

Bruscamente noté una sacudida al final de mi espalda. La corriente tiraba de mí, pero ya no me arrastraba como antes. Imaginé que la cuerda me mantenía amarrado a la orilla.

« Aguanta, sesos de alga. —Era la voz de Annabeth, ahora mucho más clara—. No te vas a librar de mí tan fácilmente» .

La cuerda se tensó.

Ahora veía por encima de mi cabeza a Annabeth, aguardando descalza en el amarradero del lago de las canoas. Me había caído de la canoa. Era eso. Ella me tendía la mano para sacarme del agua y parecía contener la risa. Llevaba la camiseta naranja del campamento y unos vaqueros. Tenía el pelo recogido bajo su gorra de los Yankees, cosa extraña porque eso debería haberla vuelto invisible.

« Eres tan idiota a veces… —Sonrió—. Ven. Agárrate de mi mano» .

Los recuerdos fluyeron a mi memoria, ahora más vividos y llenos de colorido. Dejé de disolverme. Mi nombre era Percy Jackson. Saqué un brazo y me aferré a la mano de Annabeth.

Bruscamente, salí como despedido del río y me derrumbé en la arena. Nico retrocedió, sobresaltado.

—¿Estás bien? —preguntó—. Tu piel… ¡Oh, dioses! ¡Estás herido!

Tenía los brazos de un rojo intenso. Sentía como si cada centímetro de mi cuerpo hubiera sido asado a fuego lento.

Miré alrededor, buscando a Annabeth, aunque en realidad ya sabía que no estaba allí. Me había parecido tan real…

—Estoy bien… Creo. —Mi piel iba recobrando su aspecto normal. El dolor se apaciguaba. La *Señorita O'Leary* se acercó y me husmeó, inquieta. Al parecer, era un olor muy interesante.

—¿Te sientes más fuerte? —preguntó Nico.

Antes de que pudiera averiguar lo que sentía, una voz bramó:

—¡¡Allí!!

Se nos acercaba un ejército de muertos. Abría la marcha un centenar de esqueletos con aspecto de legionarios romanos, armados con lanzas y escudos. Le seguía un número idéntico de casacas rojas con las bayonetas caladas. En medio, Hades en persona conducía un carro negro y dorado tirado por unos caballos de pesadilla con crines y ojos de fuego.

—¡Esta vez no escaparás, Percy Jackson! —rugió—. ¡Destruidlo!

—¡No, padre! —gritó Nico, pero ya era tarde. La primera línea de zombis romanos avanzó con sus lanzas en ristre.

La *Señorita O'Leary* dio un gruñido y se dispuso a saltar. Tal vez fue eso lo que me activó. No quería que hirieran a mi perra. Además, ya estaba harto de las fanfarronerías de Hades. Si tenía que morir, prefería hacerlo peleando.

Solté un alarido y el río Estigio explotó repentinamente. Una oleada negra se abatió sobre los legionarios. Las lanzas y los escudos volaban por todas partes mientras los zombis empezaban a disolverse, echando humo por sus cascos de bronce.

Los casacas rojas bajaron sus bayonetas, pero no esperé a que vinieran a mi

encuentro y arremetí contra ellos.

Fue la cosa más estúpida que he hecho en mi vida. Un centenar de mosquetes me dispararon a bocajarro. Todos fallaron. Desbaraté sus líneas y empecé a repartir mandobles con *Contracorriente*. Me lanzaban estocadas de espadas y bayonetas, los mosquetes volvían a hacer fuego, pero nada me hería ni me tocaba.

Me revolví como un torbellino entre sus filas, dando tajos a los casacas rojas, que se deshacían uno a uno en un montón de polvo. Mi mente funcionaba en piloto automático: clava, haz una finta, corta, desvía el golpe, gira. *Contracorriente* ya no era una espada. Era un arco de pura destrucción.

Atravesé la línea enemiga y subí de un salto al carro negro. Hades alzó su vara de mando, de la cual salió disparado un rayo de energía negra, pero lo desvié con mi espada y me abalancé sobre el dios. Caímos los dos del carro.

Antes de que pudiera darme cuenta, me encontré con una rodilla plantada en el pecho de Hades. Con una mano lo agarraba por el cuello de la túnica real y con la otra mantenía la punta de la espada suspendida sobre su rostro.

Se hizo un completo silencio. Los miembros de su ejército no movían un dedo para defender a su señor. Miré de soslayo y comprendí por qué. No quedaba ni rastro de ellos: sólo armas tiradas en la arena, montones de polvo humeante y uniformes vacíos. Los había destruido a todos.

Hades tragó saliva.

—Bueno, Jackson, escucha…

Era inmortal, no podía matarlo de ningún modo. Pero los dioses pueden resultar heridos, eso lo sabía, y supuse que una espada en la cara no le haría mucha gracia.

—Sólo porque soy buena persona —gruñí—, voy a dejar que os vayáis. Pero primero habladme de esa trampa…

No pude terminar la frase, porque Hades se esfumó en silencio, dejándome con su negra túnica en las manos.

Solté una maldición y me puse de pie, jadeante. Ahora que había superado el peligro, noté lo agotado que estaba. Me dolían todos los músculos del cuerpo. Tenía la ropa desgarrada, hecha jirones y llena de agujeros de bala. Pero yo estaba bien. No me había llevado ni un rasguño.

Nico me miraba con la boca abierta.

—Tú… con una espada… tú…

—Me parece que esto del río funciona.

—Vaya —respondió, sarcástico—. No me digas…

La *Señorita O'Leary* ladraba con alegría, meneaba la cola y saltaba de un lado para otro, husmeando uniformes y buscando huesos. Alcé la túnica de Hades. Todavía se veían los rostros atormentados que temblaban en su tela irisada.

Me acerqué a la orilla del río.

—Sed libres.

Arrojé la túnica al agua y miré cómo giraba sobre sí misma, arrastrada por la corriente, para disolverse y desaparecer.

—Vuelve con tu padre —le pedí a Nico—. Dile que está en deuda conmigo por haber dejado que se marchara. Averigua qué va a ocurrir en el monte Olimpo y convéncelo para que nos ayude.

Él me miró fijamente.

—No… no puedo. Ahora me odiará. Quiero decir… todavía más.

—Tienes que hacerlo —insistí—. Tú también me lo debes.

Se sonrojó hasta las orejas.

—Ya te he pedido perdón, Percy. Por favor… déjame ir contigo. Quiero luchar.

—Serás más útil aquí abajo.

—Quieres decir que ya no te fías de mí —repuso, compungido.

No respondí. Yo mismo no sabía qué quería decir. Aún estaba demasiado atónito por lo que acababa de hacer en la batalla para poder pensar con claridad.

—Vuelve con tu padre —le dije, procurando no sonar muy duro—. Trata de convencerlo. Eres la única persona que tal vez pueda lograr que escuche.

—Una idea más bien deprimente. —Suspiró—. De acuerdo. Haré todo lo que pueda. Además, todavía me oculta algo sobre mi madre. Quizá consiga averiguarlo.

—Buena suerte. Ahora la *Señorita O'Leary* y yo tenemos que marcharnos.

—¿Adónde? —preguntó.

Miré la entrada del túnel y pensé en el largo ascenso que me esperaba para volver al mundo de los vivos.

—A dar comienzo a esta guerra —repuse—. Ya es hora de que encuentre a Luke.

Capítulo 9

Dos serpientes me salvan la vida

Me encanta Nueva York. Aunque salgas del reino de Hades a Central Park; aunque subas a un taxi y bajes por la Quinta Avenida con un perro del inframundo gigante corriendo detrás, nadie te mira ni pone cara rara.

Desde luego, la Niebla ayudaba lo suyo. Lo más probable es que la gente no viera a la *Señorita O'Leary*, o tal vez la tomaban por un camión ruidoso y simpático.

Corrí el riesgo de utilizar el móvil de mi madre para llamar a Annabeth por segunda vez. La había llamado antes desde el túnel, pero había saltado su buzón de voz. Me había sorprendido lo bien que se recibía la señal, teniendo en cuenta que estaba en el centro mitológico de la tierra, pero no quería ni imaginarme la tarifa que iban a aplicarle a mi madre por aquella llamada.

Esta vez sí se puso Annabeth.

—Hola —le dije—. ¿Recibiste mi mensaje?

—¡Percy!, ¿dónde te habías metido? Apenas decías nada en tu mensaje. ¡Nos tenías muertos de preocupación!

—Luego te lo contaré —le dije, aunque no tenía ni idea de cómo iba a cumplirlo—. ¿Dónde estáis ahora?

—Vamos de camino a donde nos pediste. Estamos a punto de llegar al túnel de Queens. Pero, Percy, ¿cuál es tu plan? Hemos dejado el campamento prácticamente indefenso. Y es imposible que los dioses…

—Confía en mí —la interrumpí—. Nos vemos allí.

Colgué. Me temblaban las manos. No sabía si era una secuela de mi inmersión en el Estigio o la excitación ante lo que estaba a punto de hacer. Si no funcionaba, no podría evitar que me volaran en pedazos por muy invulnerable que fuera.

* * *

El taxi me dejó frente al Empire State hacia media tarde. La *Señorita O'Leary* saltaba de aquí para allá en la Quinta Avenida, lamiendo taxis y husmeando puestos de perritos calientes. Nadie parecía detectar su presencia, aunque la gente se apartaba con aire confuso cuando ella se acercaba.

La llamé con un silbido al ver que paraban tres furgonetas blancas junto al bordillo: las tres con un rótulo de Fresas Delfos, que es el nombre que se usa como tapadera para el Campamento Mestizo. Nunca había visto las tres furgonetas juntas en el mismo sitio, aunque sabía que iban y venían a la ciudad con nuestros productos frescos.

La primera la conducía Argos, nuestro jefe de seguridad de múltiples ojos. Las otras dos, sendas arpías, que son un híbrido demoníaco de gallina y humano con bastante mala uva. Normalmente se dedicaban a limpiar el campamento, pero también se les daba bien conducir entre el denso tráfico del centro de la ciudad.

En cuanto pararon, se abrieron las puertas laterales y empezaron a bajar un montón de campistas (algunos un poco lívidos por el largo trayecto). Me llenó de alegría que hubieran venido tantos: Pólux, Silena Beauregard, los hermanos Stoll, Michael Yew, Jake Mason, Katie Gardner y Annabeth, junto con la mayoría de los miembros de sus cabañas. Quirón fue el último en bajar de la furgoneta. Llevaba comprimida la mitad de su cuerpo de caballo en una silla de ruedas mágica, así que utilizó la plataforma para discapacitados. La cabaña de Ares no había venido, pero procuré no enfadarme demasiado ni pensar en ello. Clarisse era una estúpida testaruda. Y punto.

Hice un recuento. Cuarenta campistas en total.

No muchos para librar una guerra, pero aun así era el grupo más numeroso de mestizos que había visto reunido jamás fuera del campamento. Parecían nerviosos, cosa que comprendía perfectamente. El aura de semidioses que debíamos de estar emitiendo era tan potente que ya habríamos alertado a todos los monstruos del nordeste del país.

Mientras repasaba los rostros de los campistas a los que conocía de tantos veranos, una voz insistente susurraba en mi interior: « Uno de ellos es un espía» .

Pero no podía entretenerme pensando en eso. Eran mis amigos. Y los necesitaba.

Entonces recordé la maligna sonrisa de Cronos: « No puedes confiar en los amigos. Siempre te acabarán decepcionando» .

Annabeth se me acercó. Iba con un uniforme negro de camuflaje, con el cuchillo de bronce celestial sujeto al brazo y su portátil al hombro: o sea, lista para repartir puñaladas o navegar por internet. Lo que hiciera falta.

—¿Qué pasa? —preguntó, frunciendo el entrecejo.

—¿Qué quieres decir?

—Me miras de un modo raro.

Advertí que estaba pensando en la extraña visión que había tenido de ella sacándome del río Estigio.

—Ah, no… nada —le dije, y miré a los demás—. Gracias a todos por venir. Quirón, pasa tú primero.

Mi viejo mentor negó con la cabeza.

—He venido a desearte suerte, muchacho. No pienso volver a visitar el Olimpo si no me llaman.

—Pero eres nuestro líder…

Él sonrió.

—Soy vuestro entrenador, vuestro maestro. Lo cual no es lo mismo que ser vuestro líder. Me dedicaré a reunir a todos los aliados que pueda. Quizá no sea demasiado tarde para que mis hermanos centauros nos ayuden. Entretanto, tú eres quien ha convocado aquí a los campistas, Percy. Tú eres el líder.

Iba a protestar, pero todos me miraban con expectación, incluida Annabeth.

Inspiré hondo.

—De acuerdo —asentí—. Como le he dicho a Annabeth por teléfono, algo malo va a pasar esta noche. Una especie de trampa. Tenemos que conseguir una audiencia con Zeus y convencerlo para que defienda la ciudad. Recordadlo: no podemos aceptar un no por respuesta.

Le pedí a Argos que vigilara a la *Señorita O'Leary*, cosa que no pareció gustar a ninguno de los dos.

Quirón me dio la mano.

—Te las arreglarás, Percy. Recuerda tus puntos fuertes y vigila tus debilidades.

Aquello sonaba casi igual que lo que me había dicho Aquiles. Entonces recordé que Quirón también había sido su maestro, lo cual no me tranquilizó precisamente, pero asentí y traté de sonreírle con aplomo.

—Vamos —dije a los campistas.

* * *

Había un guardia de seguridad sentado tras el mostrador del vestíbulo, leyendo un grueso volumen negro con una flor en la portada. El hombre levantó la vista cuando desfilamos con nuestras armas y armaduras tintineando.

—¿Un grupo escolar? —preguntó—. Estamos a punto de cerrar.

—No —le dije—. Vamos a la planta seiscientos.

Nos examinó con más atención. Tenía los ojos azul claro y la cabeza completamente afeitada. No sabía si era humano, pero parecía ver nuestras armas, así que supongo que la Niebla no lo cegaba.

—No existe la planta seiscientos, chico. —Lo dijo como si fuera la respuesta obligada, aunque él no la creyera—. Circula.

Me incliné sobre el mostrador.

—Cuarenta semidioses atraen a un montón increíble de monstruos —susurré —. ¿De verdad quiere que nos quedemos en su vestíbulo?

Reflexionó un momento. Después pulsó un botón y se abrió la puerta de seguridad.

—De acuerdo, pero rápido.

—No va a hacernos pasar por el detector de metales, ¿no?

—Pues no. El ascensor de la derecha. Supongo que ya conoces el camino.

Le lancé un dracma de oro y desfilamos sin más.

Calculé que harían falta dos viajes para subir todos en ascensor. Fui con el primer grupo. Habían cambiado la música ambiental desde mi última visita; ahora sonaba un viejo tema de música disco: *Stayin' Alive* («Sobreviviendo»). Me pasó por la cabeza una imagen terrorífica de Apolo con los típicos pantalones acampanados de los setenta y una ceñida camisa de seda.

Respiré aliviado cuando sonó una campanilla y se abrieron por fin las puertas del ascensor. Ante nosotros se extendía un sendero de piedras flotantes, suspendido a dos mil metros sobre Manhattan, que ascendía entre las nubes hacia el monte Olimpo.

Había visto varias veces el Olimpo, pero aún me dejaba sin aliento. Las mansiones blancas y doradas relucían en la ladera de la montaña; había jardines en flor en centenares de terrazas; las sinuosas callejas estaban bordeadas de braseros que perfumaban el aire con su aroma. Y justo en la cima coronada de nieve se alzaba el palacio de los dioses. Se veía todo tan majestuoso como siempre, pero había algo raro en el ambiente. Y sólo entonces advertí que la montaña estaba en silencio: sin música, sin voces, sin risas.

Annabeth me examinó con atención.

—Se te ve… distinto —comentó—. ¿Dónde has estado exactamente?

En aquel momento volvieron a abrirse las puertas del ascensor, que llegaba con el segundo grupo de mestizos.

—Luego te lo explico —le dije—. Vamos.

Subimos por el puente suspendido entre las nubes y nos internamos en las calles del Olimpo. Las tiendas estaban cerradas y los parques, vacíos. Había un par de Musas en un banco tocando unas liras llameantes, pero no parecían poner el corazón en ello. Un cíclope solitario barría la calle con un roble arrancado de cuajo. Un diosecillo menor nos divisó desde un balcón y corrió a refugiarse dentro, cerrando los postigos.

Pasamos bajo un gran arco de mármol flanqueado con las estatuas de Zeus y Hera. Annabeth le hizo una mueca a la reina de los dioses.

—La odio —masculló.

—¿Te ha echado alguna maldición? —le pregunté. El año pasado se había ganado la ojeriza de Hera, pero no habíamos vuelto a hablar del asunto desde entonces.

—Poca cosa por ahora. Su animal sagrado es la vaca, ¿verdad?

—Exacto.

—Pues no para de enviarme vacas.

Intenté aguantarme la risa.

—¿Vacas? ¿En San Francisco?

—Ya lo creo. Normalmente no las veo, pero me dejan regalitos por todas partes: en el patio trasero, en el sendero de entrada, en los pasillos del colegio… Siempre tengo que vigilar por dónde piso.

—¡Mirad! —gritó Pólux, señalando el horizonte—. ¿Qué es eso?

Nos quedamos de piedra. Unas luces azules rasgaban el cielo de la tarde como cometas diminutos lanzados hacia el Olimpo. Parecían proceder de todos los rincones de la ciudad y apuntaban directamente a la montaña. Al aproximarse, se disolvían bruscamente sin dejar rastro. Las observamos durante varios minutos. No daban la impresión de causar ningún daño, pero aun así era raro.

—Son como rayos infrarrojos —murmuró Michael Yew—. Nos están apuntando.

—Vamos al palacio —dije.

No encontramos ninguna vigilancia. Las puertas de oro y plata estaban abiertas de par en par. Nuestros pasos resonaban huecos mientras avanzábamos por la sala del trono.

Bueno, «sala» no acaba de ser el término para definirla. Aquello era tan grande como el Madison Square Garden. En lo alto, relucían las constelaciones en el techo azul. La mayor parte del espacio estaba ocupado por doce tronos gigantescos dispuestos en U alrededor de una hoguera. En una esquina flotaba en el aire un globo de agua tan grande como una casa, y en su interior nadaba mi viejo amigo el taurofidio, una criatura mitad vaca, mitad serpiente.

—¡Muuuuu! —saludó alegremente, trazando un círculo.

Pese a la gravedad de la situación, no tuve más remedio que reírme. Dos años atrás habíamos invertido mucho tiempo tratando de salvar al taurofidio de los titanes, y había acabado encariñándome con él. Yo también parecía caerle bien, a pesar de que al principio lo había tomado por una hembra y lo había llamado Bessie.

—Eh, colega —dije—. ¿Te tratan bien?

—Muuuuu —respondió Bessie.

Al acercarnos a los tronos, resonó una voz femenina.

—Hola de nuevo, Percy Jackson. Tú y tus amigos sois bien recibidos.

Hestia se hallaba junto a la hoguera, atizando el fuego con un palo. Llevaba un sencillo vestido marrón como el de la otra vez, aunque ahora había adoptado la apariencia de una mujer madura.

Le hice una reverencia.

—Señora Hestia.

Mis amigos siguieron mi ejemplo.

Hestia me miró con sus ojos rojos e incandescentes.

—Veo que has seguido adelante con tu plan —dijo—. Llevas en ti la maldición de Aquiles.

Los demás campistas empezaron a murmurar entre sí: «¿Qué ha dicho?», «¿El qué de Aquiles?».

—Debes andarte con cuidado —me advirtió Hestia—. Ganaste mucho en tu

viaje. Pero sigues ciego frente a la verdad más importante. Tal vez te venga bien un pequeño atisbo.

Annabeth me dio un codazo.

—¿De qué demonios habla? —preguntó.

Miré a Hestia a los ojos y me vino súbitamente una imagen a la cabeza: un callejón oscuro entre almacenes de ladrillo rojo, con un rótulo sobre una de las puertas: « HERRAJES RICHMOND» .

Entre las sombras había dos mestizos agazapados: un chico de catorce años y una chica de doce. Advertí sobresaltado que el chico era Luke. Y ella, Thalia, la hija de Zeus. Estaba presenciando una escena de la época que habían pasado como fugitivos, antes de que Grover los encontrase.

Luke llevaba un cuchillo de bronce; Thalia, su lanza y su terrorífico escudo, la Égida. Se los veía flacos y hambrientos, con una expresión salvaje en la mirada, como si vivieran continuamente acosados.

—¿Estás seguro? —decía Thalia.

Luke asentía.

—Hay algo ahí al fondo. Lo percibo.

Entonces resonaba un estruendo en el callejón, como si alguien hubiera golpeado una plancha de metal. Los mestizos avanzaron con gran sigilo.

Había un montón de cajas viejas en una plataforma de carga, y se acercaban con las armas dispuestas. Una plancha metálica se estremecía como si hubiese algo detrás.

Thalia miraba a Luke. Éste contaba hasta tres y apartaba de golpe la plancha: una niña saltaba sobre él con un martillo en la mano.

—¡Uau! —gritaba Luke.

La niña tenía el pelo rubio y enmarañado y llevaba un pijama de franela. No podía tener más de siete años, pero, si Luke no hubiera sido tan rápido, le habría partido la crisma.

La agarraba por la muñeca y el martillo se le escapaba y rebotaba por el suelo de cemento.

La niña luchaba y pataleaba.

—¡Basta, monstruos! ¡Dejadme! —gritaba.

—¡Tranquila! —Luke forcejeaba para sujetarla—. Guarda el escudo, Thalia. La estás asustando.

Thalia le daba unos golpecitos a la Égida, que se encogía hasta convertirse en una pulsera de plata, y se acercaba a la niña.

—¡Eh, calma! —le decía—. No vamos a hacerte daño. Yo soy Thalia. Y éste es Luke.

—¡Monstruos!

—No —le aseguraba él—. Aunque sabemos mucho de monstruos. Nosotros también luchamos contra ellos.

Poco a poco, la niña dejaba de patalear. Examinaba a Luke y Thalia con unos ojos grises enormes e inteligentes.

—¿Sois como yo? —preguntaba, suspicaz.

—Sí —decía Luke—. En fin… es un poco difícil de explicar. Pero combatimos a los monstruos. ¿Dónde está tu familia?

—Mi familia me odia. No me quieren. Me he escapado.

Thalia y Luke se miraban un momento. Ambos se identificaban con aquellas palabras.

—¿Cómo te llamas? —preguntaba Thalia.

—Annabeth.

Luke sonreía.

—Bonito nombre. Vamos a ver, Annabeth… Eres muy valiente. Nos podría ser útil una luchadora como tú.

Annabeth abría mucho los ojos.

—¿De veras?

—Ya lo creo —decía él, dándole la vuelta al cuchillo y ofreciéndole la empuñadura—. ¿Te gustaría tener un arma de verdad para matar monstruos? Es bronce celestial. Funciona mucho mejor que un martillo.

Ofrecerle un cuchillo a una cría de siete años no sería muy buena idea en otras circunstancias, pero, cuando eres un mestizo, las normas habituales no sirven.

Annabeth asía la empuñadura.

—Los cuchillos sólo son aptos para los luchadores más rápidos y valerosos —le explicaba Luke—. No tienen el alcance ni la potencia de una espada, pero son fáciles de esconder y pueden encontrar puntos débiles en la armadura de tu enemigo. Hace falta un guerrero avispado para manejar un cuchillo. Y tengo la sensación de que tú eres bastante avispada.

Annabeth lo miraba con repentina adoración.

—¡Lo soy!

Thalia sonreía.

—Será mejor que nos pongamos en marcha, Annabeth. Tenemos un refugio en el río James. Te conseguiremos ropa y comida.

—¿Seguro… que no vais a llevarme con mi familia? —preguntaba—. ¿Me lo prometéis?

Luke le ponía una mano en el hombro.

—Ahora formas parte de nuestra familia —le decía—. Y prometo que no dejaré que sufras ningún daño. No voy a fallarte como nos han fallado nuestras familias. ¿Trato hecho?

—¡Trato hecho! —exclamaba la niña alegremente.

—Bueno, vamos —decía Thalia—. ¡No podemos quedarnos quietos mucho rato!

La escena cambió. Ahora los tres semidioses corrían por el bosque. Debía de ser días más tarde, tal vez incluso semanas. Se los veía bastante agotados, como si hubieran pasado por más de una batalla. Annabeth llevaba ropa nueva: unos vaqueros y una chaqueta militar que le iba grande.

—¡Sólo un poco más! —jadeaba Luke.

Annabeth tropezaba y él la tomaba de la mano. Thalia cubría la retaguardia, blandiendo el escudo como si tratara de ahuyentar a su perseguidor. Cojeaba de la pierna izquierda.

Trepaban hasta lo alto de una cresta y al otro lado divisaban una casa blanca de estilo colonial: la casa de May Castellan.

—Bueno —decía Luke con la respiración entrecortada—. Me colaré a hurtadillas y sacaré comida y algunas medicinas. Esperadme aquí.

—¿Estás seguro, Luke? —preguntaba Thalia—. Juraste que jamás volverías. Si ella te pilla…

—¡No tenemos alternativa! —refunfuñaba él—. Nos han quemado el refugio más cercano. Y tienes que curarte esa herida de la pierna.

—¿Ésa es tu casa? —preguntaba Annabeth, asombrada.

—Era —mascullaba Luke—. Créeme que si no fuese urgente…

—¿Tan horrible es tu madre? ¿Podemos verla?

—¡No! —le espetaba él.

Annabeth retrocedía, sorprendida por la violencia de su reacción.

—Perdona —se disculpaba Luke—. Vosotras esperad aquí. Ya veréis como todo sale bien. No os va a pasar nada. Volveré…

Un resplandor dorado iluminaba el bosque. Los tres semidioses guiñaron los ojos y una voz masculina resonó con fuerza:

—No deberías haber vuelto a casa.

* * *

La visión se interrumpió de golpe.

Me fallaron las rodillas, pero Annabeth me sujetó.

—¡Percy! ¿Qué ha pasado?

—¿Lo… lo has visto? —farfullé.

—¿El qué?

Miré a Hestia, pero el rostro de la diosa permanecía impasible. Recordé lo que me había dicho en el bosque: «Si quieres comprender a tu enemigo Luke, has de comprender a su familia». Pero ¿por qué me había mostrado aquellas escenas?

—¿Cuánto rato he pasado desmayado? —murmuré.

Annabeth arqueó las cejas.

—No te has desmayado, Percy. Sólo has mirado a Hestia un segundo y te has

venido abajo.

Notaba todos los ojos fijos en mí. No podía traslucir debilidad. Fuese cual fuese el significado de aquellas visiones, tenía que seguir concentrado en nuestra misión.

—Hum… señora Hestia —dije—, hemos venido por un asunto urgente. Queremos ver…

—Sabemos lo que queréis —contestó una voz masculina. Me estremecí. Era la misma que acababa de oír en mi visión.

La figura de un dios tembló en el aire y se materializó junto a Hestia. Tenía unos veinticinco años, el pelo rizado y entrecano y rasgos de elfo. Llevaba uniforme de piloto militar y se le veían unas alitas en el casco y las botas de cuero. Sobre el brazo flexionado sostenía una larga vara con dos serpientes entrelazadas.

—Ahora debo dejaros —anunció Hestia. Le hizo una reverencia al piloto y se esfumó en una nube de humo. Comprendí que tuviera tanta prisa por marcharse. Hermes, el dios de los mensajeros, no parecía estar de buenas pulgas.

—Hola, Percy —dijo.

Me miró como si estuviera enojado conmigo, y me pregunté si estaría al corriente de la visión que acababa de sufrir. Me habría gustado preguntarle por qué estaba aquella noche en casa de May Castellan y qué había sucedido cuando sorprendió a Luke. Recordé la primera ocasión en que había hablado con éste en el Campamento Mestizo. Le había preguntado si había visto alguna vez a su padre y él había respondido con una mirada agria: « Una vez» . Pero, por supuesto, la expresión de Hermes me decía que no era el momento indicado para preguntárselo.

Me incliné torpemente.

—Señor Hermes.

« Ah, claro —oí decir a una de las serpientes en el interior de mi mente—. A nosotras no nos saludes. Sólo somos reptiles» .

« George —la regañó la otra—. Compórtate» .

—Hola, George —dije—. Eh, Martha.

« ¿Nos has traído una rata?» , preguntó George.

« ¡Para ya! —lo reprendió Martha—. ¿No ves que está ocupado?» .

« ¿Demasiado ocupado para encontrar una rata? —contestó George—. Qué lástima» .

Decidí que sería mejor no discutir con él.

—Hum, Hermes —dije—. Tenemos que hablar con Zeus. Es importante.

Hermes me observaba con expresión glacial.

—Yo soy su mensajero —repuso—. ¿Quieres darme un mensaje?

A mi espalda, los demás semidioses se removían inquietos. Aquello no estaba saliendo según lo previsto. Tal vez si intentaba hablar con Hermes a solas…

—A ver, chicos —dije—. ¿Por qué no exploráis la ciudad? Revisad las defensas. Mirad quién queda en el Olimpo. Annabeth y yo nos reuniremos aquí otra vez con vosotros en media hora.

Silena frunció el entrecejo.

—Pero…

—Buena idea —dijo Annabeth—. Connor y Travis, tomad el mando.

A los Stoll les gustó que se les otorgara una responsabilidad tan importante justo delante de su padre. Ellos no solían dirigir ninguna operación (salvo los robos de papel de váter).

—Vamos —dijo Travis, y se los llevó a todos del salón del trono, dejándonos a Annabeth y a mí con Hermes.

—Señor —añadió Annabeth—, Cronos va a atacar Nueva York. Ustedes ya deben de sospecharlo. Mi madre lo habrá previsto.

—Tu madre —gruñó Hermes. Se rascó la espalda con el caduceo; George y Martha rezongaron: « Uf, uf, uf» —. No me hagas hablar de tu madre, jovencita. Estoy aquí por culpa de ella. Zeus no quería que ninguno de nosotros dejara el frente de batalla. Pero tu madre no ha parado de darle la lata: « Es una trampa, una maniobra de distracción, bla, bla, bla» . Quería venir ella misma, pero Zeus no iba a permitir que su estratega principal se alejara de su lado en pleno combate con Tifón. Y claro, ha tenido que enviarme a mí para hablar con vosotros.

—¡Es que… es una trampa! —insistió Annabeth—. ¿Zeus está ciego?

Un trueno resonó en los cielos.

—Cuidado con lo que dices, chica —la advirtió Hermes—. Zeus no está ciego. Ni sordo. Y no ha dejado el Olimpo del todo indefenso.

—Pero hay unas luces azules…

—Sí, sí. Ya las he visto. Apostaría a que es una travesura de Hécate, esa insoportable diosa de la magia. Pero ya habréis advertido que no causan ningún daño. El Olimpo posee barreras mágicas muy sólidas. Además, Eolo, el rey de los vientos, ha enviado a sus secuaces más poderosos para vigilar la ciudadela. Nadie salvo los dioses puede acercarse al Olimpo por el aire. Quien lo intentara sería barrido y derribado del cielo.

Levanté la mano.

—¿Y qué me dice de ese modo de materializarse o teletransportarse que utilizan las divinidades?

—También es un modo de viajar por el aire, Jackson. Muy rápida, sí, pero los dioses del viento aún lo son más. No. Si Cronos quiere el Olimpo, tendrá que cruzar la ciudad con su ejército, ¡y subir en ascensor! ¿Te lo imaginas haciendo una cosa así?

Había logrado que aquello sonara absurdo: hordas de monstruos subiendo en ascensor de veinte en veinte, con *Stayin'Alive* como música de fondo. Pero a mí

no me convencía.

—Quizá podrían volver algunos dioses —sugerí.

Hermes movió la cabeza con impaciencia.

—No lo comprendes, Percy Jackson. Tifón es nuestro mayor enemigo.

—Creía que era Cronos.

Sus ojos relampaguearon.

—No, Percy. En los viejos tiempos, el Olimpo casi fue derrocado por Tifón. Es el marido de Equidna…

—La conocí en el Gateway Arch —musité—. No muy simpática.

—… y el padre de todos los monstruos. Nunca podremos olvidar lo cerca que estuvo de destruirnos a todos. ¡Y cómo nos humilló! Nosotros éramos más poderosos en aquellos tiempos. Ahora no podemos contar con la ayuda de Poseidón, porque él está librando su propia guerra. Hades se ha quedado en su reino de brazos cruzados, y Deméter y Perséfone siguen su ejemplo. Serán necesarios todos los poderes que aún nos quedan para resistir al gigante-tormenta. No podemos dividir nuestras fuerzas ni aguardar a que llegue a Nueva York. Debemos hacerle frente ahora. Y lo cierto es que estamos progresando.

—¿Progresando? —dije—. Casi ha destruido todo San Luis.

—Sí —admitió Hermes—. Pero sólo ha destruido la mitad de Kentucky. Está aflojando el ritmo, perdiendo fuelle.

No quería discutir, pero daba la impresión de que Hermes intentaba convencerse a sí mismo.

El taurofidio mugió tristemente en su rincón.

—Por favor, Hermes —dijo Annabeth—. Ha dicho antes que mi madre quería venir. ¿No le dio ningún mensaje para nosotros?

—Mensajes, mensajes —masculló—. « Un oficio estupendo» , me dijeron. « Poco trabajo. Montones de devotos» . Bah. A nadie le importa un bledo lo que yo tenga que decir. Siempre se trata de los mensajes de los demás.

« Roedores —dijo George, pensativo—. Yo lo hago por los roedores» .

« Chitón —lo riñó Martha—. A nosotros sí que nos importa lo que Hermes quiera decir. ¿Verdad, George?» .

« Desde luego. ¿Ya podemos volver a la batalla? Quiero que nos ponga otra vez en modo láser. Eso sí que es divertido» .

—Callaos los dos —gruñó Hermes. El dios miró a Annabeth, que había adoptado aquella expresión suplicante suya, abriendo mucho sus ojos grises—. Bah —continuó—. Tu madre me ha dicho que os advirtiera que estáis solos. Que debéis defender Manhattan sin la ayuda de los dioses. Como si eso no lo supiera yo. No entiendo por qué cobra como diosa de la sabiduría…

—¿Algo más? —preguntó Annabeth.

—Me ha dicho que deberíais probar el plan veintitrés. Que tú ya lo entenderías.

Annabeth palideció. Obviamente lo había entendido. Y no le hacía ninguna gracia.

—¿Sólo eso? —dijo.

—Una última cosa. —Hermes me miró—. Me ha pedido que le diga a Percy: «Acuérdate de los ríos». Y… hum, algo así como que se mantenga alejado de su hija.

No sé cuál de los dos se puso más rojo, si Annabeth o yo.

—Gracias, Hermes —dijo ella cuando se recobró del sofoco—. Yo… quería decirle… que siento lo de Luke.

La expresión del dios se endureció bruscamente, como si se hubiera vuelto de mármol.

—Eso deberías habértelo ahorrado —le espetó.

Ella retrocedió, asustada.

—Lo siento.

—¡Con decir «lo siento» no se arregla nada!

George y Martha se enroscaron alrededor del caduceo, cuya imagen vibró un instante y se transformó en un objeto sospechosamente parecido a las picanas eléctricas que se usan para aguijonear al ganado.

—Deberías haberlo salvado cuando tuviste ocasión —gruñó el dios—. Eres la única que podría haberlo hecho.

Intenté terciar entre ambos:

—¿Qué está diciendo? Annabeth no…

—¡No la defiendas, Jackson! —gritó Hermes, volviendo la picana hacia mí—. Ella sabe de qué hablo.

—¡Quizá debería culparse a sí mismo! —Tendría que haber mantenido la boca cerrada, ya lo sé, pero sólo pensaba en desviar su atención de Annabeth. El enfado que había exhibido todo el rato no era conmigo, ahora lo veía, sino con ella—. ¡Tal vez si usted no hubiera abandonado a Luke y a su madre…!

Hermes alzó su picana y empezó a aumentar de tamaño hasta alcanzar tres metros de altura. «Bueno, se acabó», pensé.

Pero, cuando se disponía a descargar el golpe, George y Martha se inclinaron sobre él y le susurraron algo al oído.

Hermes apretó los dientes y bajó la picana, que se convirtió de nuevo en caduceo.

—Percy Jackson —dijo—, te perdono la vida porque has asumido la maldición de Aquiles. Ahora estás en manos de las Moiras. Pero nunca vuelvas a hablarme de ese modo. No tienes ni idea de lo mucho que he sacrificado, de lo mucho… —Se le quebró la voz mientras se encogía hasta adoptar otra vez tamaño humano—. Mi hijo, mi mayor orgullo… mi pobre May…

Parecía tan destrozado que no supe qué decir. Hacía sólo un instante había estado a punto de volatilizarnos. Y ahora daba la impresión de necesitar un

abrazo.

—Oiga, señor Hermes —dije—. Lo siento, pero necesito saberlo. ¿Qué le pasó a May? Ella dijo algo sobre el destino de Luke, y sus ojos…

Hermes me lanzó una mirada furibunda que me obligó a callar. Su expresión no era realmente de cólera. Era de dolor. De un dolor increíble.

—Os dejo —concluyó con voz tirante—. Debo volver a la lucha.

Empezó a emitir un resplandor. Me apresuré a darme media vuelta y me aseguré de que Annabeth hacía lo mismo, porque aún estaba paralizada por la conmoción.

«Buena suerte, Percy», me susurró Martha, la serpiente.

Hermes resplandeció como una supernova y desapareció.

* * *

Annabeth se sentó al pie del trono de su madre y se echó a llorar. Yo deseaba consolarla, pero no sabía cómo.

—La culpa no es tuya, Annabeth —le dije—. La verdad es que nunca había visto a Hermes de ese modo. Supongo… no sé, que debe de sentirse culpable por lo de Luke. Busca a alguien a quien poder acusar. No entiendo por qué te ha atacado a ti. Tú no hiciste nada para merecerlo.

Ella se secó los ojos y miró la hoguera como si fuese su propia pira funeraria.

Me removí inquieto.

—Hum… no hiciste nada, ¿verdad?

No respondió. Llevaba su cuchillo de bronce celestial atado con una correa en el brazo: el mismo cuchillo que yo había visto en la visión de Hestia. Durante todos aquellos años no había sabido que era un regalo de Luke. Le había preguntado muchas veces por qué prefería luchar con cuchillo y no con espada, pero ella nunca respondía. Ahora sabía el motivo.

—Percy —me dijo—, ¿qué has dicho antes sobre la madre de Luke? ¿La has conocido?

Asentí de mala gana.

—Nico y yo fuimos a verla. Era un poco… especial.

Le hice una descripción de May Castellan y de aquel momento tan extraño, cuando sus ojos habían empezado a resplandecer y ella se había puesto a hablar del destino de su hijo.

Annabeth frunció el entrecejo.

—Eso no tiene sentido. Pero ¿por qué fuisteis…? —De repente abrió mucho los ojos—. Hermes ha dicho que llevas la maldición de Aquiles sobre ti. Y Hestia también. ¿Es que… te has bañado en el río Estigio?

—No cambies de tema.

—¡Percy! ¿Sí o no?

—Hum… quizá. Un poco.

Le conté lo que había pasado con Hades y Nico, y también cómo había derrotado a un ejército de muertos. Dejé de lado la visión que había tenido de ella sacándome del río. Aún no acababa de entender esa parte, y me resultaba embarazoso incluso pensar en ello.

Annabeth sacudió la cabeza, incrédula.

—¿Eres consciente del peligro que has corrido? —preguntó.

—No tenía alternativa —repuse—. Sólo así podré hacerle frente a Luke.

—Quieres decir… ¡Claro, por los dioses! Por eso no murió. Fue al Estigio y… Oh, no, Luke, ¿cómo se te pudo ocurrir?

—Así que ahora estás preocupada otra vez por él —rezongué.

Ella me miró como si yo acabase de caer del cielo.

—¿Qué?

—Olvídalo —murmuré.

Me pregunté a qué podría referirse Hermes al echarle en cara que no hubiese salvado a Luke cuando tuvo ocasión. Obviamente, había algo que ella no me había contado. Pero ahora no me apetecía preguntárselo. Lo último que deseaba era oír más detalles sobre su historia con Luke.

—La cuestión es que no murió en el Estigio —dije—. Y tampoco yo. Ahora debo enfrentarme con él. Tenemos que defender el Olimpo.

Annabeth seguía estudiando mi rostro, como si pretendiera ver los cambios operados en mí desde que me había bañado en el Estigio.

—Supongo que tienes razón —concedió—. Mi madre ha mencionado…

—El plan veintitrés.

Buscó en su mochila y sacó el portátil de Dédalo. En cuanto lo encendió, el símbolo de la delta azul fulguró en la tapa. Abrió unos archivos y empezó a leer.

—Aquí está —dijo—. ¡Dioses, tenemos por delante un montón de trabajo!

—¿Alguno de los inventos de Dédalo?

—Un montón de inventos… de los peligrosos. Si mi madre quiere que utilice este plan, debe de creer que las cosas van muy mal. —Me echó una mirada—. ¿Y qué me dices del mensaje que te ha enviado: « Acuérdate de los ríos» ? ¿Qué significa?

Negué con la cabeza. Como de costumbre, no tenía ni idea de lo que me estaban diciendo los dioses. ¿Qué ríos se suponía que debía recordar? ¿El Estigio? ¿El Misisipi?

Entonces los Stoll entraron corriendo en la sala del trono.

—Tenéis que ver esto —dijo Connor—. Deprisa.

* * *

Las luces azules del cielo se habían extinguido, así que al principio no entendí

cuál era el problema.

Los demás se habían reunido en un pequeño parque situado al borde de la montaña. Estaban agolpados en la barandilla y observaban Manhattan a sus pies. Había binoculares para turistas con los que contemplar la ciudad depositando un dracma de oro, y los campistas se habían adueñado de ellos.

Miré hacia abajo. Desde allí, lo veía casi todo: el río Este y el Hudson, recortando la silueta de Manhattan; la cuadrícula de calles, las luces de los rascacielos, el trecho oscuro de Central Park hacia el norte. Parecía todo normal, salvo por un detalle… Lo sentí en la piel antes de comprender lo que era.

—No oigo… nada —dijo Annabeth.

Ése era el problema.

Incluso desde aquella altura, debería haber oído los ruidos de la ciudad: millones de personas trajinando de aquí para allá, miles de coches y máquinas, en fin, el zumbido de una gran metrópolis. Ni siquiera eres consciente de él cuando vives en Nueva York, pero está siempre presente. Incluso en mitad de la noche. Nueva York nunca permanece en silencio.

Pero ahora sí. Completamente.

Era como si tu mejor amigo hubiera caído muerto de repente.

—Pero ¿qué le han hecho? —Me salió una voz tensa y furiosa—. ¿Qué le han hecho a mi ciudad?

Aparté a Michael Yew de unos binoculares y eché un vistazo.

El tráfico se había detenido en las calles. Los peatones estaban tendidos en las aceras o acurrucados en los portales. No se veían signos de violencia: ningún destrozo ni nada parecido. Era como si todos los habitantes de Nueva York hubieran decidido dejar sus asuntos para desmayarse.

—¿Están muertos? —preguntó Silena, patidifusa.

Sentí una opresión repentina en el estómago. Un verso de la profecía resonó en mis oídos: «Y en un sueño sin fin el mundo verá». Recordé el encuentro de Grover con el dios Morfeo en Central Park. «Tienes suerte de que esté ahorrando energía para el número principal».

—Muertos no —respondí—. Morfeo ha puesto a toda la isla de Manhattan a dormir. La invasión acaba de empezar.

Capítulo 10

Gano amigos rascándome el bolsillo

La Señorita O'Leary era la única que parecía contenta con la ciudad dormida.

La encontramos poniéndose morada en un carrito de perritos calientes volcado. El dueño se había hecho un ovillo en el suelo y roncaba con el pulgar en la boca.

Argos nos esperaba con sus cien ojos abiertos como platos. No dijo nada. Nunca dice una palabra. Supongo que será porque tiene un ojo en la lengua, según dicen. Pero su expresión dejaba claro que estaba flipando.

Le expliqué lo que había descubierto en el Olimpo, y que los dioses no pensaban acudir a salvar la ciudad. Argos, disgustado, puso los ojos en blanco, lo cual resultaba bastante psicodélico porque hacía que todo su cuerpo se retorciese.

—Será mejor que vuelvas al campamento —le dije—. Defiéndelo lo mejor que puedas.

Me señaló y alzó las cejas con expresión inquisitiva.

—Yo me quedo —dije.

Argos asintió, como si la respuesta le pareciera satisfactoria. Miró a Annabeth y trazó un círculo en el aire con el dedo.

—Sí —dijo ella—. Ya va siendo hora.

—¿De qué? —pregunté.

Argos revolvió en la trasera de su furgoneta, sacó un escudo de bronce y se lo entregó a Annabeth. Parecía normal y corriente: el mismo tipo de escudo redondo que utilizábamos para capturar la bandera. Pero cuando Annabeth lo depositó en el suelo, su bruñida superficie metálica dejó de reflejar el cielo y los edificios circundantes y mostró la estatua de la Libertad… que no estaba cerca ni mucho menos.

—¡Vaya! —exclamé—. Un vídeo-escudo.

—Una de las ideas de Dédalo —dijo Annabeth—. Conseguí que me lo hiciera Beckendorf antes de… —Le echó un vistazo a Silena—. Hum, en fin, el escudo desvía los rayos de sol o de luna procedentes de cualquier parte del mundo para crear un reflejo. Puedes ver literalmente cualquier objetivo que se encuentre bajo el cielo, siempre, eso sí, que lo toque la luz natural. Mira.

Nos agolpamos alrededor mientras Annabeth se concentraba. La imagen se movía y giraba muy deprisa al principio, y casi me daba vueltas la cabeza al mirarla. Primero mostró el zoo de Central Park, luego descendió por la calle Sesenta Este, pasó por Bloomingdale's y dobló en la Tercera Avenida.

—¡Hala! —exclamó Connor Stoll—. Retrocede un poco. Enfoca ahí.

—¿Qué? —preguntó Annabeth, nerviosa—. ¿Has visto invasores?

—No, ahí, en Dylan's, la tienda de golosinas. —Miró a su hermano con una sonrisa—. Está abierta, colega. Y todos los dependientes dormidos… ¿Me lees el pensamiento?

—¡Connor! —lo reprendió Katie Gardner, que sonaba igual que su madre, Deméter—. Déjate de bromas, esto es muy serio. ¡No vais a saquear una tienda de golosinas en medio de una guerra!

—Perdón —musitó Connor, aunque no parecía muy avergonzado.

Annabeth pasó la mano frente al escudo y apareció otra imagen: la avenida Franklin Roosevelt y, al otro lado del río, el parque Lighthouse.

—Así podremos ver lo que pasa a lo largo de la ciudad —dijo—. Gracias, Argos. Espero que volvamos a vernos en el campamento… un día de éstos.

Argos emitió un gruñido y me lanzó una mirada que significaba a todas luces: «Buena suerte; vas a necesitarla». Subió a su furgoneta y arrancó; las arpías, que aguardaban al volante de las otras dos, lo siguieron serpenteando entre los coches parados en medio de la calle.

Llamé a la *Señorita O'Leary* con un silbido y vino dando saltos.

—Eh, chica —le dije—. ¿Te acuerdas de Grover, el sátiro que vimos en el parque?

—¡Guau!

Confié en que eso significase: «¡Claro!», y no: «¿Hay más perritos calientes?».

—Necesito que lo localices —le expliqué—. Comprueba que sigue despierto. Nos va a hacer falta su ayuda. ¿Entendido? ¡Encuentra a Grover!

La perra me dio un beso repleto de babas, lo cual estaba de más, y se alejó al galope hacia el norte.

Pólux se agachó junto a un policía dormido.

—No lo entiendo. ¿Por qué no nos hemos quedado dormidos también? ¿Por qué sólo los mortales?

—Es un hechizo inmenso —dijo Silena Beauregard—. Y cuanto mayor es su alcance, más fácil resulta resistirse a sus efectos. Para dormir a millones de mortales, sólo has de usar una magia superficial. Dormir a semidioses es más difícil.

Me quedé mirándola.

—¿Dónde has aprendido tanto sobre magia?

Silena se ruborizó.

—No paso todo el tiempo probándome vestidos, por si no lo sabías.

—Percy —intervino Annabeth, todavía concentrada en el escudo—. Será mejor que vengas a echar un vistazo.

El reflejo de la superficie de bronce mostraba el estuario de Long Island Sound, a la altura del aeropuerto de La Guardia. Una docena de lanchas surcaba las aguas oscuras hacia Manhattan, todas repletas de semidioses equipados con

armadura griega. En la popa de la embarcación que abría la marcha vi un estandarte con una guadaña negra flameando al viento nocturno. No había visto ese dibujo hasta entonces, pero no costaba mucho descifrarlo: era la bandera de guerra de Cronos.

—Explora todo el perímetro de la isla —le dije—. Rápido.

Annabeth desplazó la imagen al sur hasta el puerto. Un ferry de Staten Island avanzaba entre las olas ya muy cerca de Ellis Island. La cubierta estaba infestada de *dracaenae* y de una manada de perros del infierno. Nadando delante del barco iba un nutrido grupo de mamíferos marinos. Al principio creí que eran delfines. Luego vi sus caras de perro y las espadas que llevaban sujetas a la cintura, y comprendí que eran telekhines: demonios marinos.

La imagen cambió otra vez: ahora era la costa de Jersey, justo a la entrada del túnel Lincoln. Un centenar de monstruos de todo tipo desfilaban por los carriles del tráfico inmovilizado: gigantes con porras, cíclopes golfos, varios dragones que escupían fuego y, para más recochineo, un tanque Sherman de la Segunda Guerra Mundial, que iba apartando los coches a su paso a medida que se adentraba retumbando en el túnel.

—¿Y qué pasa con los mortales de fuera de Manhattan? —pregunté—. ¿Es que todo el estado se ha quedado dormido?

Annabeth frunció el entrecejo.

—No lo creo, pero es raro. Por lo que estoy viendo, todo Manhattan está en brazos de Morfeo. Luego, a un radio de ochenta kilómetros a la redonda, el tiempo parece avanzar muy, pero que muy despacio. Cuanto más te acercas a Manhattan, más despacio se mueve.

Me mostró otra escena: una autopista de Nueva Jersey. Era sábado por la noche, así que el tráfico no era tan horrible como en un día laborable. Los conductores parecían despiertos, pero los coches se movían a dos kilómetros por hora y los pájaros que pasaban por encima movían las alas a cámara lenta.

—Cronos —murmuré—. Está ralentizando el tiempo.

—Quizá Hécate también esté haciendo de las suyas —dijo Katie Gardner—. Fíjate, todos los coches evitan las salidas de Manhattan, como si hubieran recibido el mensaje inconsciente de volver atrás.

—No acabo de entenderlo —comentó Annabeth, contrariada: no soportaba no entender nada—. Es como si hubieran rodeado Manhattan con varias capas mágicas. El mundo exterior quizá no llegue a enterarse siquiera de que algo va mal. Cualquier mortal que venga hacia aquí se moverá tan despacio que no percibirá nada de lo que sucede.

—Como moscas en una gota de ámbar —murmuró Jake Mason.

Annabeth asintió.

—Así que no podemos esperar ninguna ayuda.

Me volví hacia mis amigos. Los vi atónitos y asustados, y la verdad es que no

podía culparlos. El escudo nos había revelado que había al menos trescientos enemigos en camino. Nosotros éramos cuarenta. Y estábamos solos.

—Muy bien —dije—. Vamos a defender Manhattan.

Silena se ajustó la armadura.

—Hum, Percy. Manhattan es enorme.

—Vamos a mantenerlo bajo control —insistí—. Debemos hacerlo.

—Tiene razón —afirmó Annabeth—. Los dioses del viento mantendrán a raya por el aire a las fuerzas de Cronos, lo cual significa que intentará el asalto al Olimpo por tierra. Tenemos que cortar las entradas a la isla.

—Tienen lanchas —señaló Michael Yew.

Un escalofrío me recorrió la columna. Había comprendido de golpe el consejo de Atenea: « Acuérdate de los ríos» .

—Yo me ocuparé de eso —dije.

Michael me miró incrédulo.

—¿Cómo?

—Déjamelo a mí —respondí—. Tenemos que vigilar los puentes y túneles. Supongamos que se proponen asaltar el centro de la ciudad, al menos en el primer intento. Sería el camino más directo hacia el Empire State. Michael, llévate a la cabaña de Apolo al puente de Williamsburg. Katie, con la cabaña de Deméter, se encargará del túnel Brooklyn-Battery. Haced crecer espinos y hiedra venenosa por dentro. ¡Todo lo que haga falta con tal de ahuyentarlos! Connor, llévate a la mitad de la cabaña de Hermes y cubre el puente de Manhattan. Travis, llévate la otra mitad y cubre el puente de Brooklyn. ¡Y sin paradas para saquear y entregarse al pillaje!

—¡Ufff! —protestó la cabaña entera de Hermes.

—Silena —proseguí—, llévate a la cabaña de Afrodita al túnel de Queens.

—Oh, dioses —suspiró una de ellas—. La Quinta Avenida nos viene súper-de-paso. Podríamos comprarnos un bolso y unos zapatos a juego. Los monstruos no soportan el olor a Givenchy.

—Sin paradas —repetí—. Bueno, lo del perfume, si estás segura de que funciona…

Seis chicas de Afrodita me besaron emocionadas (en la mejilla).

—¡Muy bien, ya basta! —Cerré los ojos tratando de pensar si se me olvidaba algo—. El túnel Holland. Jake, llévate allí a la cabaña de Hefesto. Usad fuego griego, poned trampas. Todo lo que tengáis a mano.

Él sonrió.

—Con mucho gusto. Tenemos cuentas pendientes que saldar. ¡Por Beckendorf!

La cabaña entera estalló en vítores.

—El puente de Queensboro —añadí—. Clarisse… —Me interrumpí de golpe. Clarisse no estaba. Toda la cabaña de Ares (maldita sea) se había quedado en el

campamento.

—Nosotros nos ocupamos de eso —intervino Annabeth, salvándome de un silencio embarazoso—. Malcolm —dijo, volviéndose hacia sus hermanos—, llévate a la cabaña de Atenea y activa el plan veintitrés por el camino, tal como te he explicado. Defended esa posición.

—Entendido.

—Yo me quedaré con Percy —añadió—. Nos uniremos a vosotros más tarde, o acudiremos donde sea necesario.

Alguien apuntó desde atrás:

—Sin entreteneros por el camino, vosotros dos.

Hubo algunas risitas, pero hice la vista gorda.

—Muy bien —dije—. Nos mantendremos en contacto con los teléfonos móviles.

—Pero ¡si no tenemos! —protestó Silena.

Me agaché, recogí la BlackBerry de una dama que roncaba profundamente y se la lancé a Silena.

—Ahora sí. Todos sabéis el número de Annabeth, ¿no? Si nos necesitáis, tomad un teléfono cualquiera y llamadnos. Usadlo sólo una vez y tiradlo. Si luego os hace falta, tomáis otro prestado. Así a los monstruos les costará más localizaros.

Todo el mundo sonrió, satisfecho con la idea.

Travis carraspeó.

—Hum, si encontramos un teléfono verdaderamente guay…

—No. No os lo podéis quedar —respondí.

—Uf, colega…

—Un momento, Percy —dijo Jake Mason—. Te olvidas del túnel Lincoln.

Reprimí una maldición. Era cierto. Un tanque Sherman y un centenar de monstruos avanzaban en ese momento por el túnel, y ya había situado nuestras fuerzas en todos los demás puntos.

Entonces se oyó la voz de una chica desde la acera de enfrente.

—¿Qué tal si nos lo dejas a nosotras?

Nunca me ha hecho tan feliz oír a alguien. Un grupo de treinta chicas cruzó la Quinta Avenida. Vestían blusas blancas, pantalones de camuflaje plateados y botas de combate. Cada una con una espada al cinto, un carcaj en la espalda y un arco dispuesto. Entre ellas correteaban unos cuantos lobos blancos. Muchas sostenían en el puño un halcón de caza.

La chica que abría la marcha llevaba el pelo negro erizado en punta, al estilo punk, y una chaqueta de cuero negro. Lucía en la frente una diadema de plata, como si fuera una princesa, lo cual no acababa de casar con sus pendientes en forma de calavera y su camiseta de «MUERTE A LA BARBIE», en la que se veía una Barbie con la cabeza atravesada por una flecha.

—¡Thalia! —gritó Annabeth.

La hija de Zeus sonrió.

—Se presentan las Cazadoras de Artemisa.

* * *

Hubo abrazos y saludos… bueno, al menos Thalia se mostró muy amigable. A las demás cazadoras no les gustaba verse rodeadas de campistas, sobre todo de chicos, aunque tampoco nos dispararon ninguna flecha, lo cual ya era mucha gentileza viniendo de ellas.

—¿Dónde has estado este último año? —le pregunté a Thalia—. ¡Tienes el doble de cazadoras que antes!

Se echó a reír.

—Es una historia muy, muy larga. Apuesto a que mis aventuras han sido más peligrosas que las tuyas, Jackson.

—De eso nada.

—Ya lo veremos —me aseguró—. Cuando esto acabe, tú, Annabeth y yo iremos a comernos una hamburguesa con queso en ese hotel de la calle Cincuenta y siete.

—El Parker Meridien —dije—. Trato hecho. Y oye, gracias.

Se encogió de hombros.

—Esos monstruos ni siquiera las verán venir. En marcha, cazadoras.

Le dio un golpecito a su pulsera de plata y ésta giró en espiral hasta adoptar la forma de la Égida. En el centro del escudo figuraba la cabeza de la Medusa en relieve dorado y su aspecto era tan espantoso que todos los campistas se echaron atrás. Las cazadoras se alejaron calle abajo, seguidas por sus lobos y halcones, y a mí me quedó la sensación de que el túnel Lincoln estaba asegurado por ahora.

—Gracias a los dioses —dijo Annabeth—. Pero si no bloqueamos los ríos para cortarles el paso a las lanchas, no servirá de nada vigilar los puentes y túneles.

—Cierto —contesté.

Miré a los campistas; tenían expresiones serias y resueltas. Procuré no sentirme como si aquélla fuera la última vez que los veía juntos.

—Sois los mayores héroes del milenio —los arengué—. No importa cuántos monstruos se echen sobre vosotros. Luchad con valentía y venceremos. —Alcé a *Contracorriente* y grité—: ¡Por el Olimpo!

Respondieron a voz en cuello y nuestras cuarenta voces reverberaron por los edificios del centro: un grito desafiante que resonó unos segundos para disolverse rápidamente en aquel silencio de diez millones de neoyorquinos dormidos.

* * *

Annabeth y yo podríamos haber escogido el coche que más nos hubiera gustado, pero estaban todos apretujados unos contra otros y no habría sido posible mover ninguno. No había ningún motor en marcha, curiosamente. Era como si los conductores hubieran tenido tiempo de girar la llave antes de echarse a dormir. O a lo mejor Morfeo tenía también la facultad de dejar los motores dormidos. Daba la impresión de que muchos conductores habían intentado parar junto al bordillo al ver que perdían el conocimiento, pero aun así las calles estaban demasiado colapsadas para circular.

Finalmente encontramos a un mensajero inconsciente, apoyado en una tapia y todavía montado en su Vespa roja. Lo sacamos a rastras de la *moto y lo* dejamos tendido en la acera.

—Lo siento, chico —le susurré.

Con un poco de suerte, podría devolvérsela más tarde. Y si no, tampoco importaría, porque la ciudad estaría destruida.

Con Annabeth detrás agarrada a mi cintura, bajé en zigzag por la avenida Broadway. El motor zumbaba ruidosamente en aquel silencio inquietante. Sólo se oían aquí y allá algunos móviles sonando inútilmente, como si unos a otros se llamasen en la oscuridad y Nueva York se hubiera convertido en una gigantesca pajarera electrónica.

Avanzamos lentamente. Cada dos por tres tropezábamos con peatones que se habían quedado dormidos justo delante de un coche y nos entreteníamos en arrastrarlos a la acera para dejarlos a salvo. También nos paramos para extinguir el fuego de un carrito de galletas que se había incendiado. Unos minutos más tarde tuvimos que rescatar un cochecito que rodaba sin rumbo calle abajo, aunque luego resultó que no había un bebé dentro, sino un caniche dormido. Vete a saber. Lo dejamos en un portal y seguimos adelante.

Estábamos pasando junto al Madison Square cuando Annabeth me pidió que frenara.

Me detuve en mitad de la calle Veintitrés Este. Annabeth bajó de un salto y corrió hacia el parque. Cuando le di alcance, se había parado frente a una estatua de bronce con pedestal de mármol rojo. Yo debía de haber pasado un millón de veces por delante sin echarle un vistazo siquiera.

El tipo estaba sentado en una silla con las piernas cruzadas. Llevaba un traje anticuado —estilo Abraham Lincoln—, con corbata de lazo, faldones y demás. Bajo su silla había una pila de libros de bronce. En una mano sostenía una pluma y en la otra un gran pergamino de metal.

—¿Qué nos importa este…? —Entorné los ojos para leer la inscripción del pedestal—. ¿William H. Steward?

—Seward —me corrigió Annabeth—. Fue gobernador de Nueva York. Un semidiós menor, hijo de Hebe, me parece. Pero no es eso lo importante. Lo que me interesa es la estatua.

Se subió a un banco del parque y examinó la base.

—No me digas que es un autómata…

Ella sonrió.

—Resulta que la mayoría de las estatuas de la ciudad lo son. Dédalo los colocó aquí por si llegaba a necesitar un ejército.

—¿Para atacar el Olimpo o defenderlo?

Annabeth se encogió de hombros.

—Cualquiera de ambas cosas. Ése era el plan veintitrés. Él sólo tenía que activar una estatua y ésta, a su vez, activaría a sus congéneres por toda la ciudad hasta formar un ejército. Es peligroso, de todos modos. Ya sabes lo impredecibles que son los autómatas.

—Ajá —asentí. Habíamos tenido malas experiencias con ellos: más de la cuenta, de hecho—. ¿En serio piensas activarla?

—Tengo las notas de Dédalo —dijo—. Creo que puedo… Allá vamos.

Presionó la punta de la bota de Seward y la estatua se incorporó en el acto, blandiendo la pluma y el pergamino.

—¿Y qué va a hacer? —murmuré—. ¿Redactar un informe?

—Chist —dijo Annabeth—. Hola, William.

—Bill —le sugerí.

—Bill… Uf, cierra el pico —me dijo por lo bajini.

La estatua ladeó la cabeza y nos miró con sus inexpresivos ojos metálicos.

Annabeth carraspeó.

—Hola, eh, gobernador Seward. Secuencia de mandos: Dédalo veintitrés. Defender Manhattan. Inicio Activación.

Seward saltó del pedestal, aterrizando tan pesadamente que sus zapatos resquebrajaron las losas. Luego se alejó hacia el este con un traqueteo metálico.

—Seguramente va a despertar a Confucio —dedujo Annabeth.

—¿Qué?

—Otra estatua, en la avenida División. Ahora se irán despertando unas a otras hasta que todas queden activadas.

—¿Y entonces?

—Defenderán Manhattan, o eso espero.

—¿Saben que nosotros no somos el enemigo?

—Creo que sí.

—Muy tranquilizador. —Pensé en todas las estatuas de bronce de los parques, plazas y edificios de Nueva York. Debía de haber cientos, quizá miles.

Entonces estalló en el cielo nocturno una bola de luz verde. Fuego griego, por la zona del río Este.

—Debemos darnos prisa —dije. Y corrimos hacia la Vespa.

* * *

Aparcamos al lado de Battery Park, en la punta inferior de Manhattan, justo donde se unen el Este y el Hudson para desembocar en la bahía.

—Espera aquí —le dije a Annabeth.

—Percy, no deberías ir solo.

—Bueno, salvo que sepas respirar bajo el agua…

Dio un suspiro.

—A veces eres insoportable —soltó.

—¿Cuando tengo razón, por ejemplo? Confía en mí, no me va a pasar nada. Ahora tengo la maldición de Aquiles. Soy invencible y todo eso.

No parecía muy convencida.

—Tú ándate con cuidado —agregó—. No quiero que te pase nada. Quiero decir… te necesitamos para la batalla.

Sonreí de oreja a oreja.

—Vuelvo en un minuto.

Bajé hasta la orilla y me metí en el agua.

Una advertencia por si no eres un dios del mar ni nada parecido: no se te ocurra bañarte en el puerto de Nueva York. Quizá no esté tan asqueroso como en tiempos de mi madre, pero de todos modos esas aguas harían que te saliera un tercer ojo o que tuvieras un hijo mutante cuando te hicieras mayor.

Me zambullí en la negrura y descendí hasta el fondo. Traté de localizar el punto donde las corrientes de los dos ríos parecían iguales: allí donde se unían para formar la bahía. Me imaginé que sería el lugar ideal para atraer su atención.

—¡Eh, chicos! —grité con mi voz submarina más potente. Los ecos se propagaron por la oscuridad—. Me han dicho que estáis tan contaminados que os da vergüenza dar la cara. ¿Es cierto?

Una gélida corriente se deslizó ondulante por la bahía, revolviendo una espuma sucia de lodo y basuras.

—Había oído decir que el Este es más tóxico —proseguí—, pero el Hudson huele mucho peor. ¿O es al revés?

El agua adquirió un brillo trémulo. Un ser poderoso y colérico me observaba ahora. Notaba su presencia… o tal vez eran dos.

Temía haberme pasado de la raya con los insultos. ¿Y si me machacaban sin presentarse siquiera? Pero no lo creía. Eran dioses de los ríos de Nueva York. Me imaginé que su reacción instintiva sería plantarme cara.

En efecto, dos formas gigantes aparecieron ante mí. Al principio eran sólo dos columnas de lodo marrón oscuro más densas que el resto del agua. Pero enseguida desarrollaron piernas, brazos y unos rostros ceñudos.

La criatura de la izquierda tenía un parecido inquietante con los telekhines. Su cara poseía un aire lobuno, mientras que su cuerpo —lustroso y oscuro, con aletas en pies y manos— recordaba vagamente al de una foca. De sus ojos salía un resplandor verdusco.

El tipo de la derecha resultaba algo más humanoide. Iba vestido con harapos y algas, y con una cota de malla hecha con chapas de botella. Tenía la cara manchada de verde y una barba desaliñada. Sus ojos azul oscuro ardían de rabia.

El de las aletas, que debía de ser el dios del río Este, dijo:

—¿Qué pretendes, chaval, que te maten? ¿O simplemente eres más estúpido de la cuenta?

El espíritu barbudo del Hudson se hizo el gracioso:

—El experto en estúpidos eres tú, Este.

—Cuidadito, Hudson —gruñó su compañero—. Quédate en tu lado de la isla y ocúpate de tus asuntos.

—¿O si no, qué? ¿Vas a lanzarme otra barcaza de basura?

Se deslizaron el uno hacia el otro, dispuestos a atizarse.

—¡Un momento! —grité—. ¡Tenemos un problema más grave!

—El chaval tiene razón —gruñó Este—. Vamos a cargárnoslo primero; ya lucharemos luego.

—De acuerdo —respondió Hudson.

Antes de que pudiera protestar, un millar de desperdicios se alzaron del fondo y vinieron disparados hacia mí desde ambos lados: piedras, cristales rotos, latas, neumáticos.

Ya me lo esperaba, desde luego. El agua que tenía delante se endureció hasta convertirse en un escudo y los desperdicios rebotaron sin causarme daño. Todos salvo uno: un grueso pedazo de vidrio, que atravesó la barrera y me dio en el pecho. Debería haberme matado, pero se hizo añicos al estrellarse contra mi piel.

Los dos dioses-río me observaron.

—¿Hijo de Poseidón? —preguntó Este.

Asentí.

—¿Con una zambullida en el Estigio? —añadió Hudson.

—Ajá.

Chasquearon la lengua, contrariados.

—Vaya, hombre. Perfecto —dijo Este—. ¿Y ahora cómo lo matamos?

—Podríamos electrocutarlo —sugirió Hudson, pensativo—. Si encontrara unos cables de arranque…

—¡Escuchadme! —grité—. ¡El ejército de Cronos está invadiendo Manhattan!

—¿Crees que no lo sabemos? —soltó Este—. Ahora mismo noto la vibración de sus barcos. Ya casi han pasado.

—Sí —asintió Hudson—. Yo también tengo unos cuantos monstruos asquerosos cruzando mis aguas.

—¡Pues detenedlos! —grité—. ¡Ahogadlos! ¡Hundid sus barcos!

—¿Por qué deberíamos hacerlo, según tú? —rezongó Hudson—. Vale, invaden el Olimpo. ¿Y a nosotros, qué?

—Porque puedo pagaros —dije, y saqué el dólar de arena que mi padre me había regalado por mi cumpleaños.

Los dioses de los ríos abrieron los ojos como platos.

—¡Es mío! —dijo uno—. Trae aquí, chaval, y te prometo que esa escoria de Cronos no cruzará el río Este.

—¡De eso nada! —gritó el otro—. ¡Ese dólar de arena será mío si no quieres que deje pasar a esos barcos por el Hudson!

—Lleguemos a un arreglo. —Partí el dólar de arena. Una oleada de agua fresca y limpia surgió entre ambas mitades, como si la polución de la bahía estuviera disolviéndose—. Cada uno de vosotros se lleva una mitad. A cambio, mantendréis lejos de Manhattan a las fuerzas de Cronos.

—Uf, chaval —gimió Hudson, alargando una mano hacia una mitad del dólar de arena—. ¡Hace tanto que no estoy limpio!

—El poder de Poseidón —murmuró Este—. Es un idiota integral, pero desde luego sabe cómo acabar con la polución.

Los dos se miraron un momento y hablaron al unísono:

—Trato hecho.

Le di a cada uno su mitad. Ellos las tomaron con veneración.

—¿Y los invasores? —los apremié.

Este hizo un ademán.

—Acaban de hundirse.

Hudson chasqueó los dedos.

—Una manada de perros del infierno se ha tirado de cabeza.

—Gracias —dije—. Seguid así de limpios.

Cuando ya subía hacia la superficie, Este me gritó:

—¡Oye, chaval!, ¡vuelve cada vez que tengas un dólar de arena que gastar! Bueno, si sales vivo.

—¡La maldición de Aquiles! —bufó Hudson—. Siempre se creen que eso va a salvarlos.

—Si supieran… —remachó Este.

Los dos se echaron a reír y se disolvieron en el agua.

* * *

Cuando llegué a la orilla, Annabeth estaba hablando por el móvil, pero colgó nada más verme. Parecía consternada.

—Ha funcionado —le informé—. Los ríos están controlados.

—Menos mal. Porque tenemos otros problemas. Acaba de llamarme Michael Yew. Hay otro ejército avanzando por el puente de Williamsburg. La cabaña de Apolo necesita ayuda. Y algo más, Percy. ¿Sabes cuál es el monstruo que encabeza la marcha? El Minotauro.

Capítulo 11

Nos cargamos un puente

Por suerte, *Blackjack* estaba de servicio.

Solté mi silbido más convincente y en pocos minutos divisé en el cielo dos formas oscuras volando en círculos. Al principio parecían halcones, pero cuando bajaron un poco más distinguí las largas patas de los pegasos lanzadas al galope.

«Eh, jefe. —*Blackjack* aterrizó con un trotecillo, seguido de su amigo *Porkpie*—. ¡Los dioses del viento por poco nos mandan a Pensilvania! ¡Menos mal que he dicho que estaba con usted!».

—Gracias por venir —le dije—. Por cierto, ¿por qué galopáis los pegasos mientras estáis volando?

Blackjack soltó un relincho.

«¿Y por qué los humanos balancean los brazos al andar? No lo sé, jefe. Te sale sin pensarlo. ¿Adónde?».

—Hemos de llegar cuanto antes al puente de Williamsburg.

Blackjack negó con la cabeza.

«¡Y que lo diga, jefe! Lo hemos sobrevolado al venir para aquí y no tenía buena pinta. ¡Suba!».

* * *

De camino hacia el puente se me fue formando un nudo en la boca del estómago. El Minotauro había sido uno de los primeros monstruos que había derrotado. Cuatro años atrás, había estado a punto de matar a mi madre en la colina Mestiza. Aún tenía pesadillas.

Había confiado en que el Minotauro seguiría muerto unos cuantos siglos más, pero debería haber sabido que mi suerte no iba a durar tanto.

Divisamos la batalla antes de tenerla lo bastante cerca como para identificar a los guerreros. Era plena madrugada ya, pero el puente resplandecía de luz. Había coches incendiados y arcos de fuego surcando el aire en ambas direcciones: las flechas incendiarias y las lanzas que arrojaban ambos bandos.

Cuando nos acercamos para hacer una pasada a poca altura, advertí que la cabaña de Apolo se batía en retirada. Corrían a parapetarse detrás de los coches para disparar a sus anchas desde allí; lanzaban flechas explosivas y arrojaban abrojos de afiladas púas a la carretera; levantaban barricadas donde podían, arrastrando a los conductores dormidos fuera de sus coches para que no quedaran expuestos al peligro. Pero el enemigo seguía avanzando pese a todo. Encabezaba la marcha una falange entera de *dracaenae*, con los escudos juntos y las puntas de las lanzas asomando en lo alto. De vez en cuando, alguna flecha

se clavaba en un cuello o una pierna de reptil, o en la juntura de una armadura, y la desafortunada mujer-serpiente se desintegraba, pero la mayor parte de los dardos de Apolo se estrellaban contra aquel muro de escudos sin causar ningún daño. Detrás, avanzaba un centenar de monstruos.

Los perros del infierno se adelantaban a veces de un salto, rebasando su línea defensiva. La mayoría caían bajo las flechas, pero uno de ellos atrapó a un campista de Apolo y se lo llevó a rastras. No vi lo que sucedió con él después. Prefería no saberlo.

—¡Allí! —gritó Annabeth desde el lomo de su pegaso.

En efecto, en medio de la legión invasora iba el Viejo Cabezón: el Minotauro en persona.

La última vez que lo había visto no llevaba nada encima, salvo los calzoncillos (unos blancos y ajustados). No sé por qué, quizá lo habían sacado de la cama para perseguirme. Esta vez, en cambio, sí venía preparado para la batalla.

De cintura para abajo llevaba el equipo de combate griego normal, o sea, un delantal —tipo falda escocesa— de tirillas de cuero y metal; unas grebas de bronce que le cubrían las piernas y unas sandalias de cuero firmemente atadas. De cintura para arriba, era puro toro: pelo, pellejo y músculos que ascendían hacia un cabezón tan enorme que debería haberse volcado sólo por el peso de sus cuernos. Parecía más alto que la otra vez. Ahora debía de medir tres metros al menos. Llevaba a la espalda un hacha de doble filo, pero era demasiado impaciente para molestarse en usarla. En cuanto me vio sobrevolar en círculos el puente (o me olió, cosa más probable, porque tenía mala vista) soltó un bramido mayúsculo y alzó en sus brazos una limusina blanca.

—¡Baja en picado! —le grité a *Blackjack*.

« ¿Qué? —dijo el pegaso—. Imposible, no va… ¡Santo cielo!» .

Debíamos de estar al menos a treinta metros de altura, pero la limusina venía hacia nosotros girando sobre sí misma como un boomerang de dos toneladas. Annabeth y *Porkpie* hicieron un brusco viraje a la izquierda para esquivarla, pero *Blackjack* cerró las alas y se dejó caer a plomo. La limusina pasó casi rozándome la cabeza y no me dio por unos cuantos centímetros; se coló entre los cables de suspensión del puente sin tocarlos y se desplomó hacia las aguas del río Este.

Los demás monstruos soltaban gritos y abucheos, y el Minotauro tomó otro coche en sus manos.

—Déjanos detrás de las líneas de la cabaña de Apolo —le ordené a *Blackjack* —. No te alejes demasiado por si te necesito, pero ponte enseguida a cubierto.

« ¡No pienso discutir, jefe!» .

Descendió a toda velocidad y fue a posarse tras un autobús escolar volcado, donde había dos campistas apostados. Annabeth y yo bajamos de un salto en cuanto los pegasos tocaron el suelo con sus cascos. Luego *Blackjack* y *Porkpie*

desaparecieron en el cielo oscuro.

Michael Yew corrió a nuestro encuentro. Era el líder más canijo que había visto en mi vida. Tenía el brazo vendado y su cara de hurón tiznada, y apenas le quedaban flechas en el carcaj, pero sonreía como si lo estuviera pasando en grande.

—Me alegro de que hayáis venido —dijo—. ¿Y los demás refuerzos?

—Por ahora, somos nosotros los refuerzos —repuse.

—Entonces estamos apañados.

—¿Todavía tienes tu carro volador? —preguntó Annabeth.

—No —dijo Michael—. Lo dejé en el campamento. Le dije a Clarisse que podía quedárselo. Qué más da, ¿entiendes? No valía la pena discutir más. Pero ella me contestó que ya era tarde. Que nunca más íbamos a ofenderla en su honor, o una estupidez por el estilo.

—Al menos lo intentaste.

Se encogió de hombros.

—Sí, bueno, le solté unos cuantos insultos cuando me dijo que aun así no pensaba combatir. Me temo que eso tampoco ayudó demasiado. ¡Ahí vienen esos adefesios!

Sacó una flecha y se la lanzó al enemigo. La saeta voló con un agudo silbido y, al estrellarse en el suelo, desató una explosión que sonó como una guitarra eléctrica amplificada por un altavoz brutal. Los coches cercanos saltaron por los aires. Los monstruos soltaron sus armas y se taparon los oídos con muecas de dolor. Algunos echaron a correr; otros se desintegraron allí mismo.

—Era mi última flecha sónica —comentó Michael.

—¿Un regalito de tu padre, el dios de la música? —pregunté.

Michael me miró con una sonrisa malvada.

—La música a tope puede perjudicar la salud —dijo—. Por desgracia, no siempre mata.

En efecto, la mayoría de los monstruos, una vez recuperados de su aturdimiento, empezaban a reagruparse.

—Tenemos que retroceder —dijo Michael—. Tengo a Kayla y Austin colocando trampas un poco más abajo.

—No —respondí—. Trae a tus campistas a esta posición y aguarda mi señal. Vamos a mandar al enemigo de vuelta a Brooklyn.

Michael se echó a reír.

—¿Cómo piensas hacerlo? —preguntó.

Desenvainé mi espada.

—Percy —dijo Annabeth—, déjame ir contigo.

—Demasiado peligroso. Además, necesito que ayudes a Michael a coordinar la línea defensiva. Yo distraeré a los monstruos. Vosotros agrupaos aquí. Sacad de en medio a los mortales dormidos. Luego podéis empezar a abatir monstruos a

distancia mientras yo los mantengo ocupados. Si hay alguien capaz de hacer todo eso, eres tú.

—Muchas gracias —gruñó Michael.

Mantuve los ojos fijos en Annabeth, que asintió de mala gana.

—Está bien. En marcha —dije. Antes de que pudiera acobardarme, añadí—: ¿No hay un beso para darme suerte? Ya es una especie de tradición, ¿no?

Temí que me diera un puñetazo. Pero lo que hizo fue sacar su cuchillo y mirar al ejército de monstruos.

—Regresa vivo, sesos de alga. Entonces veremos.

Pensé que era la mejor oferta que iba a sacar, de modo que salí de detrás del autobús escolar y caminé por el puente a la vista de todos, directo hacia el enemigo.

* * *

Cuando el Minotauro me vio, sus ojos llamearon de odio. Soltó un gran bramido, que era una combinación de chillido, mugido y eructo brutal.

—Eh, Pedazo de Buey —le dije a voz en cuello—. ¿No te había matado ya?

Él le arreó un puñetazo al capó de un Lexus, que se arrugó como si fuese papel de plata.

Varias *dracaenae* me lanzaron jabalinas en llamas que desvié con la espada. Un perro del infierno saltó sobre mí y lo esquivé. Podría haberlo atravesado sin más, pero vacilé.

« No es la *Señorita O'Leary* —me recordé—. Es un monstruo indómito que podría matarnos a mí y a mis amigos» .

Volvió a saltar. Esta vez tracé un arco mortal con *Contracorriente* y el perro se desintegró en una nube de polvo y pelos.

Ya venía una nueva oleada de monstruos —serpientes, gigantes y telekhines —, pero el Minotauro les soltó un rugido y retrocedieron de inmediato.

—¿Uno contra uno? —grité—. ¿Como en los viejos tiempos?

Las narices del Minotauro temblaban de rabia. Debería haber llevado un paquete de pañuelitos de aloe vera en el bolsillo de la armadura, porque tenía las napias rezumantes, enrojecidas y decididamente asquerosas. Desató la correa del hacha y la blandió por encima de su cabeza con ademanes furiosos.

Era un arma preciosa, no podía negarse, en un estilo bestial del tipo voy-a-destriparte-como-a-un-pescado. Cada una de sus hojas gemelas tenía forma de omega: Ω, la última letra del alfabeto griego (quizá porque aquella hacha era lo último que veían sus víctimas). El mango, de bronce forrado de cuero, era casi tan alto como el Minotauro. Atados en torno a la base de cada hoja había montones de collares de cuentas. Comprendí con un escalofrío que eran cuentas del Campamento Mestizo: collares arrebatados a los semidioses vencidos.

Me puse tan furioso que mis ojos destellaron igual que los del bicharraco. Alcé la espada. El ejército de monstruos vitoreó al Minotauro, pero sus gritos se acallaron en seco cuando eludí su primer golpe con un quiebro y partí en dos el hacha, justo entre las dos hojas.

—¿Muuuuu? —gruñó.

—¡Ja! —Me volví y le arreé una patada en el hocico.

Él retrocedió tambaleándose, procurando no perder pie, y enseguida bajó la cabeza para embestir.

No le dio tiempo: mi espada destelló en el aire, seccionándole un cuerno y luego el otro. Intentó apresarme, pero rodé por el suelo y recogí la mitad de su hacha rota. Los otros monstruos retrocedieron atónitos, formando un círculo alrededor. El Minotauro aullaba rabioso. Nunca había sido muy avispado, pero ahora su cólera lo volvió todavía más imprudente. Arremetió contra mí a toda marcha y yo corrí hacia la barandilla del puente, abriéndome paso entre una hilera de *dracaenae*.

La bestia debió de oler la victoria. Creyó que trataba de escabullirme. Sus secuaces la aclamaron a gritos. Frené en el borde mismo del puente, me di media vuelta y apoyé el hacha en los barrotes de hierro para resistir mejor su embestida. El Minotauro ni siquiera redujo la marcha.

CRUNCH.

Bajó la vista, sin poder creerlo, hacia el mango del hacha que le sobresalía por la coraza.

—Gracias por participar —dije.

Entonces lo levanté por las patas y lo arrojé por encima de la barandilla. Se fue desintegrando a medida que caía, para convertirse en polvo y regresar otra vez al Tártaro.

Me volví hacia su ejército. Éramos aproximadamente ciento noventa y nueve contra uno. Yo hice lo más natural: me lancé sobre ellos.

* * *

Seguramente te preguntarás cómo funcionaba lo de ser « invencible» , o sea, si esquivaba mágicamente las armas, o si éstas me daban sin hacerme daño. No lo recuerdo, la verdad. Lo único que tenía claro era que no iba a permitir que aquellos monstruos invadieran mi ciudad natal.

Rebanaba las armaduras como si fueran de papel. Las mujeres-serpiente explotaban y los perros del infierno se deshacían en sombras. Repartía tajos y estocadas, giraba y me revolvía, y creo que incluso me reí un par de veces: una risa loca que me dio tanto miedo a mí como a mis oponentes. Notaba el respaldo de los campistas de Apolo, que disparaban flechas desde atrás, impidiendo que los monstruos se reagruparan. Y éstos, finalmente, dieron media vuelta y

emprendieron la huida. Los que seguían vivos: unos veinte de doscientos.

Los perseguí corriendo, con los guerreros de Apolo pegados a mis talones.

—¡Sí! —aullaba Michael Yew—. ¡Así se hace!

Los empujamos por el puente hacia la orilla de Brooklyn. El cielo había empezado a clarear hacia el este y, al fondo, distinguí el peaje.

—¡Percy! —gritó Annabeth—. Ya los has puesto en fuga. ¡Vuelve atrás! ¡Nos estamos desperdigando!

En parte tenía razón, pero las cosas me estaban yendo tan bien que quería destruir hasta el último enemigo.

Entonces divisé a una multitud en la entrada del puente. Los monstruos en desbandada corrían directamente a reunirse con sus refuerzos. No parecía un grupo muy numeroso: unos treinta o cuarenta semidioses con armadura, montados en caballos-esqueleto. Uno de ellos llevaba un estandarte morado con la guadaña negra.

El jinete que iba delante avanzaba al trote. De improviso, se quitó el casco y reconocí en él al mismísimo Cronos, con aquellos ojos inconfundibles de oro fundido.

Annabeth y los campistas de Apolo vacilaron. Los monstruos a los que habíamos perseguido alcanzaron las líneas del titán y fueron a engrosar sus filas. Cronos miró en nuestra dirección. Estaba a unos quinientos metros, pero juraría que lo vi sonreír.

—Ahora sí vamos a retirarnos —dije.

Los hombres del señor de los titanes desenvainaron sus espadas y se lanzaron a la carga. Los cascos de sus caballos-esqueleto atronaban en el pavimento. Nuestros arqueros lanzaron una salva de flechas, derribando a unos cuantos enemigos, pero los demás siguieron al galope.

—¡Retiraos! —grité a mis amigos—. ¡Yo los distraeré!

En cuestión de segundos los tuve encima.

Michael y sus arqueros emprendieron la retirada, pero Annabeth se quedó a mi lado, combatiendo con su cuchillo y su escudo mágico mientras retrocedíamos poco a poco hacia el otro lado del puente.

La caballería de Cronos se arremolinó alrededor de nosotros, lanzando mandobles e insultándonos. El titán avanzó tranquilamente, como si tuviera todo el tiempo del mundo. Cosa que no dejaba de ser cierta, dado que era el señor del tiempo.

Yo procuraba herir a sus hombres y no matarlos, lo cual me hacía ir más despacio, claro, pero aquéllos no eran monstruos, sino semidioses que habían sucumbido al hechizo de Cronos. Aunque no podía verles la cara, porque todos llevaban casco, seguramente algunos habían sido amigos míos. Lancé tajos a las patas de sus caballos para que se desintegraran. Y cuando unos cuantos semidioses cayeron de bruces, los demás optaron por desmontar y enfrentarse a

pie conmigo.

Annabeth y yo luchábamos hombro con hombro, mirando en direcciones opuestas. Noté una sombra sobre mí y me atreví a levantar la vista. Eran *Blackjack* y *Porkpie*, que hacían rápidas pasadas, repartiendo coces a los cascos de nuestros enemigos, para alejarse enseguida como grandes palomas kamikaze.

Ya casi habíamos llegado a la mitad del puente cuando sucedió una cosa muy rara. Sentí un escalofrío en la espina dorsal: como si alguien caminara sobre mi tumba, según el viejo dicho. A mi espalda, Annabeth soltó un grito de dolor.

—¡Annabeth! —Me volví justo cuando se desplomaba y aún pude sujetarla del brazo. Junto a ella había un semidiós empuñando un cuchillo ensangrentado.

Comprendí lo sucedido en una fracción de segundo. Era a mí a quien había tratado de apuñalar y, a juzgar por su posición, me habría dado justo (tal vez por pura chiripa) en la base de la columna: en mi único punto débil.

Annabeth había parado el golpe con su propio cuerpo.

Pero ¿por qué? Ella no conocía mi punto débil. Ni ella ni nadie.

El guerrero y yo nos miramos. Sólo se le veía un ojo bajo el casco; el otro lo llevaba tapado con un parche. Ethan Nakamura, el hijo de Némesis. No sabía cómo, pero había sobrevivido a la explosión del *Princesa Andrómeda*. Con el puño de la espada, le di un golpe tan brutal en la cara que le abollé el casco.

—¡Atrás! —Blandí la espada a izquierda y derecha, obligando a los enemigos a apartarse de Annabeth—. ¡Que nadie la toque!

—Qué interesante —dijo Cronos.

Se alzaba sobre mí en su caballo-esqueleto, sosteniendo la guadaña con una mano. Estudiaba la escena con los ojos entornados, como si intuyera que yo había estado muy cerca de la muerte (igual que un lobo es capaz de oler el miedo).

—Un bravo combate, Percy Jackson —prosiguió—. Pero ha llegado el momento de rendirse… o la chica morirá.

—No, Percy —gimió Annabeth. Tenía la camiseta empapada de sangre. Debía sacarla de allí cuanto antes.

—*¡Blackjack!* —grité.

Raudos como la luz, los pegasos bajaron disparados y sujetaron con los dientes las correas de la armadura de Annabeth. Antes de que el enemigo llegara a reaccionar, alzaron el vuelo y se remontaron por encima del río.

Cronos dio un gruñido.

—Un día de éstos voy a hacerme una sopa de pegaso. Mientras tanto… —Desmontó del caballo; la hoja de la guadaña centelleaba a la luz del alba—. Mientras tanto me conformaré con otro semidiós muerto.

Paré su primer golpe con *Contracorriente*. El impacto sacudió el puente entero, pero me mantuve firme. La sonrisa de Cronos se evaporó.

Con un alarido, le asesté una patada en las piernas y lo derribé. La hoja de la

guadaña tintineó por el suelo. Lancé una estocada, pero él rodó hacia un lado y volvió a incorporarse de un salto. La guadaña voló a sus manos.

—Bueno… —Me miró con una expresión ligeramente irritada—. Tuviste el coraje de visitar el Estigio. Hube de presionar a Luke de muchas maneras para convencerlo. Si hubieras sido tú quien me hubiera proporcionado un cuerpo… Pero no importa. Sigo siendo más poderoso de todos modos. ¡Soy un titán!

Golpeó el puente con la punta de la guadaña y salí despedido hacia atrás por una oleada de pura fuerza. Los coches se deslizaron por la calzada, escorándose peligrosamente, y varios semidioses —incluido alguno de Luke— fueron barridos de la superficie del puente. Los cables de suspensión daban latigazos mientras yo resbalaba hacia Manhattan.

Por fin, conseguí ponerme de pie. Los demás campistas casi habían llegado al final del puente. Todos salvo Michael Yew, al que vi encaramado en uno de los cables de suspensión a pocos metros de mí. Tenía preparada en el arco su última flecha.

—¡Corre, Michael! —grité.

—¡Percy, el puente! —me advirtió—. ¡Está flaqueando!

Al principio no lo entendí. Entonces bajé la vista y vi grietas en el pavimento. Había algunos trechos medio fundidos por el fuego griego. El puente había recibido una buena paliza entre el estallido de Cronos y las flechas explosivas.

—¡Rómpelo! —gritó Michael—. ¡Utiliza tus poderes!

Era una idea desesperada que no funcionaría, pero le hice caso y clavé a *Contracorriente* en el suelo. La hoja mágica se hundió hasta la empuñadura, como si el asfalto fuese de mantequilla, y de la rendija empezó a brotar agua salada a chorro, como de un géiser. Al sacar la hoja, la fisura se ensanchó rápidamente. El puente se estremeció y empezó a desmoronarse. Caían bloques del tamaño de una casa al río Este. Los hombres de Cronos gritaban alarmados y retrocedían a gatas. Algunos habían caído de bruces y no lograban levantarse. En cuestión de segundos, se abrió una sima de quince metros en el puente de Williamsburg entre Cronos y yo.

Las sacudidas se interrumpieron. Los hombres de Cronos se acercaron al borde y contemplaron el abismo de cuarenta metros que había hasta el agua.

Sin embargo, no me sentía seguro. Los cables de suspensión seguían unidos y los enemigos podían llegar por allí a nuestro lado si reunían el suficiente valor. O tal vez Cronos dispondría de algún medio mágico para rellenar el hueco.

El señor de los titanes parecía estudiar la situación. Miró a su espalda, al sol naciente, y luego me dirigió una sonrisa desde la otra orilla de la sima.

—Hasta la noche, Jackson —dijo.

Dicho lo cual, montó en su caballo, hizo un caracoleo y partió al galope hacia Brooklyn, seguido de sus guerreros.

Me volví hacia Michael para agradecerle la idea, pero las palabras se me

quedaron atascadas. A cinco metros, había un arco en el suelo. Su dueño no aparecía por ningún lado.

—¡No!

Corrí a buscar entre los escombros de nuestro lado del puente y miré hacia el río. Nada.

Solté un aullido de rabia y frustración. El eco se prolongó una eternidad en la mañana inmóvil. Iba a silbar para que *Blackjack* me ayudara a buscar cuando sonó el móvil de mi madre. Según decía en la pantalla, tenía una llamada de Finklestein y Asociados: probablemente un semidiós que me llamaba desde un teléfono prestado.

Respondí, rezando para que fueran buenas noticias. Pero, naturalmente, me equivocaba.

—¿Percy? —Silena Beauregard sonaba como si hubiera estado llorando—. Hotel Plaza. Será mejor que vengas deprisa y que traigas a un sanador de la cabaña de Apolo. Se trata de… Annabeth.

Capítulo 12

Rachel hace un mal negocio

Me llevé conmigo a Will Solace, de la cabaña de Apolo, y les dije a los demás que siguieran buscando a Michael Yew. Tomamos prestada la Yamaha de un motorista dormido y volamos hacia el hotel Plaza a una velocidad que le habría provocado un ataque a mi madre. Nunca había conducido una moto, pero no era más difícil que montar en pegaso.

Por el camino me fijé en un montón de pedestales vacíos en los que normalmente había estatuas. El plan Veintitrés estaba funcionando, al parecer. Lo cual no sabía si era bueno o malo.

Sólo nos costó cinco minutos llegar al Plaza: un hotel anticuado de piedra blanca, con un tejado azul a varias aguas, en la esquina sudeste de Central Park.

Desde el punto de vista táctico, el Plaza no era el mejor lugar para establecer el cuartel general. No era el edificio más alto de la ciudad y tampoco el más céntrico. Pero tenía cierto estilo de la vieja escuela y había atraído a lo largo de los años a un montón de semidioses famosos, como los Beatles o Alfred Hitchcock, así que pensé que estábamos en buena compañía.

Aceleré la Yamaha para subirme al bordillo y frené con un brusco viraje junto a la fuente que hay delante del hotel.

Cuando Will y yo nos apeábamos, la estatua que había en lo alto de la fuente nos gritó:

—¡Ah, perfecto! ¡Y supongo que también querréis que vigile la moto!

Era una estatua de bronce de tamaño natural encaramada en una cazoleta de granito. No llevaba más que una sábana de bronce alrededor de las piernas, y sujetaba en sus manos una cesta de fruta metálica. Nunca le había prestado mucha atención. Claro que ella tampoco me había hablado nunca…

—¿Se supone que eres Deméter? —le pregunté.

Una manzana de bronce pasó rozándome la cabeza.

—¡Todo el mundo me toma por Deméter! —se lamentó—. Soy Pomona, la diosa romana de la abundancia. Pero ¿por qué habría de importarte? A todo el mundo le tienen sin cuidado los dioses menores. ¡Si os importáramos un poco más los dioses menores, no estaríais perdiendo esta guerra! ¡Tres hurras por Morfeo y Hécate!

—Vigílame la moto —le pedí.

Pomona soltó una maldición en latín y nos arrojó unas cuantas frutas más mientras Will y yo corríamos hacia el hotel.

* * *

Nunca había estado en el Plaza. El vestíbulo resultaba impresionante con sus arañas de cristal y todos aquellos ricos desmayados, pero no presté demasiada atención. Un par de cazadoras nos señalaron los ascensores y subimos a las suites del ático.

Los semidioses se habían adueñado de las plantas superiores. Había campistas y cazadoras tirados por los sofás, lavándose en los baños, arrancando colgaduras de seda para vendarse las heridas y sirviéndose con todo desparpajo refrescos y aperitivos de los minibares. Un par de lobos bebían directamente del váter. Me alivió ver que tantos amigos habían salido vivos de aquella noche, aunque todos parecían hechos polvo.

—¡Percy! —dijo Jake Mason, dándome una palmada en el hombro—. ¡Estamos recibiendo informes…!

—Luego —lo corté—. ¿Dónde está Annabeth?

—En la terraza. Está viva, chico, pero…

Lo aparté de un empujón y corrí hacia allí.

En otras circunstancias me habría encantado la vista desde la terraza, directamente a Central Park. Era una mañana soleada y sin una nube: perfecta para un picnic o un paseo, o para casi cualquier cosa salvo combatir con monstruos.

Annabeth se encontraba tendida en una tumbona, con la cara pálida y perlada de sudor. Estaba cubierta de mantas, pero tiritaba. Silena Beauregard le secaba la frente con un paño frío.

Will y yo nos abrimos paso entre la aglomeración de campistas de Atenea. Will se apresuró a quitarle los vendajes a Annabeth para examinar la herida. Estuve a punto de desmayarme. La hemorragia había cesado, pero el corte parecía muy profundo y la piel de alrededor tenía un espantoso tono verde.

—Annabeth… —murmuré con voz apenada. Había recibido aquella puñalada para cubrirme, y yo no dejaba de hacerme reproches por haber permitido que ocurriera.

—Había veneno en el puñal —masculló—. Qué estúpida, ¿no?

Will Solace suspiró, aliviado.

—No es tan grave, Annabeth. Unos minutos más y lo habríamos tenido complicado, pero el veneno aún no ha pasado del hombro. No te muevas. Que alguien me dé un poco de néctar.

Tomé una cantimplora. Will limpió la herida con la bebida divina mientras yo le sujetaba la mano a Annabeth.

—Uf —masculló—. ¡Ay, ay!

Me agarraba con tanta fuerza que los dedos se me pusieron morados, pero se mantuvo inmóvil como Will le había pedido. Silena le susurraba para darle ánimos. Will aplicó pasta de plata en la herida y canturreó unas palabras en antiguo griego: un himno a Apolo. Luego le cambió el vendaje y se incorporó

tembloroso.

La curación debía de haberle consumido un montón de energía. Estaba casi tan pálido como Annabeth.

—Con esto debería bastar —dijo—. Pero vamos a necesitar algunas medicinas mortales. —Tomó una hoja del hotel, garabateó unos nombres y se la entregó a los chicos de Atenea—. Hay una farmacia Duane Reade en la Quinta. Normalmente, no me atrevería a robar…

—Yo sí —se ofreció Travis.

Will le lanzó una mirada feroz.

—Deja dinero o unos dracmas para pagar, lo que lleves encima, pero es un caso de urgencia. Y me temo que vamos a tener que tratar a mucha más gente.

Nadie le llevó la contraria. Apenas había un solo semidiós que no hubiera resultado herido. Excepto yo.

—Venga, chicos —dijo Travis Stoll—. Démosle un respiro a Annabeth. Tenemos una farmacia que asaltar… digo, que visitar.

Los semidioses se retiraron lentamente. Jake Mason me agarró del hombro al marcharse.

—Luego hablamos, pero está todo controlado —me dijo—. Estoy usando el escudo de Annabeth para mantener la vigilancia. El enemigo se ha retirado al amanecer; no sé muy bien por qué. Tenemos un centinela en cada puente y cada túnel.

—Gracias, amigo —contesté.

Asintió.

—Tómate tu tiempo.

Cerró las puertas de la terraza al salir, dejándome con Silena y Annabeth.

Silena le aplicó otra vez un paño húmedo en la frente.

—La culpa es mía —musitó.

—No —replicó débilmente Annabeth—. ¿Cómo va a ser culpa tuya, Silena?

—Nunca he hecho nada útil en el campamento —murmuró—, como tú o Percy. Si fuera mejor guerrera…

Le temblaron los labios. No había hecho más que empeorar desde que Beckendorf había muerto y, cada vez que la miraba, no podía evitar sentirme rabioso por su muerte. Su expresión me hacía pensar que podía quebrarse como un cristal en cualquier momento. Me juré que si llegaba a encontrar al espía que había provocado la muerte de su novio, se lo entregaría a la *Señorita O'Leary* para que lo usara como muñeco de goma.

—Eres una gran campista —le dije a Silena—. La que mejor cabalga en pegaso. Y te llevas bien con todo el mundo. Créeme, una persona capaz de hacerse amiga de Clarisse ha de tener un gran talento.

Se quedó mirándome como si le hubiera dado una idea.

—¡Exacto! —exclamó—. Necesitamos a la cabaña de Ares. Hablaré con

Clarisse. Seguro que puedo convencerla para que nos ayude.

—Uf, Silena. Aun suponiendo que pudieras salir de Manhattan, Clarisse es muy testaruda. Y cuando se enfada…

—Por favor —rogó ella—. Puedo ir con un pegaso. Estoy segura de que llegaré al campamento. Déjame intentarlo.

Miré a Annabeth, que asintió levemente.

No me gustaba mucho la idea. No creía que tuviera ninguna posibilidad de convencer a Clarisse. Aunque, por otro lado, Silena estaba tan trastornada que se iba a dejar herir fácilmente en la batalla. Tal vez aquella misión le proporcionara algo distinto en lo que concentrarse.

—Está bien —accedí—. No se me ocurre nadie mejor para intentarlo.

Silena me echó los brazos al cuello, pero al punto se apartó torpemente, lanzándole miradas a Annabeth.

—Eh, perdón —se disculpó—. ¡Gracias, Percy! No te fallaré.

En cuanto se hubo marchado, me arrodillé junto a Annabeth y le puse una mano en la frente. Todavía estaba ardiendo.

—Te pones muy mono cuando estás preocupado —murmuró—. Casi se te juntan las cejas de tanto arrugar el entrecejo.

—No se te ocurra morirte mientras te debo un favor. ¿Por qué paraste esa puñalada con tu cuerpo?

—Tú habrías hecho lo mismo por mí.

Era verdad. Supongo que ambos lo sabíamos. Aun así, me sentía como si me estuvieran hurgando en el corazón con una barra helada de metal.

—¿Cómo es que lo conocías? —pregunté.

—¿El qué?

Eché una ojeada alrededor para asegurarme de que estábamos solos.

—Mi talón de Aquiles. Si no hubieras interceptado ese puñal, habría muerto.

Adoptó una expresión distante. El aliento le olía a uva, tal vez por el néctar.

—No lo sé, Percy. Sencillamente tuve la sensación de que corrías peligro. ¿Dónde… dónde tienes el punto débil?

Se suponía que no debía decírselo a nadie. Pero bueno, era Annabeth. Si no podía fiarme de ella, no podía fiarme de nadie.

—En la base de la columna.

Alzó una mano.

—¿Dónde? ¿Aquí?

Me tocó la espalda y sentí un hormigueo. Llevé sus dedos al punto que me mantenía atado a la vida mortal. Noté una descarga eléctrica de mil voltios por todo mi cuerpo.

—Me has salvado la vida —le dije—. Gracias.

Ella apartó la mano, pero se la mantuve sujeta.

—O sea, que me la debes —dijo débilmente—. Vaya novedad.

Observamos cómo se elevaba el sol sobre la ciudad. El tráfico debería haber sido muy denso para entonces, pero no se oían bocinazos ni el murmullo de la multitud inundando las calles.

A lo lejos, oí la alarma de un coche resonando por las calles. Un sinuoso penacho de humo negro ascendía hacia el cielo por la parte de Harlem. Me pregunté cuántos hornos habrían quedado encendidos al desencadenarse el hechizo de Morfeo, y cuánta gente habría caído dormida mientras cocinaba la cena. Pronto habría muchos más incendios. La población de Nueva York corría peligro. Y todas esas vidas dependían de nosotros.

—Me preguntaste por qué Hermes estaba tan furioso conmigo —dijo Annabeth.

—Eh, necesitas descansar…

—No, quiero contártelo. Hace mucho que me atormenta. —Movió un poco el hombro e hizo una mueca—. El año pasado Luke vino a verme a San Francisco.

—¿En persona? —Me sentí como si me hubiera dado un martillazo—. ¿Estuvo en tu casa?

—Ocurrió antes de que bajáramos al Laberinto, antes de… —Se interrumpió, pero entendí perfectamente a qué se refería: antes de que se convirtiera en Cronos—. Vino con bandera blanca. Me dijo que sólo quería charlar cinco minutos. Parecía muy asustado, Percy. Me dijo que Cronos iba a utilizarlo para adueñarse del mundo. Me confesó que deseaba fugarse. Como en los viejos tiempos. Quería que me fuese con él.

—Pero tú no te fiaste.

—Desde luego que no. Creí que era una trampa. Además… bueno, las cosas habían cambiado mucho desde los viejos tiempos. Le dije que no podía ser. Se puso como loco. Me dijo… que ya podía luchar con él allí mismo, en ese caso, porque era la última oportunidad que se me presentaría.

La frente se le volvió a humedecer de sudor. Aquella historia estaba consumiéndole demasiada energía.

—Está bien —susurré—. Intenta descansar un poco.

—No lo comprendes, Percy. Hermes tiene razón. Si me hubiera ido con él, quizá habría conseguido hacerle cambiar de opinión. O bien… Yo llevaba un cuchillo y él iba desarmado. Podría haberlo…

—¿Matado? Sabes que eso no habría estado bien.

Cerró los párpados con fuerza.

—Me dijo que él sería para Cronos «como un simple peldaño». Ésas fueron exactamente sus palabras. Cronos lo utilizaría y se volvería aún más poderoso.

—Es lo que hizo. Se adueñó de su cuerpo, lo poseyó.

—Pero ¿y si el cuerpo de Luke es sólo un paso intermedio? ¿Y si Cronos tiene un plan para volverse todavía más poderoso? Yo podría haberlo detenido. La guerra se ha desatado por mi culpa.

Aquello me hizo sentir como si estuviera otra vez en el Estigio, disolviéndome lentamente. Me acordé del pasado verano, cuando el dios de dos caras, Jano, le advirtió a Annabeth que habría de tomar una decisión muy importante; y eso había ocurrido después, no antes, de haber visto a Luke. Pan también le había dicho algo: «Desempeñarás un gran papel, aunque tal vez no sea el que imaginas».

Quería preguntarle por lo que me había mostrado la visión de Hestia, sobre su vida en los viejos tiempos con Luke y Thalia. Estaba seguro de que tenía algo que ver con mi profecía, aunque no entendía cómo.

Antes de que me atreviera, se abrió la puerta de la terraza y apareció Connor Stoll.

—Percy. —Le echó una mirada a Annabeth, como si no quisiera hablar delante de ella, y deduje que no traía buenas noticias—. La *Señorita O'Leary* acaba de volver con Grover. Me parece que deberías hablar con él.

* * *

Grover estaba tomando un bocado en el salón. Iba preparado para la batalla con una armadura hecha de corteza de árbol y alambre plastificado, y llevaba su porra de madera y sus flautas de junco colgadas del cinturón.

La cabaña de Deméter había preparado un bufé completo en las cocinas del hotel. Había de todo: desde pizza hasta helado de piña. Por desgracia, Grover se estaba comiendo los muebles. Ya se había zampado el relleno de una lujosa silla y ahora estaba royendo el apoyabrazos.

—Compañero —le dije—, sólo estamos aquí de prestado.

—¡Beee-bee! —baló, con la cara cubierta de relleno—. Perdona, Percy. Es que… son muebles Luis Dieciséis. Deliciosos. Además, siempre me como el mobiliario cuando me pongo…

—Nervioso. Sí, ya lo sé. Bueno, ¿qué me cuentas?

Golpeó el suelo con las pezuñas.

—Me he enterado de lo de Annabeth. ¿Cómo…?

—Se pondrá bien —lo tranquilicé—. Ahora está descansando.

Inspiró hondo.

—Estupendo. Yo he movilizado a la mayoría de los espíritus de la naturaleza de la ciudad. Bueno, a los que han querido escucharme. —Se frotó la frente—. No sabía que las bellotas podían hacer tanto daño… En fin, estamos haciendo todo lo posible.

Me contó las escaramuzas que habían librado. Se habían ocupado sobre todo de cubrir las afueras, donde no contábamos con suficientes semidioses. Al parecer, habían surgido por todas partes perros del infierno que se colaban en nuestras líneas viajando por las sombras, pero las dríadas y los sátiros habían

logrado ponerlos en fuga. También se habían enfrentado en la zona de Harlem con un joven dragón. Lo habían derrotado, aunque perdiendo en la lucha a una docena de ninfas.

Mientras Grover hablaba, Thalia entró en la sala con dos de sus lugartenientes. Me saludó con un gesto lleno de gravedad y salió un momento a ver a Annabeth. Enseguida regresó y esperó a mi lado a que Grover terminara su informe. Los detalles que me daba iban de mal en peor.

—Hemos perdido a veinte sátiros frente a un grupo de gigantes en Fort Washington —explicó con voz temblorosa—. Casi la mitad de mis hermanos. Al final los espíritus del río ahogaron a los gigantes, pero…

Thalia se acomodó el arco sobre el hombro.

—Percy, las fuerzas de Cronos siguen agrupándose en todos los túneles y puentes —dijo—. Y Cronos no es el único titán. Una de mis cazadoras ha divisado a un humano enorme con armadura de oro que estaba reuniendo un ejército en la costa de Jersey. No estoy muy segura de quién es, pero el poder que irradia sólo puede proceder de un titán o de un dios.

Me acordé del titán dorado de mi sueño: el que había discutido en el monte Othrys con Atlas y Crios para desaparecer entre llamaradas.

—Magnífico —dije—. ¿Alguna buena noticia?

Thalia se encogió de hombros.

—Hemos sellado los túneles de metro que van a Manhattan. Mis mejores cazadoras se han ocupado de ello. Otra cosa. Al parecer, el enemigo está aguardando para atacar esta noche. Creo que Luke —se mordió la lengua—, quiero decir, Cronos, necesita regenerarse después de cada combate. Aún no se encuentra a sus anchas con su nueva forma. Y ralentizar el tiempo en torno a la ciudad consume gran parte de su energía.

Grover asintió.

—La mayoría de sus efectivos, además, son más poderosos de noche. Volverán a la carga cuando se ponga el sol.

Traté de pensar con claridad.

—Está bien —asentí—. ¿Alguna noticia de los dioses?

Thalia meneó la cabeza.

—Sé que la señora Artemisa estaría aquí si pudiera. Y también Atenea. Pero Zeus les ha ordenado que sigan a su lado. Lo último que he sabido es que Tifón estaba destruyendo el valle del río Ohio. Alcanzará los montes Apalaches hacia mediodía.

—En el mejor de los casos —comenté—, tenemos otros dos días antes de que llegue.

Jake Mason carraspeó. Había permanecido tan callado que me había olvidado de su presencia.

—Una cosa más, Percy —dijo—. Cronos se presentó en el puente de

Williamsburg como si supiera que te dirigías allí. Y desplazó sus fuerzas a nuestros puntos más débiles. En cuanto nos desplegamos, cambió de táctica. Apenas se acercó al túnel Lincoln, donde se habían apostado las cazadoras. Se centró en nuestros flancos más expuestos, como si…

—Como si tuviera información secreta —asentí—. El espía.

—¿Qué espía? —preguntó Thalia.

Le hablé del amuleto de plata que Cronos me había enseñado: el dispositivo de transmisión.

—Eso es fatal —murmuró—. Desastroso.

—Podría ser cualquiera —dijo Jake—. Estábamos todos presentes cuando Percy repartió las órdenes.

—Pero ¿qué podemos hacer? —dijo Grover—. ¿Cachear a cada semidiós hasta encontrar un amuleto con forma de guadaña?

Todos me miraron, esperando una decisión. No podía permitir que se me notara el pánico, incluso si las cosas llegaban a ser críticas.

—Sigamos luchando —dije—. No nos obsesionemos con ese espía. Si empezamos a desconfiar unos de otros, nos haremos trizas nosotros mismos. Anoche estuvisteis todos increíbles. No podría pedir un ejército más valeroso. Vamos a establecer las rondas de vigilancia. Descansad mientras podáis. Nos espera una noche muy larga.

Los semidioses asintieron con murmullos y se dispersaron cada uno por su lado para dormir, comer o reparar sus armas.

—Tú también, Percy —dijo Thalia—. Estaremos ojo avizor. Ve a echarte un rato. Te necesitamos en buena forma esta noche.

Apenas discutí. Entré en el dormitorio más cercano y me derrumbé en una cama con dosel. En teoría estaba demasiado acelerado para dormirme, pero los ojos se me cerraron casi en el acto.

* * *

En mi sueño, vi a Nico en los jardines de Hades. Estaba solo y había cavado un hoyo en un macizo de flores de Perséfone, cosa que —supuse— no pondría muy contenta a la reina.

Vertía una copa de vino en el hoyo y entonaba un cántico:

—Que los muertos prueben su sabor de nuevo. Que se alcen y acepten esta ofrenda. ¡María di Angelo, muéstrate!

Se levantaba una nube de humo y empezaba a dibujarse una forma. Pero no era la madre de Nico, sino una chica de pelo oscuro y piel olivácea, con ropas plateadas de cazadora.

—¡Bianca! —exclamaba Nico—. Pero…

«No convoques a nuestra madre, Nico —le advertía ella—. Es el único

espíritu que te está vedado contemplar».

—¿Por qué? ¿Qué es lo que oculta nuestro padre?

«Dolor —respondía Bianca—. Odio. Una maldición que se remonta a la Gran Profecía».

—¿Qué quieres decir? —insistía Nico—. ¡Tengo que saberlo!

«El conocimiento sólo te hará daño. Recuerda mis palabras: guardar rencor es un defecto fatídico para los hijos de Hades».

—Eso ya lo sé —decía él—. Pero no soy el mismo de antes, Bianca. ¡Deja de intentar protegerme!

«No lo comprendes, hermano…».

Nico pasaba la mano a través de la niebla y la imagen de Bianca se disipaba.

—Maria di Angelo —repetía—. ¡Háblame!

Entonces se formaba otra imagen. Era una escena, no un solo fantasma. En el espesor de la niebla, veía a Nico y Bianca de niños. Jugaban en el vestíbulo de un lujoso hotel, persiguiéndose alrededor de las columnas de mármol.

Muy cerca, sentada en un sofá, había una mujer con un vestido negro, guantes largos y un sombrero con velo oscuro, como una estrella de cine de los años cuarenta. Tenía la sonrisa de Bianca y los ojos de Nico.

En una silla, a su lado, había un tipo de aspecto empalagoso con un traje negro a rayas. Se trataba de Hades. Inclinándose hacia la mujer, hablaba y gesticulaba con enorme agitación.

—Te lo ruego, querida —decía—. Debes venir al inframundo. ¡Me da igual lo que piense Perséfone! Allí os mantendré a salvo.

—No, amor mío —respondía ella, con acento italiano—. ¿Criar a nuestros hijos en la tierra de los muertos? Ni hablar.

—Escucha, Maria. La guerra en Europa ha puesto a los demás dioses contra mí. Se ha formulado una profecía y mis hijos ya no están a salvo. Poseidón y Zeus me han obligado a sellar un pacto. Ninguno de nosotros tres podrá volver a tener hijos semidioses.

—Pero tú ya tienes a Nico y Bianca. Seguro…

—¡No! La profecía nos advierte sobre un niño cuando cumpla los dieciséis. Zeus ha decretado que los hijos que tengo actualmente deben ser internados en el Campamento Mestizo para recibir el «entrenamiento adecuado», pero ya sé lo que significa eso. En el mejor de los casos, estarán vigilados y encarcelados, y los volverán en contra de su padre. Lo más probable es que no quiera correr riesgos. No permitirá que mis hijos semidioses cumplan los dieciséis. Encontrará un modo de destruirlos. Así que no voy a darle esa oportunidad.

—*Certamente* —contestaba Maria—. Seguiremos juntos. Zeus es un *imbecile*.

Desde luego tenía valor, pero Hades dirigía una mirada nerviosa al techo.

—María, por favor. Ya te lo he dicho, Zeus me ha dado el plazo de una semana para que entregue a los niños. Su ira será terrible y no puedo mantenerte

oculta eternamente. Mientras estés con los niños, también corres peligro.

Maria sonreía, y una vez más me resultaba espeluznante lo mucho que se parecía a su hija.

—Tú eres un dios, mi amor —decía—. Tú nos protegerás. Pero no voy a llevarme a Nico y Bianca al inframundo.

Hades se retorcía las manos.

—Hay otra posibilidad. Conozco un lugar en el desierto donde el tiempo se mantiene inmóvil. Podría enviar a los niños allí una temporada, por su propia seguridad, y nosotros permaneceríamos juntos. Te construiré un palacio de oro junto al Estigio.

Maria di Angelo reía suavemente.

—Eres muy amable, amor mío. Un hombre generoso. Los demás dioses deberían verte como yo, en lugar de temerte tanto. Pero Nico y Bianca necesitan a su madre. Además, sólo son niños. Los dioses no se atreverían a hacerles daño.

—¡Tú no conoces a mi familia! —decía Hades lúgubremente—. Por favor, Maria. No quiero perderte.

Ella le pasaba los dedos por los labios.

—No vas a perderme. Espérame mientras voy a buscar el bolso. Vigila a los niños.

Le daba un beso al señor de los muertos y se levantaba del sofá. Hades la miraba mientras subía la escalera, como si cada paso que daba le causara un dolor inmenso.

Un instante más tarde, se ponía en guardia. Los niños dejaban de jugar, como si también hubieran percibido algo.

—¡No! —gritaba Hades. Pero incluso sus poderes divinos resultaban demasiado lentos. Sólo tenía tiempo de levantar un muro de energía negra alrededor de los niños antes de que el hotel entero explotara.

La onda expansiva resultaba tan violenta que toda la imagen de la niebla se disipaba unos instantes.

Cuando volvía a enfocarse, Hades estaba de rodillas entre los escombros, con el cuerpo destrozado de Maria di Angelo en sus brazos. Aún estaba rodeado de llamaradas. En el cielo fulguraban los relámpagos y retumbaban truenos atroces.

Los pequeños Nico y Bianca miraban a su madre sin comprender nada. La furia Alecto se materializaba a su espalda, silbando espantosamente y agitando sus alas correosas. Los niños ni siquiera reparaban en su presencia.

—¡Zeus! —Hades alzaba el puño al cielo—. ¡Te aplastaré por lo que has hecho! ¡La devolveré a la vida!

—No podéis, mi señor —le advertía Alecto—. Vos más que ninguno de los inmortales debéis respetar las leyes de la muerte.

Hades resplandecía de rabia. Daba la impresión de que adoptaría su auténtica forma, volatilizando a sus propios hijos, pero en el último momento parecía

recobrar el dominio de sí mismo.

—Llévatelos —le decía a Alecto, ahogando un sollozo—. Borra todos sus recuerdos en el Leteo y déjalos en el Casino Loto. Zeus no podrá hacerles daño allí.

—Como gustéis, mi señor. ¿Y el cuerpo de la mujer?

—Llévatela también —decía con amargura—. Encárgate de que se le apliquen los antiguos ritos funerarios.

La furia, los niños y el cadáver de Maria se disolvían en la sombra, dejando solo a Hades entre las ruinas.

—Os lo advertí —decía otra voz.

Hades se volvía. De pie junto a los restos carbonizados del sofá, había una chica con un vestido multicolor. Tenía el pelo corto y negro y una mirada triste. No pasaría de los doce años. No la conocía, pero me resultaba extrañamente familiar.

—¿Cómo te atreves a presentarte aquí? —rugía Hades—. Debería fulminarte.

—No podéis. El poder de Delfos me protege.

Comprendía con un escalofrío que estaba viendo al Oráculo de Delfos cuando vivía y era joven. En cierto sentido, era más horripilante verla de aquel modo que en su estado momificado.

—¡Has matado a la mujer que amaba! —tronaba Hades—. ¡Eso es lo que nos ha traído tu profecía! —Se alzaba amenazador ante la chica, pero ello no se arredraba.

—Zeus ordenó la explosión para destruir a los niños —decía—, porque vos desafiasteis su voluntad. No he tenido nada que ver. Y os advertí que los ocultarais mucho antes.

—¡No pude! ¡Maria no me dejó! Además ellos son inocentes.

—Son hijos de vos, sin embargo, lo cual los vuelve peligrosos. Aun encerrándolos en el Casino Loto, no hacéis más que postergar el problema. Nico y Bianca nunca podrán regresar al mundo. De lo contrario, podrían llegar a cumplir los dieciséis.

—Todo por tu supuesta Gran Profecía. Además, me has obligado a jurar que no tendré más hijos. ¡Me has dejado sin nada!

—Yo preveo el futuro —contestaba la chica—. No puedo cambiarlo.

Los ojos del dios centelleaban con un fuego negro: algo terrible iba a suceder. Yo quería gritarle a la chica que se escondiera o echara a correr.

—Entonces, Oráculo, escucha las palabras de Hades —gruñía—. Quizá no pueda traer de vuelta a Maria, ni provocarte una muerte prematura, pero tu alma sigue siendo mortal y puedo maldecirte.

La chica abría los ojos, alarmada.

—No os…

—Juro —decía Hades— que mientras mis hijos sigan desterrados, mientras

me vea oprimido bajo la maldición de tu Gran Profecía, el Oráculo de Delfos no volverá a tener otro receptáculo mortal. Jamás descansarás en paz. Nadie vendrá a ocupar tu puesto. Tu cuerpo se marchitará y perecerá, pero el espíritu del Oráculo permanecerá en tu interior. Y continuarás pronunciando tus amargas profecías hasta que te desmorones y regreses a la nada. ¡El Oráculo morirá contigo!

La chica daba un grito desgarrador y la neblina se deshacía en jirones. Nico caía de rodillas en el jardín de Perséfone, con el rostro completamente demudado por la conmoción. Ante él, irguiéndose con su túnica negra y mirando ceñudo a su hijo, se hallaba el Hades de verdad.

—¿Qué crees que estás haciendo? —le preguntaba a Nico.

Una negra explosión inundó mis sueños. Luego apareció una escena distinta.

Rachel Elizabeth Dare paseaba por una playa de arena blanca. Iba con un bañador y una camiseta atada a la cintura. Tenía los hombros y la cara quemados por el sol.

Se arrodillaba para escribir sobre la espuma con el dedo. Intenté descifrar las letras. Creía que mi dislexia me estaba dando más guerra de la cuenta hasta que advertí que escribía en griego antiguo.

Eso era imposible. Aquel sueño tenía que ser falso.

Rachel terminaba de escribir unas palabras y murmuraba:

—¿Qué demonios?

Yo sé leer griego, pero sólo identificaba una palabra antes de que el mar lo borrara todo: üepoeúq. Mi nombre: Perseus.

Rachel se incorporaba bruscamente y se apartaba del agua.

—Oh, dioses —decía—. Eso es lo que significa.

Daba media vuelta y echaba a correr, alzando nubecillas de arena con los pies mientras volaba hacia la mansión familiar.

Subía jadeante y con estrépito los peldaños del porche. Su padre levantaba la vista del *Wall Street Journal*.

Rachel se le acercaba, muy decidida.

—Papa, tenemos que volver.

Él torcía los labios, como tratando de recordar cómo se sonríe.

—¿Volver? Pero ¡si acabamos de llegar!

—Hay problemas en Nueva York. Percy corre peligro.

—¿Te ha llamado?

—No… no exactamente. Pero lo sé. Lo presiento.

El señor Dare doblaba el periódico.

—Tu madre y yo llevamos mucho tiempo planeando estas vacaciones.

—¡No es cierto! ¡Los dos odiáis la playa! Pero ¡sois demasiado testarudos para reconocerlo!

—Vamos a ver, Rachel…

—¡Te digo que pasa algo en Nueva York! ¡En toda la ciudad…! Aún no sé de qué se trata, pero está sufriendo un ataque.

Su padre suspiraba.

—Creo que una cosa así saldría en las noticias.

—No —insistía Rachel—. Esa clase de ataque, no. ¿Has recibido alguna llamada desde que hemos llegado?

Él fruncía el entrecejo.

—No… pero es fin de semana. Y en pleno verano.

—Tú siempre tienes llamadas —observaba Rachel—. ¡Esto es muy raro, has de reconocerlo!

Su padre titubeaba.

—No podemos irnos así como así —decía—. Hemos gastado un montón de dinero.

—Escucha, papá. Percy me necesita. Tengo que entregarle un mensaje. Es cuestión de vida o muerte.

—¿Qué mensaje? ¿De qué diantre me hablas?

—No te lo puedo contar.

—Entonces no puedes irte.

Rachel cerraba los ojos, como armándose de valor.

—Papá… deja que me vaya y haré un trato contigo.

El señor Dare se echaba hacia delante. Hacer tratos era lo que mejor se le daba.

—Te escucho.

—La Academia para Señoritas Clarion. Iré… iré en otoño. Sin quejarme. Pero tienes que llevarme ahora mismo a Nueva York.

Él permanecía en silencio un buen rato. Finalmente, abría su móvil y hacía una llamada.

—¿Douglas? Prepara el avión. Nos vamos a Nueva York. Sí, inmediatamente.

Rachel lo rodeaba con sus brazos, lo cual parecía sorprenderlo, como si ella nunca lo hubiera abrazado.

—¡Te lo compensaré, papá!

Él sonreía con expresión gélida. La miraba como si no estuviera viendo a su hija, sino a la joven damisela en que deseaba que se convirtiera, una vez que la Academia para Señoritas Clarion hubiera surtido efecto.

—Sí, Rachel —asentía—. Ya lo creo que me lo compensarás.

La escena se difuminaba. Mascullé entre sueños:

—¡No, Rachel!

Aún seguía agitándome y revolviéndome en la cama cuando Thalia me sacudió para despertarme.

—Vamos, Percy —dijo—. Ya es media tarde. Y tenemos visita.

Me senté, desorientado. Aquella cama era demasiado cómoda, y no soporto

dormir de día.

—¿Visita? —pregunté confundido.

Thalia asintió, muy seria.

—Ha venido a verte un titán con bandera blanca. Trae un mensaje de Cronos.

Capítulo 13

Un titán me trae un regalo

La bandera blanca se distinguía a un kilómetro de distancia. Era tan grande como un campo de fútbol y la llevaba un gigante de piel azul y pelo gris helado que debía de medir diez metros.

—Un hiperbóreo —dijo Thalia—. Los gigantes del norte. Es mala señal que se hayan adherido al bando de Cronos. Ellos suelen ser pacíficos.

—¿Los conoces? —pregunté.

—Hum. Hay una colonia en Alberta. Y te aseguro que no conviene meterse en una batalla de bolas de nieve con esos tipos.

Con el gigante venían tres mensajeros de estatura humana: un mestizo con armadura, una *empusa* diabólica con vestido negro y pelo llameante, y un hombre alto con esmoquin. La *empusa* iba del brazo de este último, de manera que parecían una pareja de camino a Broadway para ver un musical o algo parecido (eso, naturalmente, si dejabas de lado su pelo en llamas y sus colmillos).

El grupo caminó con parsimonia hacia el parque infantil Heckscher. Los columpios, las pistas y los areneros estaban vacíos. Lo único que se oía era la fuente de Umpire Rock.

Miré a Grover.

—¿Ese tipo del esmoquin es el titán? —le pregunté.

Asintió, nervioso.

—Parece un mago —comentó—. Y no soporto a los magos. Suelen tener conejos.

Lo miré, incrédulo.

—¿Es que te dan miedo los conejos?

—¡Beee-eee! Son unos abusones. Siempre roban el apio de los sátiros indefensos.

Thalia carraspeó.

—¿Qué? —preguntó Grover.

—Habrá que ocuparse de tu fobia a los conejos más tarde —le dije—. Ahí vienen.

El hombre del esmoquin se adelantó. Era más alto que la media de los humanos: mediría unos dos metros diez. Llevaba el pelo oscuro recogido en una coleta y los ojos ocultos tras unas gafas de sol redondas. Pero lo que más me llamó la atención fue su rostro cubierto de arañazos, como si lo hubiese atacado un animalito: un hámster quizá, pero uno muy furioso.

—Percy Jackson —dijo con voz muy suave—. Es un gran honor.

Su amiga, la *empusa*, me soltó un agudo silbido. Seguramente sabía que yo

había destruido a dos de sus hermanas el verano anterior.

—Querida —le dijo el del esmoquin—, ¿por qué no te pones cómoda por ahí?

Ella le soltó el brazo y se deslizó hacia un banco del parque.

Me fijé en el semidiós armado que iba detrás. No lo había reconocido con su nuevo casco, pero era mi viejo amigo Ethan Nakamura, el que había intentado apuñalarme por la espalda. Tenía la nariz como un tomate después de nuestro encuentro en el puente de Williamsburg. Eso me hizo sentir mejor.

—Hombre, Ethan —dije—. Qué buen aspecto tienes.

Me lanzó una mirada asesina.

—Al grano. —El del esmoquin me tendió la mano—. Soy Prometeo.

Me quedé demasiado atónito para estrechársela.

—¿El que robó el fuego? ¿El que fue encadenado a una roca donde los buitres le devoraban el hígado, y todo eso?

Hizo una mueca y se pasó la mano por los arañazos de la cara.

—No me hables de los buitres, te lo ruego. Pero sí, yo les robé el fuego a los dioses y se lo di a tus antepasados. A cambio, el siempre piadoso Zeus me mantuvo encadenado y torturado durante toda la eternidad.

—Pero…

—¿Cómo conseguí liberarme? Lo hizo Hércules, hace muchos eones. Por eso tengo debilidad por los héroes. Algunos llegáis a ser bastante civilizados.

—A diferencia de la compañía que traes —observé.

Yo miraba a Ethan, pero Prometeo pensó que me refería a la *empusa*.

—Bueno, los demonios tampoco están tan mal —dijo—. Lo único que has de hacer es mantenerlos bien alimentados. Y ahora, Percy Jackson, vamos a parlamentar.

Señaló una mesa de picnic y fuimos a sentarnos allí. Thalia y Grover se quedaron de pie a mi espalda.

El gigante azul apoyó la bandera blanca en un árbol y empezó a jugar distraídamente en el campo de juegos. Se subió a las barras para trepar y las aplastó, cosa que no pareció contrariarlo. Se limitó a fruncir el entrecejo y decir: « Oh-oh» . Luego se metió en la fuente y partió por la mitad la base de hormigón. « Oh-oh» . El agua se congelaba en cuanto la tocaba con el pie. Llevaba colgados del cinturón un montón de peluches: de esos tan enormes que dan como premio máximo en las máquinas recreativas. Me recordaba a Tyson, y la sola idea de combatir contra él me deprimía.

Prometeo se echó hacia delante y entrelazó los dedos. Parecía formal, afable y sabio.

—Percy, tu posición es muy endeble —comenzó—. Sabes perfectamente que no podrás parar otro asalto.

—Ya lo veremos.

Pareció dolido por mi respuesta, como si de verdad le importase lo que me

sucediera.

—Percy, soy el titán de la previsión —prosiguió—. Sé lo que va a pasar.

—También el titán de los consejos astutos —intervino Grover—. Por no decir taimados.

Prometeo se encogió de hombros.

—No lo niego, señor sátiro. Pero yo apoyé a los dioses en la última guerra. Se lo advertí a Cronos: « No tienes la fuerza suficiente. Perderás» . Y acerté. Así que, ya lo ves, sé elegir el bando vencedor. Esta vez apoyo a Cronos.

—Porque Zeus te encadenó a una roca —apunté.

—En parte, sí. No voy a negar que deseo vengarme. Pero ése no es el único motivo de que haya dado mi apoyo a Cronos. Es la opción más sensata. Y si estoy aquí es porque he pensado que tal vez escuches la voz de la razón.

Dibujó un mapa en la mesa. Allí donde tocaba con el dedo, surgía una línea dorada en la superficie de hormigón.

—Todo esto es Manhattan. Tenemos situadas nuestras fuerzas aquí, aquí, aquí y aquí. Sabemos cuántos sois. Os superamos en una proporción de veinte a uno.

—Veo que vuestro espía os ha mantenido informados —comenté.

Él esbozó una sonrisa de disculpa.

—En todo caso, nuestros efectivos crecen día a día —continuó—. Esta noche, Cronos atacará. Seréis arrollados. Habéis combatido con gran bravura, pero no podéis controlar todo Manhattan, es imposible. No tendréis otro remedio que retiraros al Empire State. Y allí seréis destruidos. Lo he visto. Sucederá así.

Pensé en el cuadro que Rachel había pintado en mis sueños: aquel ejército al pie del Empire State. Recordé las palabras de la joven Oráculo en el sueño de esa misma tarde: « Yo preveo el futuro. No puedo cambiarlo» . Prometeo hablaba con tal seguridad que resultaba difícil no creerle.

—No lo permitiré —dije finalmente.

Prometeo se sacudió una mota de la solapa del esmoquin.

—Compréndelo, Percy. Estás volviendo a librar aquí la guerra de Troya. Hay ciertas pautas que se repiten en la historia. Reaparecen una y otra vez, igual que los monstruos. Un gran asedio. Dos ejércitos. La única diferencia es que en esta ocasión tú estás defendiendo. Eres Troya. Y ya sabes lo que les sucedió a los troyanos, ¿no?

—¿Así que vais a embutir un caballo de madera en el ascensor del Empire State? —bromeé—. Buena suerte.

Prometeo sonrió.

—Troya acabó completamente destruida, Percy. Y no querrás que suceda lo mismo aquí, ¿no? Retírate y Nueva York será perdonada. A tus hombres se les concederá la libertad. Y yo personalmente me encargaré de garantizar tu seguridad. Deja que Cronos tome el Olimpo. ¿Qué más da? Tifón acabará destruyendo a los dioses de todos modos.

—Ya. Y se supone que he de creerme que Cronos dejará la ciudad intacta.

—Lo único que quiere es el Olimpo —me aseguró Prometeo—. La fuerza de los dioses está ligada a la sede de su poder. Ya viste lo que le sucedió a Poseidón en cuanto su palacio submarino empezó recibir ataques.

Hice una mueca al recordar lo viejo y decrépito que parecía mi padre.

—Sí —prosiguió Prometeo con tristeza—. Sé que te resultó muy duro. Cuando Cronos destruya el Olimpo, los dioses se desvanecerán. Se volverán tan débiles que serán derrotados con gran facilidad. Cronos preferiría hacerlo mientras Tifón mantiene distraídos a los olímpicos en el oeste. Mucho más sencillo. Menos vidas perdidas. Pero no vayas a equivocarte: lo máximo que puedes conseguir es que nuestro avance sea más lento. Pasado mañana, Tifón llegará a Nueva York y ya no tendrás alternativa. Los dioses y el monte Olimpo serán destruidos, pero todo será mucho más sangriento. Y muchísimo peor para ti y tu ciudad. En uno u otro caso se impondrán los titanes.

Thalia dio un puñetazo en la mesa.

—Yo sirvo a Artemisa —bramó—. Y mis cazadoras lucharán hasta el último aliento. Percy, ¿vas a hacerle caso a este tipo repulsivo?

Creí que Prometeo la fulminaría, pero se limitó a sonreír.

—Tu valor te honra, Thalia Grace —dijo.

Ella se puso tensa.

—Ése es el apellido de mi madre. Yo no lo uso.

—Como quieras —dijo Prometeo, como quitándole importancia, pero me di cuenta de que había conseguido sacarla de quicio. En cierto modo, había logrado que pareciese casi vulgar. Con menos misterio y menos poder—. En todo caso —continuó el titán—, no tienes por qué ser mi enemiga. Yo siempre he ayudado a la humanidad.

—¡Y una mierda de Minotauro! —le espetó Thalia—. Cuando la humanidad hizo su primer sacrificio a los dioses, los engañaste para quedarte la mejor porción. Nos diste el fuego para desafiar a los dioses, no porque te importásemos en absoluto.

Prometeo negó con la cabeza.

—No lo entiendes. Yo contribuí a modelar vuestra naturaleza. —Entonces surgió en sus manos un trozo de arcilla que se retorcía como dotado de vida y le dio forma hasta convertirlo en un muñeco con brazos y piernas. No tenía ojos, pero se movía a tientas por la mesa y tropezaba con los dedos del titán—. Le he susurrado al oído al hombre desde los inicios de su existencia. Represento vuestra curiosidad, vuestras ansias de exploración, vuestra inventiva. Ayúdame a salvaros, Percy. Si lo haces, le otorgaré a la humanidad un nuevo regalo: una nueva revelación que significará para vosotros un paso tan grande como pudo serlo el fuego en su momento. No experimentaréis un avance parecido bajo el poder de los dioses. Nunca os lo permitirán. Esto podría representar para vosotros

una nueva edad de oro. O si no… —Cerró el puño y aplastó al hombre de arcilla, dejándolo plano como una tortita.

El gigante azul masculló: « Oh-oh» . La *empusa*, todavía sentada en el banco, sonrió mostrando los colmillos.

—Percy, sabes que los titanes y sus descendientes no son todos malos —añadió Prometeo—. Conociste a Calipso.

Noté que me ruborizaba.

—Eso es distinto —dije.

—¿Ah, sí? Ella, como yo, no había hecho nada malo y, no obstante, fue exiliada toda la eternidad simplemente por ser la hija de Atlas. Nosotros no somos tus enemigos. No dejes que suceda lo peor. Te ofrecemos la paz.

Miré a Ethan Nakamura.

—Esto debe de revolverte las tripas —le dije.

—No sé a qué te refieres —contestó el muchacho.

—Si aceptáramos este trato, no podrías vengarte. Perderías la oportunidad de matarnos a todos. ¿No era eso lo que querías?

Su ojo bueno destelló de ira.

—Lo único que quiero es respeto, Jackson. Cosa que nunca me dieron los dioses. Pretendíais que fuese a vuestro estúpido campamento, que perdiera el tiempo apretujado en la cabaña de Hermes… ¿Y todo por qué? ¿Porque no soy lo bastante importante? ¿Porque ni siquiera he sido reconocido?

Sonaba igual que Luke cuando trató de matarme en el bosque del campamento, cuatro años atrás. Al recordarlo sentí un pinchazo en la mano, justo donde el escorpión del abismo me había picado.

—Tu madre es la diosa de la venganza —le dije a Ethan—. ¿Eso también deberíamos respetarlo?

—¡Némesis representa el equilibrio! —espetó—. Cuando alguien tiene demasiada suerte, ella se encarga de bajarle los humos.

—¿De ahí que te quitara un ojo?

—Fue el precio que tuve que pagar —refunfuñó—. A cambio, juró que yo modificaría un día el equilibro de poder. Que lograría que los dioses menores fueran respetados. Un ojo era un precio muy modesto para semejante hazaña.

—Una madre ejemplar.

—Al menos mantiene su palabra, no como los olímpicos. Ella siempre paga sus deudas: las buenas y las malas.

—Sí —dije—. Por eso te salvé la vida y tú me lo pagaste ayudando a Cronos a alzarse. Muy justo por tu parte.

Ethan se llevó la mano a la empuñadura de la espada, pero Prometeo lo detuvo.

—Calma, calma —dijo el titán—. Esto es una misión diplomática.

Prometeo me estudió atentamente, como tratando de entender mi enfado.

Enseguida asintió, como si hubiera atrapado un pensamiento de mi cerebro.

—Ya veo. Te preocupa lo que le sucedió a Luke —concluyó—. Hestia no te dejó ver toda la historia. Quizá si comprendieras…

El titán alargó el brazo.

Thalia gritó, pero, antes de que yo pudiera reaccionar, el índice de Prometeo me tocó la frente.

* * *

De pronto, me encontré otra vez en la sala de May Castellan. Las velas parpadeaban en la repisa de la chimenea y se reflejaban en los espejos de las paredes. A través de la puerta de la cocina veía a Thalia sentada a la mesa, mientras la señora Castellan le vendaba la herida de la pierna. La Annabeth de siete años jugaba en la silla de al lado con la Medusa de peluche.

Hermes y Luke se hallaban en la sala, frente a frente, manteniendo las distancias.

El rostro del dios parecía borroso a la luz de las velas, como si no acabara de decidir qué forma adoptar. Iba vestido con un equipo de deporte azul marino y unas Reebok con alitas.

—¿Por qué te presentas ahora? —le preguntó Luke. Se le veían los hombros en tensión, como si previese una pelea—. Te he llamado cientos de veces durante todos estos años; he rezado para que aparecieras, y nada. Me dejaste con ella —dijo, señalando hacia la cocina, como si no soportara mirar a su madre, y menos aún pronunciar su nombre.

—No la desprecies, Luke —le advirtió Hermes—. Tu madre lo ha hecho lo mejor que ha podido. En cuanto a mí, no podía interferir en tu destino. Los hijos de los dioses han de encontrar su propio camino.

—Así que era por mi propio bien. Crecer en las calles, cuidando de mí mismo y luchando con monstruos.

—Eres mi hijo —dijo Hermes—. Sabía que tenías la capacidad necesaria. Cuando no era más que un bebé, salí a rastras de la cuna y fui…

—¡Yo no soy un dios! Al menos una vez podrías haber dicho algo. O haber echado una mano cuando… —inspiró agitadamente, bajando la voz para que no lo oyeran desde la cocina—, cuando a ella le daba uno de sus ataques y me sacudía y me decía cosas demenciales sobre mi destino. Cuando yo me escondía en el armario para que ella no me encontrara con… esos ojos incandescentes. ¿Te importaba que estuviera muerto de miedo? ¿Te enteraste siquiera cuando finalmente me fugué?

En la cocina, la señora Castellan les servía a Thalia y Annabeth un vaso tras otro de zumo de frutas y no paraba de contarles historias de cuando Luke era niño. Thalia se frotaba nerviosamente el vendaje de la pierna. Annabeth echó

una mirada a la sala de estar y le mostró a Luke una galleta carbonizada. « ¿Ya podemos irnos?» , le preguntó con los labios.

—Me importaba y me importa mucho, Luke —dijo Hermes lentamente—, pero los dioses no deben interferir en los asuntos de los mortales. Es una de nuestras Leyes Antiguas; sobre todo cuando tu destino… —Su voz se apagó bruscamente. Contempló las velas, como recordando algo desagradable.

—¿Qué? —preguntó Luke—. ¿Qué ocurre con mi destino?

—No deberías haber vuelto —masculló—. Sólo sirve para disgustaros a ambos. Por lo que veo, sin embargo, te has hecho demasiado mayor para andar por ahí como un fugitivo sin ninguna ayuda. Hablaré con Quirón, en el Campamento Mestizo, y le pediré que envíe un sátiro a buscarte.

—Nos va muy bien sin tu ayuda —gruñó Luke—. ¿Qué estabas diciendo de mi destino?

Las alitas de las Reebok de Hermes se agitaban sin descanso. Le dirigió una larga mirada a su hijo, como si quisiera memorizar su rostro. Bruscamente, me recorrió un escalofrío y comprendí que Hermes conocía el sentido de las palabras que farfullaba May Castellan. No sabía bien por qué, pero al observar su rostro no me cabía la menor duda. Hermes sabía lo que le sucedería algún día a Luke; sabía que se volvería malvado.

—Hijo mío —dijo—. Soy el dios de los viajeros, el dios de los caminos. Si alguna cosa sé, es que debes recorrer tu propio camino aunque a mí se me parta el corazón.

—Tú no me quieres.

—Te aseguro que sí te quiero. Ve al campamento. Me ocuparé de que te encarguen pronto una misión. Tal vez puedas desafiar a la Hidra o robar las manzanas de las Hespérides. Tendrás la oportunidad de convertirte en un gran héroe antes…

—¿Antes de qué? —A Luke le salió una voz temblorosa—. ¿Qué fue lo que vio mi madre para quedarse así? ¿Qué va a sucederme? Si me quieres, dímelo.

Hermes se puso aún más tenso.

—No puedo.

—¡Entonces es que te importa un bledo! —chilló Luke.

En la cocina, la cháchara se interrumpió de golpe.

—¿Eres tú, Luke? —dijo May Castellan—. ¿Va todo bien, hijito?

Luke se volvió para ocultar el rostro, pero vi lágrimas en sus ojos.

—Estoy bien. Tengo una nueva familia. No os necesito a ninguno de los dos.

—Soy tu padre —insistió Hermes.

—Se supone que un padre está a tu lado. Yo ni siquiera te conozco. Thalia, Annabeth, venga. ¡Nos vamos!

—¡No te vayas, hijo! —dijo May Castellan, suplicante—. ¡Tengo tu almuerzo listo!

Luke salió furioso de la casa, seguido de Thalia y Annabeth. May Castellan intentó correr tras él, pero Hermes la retuvo.

Mientras la mosquitera se cerraba de un portazo, la mujer se desmoronó en brazos de Hermes y empezó a temblar. Abrió unos ojos que relucían con un fulgor verde y se aferró desesperada a los hombros de Hermes.

—Mi hijo —siseó con voz ronca—. Peligro. ¡Un destino terrible!

—Lo sé, cariño —dijo Hermes con tristeza—. Créeme que lo sé.

* * *

La imagen se esfumó. Prometeo apartó la mano de mi frente.

—¿Percy? —Era la voz de Thalia—. ¿Qué… qué ha pasado?

Advertí que estaba empapado de sudor.

Prometeo me hizo un gesto compasivo.

—Espantoso, ¿no? Los dioses conocen el porvenir y sin embargo no hacen nada, ni siquiera por sus hijos. ¿Cuánto tiempo tardaron en contarte tu profecía, Percy Jackson? ¿No crees que tu padre sabe lo que habrá de sucederte?

Estaba demasiado consternado para responder.

—Peeercy —me advirtió Grover—, te está comiendo el coco. Pretende enfurecerte.

Grover percibía las emociones y seguramente se daba cuenta de que Prometeo estaba logrando su propósito.

—¿De veras le echas la culpa a tu amigo Luke? —me preguntó el titán—. ¿Y qué me dices de ti, Percy? ¿Te dejarás llevar por tu destino? Cronos te ofrece un trato mucho mejor.

Apreté los puños. Aunque me resultara odioso lo que Prometeo me había mostrado, odiaba a Cronos muchísimo más.

—Te propongo un trato —dije finalmente—. Dile a Cronos que suspenda su ataque, que abandone el cuerpo de Luke Castellan y vuelva a las profundidades del Tártaro. En ese caso, quizá no me vea obligado a destruirlo.

La *empusa* soltó un gruñido rabioso y las llamaradas de su pelo se reavivaron. Pero Prometeo se limitó a suspirar.

—Si cambias de opinión —dijo—, tengo un regalo para ti.

Apareció una jarra griega en la mesa. Tendría un metro de alto por unos treinta centímetros de ancho, y una superficie vidriada con dibujos geométricos en blanco y negro. La tapa de cerámica estaba sujeta con una correa de cuero.

Grover gimió nada más verla.

Thalia sofocó un grito.

—No será…

—Sí —dijo Prometeo—. La has reconocido.

Mirando la jarra, sentí una rara sensación de temor, aunque no sabía por qué.

—Era de mi cuñada —explicó Prometeo—. Pandora.

Se me hizo un nudo en la garganta.

—¿La de la caja de Pandora?

Él negó con la cabeza.

—No entiendo cómo empezó toda esa historia de la caja. Nunca se trató de una caja. Era una *pithos*, una vasija para almacenar aceite o cereales. Supongo que la *pithos* de Pandora no suena igual de bien, pero no importa. Sí, ella abrió esta jarra, donde estaban la mayoría de los demonios que ahora atormentan a la humanidad: el miedo, la muerte, el hambre, la enfermedad…

—No te olvides de mí —ronroneó la *empusa*.

—En efecto —asintió Prometeo—. La primera *empusa* estaba encerrada en esta jarra y fue liberada por Pandora. Pero lo que encuentro llamativo de la historia es que Pandora se lleva toda la culpa y es castigada por ser demasiado curiosa. Los dioses os quieren hacer creer que ésa es la moraleja: la humanidad no debe explorar ni hacer preguntas, sólo obedecer. A decir verdad, Percy, esta jarra fue una trampa concebida por Zeus y los demás dioses. Una venganza contra mí y mi familia: mi pobre y retardado hermano Epimeteo y su mujer, Pandora. Los dioses sabían que ella abriría la jarra. Estaban dispuestos a castigar a toda la raza humana para castigarnos a nosotros.

Me acordé de mi sueño sobre Hades y María di Angelo. Zeus había destruido un hotel entero para eliminar a dos niños semidioses, es decir, para salvar su propio pellejo porque una profecía lo atemorizaba. Había matado a una mujer inocente y seguramente no había perdido el sueño por ello. Hades no era mejor que él. No tenía suficiente poder para vengarse de Zeus, así que maldijo al Oráculo, condenando a una chica a un destino espantoso. Y Hermes… ¿por qué había abandonado a Luke? ¿Por qué no lo había prevenido por lo menos, ni había intentado criarlo en mejores condiciones para que no se convirtiera en un malvado?

Quizá Prometeo estaba manipulando mi pensamiento.

« Pero ¿y si tiene razón? —me decía una voz—. ¿En qué sentido son mejores los dioses que los titanes?» .

Prometeo dio unos golpecitos en la tapa de la jarra.

—Sólo un espíritu se quedó dentro cuando Pandora la abrió.

—La esperanza —dije.

Pareció complacido.

—Muy bien, Percy. Elpis, el espíritu de la esperanza, no abandonó a la humanidad. La esperanza no se marcha sin permiso. Sólo puede ser liberada por un vastago humano. —El titán deslizó la jarra por encima de la mesa—. Te la doy a modo de recordatorio, para que tengas presente cómo son los dioses —agregó—. Manten a Elpis, si ése es tu deseo. Pero si decides que ya has visto bastante destrucción, bastante sufrimiento inútil, entonces abre la jarra. Deja que

Elpis se vaya. Abandona toda esperanza, y yo sabré que te has rendido. Prometo que Cronos será clemente. Perdonará la vida a los supervivientes.

Contemplé la jarra y me entró una sensación muy desagradable. Me imaginé que Pandora, igual que yo, estaba aquejada de THDA. Yo nunca podía dejar las cosas tal como estaban. No me gustaban las tentaciones. ¿Y si aquélla era mi famosa elección? Tal vez toda la profecía se reducía a eso: si dejaba la jarra cerrada o la abría.

—No la quiero —rezongué.

—Demasiado tarde —dijo Prometeo—. El regalo ha sido entregado. No puede ser devuelto.

Se puso en pie. La *empusa* se acercó y deslizó el brazo en el suyo.

—¡Morrain! —dijo el titán, llamando al gigante azul—. Nos vamos. Recoge la bandera.

—Oh-oh.

—Nos veremos muy pronto, Percy Jackson —prometió Prometeo—. De un modo u otro.

Ethan Nakamura me lanzó una última mirada de odio. Luego la comitiva dio media vuelta y se alejó por el camino a través de Central Park, como si fuese la tarde soleada de un domingo normal y corriente.

Capítulo 14

Los cerdos vuelan

De vuelta en el Plaza, Thalia me llevó aparte.

—¿Qué te ha mostrado Prometeo? —preguntó.

Le conté de mala gana la visión que había tenido de la casa de May Castellan. Thalia se frotaba el muslo como si recordase su antigua herida.

—Fue una noche nefasta —reconoció—. Annabeth era muy pequeña y no creo que entendiera gran cosa. Sólo captó que Luke estaba muy disgustado.

Contemplé Central Park por las ventanas del hotel. Hacia el norte ardían aún algunos pequeños incendios, pero por lo demás la ciudad parecía sumida en una paz anómala.

—¿Sabes lo que le pasó a May Castellan? —repuse—. Quiero decir…

—Sé lo que quieres decir —atajó Thalia—. Nunca la vi sufriendo un… episodio de ésos, pero Luke me contó que los ojos le relucían y que decía cosas extrañas. Me obligó a prometer que nunca lo contaría. Cuál pudo ser la causa, ni idea. Si Luke lo sabía, no me lo contó.

—Hermes sí lo sabía. Por algún motivo, May vio una parte del futuro de Luke. Y Hermes comprendió lo que sucedería: que Luke se convertiría en Cronos.

Thalia arrugó la frente.

—No puedes saberlo seguro. No olvides que Prometeo manipulaba lo que veías, Percy; te mostraba lo sucedido bajo la luz más desfavorable posible. Hermes quería a Luke. Eso lo percibí simplemente mirándolo a la cara. Y había ido allí aquella noche para ver cómo estaba May, para cuidar de ella. O sea que tampoco era tan malo.

—Aun así, no es justo —insistí—. Luke era un crío. Hermes nunca lo ayudó ni le impidió que se fugara.

Thalia se acomodó el arco en el hombro. Una vez más, me impresionó lo fuerte que se la veía ahora que había dejado de envejecer. Se intuía un halo plateado a su alrededor: la bendición de Artemisa.

—Percy, ahora no puedes empezar a compadecerte de Luke. Todos tenemos alguna carga que sobrellevar. A todos los semidioses nos ocurre. Nuestros padres casi nunca están a nuestro lado. Pero Luke ha elegido mal. Y nadie le obligaba a hacerlo. De hecho… —Echó un vistazo al vestíbulo para comprobar que estábamos solos—. Me preocupa Annabeth. Si se presenta la ocasión en plena batalla, no sé si será capaz de enfrentarse a Luke. Siempre ha tenido debilidad por él.

Se me subió la sangre a la cara.

—Se portará como es debido —aseguré.

—No lo sé. Desde aquella noche, cuando abandonamos la casa de su madre, Luke ya no volvió a ser el mismo. Actuaba de una manera imprudente y caprichosa, como si tuviera que demostrar algo. Después, cuando Grover nos localizó y trató de llevarnos al campamento… bueno, si hubo tantos problemas fue en parte porque Luke no tenía ningún cuidado. Quería pelearse con todos los monstruos con los que nos encontrábamos. A Annabeth no le parecía mal. Luke era su héroe. Ella solamente veía que sus padres lo habían vuelto triste y sombrío, y se empeñaba en defenderlo siempre. Todavía lo defiende. Lo único que digo es que no debes caer en la misma trampa. Luke se ha entregado a Cronos. No podemos permitirnos ser blandos con él.

Eché una ojeada a los incendios de Harlem, preguntándome cuántos mortales dormidos corrían peligro ahora por culpa de las funestas decisiones de Luke.

—Tienes razón —admití.

Thalia me dio una palmada en el hombro.

—Voy a ver cómo se encuentran las cazadoras y luego intentaré dormir algo antes de que anochezca —dijo—. Tú también deberías echarte un rato.

—Lo último que necesito son más sueños.

—Lo sé, créeme. —Su lúgubre expresión me hizo preguntarme qué sueños habría tenido. Era un problema corriente entre los semidioses: cuanto más peligrosa era nuestra situación, peores y más frecuentes se volvían nuestros sueños—. Aunque supongo que no hace falta que te diga que no tendrás otra oportunidad para descansar. Va a ser una noche muy larga. Quizá nuestra última noche.

Aunque no me gustara, sabía que tenía razón. Asentí, agotado, y le entregué la jarra de Pandora.

—Hazme un favor —le pedí—. Guárdala en la caja fuerte del hotel, ¿vale? Creo que me provoca alergia.

Ella sonrió.

—Cuenta con ello.

Me metí en la cama más cercana y caí redondo. Aunque, naturalmente, el sueño sólo me trajo más pesadillas.

* * *

Vi el palacio submarino de mi padre. El ejército enemigo estaba ahora más cerca, atrincherado a sólo unos centenares de metros del palacio. Las murallas de la fortaleza se encontraban totalmente destruidas. El templo que mi padre había utilizado como cuartel general ardía con fuego griego.

Enfocaba mi visión en el arsenal, donde mi hermano y otros cíclopes se hallaban en la pausa del almuerzo, sirviéndose de unos tarros enormes de mantequilla de cacahuete (y no me preguntes qué sabor tenía bajo el agua,

porque no lo sé). De repente, mientras estaba mirando, el muro exterior del arsenal explotaba. Un cíclope guerrero entraba a trompicones arrastrado por la onda expansiva y se desmoronaba sobre la mesa. Tyson se agachaba para socorrerlo, pero ya era demasiado tarde. El cíclope se disolvía en una nube de lodo marino.

Los gigantes enemigos avanzaban hacia la brecha abierta en el muro. Tyson recogía la porra del guerrero caído. Les gritaba algo a sus colegas herreros —seguramente: «¡Por Poseidón!»—, pero como tenía la boca llena de mantequilla de cacahuete la cosa sonaba como: «¡Pol Bejillón!». Los demás agarraban sin vacilar los martillos y cinceles, gritando: «¡Pol Mejillón!», y se lanzaban tras él al combate.

La escena se transformó repentinamente.

Ahora estaba con Ethan Nakamura en el campamento enemigo. Lo que veía ante mis ojos hacía que me echase a temblar, en parte por lo enorme que era su ejército y en parte porque reconocía el lugar.

Estábamos en la zona boscosa de Nueva Jersey, en una carretera decrépita flanqueada por negocios en ruinas y vallas publicitarias destartaladas. Detrás de una valla medio desmoronada, había un patio lleno de estatuas de cemento. El rótulo colgado en lo alto del almacén no era nada fácil de leer porque estaba escrito en cursiva de color rojo, pero yo sabía lo que ponía: «EMPORIO DE GNOMOS DE JARDÍN DE LA TÍA EME».

No había vuelto a pensar en ese sitio desde hacía años. Estaba abandonado, obviamente. Las estatuas se veían rotas y cubiertas de grafiti pintado con spray. Un sátiro de cemento —el tío Ferdinand de Grover— había perdido un brazo. El tejado del almacén se había derrumbado en parte. En la puerta, un cartel amarillo rezaba:

«DECLARADO EN RUINA».

Alrededor de la parcela había centenares de tiendas y hogueras. Abundaban los monstruos, pero también se veían algunos mercenarios humanos con uniforme de combate y semidioses con armadura. En el exterior del emporio había un estandarte morado y negro vigilado por dos gigantes azules hiperbóreos.

Ethan y otros dos semidioses permanecían en cuclillas junto a una hoguera afilando sus espadas. Se abrían las puertas del almacén y aparecía Prometeo.

—¡Nakamura! —gritaba—. El amo quiere hablar contigo.

Ethan se incorporaba, receloso.

—¿Algún problema? —preguntaba.

Prometeo sonreía.

—Tendrás que preguntárselo tú.

Uno de los semidioses soltaba una risita.

—Ha sido un placer conocerte —decía con sorna.

Ethan se ajustaba el cinturón de la espada y se dirigía al almacén.

Salvo por el agujero del tejado, el sitio seguía tal como lo recordaba: plagado de estatuas de gente aterrorizada que había quedado petrificada mientras gritaba. En la zona del bar, habían apartado las mesas de picnic. Y justo entre el dispensador de soda y el calentador de rosquillas se levantaba un trono dorado donde haraganeaba Cronos, con la guadaña en el regazo. Iba con tejanos y una camiseta, y su expresión pensativa le daba un aire casi humano, semejante al del joven Luke al que acababa de ver en casa de May Castellan, suplicándole a Hermes que le revelara su destino. Nada más ver a Ethan, sin embargo, la cara de Luke se contraía en una sonrisa inhumana y sus ojos dorados centelleaban.

—Bueno, Nakamura —decía—. ¿Qué te ha parecido la misión diplomática?

Ethan titubeaba.

—Estoy seguro de que el señor Prometeo está más capacitado para explicar…

—Te lo he preguntado a ti.

El ojo bueno de Ethan iba de aquí para allá, reparando en los guardias que rodeaban a Cronos.

—Yo… No creo que Jackson se rinda. Nunca —contestaba.

Cronos asentía.

—¿Algo más que quieras contarme?

—N… no, señor.

—Pareces nervioso, Ethan.

—No, señor. Es sólo… Dicen que ésta era la guarida de…

—¿La Medusa? Cierto. Un sitio encantador, ¿no? Por desgracia, la Medusa no ha vuelto a formarse desde que Jackson la mató, así que no debe preocuparte la posibilidad de sumarte a la colección. Además, hay fuerzas mucho más peligrosas aquí.

Cronos dirigía su mirada a un gigante lestrigón que masticaba ruidosamente unas patatas fritas. Hacía un ademán y el gigante se quedaba inmóvil, con una patata frita suspendida en el aire, entre la mano y la boca.

—¿Por qué petrificarlos —decía Cronos— cuando puedes congelar el tiempo mismo? —Sus ojos dorados se concentraban en el rostro de Ethan—. Y ahora dime una cosa más. ¿Qué pasó anoche en el puente de Williamsburg?

Ethan temblaba. Su frente empezaba a perlarse de sudor.

—Yo… no lo sé, señor.

—Sí que lo sabes. —Cronos se levantaba del trono—. Cuando atacaste a Jackson, sucedió algo. Una cosa inesperada. La chica, Annabeth, se interpuso de un salto.

—Pretendía salvarlo.

—Pero él es invulnerable —añadía Cronos bajando la voz—. Eso lo comprobaste tú mismo.

—No sabría explicarlo. Quizá la chica lo olvidó.

—Lo olvidó —repetía Cronos—. Sí, habrá sido eso. «Ah, vaya, se me ha olvidado de que mi amigo es invulnerable y he recibido yo la puñalada. ¡Uy!». Dime, Ethan, ¿adónde apuntabas cuando ibas a clavarle el puñal a Jackson?

Ethan arrugaba el entrecejo. Cerraba la mano con fuerza, como si sostuviera un arma, y simulaba dar el golpe.

—No lo sé bien, señor. Todo sucedió muy deprisa. No apuntaba a ningún sitio en particular.

Cronos tamborileaba con los dedos en la hoja de su guadaña.

—Ya veo —decía en tono gélido—. Si se te refresca la memoria, espero…

Repentinamente, el señor de los titanes hacía una mueca. El gigante del rincón salía de su inmovilidad y la patata frita caía al fin en su boca. Cronos retrocedía tambaleante y se desplomaba en el trono.

—¿Mi señor? —decía Ethan, adelantándose.

—Yo… —Su voz sonaba débil, pero por un instante era la de Luke. Luego la expresión de Cronos se endurecía. Alzaba la mano y flexionaba los dedos como obligándolos a obedecer—. No es nada —concluía, recobrando su tono acerado y gélido—. Una molestia sin importancia.

Ethan se humedecía los labios.

—Todavía se os sigue resistiendo, ¿no? Luke…

—Tonterías —le soltaba Cronos—. Repite esa mentira y te cortaré la lengua. El alma del chico ha sido aplastada. Simplemente me estoy adaptando a las limitaciones de esta nueva forma. Es algo que requiere reposo. Resulta pesado, pero no se trata más que de un engorro pasajero.

—Como… como digáis, mi señor.

—¡Tú! —Cronos señalaba con la guadaña a una *dracaena* con armadura y corona verdes—. Reina Sess, ¿no?

—Sssssí, mi señor.

—¿Ya podemos soltar nuestra pequeña sorpresa?

La reina *dracaena* enseñaba los colmillos.

—Oh, ssssí, mi señor. Una sorpressssa deliciosssa.

—Magnífico —decía Cronos—. Dile a mi hermano Hiperión que lleve hacia el sur el grueso de nuestras fuerzas y se adentre en Central Park. Los mestizos sufrirán tal confusión que ni siquiera podrán defenderse. Ya puedes irte, Ethan. Procura refrescar esa memoria. Hablaremos de nuevo cuando hayamos tomado Manhattan.

Ethan le hacía una reverencia y mi sueño cambió de escenario una última vez.

Vi la Casa Grande del campamento, pero era en otra época. La casa estaba pintada de rojo, no de azul. Los campistas de la pista de voleibol iban con peinados de principios de los noventa (seguramente muy útiles para ahuyentar a los monstruos).

Quirón estaba en el porche, hablando con Hermes y una mujer que llevaba un bebé en brazos. Quirón tenía el pelo más corto y oscuro. Hermes iba con su equipo deportivo habitual y unas zapatillas aladas. La mujer era alta y guapa. Tenía el pelo rubio, ojos brillantes y una sonrisa simpática. El niño que llevaba en brazos se retorcía en su mantita azul como si el Campamento Mestizo fuera el último sitio donde quisiera estar.

—Es un honor tenerla aquí —decía Quirón, nervioso—. Ha pasado mucho tiempo desde la última vez que se le permitió la entrada a un mortal.

—No le des alas —gruñía Hermes—. May, no puedes hacerlo.

Con un sobresalto, comprendía que estaba viendo a May Castellan. No se parecía en nada a la anciana que había conocido. Se la veía llena de vida. Era ese tipo de persona que sólo con una sonrisa alegra el día a quienes la rodean.

—Bah, no has de preocuparte tanto —protestaba May, meciendo al bebé—. Necesitáis un Oráculo, ¿no? La antigua lleva muerta… ¿cuánto?, ¿veinte años?

—Más —decía Quirón con expresión grave.

Hermes alzaba los brazos, exasperado.

—No te conté esa historia para que te presentaras como candidata. Es peligroso. Díselo, Quirón.

—Así es —advertía Quirón—. Durante muchos años he prohibido que lo intentara nadie. No sabemos exactamente qué ha sucedido. La humanidad parece haber perdido la capacidad de albergar al Oráculo.

—Eso ya lo hemos hablado —decía May—. Y estoy segura de que puedo hacerlo. Hermes, ésta es mi ocasión para hacer algo de provecho. Si he recibido el don de la videncia es para algo.

Yo deseaba gritarle a May Castellan que se detuviera. Sabía lo que iba a suceder. Ahora comprendía al fin cómo había sido destruida su vida. Pero no podía moverme ni hablar.

Hermes parecía más dolido que preocupado.

—Si te convirtieses en el Oráculo no podrías casarte conmigo —se quejaba—. No podrías verme nunca más.

May le acariciaba el brazo.

—Tampoco podré tenerte siempre, ¿no? Tú te alejarás pronto. Eres inmortal.

Hermes empezaba a protestar, pero ella lo interrumpía poniéndole una mano en el pecho.

—¡Sabes que es verdad! Por mucho que no quieras herir mis sentimientos. Además, tenemos un hijo maravilloso. Puedo seguir criando a Luke, ¿no?, aunque sea el Oráculo.

Quirón tosía discretamente.

—Sí, aunque, en honor a la verdad, no sé cómo afectará eso al espíritu del Oráculo. Una mujer que ya ha dado a luz a un hijo… No se ha hecho nunca, que yo sepa. Si el espíritu no acepta…

—Aceptará —insistía May.

« No —quería gritar yo—. No aceptará» .

May Castellan le daba un beso a su bebé y se lo entregaba a Hermes.

—Vuelvo enseguida.

Les sonreía con aplomo y subía las escaleras.

Quirón y Hermes empezaban a pasearse en silencio de aquí para allá. El bebé no paraba de agitarse.

Un fulgor verde iluminaba las ventanas de la casa. Los campistas dejaban de jugar al voleibol y levantaban la vista hacia el desván. En los campos de fresas se alzaba un viento frío.

Hermes debía de sentirlo también.

—¡No! ¡¡¡No!!! —gritaba.

Le entregaba el bebé a Quirón y corría hacia el porche. Antes de que llegase a la puerta, la tarde soleada estallaba por el *chillido* aterrorizado de May Castellan.

* * *

Me incorporé tan bruscamente que me di un golpe en la cabeza con una armadura.

—¡Agg!

—Perdona, Percy. —Annabeth estaba de pie a mi lado—. Justamente ahora iba a despertarte.

Me froté la cabeza, tratando de asimilar aquellas visiones inquietantes. Ahora, por fin, encajaban un montón de cosas: May Castellan había pretendido convertirse en el Oráculo. Ella no conocía la maldición de Hades que impedía que el espíritu del Oráculo tomara otro receptáculo mortal. Tampoco la conocían Quirón y Hermes. No podían prever que May se volvería loca al tratar de ocupar el puesto, ni que sufriría ataques durante los cuales los ojos se le llenarían de un brillo verdoso y tendría atisbos fragmentarios del futuro de su hijo.

—¿Percy? —murmuró Annabeth—. ¿Qué sucede?

—Nada —mentí—. ¿Qué… qué haces con armadura? Deberías seguir descansando.

—Estoy bien —dijo, aunque aún se la veía pálida y apenas movía el brazo derecho—. El néctar y la ambrosía me han curado.

—No puedes salir en serio a luchar.

Ella me tendió el brazo bueno y me ayudó a levantarme. Me retumbaba la cabeza. Fuera, el cielo ya se teñía de rojo.

—Vas a necesitar a todos tus efectivos —dijo—. Acabo de mirar mi escudo. Hay un ejército…

—En dirección sur hacia Central Park —repuse—. Sí, lo sé.

Le conté una parte de mis sueños. Me salté la visión de May Castellan porque resultaba demasiado inquietante para hablar siquiera de ella. Tampoco le expliqué la hipótesis de Ethan de que Luke se resistía a Cronos en el interior de su cuerpo. No quería alimentar las esperanzas de Annabeth.

—¿Crees que Ethan sospecha dónde está tu punto débil?

—No lo sé —reconocí—. No le ha dicho nada a Cronos, pero si llega a figurárselo…

—No podemos permitírselo.

—Le atizaré más fuerte en la cabeza la próxima vez —dije—. ¿Se te ocurre de qué puede tratarse esa sorpresa de la que hablaba Cronos?

Negó con la cabeza.

—No he visto nada en el escudo, pero no me gustan las sorpresas.

—Estamos de acuerdo.

—Bueno —dijo—, ¿vas a seguir oponiéndote a que vaya contigo?

—No. Ya me has convencido.

Ella tuvo ánimos para reírse, cosa que resultaba agradable oír. Tomé mi espada y fuimos a reunir la tropa.

* * *

Thalia y los líderes de las cabañas nos esperaban en el Reservoir. Las luces de la ciudad parpadeaban a la media luz. Supongo que la mayoría funcionaba con temporizadores automáticos. Las farolas destellaban alrededor del lago y les conferían al agua y a los árboles un aspecto todavía más misterioso.

—Ya se acercan —me confirmó Thalia, señalando al norte con una flecha de plata—. Una de mis exploradoras me acaba de informar que ya han cruzado el río Harlem. Ha sido del todo imposible mantenerlos a raya. Su ejército… —añadió, encogiéndose de hombros— es enorme.

—Los detendremos en el parque —dije—. ¿Preparado, Grover?

Él asintió.

—Más preparados que nunca. Si mis espíritus de la naturaleza pueden pararlos en alguna parte, es aquí.

—¡Sí, les pararemos los pies! —dijo otra voz. Un sátiro grueso y muy viejo se abrió paso entre la multitud, tropezándose con su propia lanza. Iba con una armadura de corteza de árbol que solamente le tapaba la mitad de la barriga.

—¿Leneo? —musité.

—No te hagas el sorprendido —resopló—. Soy el líder del Consejo y me pediste que encontrara a Grover. Muy bien, pues lo he encontrado, ¡y no voy a permitir que un simple desterrado dirija a los sátiros sin mi ayuda!

A su espalda, Grover hacía muecas de repugnancia, pero el viejo sonreía satisfecho como si fuera el héroe de la jornada.

—¡No temáis! ¡Vamos a darles una lección a esos titanes!

No sabía si reírme o enfadarme, pero conseguí mantenerme imperturbable.

—Hum… sí, bueno. Grover, no vas a estar solo. Annabeth, con la cabaña de Atenea, se apostará aquí. Y yo y… ¿Thalia?

Ella me dio una palmadita en el hombro.

—No digas más. Las cazadoras estamos listas.

Miré a los demás líderes.

—A vosotros os corresponde una misión igual de importante. Tenéis que vigilar las otras entradas a Manhattan. Ya sabéis lo taimado que es Cronos. Espera distraernos con este gran ejército para introducir un regimiento por un punto distinto. De vosotros depende que eso no suceda. ¿Ha escogido cada cabaña un túnel o un puente?

Los líderes asintieron, muy serios.

—¡Pues en marcha! —dije—. ¡Buena caza a todos!

* * *

Oímos al ejército antes de verlo.

El ruido era como un estrépito de cañones combinado con el griterío de la multitud en un estadio de fútbol, o sea, como si cada seguidor de los New England Patriots arremetiera contra nosotros armado con una bazuca.

La vanguardia enemiga asomó al fin por el extremo norte del estanque: un guerrero de armadura dorada encabezando un batallón de gigantes lestrigones con descomunales hachas de bronce. Detrás, surgieron en tropel centenares de monstruos de distinto pelaje.

—¡A vuestros puestos! —gritó Annabeth.

Sus compañeros de cabaña se situaron estratégicamente. La idea era obligar al enemigo a dividirse alrededor del estanque. Para llegar a nuestras posiciones tendrían que seguir los senderos, avanzando en fila india a uno y otro lado del agua.

Al principio, el plan pareció funcionar. El enemigo se dividió y corrió a nuestro encuentro bordeando la orilla. A medio camino, nuestras defensas entraron en acción. El sendero se llenó de fuego griego, que incineró en el acto a muchos monstruos; otros se agitaban enloquecidos, envueltos en llamaradas verdes. Los campistas de Atenea les arrojaban garfios a los gigantes más grandes y los derribaban al suelo.

En el bosque de la derecha, las cazadoras lanzaron una salva de flechas de plata sobre las líneas enemigas, destruyendo a veinte o treinta *dracaenae*, aunque venían muchas más detrás. Un rayo chisporroteó en el aire, dejando frito a un gigante lestrigón, lo que me indicó que Thalia estaba haciendo su truco favorito de hija de Zeus.

Grover se llevó sus flautas a los labios y tocó una tonada rápida. Se alzó un bramido en ambas orillas y empezaron a brotar los espíritus de cada árbol, de cada roca y cada matorral. Las dríadas y los sátiros blandían sus porras y se lanzaban a la carga. Los árboles envolvían a los monstruos hasta estrangularlos. La hierba crecía alrededor de las piernas de los arqueros del titán. Las piedras volaban en todas direcciones y acribillaban a las *dracaenae*.

Aun así, aunque fuese a duras penas, el ejército avanzaba. Los gigantes aplastaban árboles enteros a su paso y las náyades se desvanecían al quedar destruida su fuente de vida. Los perros del infierno se abalanzaban sobre los lobos y los dejaban fuera de combate de un zarpazo. Los arqueros enemigos contraatacaron con una salva de flechas y una cazadora cayó fulminada desde lo alto de una rama.

—¡Percy! —Annabeth me agarró del brazo y señaló el estanque. El titán de la armadura dorada no había aguardado a que sus fuerzas avanzaran por los flancos. Se había lanzado a la carga caminando directamente por la superficie del lago.

Una bomba de fuego griego le explotó justo encima, pero alzó la palma de la mano y absorbió todas las llamas.

—Hiperión —dijo Annabeth, consternada—. El señor de la luz. El titán del este.

—¿Peligroso? —pregunté.

—Junto con Atlas, es el mayor guerrero de los titanes. En los tiempos antiguos había cuatro titanes que controlaban las cuatro esquinas del mundo. Hiperión era el este: el más poderoso. Fue el padre de Helios, el primer dios del sol.

—Lo mantendré ocupado —prometí.

—Percy, ni siquiera tú…

—Encárgate de mantener agrupadas nuestras fuerzas.

Obviamente, no nos habíamos situado ante el estanque porque sí. Me concentré en el agua y noté cómo me atravesaba su poder en grandes oleadas.

Avancé hacia Hiperión corriendo por la superficie. « Sí, amiguito. Yo también sé jugar a este juego» .

Cuando ya lo tenía a cinco metros, Hiperión alzó la espada. Sus ojos eran tal como los había visto en mi sueño: tan dorados como los de Cronos, pero más brillantes incluso, como dos soles en miniatura.

—El mocoso del dios del mar —masculló—. ¿Eres tú el que dejó a Atlas atrapado otra vez bajo el peso del cielo?

—No me costó gran cosa —dije—. Los titanes sois tan listos como un pedazo de alcornoque.

Hiperión soltó un gruñido.

—¿Quieres ver lo listo que soy?

Su cuerpo se inflamó en una columna de luz y calor. Desvié la mirada, pero

aun así quedé deslumbrado.

Alcé por instinto a *Contracorriente*: justo a tiempo, porque la hoja de Hiperión se estrelló contra la mía. El impacto desató una enorme oleada concéntrica por todo el lago.

Los ojos aún me escocían. Tenía que ahogar su luz.

Me concentré en aquella oleada y la obligué a invertir su dirección. Justo antes de que cayera sobre mí, salté hacia delante con un chorro de agua.

—¡Agggg! —La ola se estrelló contra Hiperión y lo sumergió por completo, extinguiendo su luz.

Aterricé en la superficie del lago mientras el titán se incorporaba con esfuerzo. Tenía la armadura dorada toda chorreante y sus ojos ya no llameaban, aunque seguían clavados en mí con expresión asesina.

—¡Arderás, Jackson! —rugió.

Nuestras espadas chocaron de nuevo y el aire se cargó de ozono.

La batalla proseguía con furia a nuestro alrededor. En el flanco derecho, Annabeth dirigía un asalto con sus hermanos de Atenea. En el izquierdo, Grover y sus espíritus de la naturaleza se habían reagrupado y enmarañaban al enemigo con arbustos y malas hierbas.

—Basta de juegos —me dijo Hiperión—. Luchemos en tierra.

Estaba a punto de hacer un comentario inteligente, tipo « No» , cuando el titán soltó un alarido. Un muro de fuerza vino a golpearme por el aire: el mismo truco que Cronos se había sacado de la manga en el puente. Volé trescientos metros hacia atrás y me estampé en la orilla. De no haber sido por mi naturaleza invulnerable, me habría roto todos los huesos.

Me puse de pie, gimiendo.

—¡No soporto cuando hacéis eso los titanes!

Hiperión se me acercaba a una velocidad de vértigo.

Me concentré en el agua para sacar fuerzas de ella.

El titán se echó sobre mí. Era rápido y poderoso, pero no llegaba a asestarme un solo golpe. La tierra a sus pies se encendía en llamas, pero yo las apagaba con idéntica rapidez.

—¡Detenlo! —bramó el titán—. ¡Detén ese viento!

No entendí a qué se refería. Estaba muy ocupado luchando.

Hiperión dio un traspié, como si hubiera recibido un empujón. Le salpicaba agua en la cara y los ojos. El viento cobró fuerza y el titán volvió a retroceder tambaleante.

—¡Percy! —gritó Grover, asombrado—. ¿Cómo diantre lo haces?

« ¿Hacer qué?» , pensé.

Entonces bajé la vista y advertí que estaba en medio de mi propio huracán. Me rodeaban nubes de vapor girando a toda velocidad, y un viento tan salvaje que zarandeaba a Hiperión y aplanaba la hierba en un radio de veinte metros.

Los enemigos me arrojaban jabalinas, pero el torbellino las desviaba.

—Fantástico —murmuré—. Pero ¡un poco más fuerte!

Un relámpago fulguró alrededor de mi cuerpo: las nubes que me rodeaban se oscurecieron aún más y el agua giró a mayor velocidad. Me acerqué a Hiperión y lo derribé con la fuerza del viento huracanado.

—¡Percy! —gritó Grover de nuevo—. ¡Tráelo hacia aquí!

Lancé tajos y estocadas, dejando que mis reflejos tomaran el mando. Hiperión se defendía a duras penas. Sus ojos intentaban entrar en ignición, pero el vendaval apagaba las llamas.

No podría mantener mucho tiempo un temporal semejante. Ya notaba cómo se iban debilitando mis poderes. Con un último esfuerzo, propulsé a Hiperión por el césped hacia donde Grover lo aguardaba.

—¡Conmigo no se juega! —bramó Hiperión.

Consiguió ponerse de pie otra vez, pero Grover empezó a tocar sus flautas. Leneo lo imitó. Y a lo largo de la arboleda, todos los sátiros se sumaron a aquella canción: una melodía misteriosa, como el rumor de un arroyo sobre los guijarros. El suelo a los pies de Hiperión se convulsionó y una multitud de raíces retorcidas le envolvió las piernas.

—¿Qué es esto? —protestó a gritos. Intentaba zafarse, pero aún no había recobrado sus fuerzas. Las raíces se espesaron hasta que dio la impresión de que llevaba unas botas de madera—. ¡Basta! —gritaba—. ¡Vuestra magia de los bosques no tiene nada que hacer frente a un titán!

Pero, cuanto más se debatía, más rápidamente crecían las raíces, retorciéndose por su cuerpo, multiplicándose y endureciéndose con una recia capa de corteza. Su armadura dorada quedó sepultada bajo aquella erupción de madera y pasó a formar parte de un grueso tronco.

La música prosiguió. El ejército de Hiperión retrocedía atónito al ver a su líder absorbido y deglutido. Los brazos extendidos del titán se convirtieron en ramas, de las cuales brotaron otras más pequeñas, que enseguida se cubrieron de hojas. El árbol ganó en altura y grosor, hasta que sólo quedó a la vista la cara de Hiperión en mitad del tronco.

—¡No podéis apresarme! —bramó—. ¡Soy Hiperión! ¡Soy…!

La corteza selló su boca y le cubrió la cara.

Grover se quitó las flautas de los labios.

—Eres un precioso arce.

Muchos sátiros se desmayaron de agotamiento, pero habían cumplido su tarea. El titán había quedado empotrado en el interior de un arce enorme. El tronco tendría al menos seis metros de diámetro y sus ramas eran de las más altas de todo el parque. Aquel árbol permanecería allí durante siglos.

El enemigo emprendió la retirada y de la cabaña de Atenea se alzó un grito de alegría. Pero fue una victoria efímera.

Porque justo en ese momento Cronos desató su sorpresa.

* * *

—¡Oinnnc!

El eco del chillido rebotó por toda la zona alta de Manhattan. Todos, semidioses y monstruos por igual, se quedaron helados de terror.

Grover me lanzó una mirada de pánico.

—Suena como… ¡No puede ser!

Sabía lo que estaba pensando. Dos años atrás, habíamos recibido un « regalo» de Pan: un jabalí gigante que nos transportó a lo largo del sudoeste del país (después de intentar liquidarnos). Aquel jabalí soltaba un chillido muy parecido, pero el que acabábamos de oír era más agudo, más estridente, como si… como si el jabalí tuviera una novia furiosa.

—¡Oinnnc! —Una enorme criatura rosada sobrevoló el estanque: una especie de globo de pesadilla con alas, como los que pasean en el desfile del día de Acción de Gracias.

—¡Una cerda! —gritó Annabeth—. ¡A cubierto!

Los semidioses se dispersaron al ver que la alada dama porcina descendía en picado. Sus alas eran rosadas como las de los flamencos y armonizaban de maravilla con su tono de piel, aunque resultaba difícil considerarla una monada, la verdad, sobre todo cuando aterrizó en el suelo con un retumbo (poco faltó para que aplastara a un campista de Annabeth). La criatura se puso a corretear pesadamente, sacudiendo el suelo a cada paso, derribando montones de árboles y eructando una nube de gases tóxicos. Luego despegó de nuevo y voló en círculo, preparándose para otra acometida.

—No me digas que esto sale de la mitología griega —dije.

—Me temo que sí —confirmó Annabeth—. La cerda de Clazmonia. Tenía aterrorizadas todas las ciudades griegas de la época.

—Déjame adivinarlo —dije—. Hércules la derrotó.

—Nones —respondió Annabeth—. Que yo sepa, ningún héroe ha logrado vencerla nunca.

—Perfecto —mascullé.

El ejército del titán se estaba recobrando del susto. Supongo que habían comprendido que la cerda no los perseguía a ellos.

Sólo nos quedaban unos segundos antes de que estuvieran listos, y nuestras fuerzas aún eran presas del pánico. Cada vez que la cerda eructaba, los espíritus de la naturaleza de Grover se desvanecían dando gañidos para refugiarse en sus árboles.

—Esa cerda tiene que desaparecer. —Tomé el garfio que llevaba uno de los hermanos de Annabeth—. Yo me encargo. Vosotros mantened a raya al

enemigo. Obligadlo a retroceder.

—Pero, Percy —dijo Grover—, ¿y si no podemos?

Advertí lo exhausto que estaba. La magia de su música había consumido sus fuerzas. A Annabeth no se la veía mejor después de haber estado luchando con una herida grave en el hombro. No sabía cómo les iría a las cazadoras, pero el flanco derecho del enemigo se interponía ahora entre ellas y nosotros.

Me resistía a abandonar a mis amigos en tan mal estado, pero aquella puerca era sin duda la mayor amenaza, porque podía llevarse por delante los edificios y árboles, y causar estragos entre la población dormida. Había que detenerla.

—Retiraos un poco si es necesario —le dije—. Limitaos a dificultar su avance. Yo volveré en cuanto pueda.

Sin pensármelo dos veces, sujeté el cable del garfio y lo volteé como si fuese el lazo de un vaquero. Cuando la cerda descendió para hacer su siguiente pasada, se lo arrojé con todas mis fuerzas. El garfio se enrolló alrededor de la base de una de sus alas. La criatura chilló furiosa, hizo un brusco viraje y tiró del cable y de mí hacia el cielo.

* * *

Si vas al centro de la ciudad desde Central Park, te aconsejo que tomes el metro. Los cerdos voladores son más rápidos, pero también mucho más peligrosos.

La bestia dejó atrás el hotel Plaza y sobrevoló en línea recta la Quinta Avenida. Mi brillante idea consistía en trepar por el cable y montarme en su lomo. Por desgracia, estaba demasiado ocupado oscilando de aquí para allá y esquivando las farolas y fachadas de los edificios.

Otro detalle que descubrí: una cosa es trepar por la cuerda en una clase de gimnasia, y otra muy distinta subir por un cable adosado al ala en movimiento de una cerda que vuela a mil kilómetros por hora.

Avanzamos en zigzag varias manzanas y continuamos hacia el sur por Park Avenue.

«¡Jefe! ¡Eh, jefe!».

Con el rabillo del ojo vi a *Blackjack* acelerando y haciendo cabriolas para evitar las alas de la cerda.

—¡Cuidado! —grité.

«¡Salte a mi grupa! —relinchó—. Yo lo atraparé… creo».

No sonaba muy tranquilizador. Ahora la estación Grand Central me quedaba justo delante. Sobre la entrada principal se alzaba una estatua gigantesca de Hermes, que supuse que no habría sido activada porque estaba demasiado alta. Volaba directamente hacia ella a una velocidad suficiente para espachurrar a un semidiós.

—Mantente alerta —le dije a *Blackjack*—. Tengo una idea.

«Ay, no soporto sus ideas, jefe».

Me propulsé hacia delante con todas mis fuerzas. En vez de estrellarme con la estatua de Hermes, la eludí con un quiebro y la rodeé por debajo de los brazos con el cable. Pensé que así conseguiría amarrar a la bestia, pero sin duda subestimé el impulso de sus treinta toneladas lanzadas en vuelo. Justo cuando la cerda arrancaba la estatua del pedestal, me solté. Hermes se fue a dar una vuelta con ella, ocupando mi sitio como pasajero, y yo caí a plomo hacia la calle.

En esa fracción de segundo recordé la época en que mi madre solía trabajar en una tienda de caramelos de Grand Central. También pensé en lo desastroso que sería acabar como una mancha de grasa en el pavimento.

Entonces descendió sobre mí una sombra y… ¡plaf!, me encontré a lomos de *Blackjack*. No fue un aterrizaje muy suave, que digamos. De hecho, cuando grité «¡Uaaaa!», me salió una octava más alta de lo normal.

«Lo siento, jefe», murmuró *Blackjack*.

—No hay problema —jadeé—. ¡Sigue a esa cerda!

La bestia porcina había doblado a la derecha en la calle Cuarenta y dos Este y volaba de nuevo hacia la Quinta Avenida. Al pasar por encima de los tejados, divisé algunos incendios dispersos a lo largo de la ciudad. Por lo visto, mis compañeros estaban pasándolas moradas. Cronos atacaba en varios frentes a la vez. Pero de momento yo tenía mis propios problemas.

La estatua de Hermes seguía colgada del cable. No paraba de balancearse y dar trastazos contra los edificios. La cerda sobrevoló un bloque de oficinas y Hermes atravesó el depósito del tejado, salpicando agua y madera en todas direcciones.

Entonces se me ocurrió una idea.

—Acércate —le dije a *Blackjack*, que soltó un relincho de protesta—. Lo bastante cerca para que se me oiga —añadí—. He de hablar con la estatua.

«Ahora sí que ha perdido la chaveta, jefe», dijo, pero aun así obedeció.

Cuando me acerqué lo suficiente para verle la cara a la estatua, grité:

—¡Hola, Hermes! Secuencia de mandos. Dédalo veintitrés. ¡Matar Cerdos Voladores! ¡Inicio Activación!

La estatua movió las piernas en el acto. Pareció algo confundida al descubrir que no se encontraba en lo alto de Grand Central, sino colgada de un cable y dando un paseo por los aires con una enorme puerca alada. Se dio un porrazo contra una pared de ladrillo, cosa que la enfureció un poco, diría yo. Luego sacudió la cabeza y empezó a trepar.

Bajé la vista y eché una mirada rápida. Estábamos llegando a la principal biblioteca pública de Nueva York, con sus grandes leones de mármol flanqueando la escalinata. Me vino de pronto una extraña ocurrencia: ¿las estatuas de piedra serían también autómatas? Parecía poco probable, pero…

—Más rápido —le dije a *Blackjack*—. Ponte delante de la cerda. ¡Mófate de ella!

« Hum, jefe…» .

—Confía en mí. Sé lo que hago… creo.

« Sí, claro. Ríase» .

Blackjack salió disparado como una flecha. Es capaz de volar a gran velocidad cuando quiere. Se situó delante de la bestia, que ya tenía montado en el lomo a un Hermes de metal.

« ¡Hueles a jamón!» , le relinchó *Blackjack*. Y le dio una coz en el hocico con los cascos traseros antes de lanzarse en picado. La cerda chilló enfurecida y salió tras él disparada.

Caímos en barrena hacia la escalinata de la biblioteca. *Blackjack* redujo la velocidad para dejarme saltar y continuó volando en dirección a las puertas del edificio.

—¡Leones! —grité—. Secuencia de mandos. Dédalo veintitrés. ¡Matar Cerdos Voladores! ¡Inicio Activación!

Los leones se irguieron y me miraron. Seguramente creyeron que les estaba tomando el pelo. Pero justo entonces…

—¡Oinnnc!

La rosada bestia porcina aterrizó con estruendo, resquebrajando la acera. Los leones la miraron, sin poder creer su buena suerte, y se abalanzaron sobre ella. Al mismo tiempo, una estatua de Hermes bastante magullada saltó sobre su cabezota y empezó a golpeársela sin piedad con el caduceo. Los leones, por su parte, tenían unas garras tremendas.

Cuando saqué a *Contracorriente*, ya no quedaba mucho que hacer. La cerda se desintegró ante mis ojos y casi sentí lástima por ella. Confié en que encontrara al cerdo de sus sueños en el Tártaro.

Cuando se hubo hecho polvo del todo, los leones y la estatua de Hermes miraron alrededor, desconcertados.

—Ahora podéis defender Manhattan —les dije, pero ellos no parecieron escucharme y se lanzaron a la carga por Park Avenue. Me imaginé que seguirían buscando cerdos volantes hasta que alguien los desactivara.

« Eh, jefe —dijo *Blackjack*—. ¿Qué tal una pausa para un dónut?» .

Me sequé el sudor de la frente.

—Ojalá pudiera, campeón, pero la lucha continúa.

De hecho, oía el fragor de la batalla cada vez más cerca. Mis amigos necesitaban ayuda. Me monté sobre *Blackjack* y volamos hacia el norte, hacia donde resonaban las explosiones.

Capítulo 15

Quirón monta una fiesta

El centro de la ciudad era un campo de batalla. Desde lo alto se veían pequeñas escaramuzas por todas partes. Un gigante iba destrozando árboles en Bryant Park mientras las dríadas lo acribillaban con nueces. Delante del Waldorf Astoria, una estatua de bronce de Benjamín Franklin le atizaba golpes a un perro del infierno con un periódico enrollado. Un trío de campistas de Hefesto hacía frente a un escuadrón de *dracaenae* en medio del Rockefeller Center.

Me daban ganas de pararme a echar una mano, pero por el humo y el ruido deducía que el auténtico jaleo se había desplazado mucho más al sur. Nuestras defensas se venían abajo. El enemigo ya estrechaba el cerco al Empire State.

Hicimos un rápido barrido por los alrededores. Las cazadoras habían levantado una línea defensiva en la Treinta y siete, sólo tres manzanas al norte del Olimpo. Hacia el este, en Park Avenue, Jake Mason y algunos campistas más de Hefesto dirigían a un ejército de estatuas contra el enemigo. Al oeste, la cabaña de Deméter y los espíritus de la naturaleza de Grover habían convertido la Sexta Avenida en una selva que entorpecía el avance de un escuadrón de semidioses de Cronos. El sur estaba despejado por el momento, pero los flancos de la fuerza enemiga empezaban a abarcarlo con una maniobra envolvente. Unos minutos más y estaríamos completamente rodeados.

—Hemos de aterrizar donde más nos necesiten —mascullé.

«Eso significa en todas partes, jefe».

Divisé un estandarte con una lechuza plateada en la esquina sudeste de la contienda, en la calle Treinta y tres a la altura del túnel de Park Avenue. Annabeth y dos de sus hermanos mantenían a raya a un gigante hiperbóreo.

—Allí —le dije a *Blackjack*, que se lanzó directo al campo de batalla.

Salté de su lomo y aterricé en la cabeza del gigante; cuando éste levantó la vista, me deslicé por su cara, machacándole la nariz por el camino.

—¡Uaurrrr! —El gigante dio un paso atrás tambaleándose, mientras le manaba sangre azul de la nariz.

Caí en la acera y eché a correr. El hiperbóreo exhaló una nube de niebla blanquecina y la temperatura descendió en picado. El punto donde había caído quedó revestido de una capa de hielo, y yo mismo me encontré cubierto de escarcha como un dónut de azúcar.

—¡Eh, mamarracho! —le gritó Annabeth. Confié en que estuviera diciéndoselo al gigante, y no a mí.

El Chico Azul dio un bramido y se volvió hacia ella, dejándome expuesta la parte posterior de sus piernas. Me lancé a la carga y le hinqué la espada en una corva.

—¡Uaaaaaaa!

El hiperbóreo se dobló. Aguardé a que se volviera, pero se quedó congelado. Literalmente: se convirtió en un bloque de hielo. A partir del punto donde lo había ensartado, empezaron a surgir grietas por todo su cuerpo. Se hicieron cada vez más grandes y anchas y, finalmente, el gigante se desmoronó en una montaña de carámbanos azules.

—Gracias. —Annabeth hizo una mueca mientras trataba de recuperar el aliento—. ¿Y la cerda?

—Hecha morcilla.

—Fantástico —dijo, flexionando el hombro. Obviamente, todavía le molestaba la herida, pero al ver mi expresión puso los ojos en blanco—. Estoy bien, Percy. ¡Vamos! Quedan un montón de enemigos.

* * *

Tenía razón. De la hora siguiente sólo tengo un recuerdo borroso. Luché como nunca había luchado, abriéndome paso entre legiones de *dracaenae*, eliminando a docenas de telekhines con cada mandoble, destruyendo *empusas* y dejando fuera de combate a los semidioses enemigos. Pero, por muchos que yo abatiera, muchos más venían a ocupar su puesto.

Annabeth y yo corríamos de una manzana a otra, tratando de apuntalar nuestras defensas. Muchos de nuestros amigos yacían malheridos por las calles, y muchos habían desaparecido.

Paso a paso, a medida que avanzaba la noche y la luna se elevaba en el firmamento, nos vimos forzados a ceder terreno hasta que por fin nos encontramos sólo a una manzana del Empire State en cualquiera de las direcciones. A cierta altura vi a Grover junto a mí, atizando en la cabeza a las mujeres-serpiente con su porra. Luego se perdió entre la multitud y fue Thalia la que se situó a mi lado, mientras ahuyentaba a los monstruos con su escudo mágico. La *Señorita O'Leary* surgió dando brincos de la nada, agarró entre sus fauces a un gigante lestrigón y lo lanzó por los aires como si fuera un *frisbee*. Annabeth usaba su gorro de invisibilidad para colarse tras las líneas enemigas. Cada vez que se desintegraba un monstruo con una mueca de sorpresa, sabía que Annabeth había pasado por allí.

Sin embargo, no era suficiente.

—¡Mantened vuestra posición! —gritó Katie Gardner desde algún punto situado a mi izquierda.

El problema era que nos faltaban efectivos para mantenernos firmes. La entrada del Olimpo quedaba a seis metros a mi espalda. Un semicírculo de semidioses, cazadoras y espíritus de la naturaleza defendían las puertas con bravura. Yo seguía repartiendo tajos y estocadas a mansalva, destruyendo todo lo

que encontraba en mi camino, pero empezaba a estar agotado y, además, no podía multiplicarme ni estar en todas partes al mismo tiempo.

Al este, a unas manzanas por detrás de las tropas enemigas, empezó a destellar una luz muy potente. Creí que ya salía el sol, pero enseguida comprendí que era Cronos, que venía hacia nosotros montado en su carro de oro. Una docena de gigantes lestrigones portaban antorchas delante. Dos hiperbóreos llevaban sus estandartes de color negro y morado. El señor de los titanes parecía fresco y descansado, con sus poderes en plena forma. No se daba prisa en su avance, como si quisiera dejar que me agotara.

Annabeth apareció a mi lado.

—¡Tenemos que retroceder hacia las puertas! —exclamó—. ¡Y defenderlas cueste lo que cueste!

Tenía razón. Estaba a punto de ordenar retirada cuando oí un cuerno de caza. Su sonido se impuso sobre el fragor de la batalla como una alarma de incendios. Y enseguida le respondió un coro de cuernos, cuyos ecos se propagaban en todas direcciones por las calles de Manhattan.

Miré a Thalia, pero ella se limitó a fruncir el entrecejo.

—Las cazadoras no son —me aseguró—. Estamos todas aquí.

—¿Quién, entonces?

Los cuernos de caza sonaron con más fuerza. No sabía de dónde venían a causa de los ecos, pero daba la impresión de que se aproximaba un ejército entero.

Me temí que fueran más enemigos, pero las fuerzas de Cronos parecían tan desconcertadas como nosotros. Los gigantes bajaban embobados sus porras. Las *dracaenae* siseaban. Incluso la guardia de honor de Cronos parecía un poco incómoda.

Entonces, a nuestra izquierda, un centenar de monstruos gritaron al unísono. Todo el flanco norte de Cronos avanzó como en una oleada. Pensé que estábamos perdidos. Pero no atacaron. Cruzaron a todo correr nuestras líneas y fueron a chocar con sus compañeros situados al sur.

Un nuevo estruendo de cuernos de caza sacudió la noche, y el aire pareció estremecerse. En un movimiento fulgurante, como si hubiera surgido a la velocidad de la luz, apareció un cuerpo entero de caballería.

—¡Sí, chicos! —aulló una voz—. ¡¡Vamos de fiesta!!

Una lluvia de flechas trazó un arco por encima de nuestras cabezas y cayó sobre el enemigo, pulverizando a centenares de demonios. No eran flechas normales. Pasaban disparadas con un zumbido especial: algo como ¡ffzzzz! Algunas tenían molinetes adosados; otras, guantes de boxeo en la punta.

—¡Centauros! —exclamó Annabeth.

El ejército de Ponis Juerguistas apareció allí en medio como una eclosión de colorido: camisetas teñidas, pelucas afro multicolores, gafas de sol gigantes y de

marca con pinturas de guerra. Algunos tenían eslóganes garabateados en los flancos, del tipo « CABALLOS AL PODER» o « CRONOS AL HOYO» .

Había centenares de ellos inundando la manzana. Yo no conseguía procesar ni la mitad de lo que veía, pero tenía muy claro que si hubiera sido el enemigo, habría huido.

—¡Percy! —gritó Quirón entre aquella marea de centauros embravecidos. Llevaba una armadura de cintura para arriba y el arco en la mano, y sonreía satisfecho—. ¡Siento haberme retrasado!

—¡Chicos! —aulló otro centauro—. Dejad la charla para luego. ¡Ahora acabemos con esos monstruos!

Apuntó y cargó su pistola de pintura de dos cañones y roció de rosa chillón a un perro del infierno. La pintura debía de estar mezclada con polvo de bronce celestial, porque el monstruo soltó un gañido a las primeras salpicaduras y se disolvió en un charco negro y rosa.

—¡Ponis Juerguistas de Florida! —gritó un centauro.

Y desde el otro lado del campo de batalla, una voz gangosa le respondió:

—¡Sección de Texas!

—¡Batallón de Hawai! —gritó un tercero.

Fue lo más impresionante que he visto en mi vida. El ejército entero del titán dio media vuelta y salió huyendo, acosado por aquella legión armada con pistolas de pintura, flechas, espadas y bates de béisbol virtuales. Los centauros lo arrollaban todo a su paso.

—¡Dejad de correr, idiotas! —rugía Cronos—. Mantened la posición y… ¡aggg!

Un gigante hiperbóreo había tropezado hacia atrás, derrumbándose sobre él. El señor del tiempo desapareció bajo un trasero azul gigantesco.

Los perseguimos varias manzanas hasta que Quirón gritó:

—¡Alto! ¡Me lo prometisteis, alto!

No fue nada fácil, pero finalmente la orden se transmitió entre las filas de los centauros y todos empezaron a retirarse, dejando que el enemigo huyera.

—Quirón sabe lo que hace —dijo Annabeth, secándose el sudor de la frente —. Si los perseguimos, acabaremos dispersándonos. Debemos reagruparnos.

—Pero el enemigo…

—No está derrotado —admitió—. Pero ya se aproxima el alba. Al menos hemos ganado tiempo.

No me hacía mucha gracia retirarme, pero sabía que tenía razón. Contemplé cómo se escabullía el último de los telekhines hacia el río Este. Luego di media vuelta de mala gana y desanduve el camino hacia el Empire State.

* * *

Establecimos un perímetro defensivo de dos manzanas, con el centro de mando en el Empire State. Quirón nos explicó que los Ponis Juerguistas habían enviado destacamentos de casi todos los estados: cuarenta de California, dos de Rhode Island, treinta de Illinois… En total, unos quinientos habían respondido a su llamada. Pero incluso con tan elevada cantidad de refuerzos, no podíamos defender más que unas cuantas manzanas.

—Jo, colega —comentaba un centauro llamado Larry (su camiseta lo identificaba como «JEFAZO SUPREMO Y AUTORIDAD MÁXIMA - SECCIÓN NUEVO MÉXICO»)—. ¡Esto ha sido una pasada!, ¡mucho más divertido que nuestra última convención en Las Vegas!

—Sí —contestó Owen, de Dakota del Sur, que llevaba una chaqueta de cuero negro y un viejo casco de la Segunda Guerra Mundial—. ¡Los hemos machacado!

Quirón le dio unas palmaditas a Owen.

—Habéis estado magníficos, amigos míos, pero no os confiéis —le dijo—. Nunca hay que subestimar a Cronos. Y ahora, ¿por qué no hacéis una visita al restaurante de la Treinta y tres Oeste y desayunáis un poco? Me han dicho que la sección de Delaware ha encontrado un alijo de cerveza de raíces.

—¡Cerveza de raíces! —exclamaron, y casi se tropezaron unos con otros al salir galopando.

Quirón sonrió. Annabeth le dio un fuerte abrazo y la *Señorita O'Leary* le lamió la cara.

—Ay —refunfuñó—. Ya está bien, perrita. Sí, yo también me alegro de verte.

—Gracias, Quirón —le dije—. Nos has salvado de una buena.

Él se encogió de hombros.

—Siento haberme demorado. Los centauros viajan deprisa, ya lo sabes: podemos imprimir una curvatura especial a la distancia mientras corremos. Pero no ha sido fácil reunirlos a todos. Estos ponis no son muy organizados, que digamos.

—¿Cómo habéis atravesado las defensas mágicas que rodean la ciudad? —preguntó Annabeth.

—Han ralentizado un poco nuestro avance —reconoció Quirón—, pero creo que están diseñadas sobre todo para mantener a raya a los mortales. Cronos no quiere que un montón de insignificantes humanos interfieran en su gran victoria.

—Entonces tal vez puedan atravesar la barrera otros refuerzos —observé, esperanzado.

Quirón se atusó la barba.

—Quizá. Pero queda poco tiempo. En cuanto Cronos reagrupe a sus fuerzas, atacará de nuevo. Y sin el elemento sorpresa de nuestro lado…

Comprendí lo que quería decir. Cronos no estaba vencido, ni mucho menos. Había albergado vagamente la esperanza de que hubiese sido aplastado bajo el

peso del gigante hiperbóreo, pero en realidad sabía que no era así. Volvería a la carga. Aquella noche a más tardar.

—¿Y Tifón? —pregunté.

El rostro de Quirón se ensombreció.

—Los dioses se están agotando —murmuró—. Dioniso quedó ayer fuera de combate. Tifón aplastó su carro y el dios del vino cayó por la zona de los Apalaches. Nadie ha vuelto a verlo desde entonces. Hefesto también está noqueado. Salió despedido con tal fuerza del campo de batalla que creó un nuevo lago en Virginia Occidental. Se curará, pero no a tiempo para echar una mano. Los demás siguen luchando. Han conseguido retrasar el avance de Tifón, pero no hay manera de parar a ese monstruo. Llegará a Nueva York mañana a estas horas. Y una vez que combine sus fuerzas con las de Cronos…

—¿Qué vamos hacer? —pregunté—. No podremos resistir otro día.

—Tenemos que hacerlo —repuso Thalia—. Me encargaré de poner nuevas trampas alrededor del perímetro.

Se la veía exhausta. Tenía la chaqueta manchada de mugre y polvo de monstruo, pero todavía se mantenía en pie y se alejó con paso vacilante.

—Le echaré una mano —decidió Quirón—. Y voy a asegurarme de que mis hermanos no se pasen de la raya con la cerveza.

Iba a decirle que «pasarse de la raya» era la especialidad de los Ponis Juerguistas, pero él ya se había puesto en marcha a medio galope, dejándonos solos a Annabeth y a mí.

Ella estaba limpiando su cuchillo con esmero. La había visto cientos de veces haciéndolo, pero nunca me había preguntado por qué le importaba tanto conservarlo.

—Al menos tu madre está bien —dije.

—Suponiendo que luchar a la desesperada con Tifón sea estar bien. —Me miró a los ojos—. Percy, incluso con la ayuda de los centauros, empiezo a pensar…

—Ya. —Tenía el presentimiento de que aquélla podía ser nuestra última ocasión para charlar, y sentía que había millones de cosas que no le había contado—. Escucha, Hestia me mostró ciertas… visiones.

—¿De Luke, quieres decir?

A lo mejor era sólo una suposición, pero me daba la impresión de que Annabeth sabía lo que yo me había estado guardando. Quizá también ella había tenido sueños por su parte.

—Sí —dije—. De ti, Thalia y Luke. Del día en que os conocisteis. Y de cuando os encontrasteis con Hermes.

Volvió a deslizar el cuchillo en su vaina.

—Luke prometió que nunca permitiría que me hiciesen daño. Dijo que formaríamos una nueva familia y que funcionaría mejor que la suya.

Su expresión me recordó a la chica de siete años del callejón: furiosa, despavorida y desesperada por encontrar un amigo.

—He hablado antes con Thalia —dije—. Ella teme…

—Que yo no pueda hacerle frente a Luke —remató con tristeza.

Asentí.

—Pero hay otra cosa que debes saber. Ethan Nakamura parece creer que Luke sigue vivo en el interior de su cuerpo: que está forcejeando incluso con Cronos para recuperar el control.

Annabeth intentó disimular, pero ya la veía barajando posibilidades mentalmente, tal vez acariciando cierta esperanza.

—No quería contártelo —reconocí.

Ella alzó la vista hacia el Empire State.

—Percy, durante gran parte de mi vida me sentí como si todo cambiara continuamente. No tenía a nadie en quien confiar.

Asentí. Eso lo habrían entendido la mayoría de los semidioses.

—Me fugué a los siete años —prosiguió—. Luego creí haber encontrado una familia en Luke y Thalia, pero casi enseguida se vino abajo. Lo que quiero decir… es que no soporto que la gente me decepcione ni que las cosas sean sólo temporales. Es por eso, me parece, por lo que quiero ser arquitecto.

—Para construir algo permanente —dije—. Un monumento que dure mil años.

Ella me sostuvo la mirada.

—Supongo que suena como mi defecto fatídico.

Años atrás, en el Mar de los Monstruos, Annabeth me había dicho que su mayor defecto era el orgullo: creer que ella podía arreglarlo todo. Yo había vislumbrado su deseo más profundo cuando las sirenas se lo habían mostrado con su magia. Annabeth se había imaginado a su madre y su padre juntos, frente a un Manhattan reconstruido y diseñado por ella. Y Luke aparecía también: regenerado y dándole la bienvenida a casa.

—Creo que comprendo lo que sientes —le dije—. Pero Thalia tiene razón. Luke te ha traicionado ya muchas veces. Era malvado incluso antes de Cronos. No quiero que te lastime más.

Annabeth frunció los labios. Me di cuenta de que estaba esforzándose para no enfadarse.

—Comprenderás también que conserve la esperanza de que te equivoques —repuso.

Desvié la mirada. Me parecía que ya había hecho todo lo posible, pero eso no me hacía sentir mejor.

Al otro lado de la calle, la cabaña de Apolo había montado un hospital de campaña para atender a los heridos: docenas de campistas y un número no mucho menor de cazadoras. Contemplé a los médicos trabajando y pensé en

nuestras escasas posibilidades de mantener a salvo el monte Olimpo…

Y de repente, ya no estaba allí.

Me encontré en un lóbrego bar de paredes negras, lleno de rótulos de neón y adultos de juerga. Sobre la barra había un cartel que rezaba: «FELIZ CUMPLEAÑOS, BOBBY EARL». Por los altavoces sonaba música country. El local estaba abarrotado de tipos fornidos con tejanos y camisas a cuadros. Las camareras pasaban con bandejas de bebidas y se hablaban a gritos. En fin, era exactamente el tipo de antro al que mi madre no me habría dejado ir.

Me encontraba apretujado en la parte trasera del local, al lado de los baños (que no olían muy bien) y de un par de máquinas recreativas del año de Maricastaña.

—Ah, vaya, estás aquí —me dijo el hombre que jugaba con una de las máquinas—. Yo tomaré una Coca-Cola *Light*.

Era un tipo regordete con una camisa hawaiana de leopardo, *shorts* morados, zapatillas de deporte rojas y calcetines negros. Todo lo cual no le ayudaba a pasar desapercibido. Tenía la nariz roja como un tomate y un vendaje alrededor de la frente, ciñendo su ensortijado pelo negro, como si se estuviera recuperando de una conmoción cerebral.

Parpadeé con incredulidad.

—¿Señor D?

Él suspiró sin apartar la vista del juego.

—La verdad, Peter Johnson —contestó—, ¿cuánto tiempo necesitas para reconocerme a simple vista?

—Más o menos el mismo que a usted para recordar mi nombre —mascullé —. ¿Dónde estamos?

—En la fiesta de cumpleaños de Bobby Earl —dijo Dioniso—. En algún punto encantador de la América rural.

—Creía que Tifón lo había mandado a la estratosfera. Dicen que tuvo que hacer un aterrizaje forzoso.

—Tu interés me conmueve. Tuve un aterrizaje accidentado, sí. Muy doloroso. De hecho, una parte de mí sigue enterrada bajo treinta metros de escombros en una mina de carbón abandonada. Pasarán muchas horas aún antes de que reúna la energía suficiente para remendarme. Pero, entretanto, una parte de mi conciencia está aquí.

—En un bar, jugando una partida de comecocos.

—A tiempo parcial —precisó Dioniso—. Seguro que ya lo sabes. Allí donde se monta una juerga, mi presencia es invocada. Por este motivo, tengo la capacidad de existir en muchos lugares a la vez. El único problema ha sido encontrar una fiesta. No sé si te haces una idea de lo seria que se ha puesto la cosa fuera de la pequeña y tranquila burbuja de Nueva York…

«¿Pequeña y tranquila?».

—… pero créeme, los mortales del corazón del país están despavoridos. Tifón los tiene aterrorizados. Muy pocos se animan a montar una fiesta. Bobby Earl y sus amigos, benditos sean, son un poco cortos de entendederas. Todavía no han captado que se acerca el fin del mundo.

—Entonces… ¿yo no estoy aquí realmente?

—No. En un momento te enviaré de vuelta a tu insignificante vida normal, y será como si nada hubiera sucedido.

—¿Y para qué me ha traído aquí?

Dioniso resopló con desdén.

—Ah, no te quería a ti en particular. Me servía cualquier héroe de pacotilla. Como esa chica, Annie…

—Annabeth.

—La cuestión —prosiguió— es que te he invitado a esta fiesta para hacerte una advertencia. Estamos en peligro.

—Vaya —dije—. Nunca me lo habría imaginado. Gracias.

Me miró furioso y se olvidó por un instante del juego. Su comecocos fue devorado por Blinky, el fantasma rojo.

—¡*Erre es korakas*, Blinky! —maldijo en griego—. ¡Te arrancaré el alma!

—Hum… es un personaje de videojuego —apunté.

—¡Eso no es excusa! ¡Y me estás arruinando la partida, Jorgenson!

—Jackson.

—Como sea. Ahora escucha: la situación es más grave de lo que imaginas. Si cae el Olimpo, no sólo se desvanecerán los dioses, sino que todo lo que tiene que ver con nuestro legado empezará a deshacerse. Los cimientos mismos de vuestra raquítica civilización.

La máquina emitió una musiquilla y el señor D pasó al nivel 254.

—¡Ja! —gritó—. ¡Chúpate esa, demonio pixelado!

—Hum… los cimientos de la civilización —lo animé a proseguir.

—Sí, sí. Vuestra sociedad entera se disolverá. Quizá no de inmediato, pero recuerda mis palabras: el caos de los titanes significará el fin de la civilización occidental. El arte, la ley, la cata de vinos, la música, los videojuegos, las camisas de seda, los cuadros sobre terciopelo… ¡Todas aquellas cosas por las que merecía la pena vivir desaparecerán!

—¿Y por qué no vuelven los dioses corriendo para ayudarnos? —dije—. Deberíamos unir nuestras fuerzas en el Olimpo. Olvidémonos de Tifón.

Dioniso chasqueó los dedos con impaciencia.

—Te has olvidado de mi Coca *Light*.

—¡Es usted insufrible, por los dioses!

Llamé la atención de una camarera y pedí su estúpido refresco. Lo apunté en la cuenta de Bobby Earl.

El señor D bebió un buen trago sin apartar los ojos del videojuego.

—La verdad, Pierre…

—Percy…

—… los demás dioses nunca lo reconocerían, pero necesitamos a los mortales para preservar el Olimpo. Al fin y al cabo, somos manifestaciones de vuestra cultura. Si no tenéis el interés suficiente para querer salvar el Olimpo vosotros mismos…

—Como Pan —dije—, que ha dejado en manos de los sátiros la misión de salvar la Naturaleza.

—Sí, exacto. Negaré que lo haya dicho, claro, pero los dioses necesitan a los héroes. Siempre los han necesitado. De lo contrario, no os preservaríamos con tanto cuidado, pandilla de impertinentes mocosos.

—Me siento muy querido. Gracias.

—Utilizad el entrenamiento que os he dado en el campamento.

—¿Qué entrenamiento?

—Ya me entiendes. Todas esas técnicas de los héroes y… ¡No! —Le dio un porrazo a la máquina—. *Na pari i eychi!* ¡El último nivel! —Me miró con un centelleo morado en los ojos—. Según recuerdo, una vez predije que te volverías tan egoísta como todos los héroes humanos. Bueno, ahora tienes la ocasión de demostrar que me equivocaba.

—Sí, claro. Como si llevarle la contraria ocupara un lugar preferente en mis prioridades.

—¡Debes salvar el Olimpo, Pedro! Deja a Tifón para los olímpicos y salva la sede de nuestro poder. ¡Debes hacerlo!

—Fantástico. Una charla muy agradable. Y ahora, si no le importa, mis amigos se estarán preguntando…

—Hay más aún —me advirtió—. Cronos no ha alcanzado todavía la plenitud de su poder. El cuerpo del mortal era sólo un instrumento provisional.

—Ya lo suponíamos.

—¿También sabíais que, dentro de un día como máximo, Cronos abrasará ese cuerpo mortal y adoptará la verdadera forma del rey de los titanes?

—Lo cual significaría…

Dioniso insertó otra moneda.

—Ya sabes lo que pasa con la auténtica forma de los dioses.

—Sí. Que no puedes mirarlos sin quedarte abrasado.

—Cronos será diez veces más poderoso. Su sola presencia te convertirá en cenizas. Y cuando lo consiga, reforzará también el poder de los demás titanes. Son muy débiles ahora si se compara con el estado que asumirán enseguida, a menos que puedas detenerlos. El mundo se vendrá abajo, los dioses morirán y yo nunca obtendré una buena puntuación con esta estúpida máquina.

Tendría que haberme sentido aterrorizado, pero la verdad es que ya había alcanzado mi nivel máximo de pavor.

—¿Puedo irme? —dije.

—Una última cosa. Mi hijo Pólux. ¿Está vivo?

Parpadeé.

—La última vez que lo vi, sí —contesté.

—Te lo agradecería mucho si pudieras mantenerlo en ese estado. Perdí a su hermano Castor hace un año…

—Lo recuerdo. —Lo miré fijamente, tratando de asimilar la idea de que Dioniso podía ser un padre cariñoso. Me pregunté cuántos dioses olímpicos aparte de él estarían pensando en sus hijos semidioses en ese mismo momento—. Haré todo lo que pueda.

—Lo que puedas… —murmuró Dioniso—. Qué tranquilizador. Vete ya. Vas a tener que vértelas con algunas sorpresas desagradables. Y yo he de derrotar a Blinky.

—¿Sorpresas desagradables?

Agitó una mano y el bar desapareció.

* * *

Me encontré de nuevo en la Quinta Avenida. Annabeth no se había movido de su sitio. Tampoco mostró el menor indicio de que yo hubiera desaparecido o algo así.

Me sorprendió mirándola fijamente y frunció el entrecejo.

—¿Qué? —preguntó.

—Eh… no, nada.

Oteé la avenida, preguntándome qué habría querido decir el señor D con «sorpresas desagradables». ¿Podían empeorar las cosas todavía?

Me fijé en un coche azul hecho polvo, con el capó abollado de mala manera, como si hubieran pretendido hundirlo a martillazos. Sentí un hormigueo ¿De qué me sonaba aquel coche? Entonces caí en la cuenta de que era el Prius.

El Prius de Paul.

Salí disparado calle abajo.

—¡Percy! —gritó Annabeth—. ¿Adónde vas?

Paul estaba desmayado al volante. Mi madre roncaba a su lado. Me quedé de una pieza. ¿Cómo no los había visto antes? Llevaban más de un día allí, en medio del tráfico inmóvil y con la batalla librándose furiosamente alrededor, y yo ni siquiera me había fijado.

—Debieron… debieron de ver aquellas luces azules en el cielo. —Tironeé con furia de las puertas, pero tenían puesto el seguro—. Tengo que sacarlos.

—Percy —dijo Annabeth con suavidad.

—¡No puedo dejarlos aquí en medio! —Me estaba poniendo histérico. Golpeé el parabrisas—. Tengo que apartarlos. Tengo…

—Percy… espera un momento. —Annabeth llamó con gestos a Quirón, que estaba hablando con unos centauros en la esquina—. Empujaremos el coche hacia una calle lateral, ¿vale? No va a ocurrirles nada.

Me temblaban las manos. Después de todo lo que había pasado en los últimos días me sentía débil y atontado, pero al ver a mis padres allí me entraron ganas de echarme a llorar.

Quirón se acercó al galope.

—¿Qué…? Ay, cielos. Ya veo.

—Seguro que iban a buscarme —dije—. Mi madre debió de olerse que algo andaba mal.

—Es lo más probable —dijo Quirón—. Pero no les va a pasar nada, Percy. Lo mejor que podemos hacer es concentrarnos en nuestra misión.

Entonces reparé en algo que había en el asiento trasero y di un respingo. Detrás de mi madre, y sujeta con el cinturón de seguridad, estaba aquella jarra griega de casi un metro de altura. Tenía la tapa asegurada con una correa de cuero.

—No puede ser —mascullé.

Annabeth puso la mano en la ventanilla.

—¿Cómo es posible? —preguntó—. ¿No la habías dejado en el Plaza?

—A buen recaudo en la caja fuerte —asentí.

Quirón vio la jarra y abrió los ojos como platos.

—No será…

—Sí. La jarra de Pandora —asentí.

Le conté mi encuentro con Prometeo.

—Entonces la jarra es tuya —razonó Quirón, consternado—. Te seguirá a todas partes, tentándote para que la abras, sin importar dónde la hayas guardado. Y se te aparecerá cuando más débil te encuentres.

« Como ahora» , pensé, mirando a mis padres indefensos.

Me imaginé la sonrisa de Prometeo, siempre tan ansioso por ayudarnos a los pobres mortales. « Abandona toda esperanza, y yo sabré que te has rendido. Prometo que Cronos será clemente» .

Tuve un acceso de rabia. Saqué a *Contracorriente* y rasgué la ventanilla del conductor como si fuese una película plástica.

—Pongamos el coche en punto muerto —dije— y saquémoslo de en medio. Y llevemos esa estúpida jarra al Olimpo.

Quirón asintió.

—Buena idea. Pero, Percy… —Se interrumpió bruscamente. A lo lejos sonaba el tableteo de un helicóptero que parecía acercarse.

En una mañana normal de lunes en Nueva York, aquel sonido no habría tenido nada de particular. Pero tras dos días de silencio, un helicóptero mortal parecía la cosa más extraña que hubiera oído en mi vida. Unas manzanas más al este, el

ejército de monstruos empezó a soltar gritos y abucheos en cuanto el aparato se hizo visible. Era un modelo civil rojo oscuro, con un logo verde —GED— pintado en un lado. Las letras de debajo eran demasiado pequeñas para leerlas, pero yo sabía lo que ponía: « GRUPO EMPRESARIAL DARE» .

Me quedé sin habla. Miré a Annabeth y advertí que también había reconocido el logo. Estaba más roja que el helicóptero.

—¿Qué demonios hace ella aquí? —me preguntó—. ¿Y cómo ha atravesado la barrera?

—¿Quién? —dijo Quirón, perplejo—. ¿Qué mortal estaría tan loco…?

De repente, el morro del helicóptero perdió altura.

—¡El hechizo de Morfeo! —exclamó Quirón—. El idiota del piloto se ha dormido.

Miré horrorizado cómo el aparato se escoraba y caía hacia unos edificios de oficinas. Aun suponiendo que no se estrellara, seguramente los dioses del viento lo expulsarían de los cielos por acercarse tanto al Empire State.

Estaba demasiado paralizado para moverme, pero Annabeth llamó a *Guido* de un silbido y el pegaso bajó en picado como surgido de la nada.

« ¿Ha pedido un caballo espectacular?» , dijo.

—Venga, Percy —refunfuñó Annabeth—. Tenemos que salvar a tu « amiga» .

Capítulo 16

Una ladrona viene en nuestra ayuda

He aquí mi definición de la cosa menos divertida del mundo: volar en pegaso hacia un helicóptero fuera de control. Si *Guido* no hubiese sido un virtuoso de las acrobacias aéreas, habríamos acabado cortados en pedacitos de confeti.

Oí a Rachel dando gritos en el interior del helicóptero. Inexplicablemente, ella no se había quedado dormida, pero al piloto sí lo vi derrumbado sobre los mandos y sacudido por los bandazos del aparato, que descendía dando tumbos hacia el flanco de un bloque de oficinas.

—¿Alguna idea? —le pregunté a Annabeth.

—Tú ocúpate de dirigir a *Guido* y de guardar las distancias —repuso.

—¿Y tú qué vas a hacer?

Por toda respuesta, gritó « ¡Arre!» , y *Guido* se lanzó en picado.

—¡Agáchate! —alcancé a oírla decir.

Pasamos tan cerca del rotor que sentí como si la fuerza de las aspas me arrancara el pelo. Nos situamos a toda velocidad junto al helicóptero y Annabeth se aferró a la puerta.

Entonces se complicaron las cosas.

Guido se golpeó un ala con la plancha del helicóptero y cayó conmigo a plomo, dejando a Annabeth colgada del aparato. El terror me impedía pensar, pero mientras el pegaso se precipitaba al vacío llegué a ver a Rachel tirando de Annabeth para meterla en la cabina.

—¡Aguanta! —le grité a *Guido*.

« El ala —gemía—. La tengo machacada» .

—¡Puedes hacerlo! —A la desesperada, traté de recordar lo que Silena solía decirnos en las clases de equitación con pegaso—. ¡Relaja el ala! ¡Extiéndela y planea!

Caíamos verticalmente hacia el suelo, ya a menos de treinta metros. En el último momento *Guido* consiguió extender las alas. Los centauros nos miraron boquiabiertos mientras recuperábamos la horizontal y recorríamos unos metros para aterrizar finalmente dando tumbos y rodar —pegaso y semidiós juntos— por la acera.

« Ay —gimió *Guido*—. Mis patas. Mi cabeza. Mis alas» .

Quirón llegó al galope con su botiquín y empezó a curarle las heridas.

Me puse de pie penosamente. Al levantar la vista, se me subió el corazón a la boca: el helicóptero estaba a punto de estamparse contra el edificio.

Y entonces, milagrosamente, volvió a estabilizarse. Describió un círculo, se quedó suspendido en el aire y, lentamente, comenzó a descender.

Pareció tardar una eternidad, pero por fin tomó tierra en medio de la Quinta

Avenida con un golpe sordo. Atisbé a través del parabrisas y no di crédito: era Annabeth quien estaba a los mandos.

* * *

Me adelanté corriendo mientras los rotores aminoraban poco a poco. Rachel abrió la puerta lateral y arrastró fuera al piloto.

Todavía iba vestida como si estuviera de vacaciones, o sea, con pantalones cortos, una camiseta y sandalias. Tenía el pelo enmarañado y la tez verdosa a causa de aquellas acrobacias imprevistas.

Annabeth fue la última en bajar.

La miré maravillado.

—No sabía que pudieras pilotar un helicóptero.

—Ni yo —contestó—. Pero mi padre está obsesionado con la aviación. Además, Dédalo tenía algunas notas sobre máquinas voladoras. Así que he manejado los mandos por deducción.

—Me has salvado la vida —dijo Rachel.

Annabeth flexionó el hombro de la herida.

—Sí, bueno… no vayamos a convertirlo en una costumbre. ¿Se puede saber qué haces aquí, Dare? ¿No se te ocurre nada mejor que volar por una zona de guerra?

—Yo… —Rachel me echó un vistazo—. Tenía que venir. Sabía que Percy estaba en peligro.

—En eso acertabas —refunfuñó Annabeth—. Bueno, si me disculpáis, tengo algunos «amigos» heridos que cuidar. Me alegra que hayas podido pasarte por aquí, Rachel.

—Annabeth… —murmuré.

Ella se alejó airada.

Rachel se sentó en el bordillo, agarrándose la cabeza entre las manos.

—Lo siento, Percy. No pretendía… Siempre lo complico todo.

Resultaba difícil discutírselo, aunque me alegraba que estuviera bien. Busqué a Annabeth con la vista, pero ya había desaparecido entre la multitud. No podía creerme lo que acababa de hacer: salvarle la vida a Rachel, aterrizar con el helicóptero y largarse como si no tuviera mayor importancia.

—No pasa nada —le dije a Rachel, aunque sonaba falso—. Bueno, ¿cuál es el mensaje que debes entregarme?

Frunció el entrecejo.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó.

—Por un sueño.

No pareció sorprendida. Se alisó los *shorts*. Los tenía cubiertos de dibujos, cosa nada rara en ella, pero reconocí aquellos símbolos a primera vista: eran

letras griegas, imágenes de collares de cuentas del campamento, bocetos de monstruos y rostros de dioses… No comprendía cómo podía conocer Rachel todo aquello. Ella nunca había estado en el Olimpo ni en el Campamento Mestizo.

—Yo también veo cosas últimamente —musitó—. No sólo a través de la Niebla. Es algo distinto. Me he dedicado a hacer dibujos y escribir algunas líneas…

—En griego antiguo —observé—. ¿Sabes su significado?

—De eso quería hablar contigo. Confiaba… bueno, suponiendo que hubieras venido con nosotros de vacaciones, confiaba en que me ayudaras a comprender lo que me pasa.

Me miró con aire suplicante. Tenía el bronceado de la playa y se le estaba pelando la nariz. Yo no lograba superar la impresión de tenerla allí delante, en carne y hueso. Había obligado a su familia a interrumpir sus vacaciones; había aceptado ingresar en una espantosa escuela para señoritas y había venido en helicóptero al centro de una batalla monstruosa… sólo para verme a mí. A su manera, era tan valiente como Annabeth.

Pero lo que podía derivarse de todas aquellas visiones me asustaba de verdad. Quizá les sucedía lo mismo a todos los mortales capaces de ver a través de la Niebla. Pero mi madre jamás me había hablado de nada parecido. Y seguían viniéndome a la cabeza las palabras de Hestia sobre la madre de Luke: « May Castellan fue demasiado lejos. Quiso ver demasiado» .

—Ojalá lo supiera, Rachel —le dije—. Quizá deberíamos preguntárselo a Quirón…

Ella dio un respingo, como si hubiera recibido una descarga eléctrica.

—Algo está a punto de suceder, Percy. Una treta que desemboca en una muerte.

—¿Qué quieres decir? ¿La muerte de quién?

—No lo sé. —Miró alrededor con nerviosismo—. ¿No lo percibes?

—¿Ése es el mensaje que querías transmitirme?

—No. —Titubeó—. Perdona. A lo mejor no tiene sentido, pero la idea me ha venido espontáneamente. No: el mensaje que escribí en la playa era distinto. Tu nombre aparecía en él.

—Perseus —recordé—. En griego antiguo.

Rachel asintió.

—No entiendo lo que significa, pero sé que es muy importante. Decía: « Perseus, tú no eres el héroe» .

Me quedé mirándola como si me hubiera dado una bofetada.

—¿Has hecho miles de kilómetros para venir a decirme que no soy el héroe?

—Es importante —insistió—. Influirá en lo que hagas.

—¿Que no soy el héroe de la profecía, el héroe que derrotará a Cronos? ¿Qué quieres decir?

—Lo… lo siento, Percy. Es lo único que sé. Tenía que decírtelo porque…

—¡Bueno! —Quirón llegó a medio galope—. Esta debe de ser la señorita Dare.

Habría deseado espetarle que se largase, pero no podía, naturalmente. Procuré dominar mis emociones. Me sentía como si tuviera otro huracán personal girando alrededor.

—Quirón, Rachel Dare —los presenté—. Rachel, mi maestro Quirón.

—Hola —musitó ella. No parecía sorprendida por el hecho de que Quirón fuese un centauro.

—Usted no está dormida, señorita Dare —observó él—. ¿Es mortal?

—Lo soy —asintió, como si fuera una idea deprimente—. El piloto se quedó dormido cuando sobrevolamos el río. No sé por qué no me he dormido también. Yo sólo sabía que tenía llegar aquí para advertir a Percy.

—¿Advertir a Percy?

—Ha visto cosas últimamente —expliqué—. Ha escrito frases y hecho dibujos inquietantes.

Quirón enarcó las cejas.

—¿De veras? Cuénteme.

Rachel le explicó lo mismo que a mí.

Él se acarició la barba.

—Señorita Dare… tal vez debiéramos hablar.

—Quirón —lo interrumpí. Había recordado bruscamente mi visión del Campamento Mestizo en 1990 y aquel grito desgarrador de May Castellan desde el desván—. Tú… ayudarás a Rachel, ¿no? Quiero decir, le advertirás que debe andarse con cuidado con estas cosas, ¿verdad? Sin ir demasiado lejos.

Él sacudió la cola como hace cuando está inquieto.

—Sí, Percy. Haré todo lo posible para comprender lo que pasa y aconsejar a la señorita Dare, pero puede llevar su tiempo. Entretanto, debes descansar. Hemos arrastrado el coche de tus padres a un lugar seguro. El enemigo no parece con intenciones de moverse por ahora. Hay literas montadas en el Empire State. Aprovecha para dormir un poco.

—Todo el mundo me manda a dormir —rezongué—. No necesito dormir.

Quirón esbozó una sonrisa.

—¿Te has echado un vistazo?

Me miré la ropa. La tenía chamuscada, desgarrada y casi en jirones de tanto combatir a lo largo de la noche.

—Estoy hecho un desastre —reconocí—. Pero ¿crees que voy a poder dormirme después de todo esto?

—Tal vez seas invulnerable en el combate —me reprendió Quirón—, pero eso sólo hace que te agotes más deprisa. Me acuerdo muy bien de Aquiles. Cuando el tipo no combatía, estaba siempre durmiendo. Debía echarse veinte

siestas al día. Necesitas descansar, Percy. Quizá seas nuestra única esperanza.

Quise replicar que yo no era su única esperanza. Ni siquiera era el héroe, según Rachel. Pero por la mirada de Quirón comprendí que no aceptaría un no por respuesta.

—De acuerdo —refunfuñé—. Hablad tranquilos.

Me dirigí hacia el Empire State arrastrando los pies. Al echar un vistazo atrás, vi a Rachel y Quirón enfrascados en una conversación muy seria, como si estuvieran decidiendo los detalles de un funeral.

En el vestíbulo, encontré una litera vacía y me desplomé sobre ella, convencido de que no me dormiría ni a tiros. Un segundo más tarde se me cerraban los ojos.

* * *

En mis sueños, me encontré otra vez en el jardín de Hades. El señor de los muertos se paseaba de un lado para otro con las manos en los oídos, mientras Nico lo seguía gesticulando y haciendo aspavientos.

—¡Tienes que hacerlo! —insistía.

Deméter y Perséfone estaban sentadas más atrás, junto a la mesa del desayuno. Las dos diosas parecían aburridas. Deméter servía copos de cereal en cuatro cuencos enormes. Perséfone transformaba mágicamente el ramo de la mesa, tiñendo las flores del rojo al amarillo y cubriéndolas luego de lunares.

—¡No tengo que hacer nada! —clamaba Hades con ojos llameantes—. ¡Soy un dios!

—Padre —decía Nico—, si cae el Olimpo, la seguridad de tu palacio ya no te servirá de nada. Tú también te desvanecerás.

—¡Yo no soy un olímpico! —gruñía—. Mi familia me lo ha dejado bien claro.

—Sí lo eres —insistía Nico—. Tanto si te gusta como si no.

—Ya viste qué le hicieron a tu madre —decía Hades—. Zeus la mató. ¿Y pretendes que los ayude? ¡Se merecen lo que les pase!

Perséfone soltaba un suspiro. Deslizaba los dedos por la mesa distraídamente, convirtiendo la vajilla de plata en ramos de rosas.

—¿Podríamos abstenernos de hablar de esa mujer, por favor?

—¿Sabes lo que le vendría bien a ese chico? —murmuraba Deméter con aire pensativo—. Trabajar en una granja.

Perséfone ponía los ojos en blanco.

—Madre…

—Seis meses detrás de un arado. Lo mejor que hay para fortalecer el carácter.

Nico se plantaba ante su padre, obligando a Hades a mirarlo.

—Mi madre comprendía lo que es una familia —decía—. Por eso no quería separarse de nosotros. No puedes abandonar a tu familia porque te hayan hecho algo horrible. Tú también les has hecho cosas terribles a ellos.

—Pero ¡Maria murió por su culpa! —le recordaba Hades.

—¡No puedes aislarte como si no tuvieras nada que ver con los demás dioses!

—Llevo miles de años haciéndolo sin ningún problema.

—¿Y así te has sentido mejor? —seguía Nico—. ¿De qué te ha servido maldecir al Oráculo? Guardar rencor es un defecto fatídico. Bianca me lo advirtió, y era cierto.

—¡Será cierto para los semidioses! ¡Yo soy inmortal y todopoderoso! No ayudaría a los demás dioses aunque me suplicaran; aunque el mismísimo Percy Jackson me lo pidiera de rodillas…

—¡Eres un paria y un marginado como yo! —gritaba Nico—. Deja ya de lado tu cólera y haz algo útil por una vez. ¡Sólo así te respetarán!

La palma de la mano de Hades se llenaba de fuego negro.

—Adelante —decía Nico—. Fulmíname. Es lo que los demás dioses esperarían de ti. Demuestra que no se equivocan.

—Sí, por favor —protestaba Deméter—. Ciérrale la boca de una vez.

Perséfone suspiraba.

—Ay, no sé. Creo que preferiría combatir en la guerra antes que comerme otro cuenco de cereales. Qué aburrimiento.

Hades rugía de ira. Su bola de fuego se estrellaba contra el árbol de plata que Nico tenía a su derecha, convirtiéndolo en un charco de metal líquido.

El sueño cambió repentinamente.

Ahora estaba frente a las Naciones Unidas, a un par de kilómetros al nordeste del Empire State. El ejército del titán había levantado su campamento en torno al complejo de la ONU. De los mástiles de las banderas colgaban como trofeos los cascos y armaduras de los campistas caídos. A lo largo de la Quinta Avenida se veían gigantes afilando sus hachas y telekhines reparando escudos en fraguas improvisadas.

Cronos en persona se paseaba en lo alto de la plaza, balanceando la guadaña de tal modo que las *dracaenae* de su guardia debían mantenerse a distancia. Ethan Nakamura y Prometeo permanecían algo más cerca, pero fuera del alcance de la hoja maligna. Ethan tamborileaba con los dedos sobre las correas de su escudo; Prometeo, con su eterno esmoquin, parecía tan tranquilo y sereno como de costumbre.

—Odio este lugar —gruñía Cronos—. «Naciones Unidas». Como si la humanidad fuera a unirse jamás. Recordadme que derribe este edificio cuando hayamos destruido el Olimpo.

—Sí, señor. —Prometeo sonreía como si encontrara muy divertida la cólera de su amo—. ¿Derribaremos también las cuadras de Central Park? Sé lo mucho

que os irritan los caballos.

—¡No te mofes de mí, Prometeo! Esos malditos centauros se arrepentirán de haberse metido en medio. Se los echaré de comer a los perros del infierno. Empezando por ese hijo mío, el alfeñique de Quirón.

Prometeo se encogía de hombros.

—Ese alfeñique destruyó con sus flechas una legión entera de telekhines —comentaba.

Cronos descargaba su guadaña y cortaba un mástil por la mitad. Los colores nacionales de Brasil caían sobre el ejército y una *dracaena* recibía un porrazo mortal.

—¡Los aplastaremos! —rugía Cronos—. Ha llegado la hora de soltar al *drakon*. Nakamura, encárgate tú.

—S… sí, señor. ¿A la puesta de sol?

—No. De inmediato. Los defensores del Olimpo están malheridos. No esperan un ataque repentino. Además, sabemos que no pueden derrotar a ese *drakon*.

Ethan parecía desconcertado.

—¿Mi señor?

—No hagas preguntas, Nakamura. Cumple mis órdenes. Quiero ver el Olimpo en ruinas cuando Tifón llegue a Nueva York. ¡Destrozaremos a los dioses por completo!

—Pero mi señor… —insistía Ethan—, vuestra regeneración…

Cronos lo apuntaba con un dedo y el semidiós se quedaba congelado.

—¿Te parece que necesito regenerarme? —siseaba el señor de los titanes.

Ethan no contestaba (cosa más bien difícil cuando estás inmovilizado en el tiempo).

Cronos chasqueaba los dedos y Ethan se desmoronaba.

—Muy pronto —gruñía el titán— esta forma ya no será necesaria. No pienso descansar ahora que tengo la victoria tan cerca. ¡Muévete!

Ethan se alejaba renqueante.

—Es peligroso, mi señor —le advertía Prometeo—. No seáis impaciente.

—¿Impaciente? ¿Después de tres mil años pudriéndome en los abismos del Tártaro me llamas impaciente? Voy a cortar en mil pedazos a Percy Jackson.

—Habéis combatido con él en tres ocasiones —señalaba Prometeo—. Y sin embargo, siempre habéis afirmado que combatir con un simple mortal no es digno de un titán. Me pregunto si vuestro anfitrión mortal no ejercerá en vos cierta influencia, debilitando vuestro juicio.

Cronos volvía sus ojos dorados hacia el otro titán.

—¿Te atreves a acusarme de debilidad?

—No, mi señor. Sólo pretendía decir…

—¿Acaso sufres un conflicto de lealtades? A lo mejor echas de menos a tus

antiguos amigos, los dioses. ¿Te gustaría unirte a ellos?

Prometeo palidecía.

—Me he expresado mal, mi señor. Vuestras órdenes se cumplirán de inmediato. —Y volviéndose hacia los ejércitos, gritaba—: ¡Listos para la batalla!

Las tropas se ponían en marcha.

Desde detrás del complejo de la ONU, un rugido salvaje sacudía la ciudad: así es como suena el despertar de un *drakon*.

El estruendo fue tan horrible que me despertó, y entonces caí en la cuenta de que también se oía a un par de kilómetros.

Grover apareció a mi lado, hecho un manojo de nervios.

—¿Qué ha sido eso?

—Ya vienen. Y estamos en un buen aprieto.

* * *

La cabaña de Hefesto se había quedado sin fuego griego. La de Apolo y las cazadoras andaban por ahí mendigando flechas. La mayoría habíamos ingerido tanto néctar y ambrosía que no nos atrevíamos a tomar más.

Sólo quedábamos en condiciones de combatir dieciséis campistas, quince cazadoras y media docena de sátiros. Los demás se habían refugiado en el Olimpo. Los Ponis Juerguistas intentaban mantenerse en formación, pero no paraban de dar tumbos y soltar risitas, y todos apestaban a cerveza de raíces. Los de Texas les daban cabezazos a los de Colorado. Y la sección de Missouri se había enzarzado en una discusión con la de Illinois. Había bastantes posibilidades de que acabaran peleándose entre ellos, en lugar de hacer frente al enemigo.

Quirón se me acercó al trote con Rachel sobre su lomo. Sentí una punzada de irritación porque Quirón raramente llevaba a nadie montado, y desde luego nunca a un mortal.

—Tu amiga tiene intuiciones muy útiles, Percy —me dijo.

Rachel se sonrojó.

—Sólo son cosas que he visto en mi cabeza.

—Un *drakon* —dijo Quirón—. Un *drakon* lidio, para ser exactos. El tipo más antiguo y peligroso.

Me quedé mirándola.

—¿Cómo lo has sabido?

—Ni idea. Pero ese *drakon* tiene un destino especial. Morirá a manos de un hijo de Ares.

Annabeth se cruzó de brazos.

—¿Cómo es posible que sepas algo así? —preguntó.

—Lo he visto, simplemente. No sé cómo explicarlo.

—Bueno, esperemos que te equivoques —dije—. Porque andamos un poco

escasos de hijos de Ares… —Entonces se me ocurrió una idea espantosa y solté un juramento en griego antiguo.

—¿Qué pasa? —preguntó Annabeth.

—El espía. Cronos ha dicho: « Sabemos que no pueden derrotar a ese *drakon*» . El espía los ha mantenido informados. Cronos se ha enterado de que la cabaña de Ares no está aquí. Ha escogido adrede un monstruo que no podemos matar.

Thalia frunció el entrecejo.

—Como agarre a tu espía, te aseguro que se va a arrepentir. A lo mejor podríamos enviar otro mensaje al campamento…

—Ya lo he hecho —dijo Quirón—. *Blackjack* está en camino. Pero si Silena no ha logrado convencer a Clarisse, dudo mucho que *Blackjack*…

Un rugido sacudió el suelo. Sonaba muy, muy cerca.

—Rachel —dije—, entra en el edificio.

—Quiero quedarme.

Una sombra tapó el sol. Al otro lado de la calle, el *drakon* se deslizó por la fachada de un rascacielos. Soltó un rugido y un millar de ventanas se hicieron añicos.

—Pensándolo mejor —dijo Rachel con una vocecita estrangulada—, esperaré dentro.

* * *

Os lo explicaré: una cosa es un dragón y otra un *drakon*.

Los *drakon* son varios milenios más antiguos que los dragones y mucho más grandes. Tienen el aspecto de una serpiente gigante. La mayoría carecen de alas y no arrojan fuego por la boca (algunos sí). Todos son venenosos. Poseen una fuerza inmensa y sus escamas son más duras que el titanio. Sus ojos pueden dejarte paralizado; no con una parálisis estilo Medusa, del tipo te-convertiré-en-una-estatua-de-piedra, sino con una parálisis en plan ay-dioses-esa-serpiente-espantosa-va-a-devorarme, que es prácticamente igual de nefasta.

En el campamento habíamos recibido clases para luchar con un *drakon*, pero la verdad es que no hay manera de prepararse frente a una serpiente de sesenta metros de longitud y del grosor de un autobús escolar, que se desliza por la fachada de un edificio, con sus ojos amarillos reluciendo como dos reflectores y una boca repleta de colmillos afiladísimos capaces de mascar un elefante. Casi añoré a la cerda voladora.

Entretanto, el ejército enemigo avanzaba por la Quinta Avenida. Nos habíamos esforzado en sacar los coches de en medio para no herir a los mortales, pero eso no había hecho más que facilitar el avance del enemigo. Los Ponis

Juerguistas sacudían la cola, nerviosos. Quirón galopaba de un extremo a otro de sus filas, arengándolos con gritos de ánimo para que se mantuvieran firmes y sólo pensaran en la victoria y la cerveza de raíces, pero a mí me daba la impresión de que saldrían despavoridos en cualquier momento.

—Yo me encargo del *drakon*. —Me salió una especie de gallo al decirlo. Volví a gritar con más fuerza—: ¡Yo me encargo del *drakon*! ¡Los demás haced frente al ejército!

Annabeth se quedó a mi lado. Se había puesto su casco con forma de lechuza, pero vi que tenía los ojos enrojecidos.

—¿Vas a ayudarme? —pregunté.

—Es lo que hago siempre —dijo con tono desolado—. Ayudar a mis amigos.

Me sentí como un idiota integral. Me habría gustado llevarla aparte y explicarle que yo no esperaba que Rachel apareciese allí, que no había sido idea mía. Pero no quedaba tiempo.

—Vuélvete invisible —le dije— y busca puntos débiles en su armadura mientras lo entretengo. Pero ten mucho cuidado.

Di un silbido:

—*Señorita O'Leary*, aquí.

—¡Guau! —Mi perra saltó una fila de centauros y me dio un beso que olía sospechosamente a pizza de salchichón.

Saqué la espada y nos lanzamos contra el monstruo.

* * *

El *drakon* se encontraba tres pisos por encima de nosotros, reptando lentamente por el rascacielos mientras calibraba nuestras fuerzas. Allí donde miraba, dejaba a los centauros paralizados de terror.

Desde el norte, el ejército del titán arremetió contra los Ponis Juerguistas y rompió nuestras líneas. El *drakon* lanzó un ataque fulgurante y, antes de que pudiera acercarme siquiera, se tragó de golpe a tres centauros californianos.

La *Señorita O'Leary* dio un gran salto por el aire, convertida en una sombra mortífera dotada de colmillos y garras. Normalmente, un perro del infierno abalanzándose sobre una presa ofrece una estampa terrorífica; pero, al lado del *drakon*, la *Señorita O'Leary* parecía el peluche de un bebé.

Sus garras rechinaron sobre las escamas del monstruo sin causarle ningún daño. Y aunque le hincó los colmillos en la garganta, ni siquiera le hizo mella. Su peso, no obstante, bastó para arrancar al *drakon* de la fachada del rascacielos. Agitándose torpemente, cayó sobre la acera con estruendo y se enzarzó en una violenta lucha con la perra del infierno. Ambos se retorcían y revolcaban enloquecidos. El *drakon* intentaba morder a la *Señorita O'Leary*, pero ella estaba

demasiado cerca de sus fauces. El veneno del reptil se derramaba por todas partes, fundiendo centauros a mansalva y también a más de un monstruo enemigo, pero la perra se movía en zigzag por su cabeza, arañándola y dándole bocados.

—¡¡Yahaaaa!! —Hundí mi espada hasta la empuñadura en el ojo izquierdo del monstruo y su resplandor se extinguió en el acto.

El *drakon* silbó rabioso y retrocedió para lanzarse sobre mí, pero me anticipé y rodé hacia un lado. Su brutal dentellada arrancó un pedazo de pavimento del tamaño de una piscina. Luego se revolvió velozmente y me enfocó con su ojo sano. Desvié la mirada hacia sus colmillos para no quedarme paralizado. La *Señorita O'Leary* hizo un esfuerzo para distraer a la bestia. Saltó de nuevo sobre su cogote y se puso a arañarlo mientras gruñía con ferocidad. Parecía una peluca de pesadilla completamente furiosa.

El resto de la batalla no iba bien. Los centauros se habían dejado ganar por el pánico ante la embestida de los gigantes y demonios. De vez en cuando se distinguía alguna camiseta anaranjada del campamento, pero enseguida desaparecía entre la multitud. Silbaban las flechas y en ambos bandos estallaban bolas de fuego, pero la lucha se iba desplazando hacia la entrada del Empire State. Estábamos cediendo terreno.

De repente, Annabeth se materializó en el lomo del *drakon*. Se le había caído la gorra de invisibilidad justo cuando le hincaba su cuchillo de bronce en una rendija entre sus escamas.

El monstruo rugió, se enroscó sobre sí mismo con increíble agilidad y consiguió derribar a Annabeth.

La agarré en cuanto tocó el suelo y la saqué de en medio a rastras, mientras la serpiente aplastaba la farola junto a la que había caído unos segundos antes.

—Gracias —dijo.

—¡Te he dicho que tuvieses cuidado!

—Ya, bueno… ¡Agáchate!

Ahora le tocó a ella salvarme. Me hizo un placaje justo cuando el *drakon* me lanzaba una dentellada que me pasó rozando por los pelos. La *Señorita O'Leary* le aporreó la cabezota con todo su peso para distraerlo y nosotros rodamos para quitarnos de en medio.

Nuestros compañeros se habían replegado frente a las puertas del Empire State. El ejército enemigo los tenía rodeados y estrechaba el cerco.

No teníamos salida. No iban a acudir más refuerzos. Annabeth y yo tendríamos que emprender la retirada antes de quedarnos aislados del resto de nuestras fuerzas y del monte Olimpo.

Entonces oí un sordo retumbo hacia el sur. No era un ruido demasiado habitual en Nueva York, pero lo reconocí en el acto: ruedas de carros.

—¡Ares! —gritó una voz femenina, y una docena de carros de guerra

vinieron a sumarse a la batalla.

Iban tirados por parejas de caballos-esqueleto con crines de fuego, y en cada uno ondeaba un estandarte rojo con el símbolo de la cabeza de jabalí. Treinta guerreros de refresco con armaduras relucientes y ojos encendidos de odio pusieron sus lanzas en ristre todos a una, formando un muro erizado y mortífero.

—¡Los hijos de Ares! —dijo Annabeth, alucinada—. ¿Cómo lo sabía Rachel?

No tenía ni idea, pero en cabeza venía una chica con una armadura roja reconocible y un casco en forma de cabeza de jabalí. Sostenía en alto una lanza que crepitaba, cargada de electricidad. Clarisse había venido en nuestra ayuda. Mientras la mitad de sus carros embestía al ejército de monstruos, ella se dirigió directamente hacia el *drakon* con los otros seis.

La serpiente retrocedió y logró quitarse de encima a la *Señorita O'Leary* con un gesto brusco. Mi pobre mascota se estrelló contra un muro y soltó un gañido de dolor. Corrí en su ayuda, aunque la bestia ya se había concentrado en la nueva amenaza. Incluso con un solo ojo, su mirada furibunda bastó para dejar paralizados a dos conductores, cuyos carros viraron y acabaron chocando con los coches aparcados junto al bordillo. Los otros cuatro siguieron adelante. El monstruo abrió las fauces para lanzar una dentellada y se tragó una lluvia de jabalinas de bronce celestial.

—¡Ssssh! —silbó, lo cual en lengua *drakon* probablemente significa: ¡Aggggg!

—¡Ares, a mí! —gritó Clarisse.

Su voz sonaba algo más chillona de lo normal, pero no era de extrañar teniendo en cuenta con quién se medía.

En la acera de enfrente, la llegada de seis carros alentó a los Ponis Juerguistas, que se reagruparon a las puertas del Empire State y consiguieron sembrar la confusión entre el enemigo, al menos momentáneamente.

Los carros de Clarisse, entretanto, se habían dispuesto en círculo alrededor del *drakon*. Ahora le llovían lanzas desde todos lados, aunque se partían contra sus duras escamas. Los caballos-esqueleto echaban fuego y relinchaban. Otros dos carros acabaron volcando, pero los guerreros saltaron como si nada, desenvainaron sus espadas y pusieron manos a la obra. Daban tajos buscando las junturas de las escamas y esquivaban ágilmente los chorros de veneno como si llevasen toda la vida entrenándose para ello (y así era, en efecto).

Nadie podría decir que los campistas de Ares no eran valientes. Clarisse se había plantado ante el monstruo y le clavaba la lanza en la cara, tratando de sacarle el otro ojo. Pero las cosas empezaron a ponerse feas. El *drakon* se zampón un campista de Ares de un bocado, apartó a otro de un golpe y roció de veneno a un tercero, que salió despavorido mientras su armadura se fundía.

—Tenemos que ayudarlos —dijo Annabeth.

Tenía razón. Me había quedado allí de pie, paralizado por la sorpresa. La

Señorita O'Leary intentó incorporarse, pero soltó otro gañido. Le sangraba una pezuña.

—¡Quédate aquí, chica! —le dije—. Bastante has hecho ya.

Annabeth y yo saltamos sobre el lomo del monstruo y corrimos hacia su cabeza, tratando de distraerlo.

Los campistas de Ares seguían arrojando jabalinas y habían conseguido alojarle algunas entre los colmillos.

El *drakon* apretaba las mandíbulas para quebrarlas y su boca había acabado convertida en un amasijo de sangre verdosa, espumarajos venenosos y lanzas medio astilladas.

—¡Vosotros podéis! —gritó Clarisse—. ¡Un hijo de Ares está destinado a matarlo!

A través de su casco sólo le veía los ojos, pero me di cuenta de que algo no encajaba: sus ojos azules brillaban de miedo. Pero Clarisse nunca se asustaba. Y ella no los tenía azules.

—¡Ares! —gritó de nuevo con aquella voz estridente. Puso la lanza en ristre y cargó contra la bestia.

—¡No! —mascullé—. ¡Espera!

El monstruo la miró desde lo alto, casi con expresión de desdén, y le escupió veneno directamente en la cara.

Ella se vino abajo con un grito.

—¡Clarisse! —Annabeth bajó de un salto y corrió en su ayuda, mientras los demás campistas de Ares trataban de defender a su líder caída.

Clavé a *Contracorriente* entre dos escamas y conseguí distraer al *drakon* un instante. La bestia se desembarazó de mí con un latigazo, pero caí de pie.

—¡Vamos, estúpido gusano! ¡Mírame!

Durante los minutos siguientes, no vi otra cosa que hileras de colmillos. Retrocedí y esquivé el veneno, pero no conseguí herir al monstruo.

De repente, un carro volador aterrizó en la Quinta Avenida. Enseguida, alguien se acercó corriendo. Una chica gritó angustiada:

—¡No! Maldita sea, ¿por qué?

Me atreví a echar un vistazo, pero lo que vi no tenía sentido. Clarisse continuaba tirada donde había caído, con la armadura humeante de veneno. Annabeth y los campistas de Ares intentaban desabrocharle el casco. Y arrodillada junto a ella, con la cara arrasada en lágrimas, había una chica con el uniforme del campamento… Clarisse.

La cabeza me daba vueltas. ¿Cómo no me había dado cuenta antes? La chica con la armadura de Clarisse era mucho más delgada, y no tan alta. Pero ¿por qué se había hecho pasar por ella?

Me quedé tan pasmado que poco faltó para que el *drakon* me partiera en dos de un bocado. Hice un quiebro en el último segundo y la bestia empotró su

cabeza en un muro.

—¿Por qué? —repetía la verdadera Clarisse, sujetando a la otra chica en sus brazos, mientras los demás forcejeaban para sacarle el casco, corroído por el veneno.

Chris Rodríguez llegó corriendo también del carro volador. Él y Clarisse debían de haber salido del campamento con aquel trasto en pos de los campistas de Ares, que habían seguido a la otra chica engañados, tomándola por Clarisse. Pero aun así aquello no tenía sentido.

El *drakon* sacó la cabeza a tirones del muro de ladrillo y siseó enloquecido.

—¡Cuidado! —gritó Chris.

En lugar de volverse hacia mí, la serpiente giró en redondo siguiendo la voz de Chris y mostró sus horribles colmillos al grupo de semidioses.

La auténtica Clarisse alzó la vista con una expresión de odio mortal. Yo sólo había visto una vez una mirada tan intensa como aquélla. Su padre, Ares, me había dirigido la misma mirada mortífera cuando me había enfrentado con él en singular combate.

—¿Quieres morir? —bramó Clarisse—. ¡Bien, adelante!

Tomó su lanza de las manos de la chica caída y, sin armadura ni escudo, se abalanzó sobre el *drakon*.

Intenté acercarme para echarle una mano, pero Clarisse fue más rápida. Se echó a un lado para evitar la acometida de la bestia, que pulverizó el suelo que acababa de pisar, y se encaramó de un brinco en su cabeza. Y mientras ésta se alzaba de nuevo, le clavó la lanza eléctrica en el ojo sano con tal fuerza que el mango se partió en pedazos, liberando de golpe todo el poder mágico del arma.

Un arco de electricidad se propagó por la cabeza de la criatura, convulsionando todo su cuerpo. Clarisse había saltado ya y rodaba a salvo por la acera, mientras al *drakon* le salía una columna de humo por la boca. Su carne se fue disolviendo por dentro, y en un abrir y cerrar de ojos sólo quedó de la bestia un túnel hueco de escamas blindadas.

Todos miramos maravillados a Clarisse. Nunca había visto a nadie abatir a un monstruo tan descomunal, pero ella no pareció darle importancia. Corrió otra vez junto a la chica malherida que le había robado su armadura.

Annabeth había logrado por fin quitarle el casco. Nos agolpamos todos alrededor: los campistas de Ares, Chris, Clarisse, Annabeth y yo. La batalla continuaba con furia a lo largo de la Quinta Avenida, pero por un momento fue como si todo dejara de existir, salvo aquel reducido grupo y la chica tendida.

Sus rasgos, antes hermosos, habían quedado abrasados por el veneno. Todo el néctar y la ambrosía del mundo no lograría salvarla.

Las palabras de Rachel volvieron a resonar en mis oídos: «Algo está a punto de suceder. Una treta que desemboca en una muerte».

Ahora comprendí a qué se refería, y supe quién había arrastrado a la batalla

a la cabaña de Ares.

Bajé la mirada hacia el rostro moribundo de Silena Beauregard.

Capítulo 17

Ocupo un asiento de alto voltaje

—¿Qué pretendías, insensata? —Clarisse acunaba la cabeza de Silena en su regazo.

Ella intentó tragar, pero tenía los labios resecos y resquebrajados.

—No me… habrías… escuchado. La cabaña sólo te… seguiría a ti.

—Así que me robaste la armadura —comprendió Clarisse, aún incrédula—. Esperaste a que Chris y yo saliéramos a patrullar, te apropiaste de la armadura y te hiciste pasar por mí. —Miró furiosa a sus hermanos—. ¿Y ninguno se dio cuenta?

Los campistas de Ares experimentaron un repentino interés por sus propias botas.

—No los culpes —dijo Silena—. Ellos querían… creer que eras tú.

—Estúpida hija de Afrodita —gimió Clarisse—. ¿Y por qué te has enfrentado al *drakon*?

—Todo ha sido por mi culpa —admitió Silena, mientras una lágrima resbalaba por su rostro—. El *drakon*, la muerte de Charlie… el campamento amenazado…

—¡Basta! —exclamó Clarisse—. ¡No es cierto!

Silena abrió la mano. En la palma tenía un brazalete de plata con un amuleto en forma de guadaña: la marca de Cronos.

Sentí un puño de hierro en el corazón.

—Tú eras la espía —dije.

Silena intentó asentir.

—Antes… antes de que me gustara Charlie, Luke me caía en gracia. Era… encantador. Apuesto. Más tarde quise dejar de ayudarlo, pero él me amenazó con contarlo todo. Me aseguró… que así salvaba vidas; que menos personas sufrirían daño. Me dijo que no le haría daño… a Charlie. Me mintió.

Miré a Annabeth a los ojos. Estaba blanca como la cal. Daba la impresión de que le hubieran arrancado el suelo de los pies.

A nuestra espalda, la batalla proseguía.

Clarisse miró ceñuda a sus compañeros de cabaña.

—Rápido, ayudad a los centauros. Defended las puertas. ¡Deprisa!

Echaron a correr para sumarse a la lucha.

Silena inspiró honda y dolorosamente.

—Perdonadme.

—No vas a morir —insistió Clarisse.

—Charlie… —Los ojos de Silena miraban muy lejos, a millones de kilómetros—. Veo a Charlie…

Ya no volvió a hablar.

Clarisse la sostuvo, sollozando. Chris le puso la mano en el hombro.

Finalmente, Annabeth le cerró los ojos a Silena.

—Tenemos que luchar —dijo con voz quebrada—. Ha dado su vida para ayudarnos. Debemos hacerlo en su honor.

Clarisse se sorbió la nariz y se secó las lágrimas.

—Era una gran heroína, ¿entendido? Una heroína.

Asentí.

—Vamos, Clarisse —le dije.

Tomó una espada de uno de sus hermanos caídos.

—Cronos lo va a pagar caro.

* * *

Me gustaría poder decir que expulsé al enemigo de los alrededores del Empire State. Pero la verdad es que Clarisse hizo todo el trabajo. Incluso sin su armadura y su lanza, aquella chica era un verdadero demonio. Lanzó su carro directo hacia el ejército del titán y aplastó todo lo que fue encontrando a su paso.

Su energía era tan contagiosa que hasta los centauros despavoridos empezaron a reagruparse. Las cazadoras quitaban flechas a los caídos y lanzaban una salva tras otra al enemigo. La cabaña de Ares repartía golpes y estocadas a mansalva, lo cual no dejaba de ser su ocupación favorita. Los monstruos optaron por retirarse hacia la Treinta y cinco Este.

Clarisse regresó junto a la carcasa del *drakon* y la enganchó al carro pasando un garfio por sus cuencas vacías. Luego fustigó a los caballos y salió disparada, arrastrando al *drakon* detrás como si fuera un dragón del Año Nuevo chino. Así cargó contra los enemigos en fuga, insultándolos y retándolos a enfrentarse a ella. Mientras proseguía su avance, advertí que resplandecía literalmente, rodeada de un aura de fuego rojo.

—La bendición de Ares —dijo Thalia—. Nunca la había visto.

En aquel momento, Clarisse era tan invencible como yo. Le arrojaban lanzas y flechas, pero ninguna la alcanzaba.

—¡Soy Clarisse, la asesina del *drakon*! —gritaba enardecida—. ¡Os mataré a todos! ¿Dónde está Cronos? ¡Sacadlo de su escondrijo! ¿Acaso es un cobarde?

—¡Clarisse! —aullé—. Para ya. ¡Vuelve!

—¿Qué te pasa, señor de los titanes? —decía—. ¡Da la cara!

Los enemigos no respondían. Empezaron a retroceder poco a poco tras una barrera de escudos de las *dracaenae*, mientras ella describía círculos con su carro por la Quinta Avenida, desafiándolos a interponerse en su camino. El chasis de sesenta metros del *drakon* chirriaba sobre la calzada como un millar de cuchillos.

Entretanto, atendimos a los heridos y los trasladamos al vestíbulo del edificio. Mucho después de que el enemigo se hubiera perdido de vista, Clarisse continuaba recorriendo la avenida con su espantoso trofeo y exigiéndole a Cronos que saliera y le plantase cara.

—Yo la vigilo —dijo Chris—. Se acabará cansando. Ya me encargaré de que entre a descansar.

—¿Y el campamento? —le pregunté—. ¿Ha quedado alguien allí?

Chris negó con la cabeza.

—Sólo Argos y los espíritus de la naturaleza. Y el dragón Peleo, que custodia el árbol.

—No aguantarán mucho. Pero me alegro de que hayáis venido.

Chris asintió tristemente.

—Siento que haya sido tan tarde. Intenté hacerla entrar en razón. Le dije que no tenía sentido defender el campamento si vosotros moríais. Todos nuestros amigos están aquí. Lo que lamento es que haya sido necesario que Silena…

—Mis cazadoras te ayudarán a montar guardia —le dijo Thalia—. Vosotros, Annabeth y Percy, deberíais ir al Olimpo. Me da la sensación de que os necesitan allá arriba. Para organizar la última línea defensiva.

* * *

El portero había desaparecido del vestíbulo. Su libro yacía boca abajo sobre el mostrador y su silla estaba vacía. El resto del vestíbulo, sin embargo, se encontraba abarrotado de campistas, cazadoras y sátiros heridos.

Connor y Travis Stoll, de la cabaña de Hermes, se nos acercaron junto a los ascensores.

—¿Es cierto lo de Silena? —preguntó Connor.

Asentí.

—Ha tenido una muerte heroica.

Travis se removió incómodo.

—Eh, también he oído…

—Nada más —insistí—. Fin de la historia.

—Vale —masculló Travis—. Escucha, suponemos que el ejército del titán tendrá problemas para subir en ascensor. Tendrán que hacerlo por turnos. Y los gigantes no cabrán ni en broma.

—Ahí está nuestra mayor ventaja —le dije—. ¿Hay alguna manera de inutilizar el ascensor?

—Es mágico —respondió—. Normalmente, hace falta una tarjeta magnética, pero el portero se ha esfumado. Lo cual significa que nuestras defensas se desmoronan. Ahora cualquiera puede meterse en el ascensor y subir directamente.

—Tenemos que mantenerlos alejados de las puertas —dije—. Y en todo caso, estrangularemos su avance en el vestíbulo.

—Necesitamos refuerzos —repuso Travis—. Ellos no pararán de enviar fuerzas. Y al final terminarán arrollándonos.

—No tenemos refuerzos —se quejó Connor.

Miré a la *Señorita O'Leary*, que me esperaba fuera, pegada a las puertas de cristal, empañándolas con su aliento y llenándolas de babas.

—Eso tal vez no sea del todo cierto.

Salí de nuevo y le acaricié el hocico a mi mascota. Quirón le había vendado la pezuña, pero ella seguía cojeando. Tenía el pelaje salpicado de barro, hojas, porciones de pizza y sangre reseca de monstruo.

—Eh, chica —dije, procurando sonar animoso—. Ya sé que estás cansada, pero tengo que pedirte otro gran favor.

Me acerqué a su oreja y le susurré unas palabras.

* * *

Una vez que la *Señorita O'Leary* emprendió su viaje por las sombras, volví dentro a reunirme con Annabeth. Cuando nos dirigíamos a los ascensores, vimos a Grover arrodillado junto a un grueso sátiro malherido.

—¡Leneo! —exclamé.

El viejo sátiro ofrecía un aspecto deplorable. Tenía una lanza rota clavada en la barriga y sus peludas patas de cabra, retorcidas en un ángulo increíble. Se le habían amoratado los labios y, aunque trataba de enfocarnos con ojos vidriosos, creo que ya no nos veía.

—¿Grover? —murmuró.

—Estoy aquí, Leneo.

A pesar de todas las cosas horribles que el anciano había dicho de él, Grover parpadeaba para contener las lágrimas.

—¿Hemos… vencido?

—Hum, sí —mintió Grover—. Gracias a ti, Leneo. Hemos rechazado al enemigo.

—Te lo dije —masculló el sátiro—. Un líder de verdad…

Entonces sus ojos se cerraron definitivamente.

Tragando saliva, Grover le puso una mano en la frente y pronunció una antigua bendición. El cuerpo del viejo sátiro se fue disolviendo hasta que sólo quedó un arbolito minúsculo en un montoncito de tierra fresca.

—Un laurel —comentó Grover, sobrecogido—. Ah, qué buena suerte la de ese viejo sátiro.

Recogió el arbolito con sumo cuidado.

—He de plantarlo en los jardines del Olimpo.

—Nosotros vamos para allá —le dije—. Ven con nosotros.

En el ascensor sonaba música ligera. Me acordé de la primera vez que había visitado el monte Olimpo, a los doce años. Annabeth y Grover no me habían acompañado en aquella ocasión. Me alegraba que ahora estuvieran conmigo. Tenía la sensación de que aquélla podía ser nuestra última aventura juntos.

—Percy —dijo Annabeth en voz baja—, tenías razón sobre Luke.

Eran sus primeras palabras desde que había muerto Silena y las pronunció con los ojos fijos en el panel del ascensor, donde había empezado a parpadear la numeración mágica de las plantas superiores: 400,450, 500.

Grover y yo nos miramos.

—Annabeth —dije—, lo siento…

—Intentaste decírmelo. —La voz le temblaba—. Luke es malvado. No quería creerte. Pero ahora que he sabido cómo utilizó a Silena… Ahora lo sé. Espero que estés contento.

—No, eso no me pone nada contento.

Apoyó la cabeza en el tabique del ascensor, rehuyendo mi mirada.

Grover sostenía en sus manos el minúsculo laurel.

—En fin… es bueno estar otra vez juntos. Discutiendo. A punto de morir. Sintiendo un terror atroz. Mirad, ya hemos llegado.

Sonó la campanilla, se abrieron las puertas y salimos al sendero aéreo que ascendía entre las nubes.

«Deprimente» no suele ser un adjetivo muy adecuado para describir el monte Olimpo, pero así era el aspecto que presentaba ahora. No se veía fuego en los braseros ni luz en las ventanas. Las calles estaban desiertas; las puertas, atrancadas. Sólo se percibía movimiento en los parques, que habían sido habilitados como hospitales de campaña. Will Solace y otros campistas de Apolo se afanaban de un lado para otro, ocupándose de los heridos. Las náyades y las dríadas procuraban ayudar, utilizando canciones mágicas naturales para curar las quemaduras y los efectos del veneno.

Mientras Grover plantaba el laurel, Annabeth y yo nos dimos una vuelta, tratando de animar a los heridos. Vi a un sátiro con una pata rota y a un semidiós vendado de pies a cabeza; también un cuerpo cubierto con el sudario dorado de la cabaña de Apolo. No sabía de quién era y prefería no averiguarlo.

Nos esforzábamos en decir algo positivo, aunque yo sentía un peso terrible en el corazón.

—¡En un abrir y cerrar de ojos estarás recuperado y combatiendo con los titanes! —le dije a un campista.

—Se te ve cada vez mejor —le comentó Annabeth a otro.

—¡Leneo se ha convertido en un arbusto! —le explicó Grover a un sátiro quejumbroso.

Me encontré a Pólux, el hijo de Dioniso, apoyado contra un árbol. Tenía el

brazo roto, pero por lo demás estaba bien.

—Aún puedo luchar con la otra mano —me dijo, apretando los dientes.

—No —respondí—. Bastante has hecho ya. Quiero que te quedes aquí, atendiendo a los heridos.

—Pero…

—Prométeme que te mantendrás a salvo —insistí—. ¿De acuerdo? Te lo pido como un favor personal.

Frunció el entrecejo, indeciso. No es que fuéramos amigos ni nada, pero yo no iba a explicarle que se trataba de una petición de su padre. No habría hecho más que avergonzarlo. Al final me lo prometió y, mientras se reclinaba otra vez contra el tronco, me pareció ver alivio en su expresión.

Annabeth, Grover y yo seguimos adelante, hacia el palacio. Era allí adonde se dirigiría Cronos. En cuanto se las arreglase para subir en ascensor —y no me cabía duda de que lo lograría—, se apresuraría a destruir la sala del trono: el centro del poder de los dioses.

Las puertas de bronce rechinaron al abrirse. Nuestras pisadas en el suelo de mármol resonaron con fuerza. En el techo, las constelaciones destellaban fríamente. En el centro de la vasta estancia, la hoguera había quedado reducida a un débil resplandor. Hestia, con su apariencia de niña vestida con una túnica marrón, se acurrucaba temblando junto a las brasas. El taurofidio nadaba tristemente por su esfera de agua y al verme dejó escapar un mugido no demasiado entusiasta.

A la luz de la lumbre, los tronos arrojaban sombras de aspecto maligno, como de garras retorcidas.

Al pie del trono de Zeus, levantando la vista hacia las estrellas, se encontraba Rachel Elizabeth Dare con una vasija griega de cerámica en las manos.

—¿Rachel? —dije—. Hum, ¿qué haces con eso?

Ella me miró como si despertase de un sueño.

—La he encontrado. Es la jarra de Pandora, ¿no?

Sus ojos brillaban más de lo normal, y me vino un mal recuerdo de sándwiches mohosos y galletas carbonizadas.

—Deja la jarra, por favor.

—Veo a la Esperanza dentro —musitó, recorriendo con los dedos los dibujos de su superficie—. Tan frágil…

—¡Rachel!

Mi voz pareció devolverla a la realidad. Me tendió la jarra y la sujeté. Estaba fría como un témpano.

—Grover —murmuró Annabeth entre dientes—. Vamos a registrar el palacio. Quizá haya reservas de fuego griego o de trampas de Hefesto.

—Pero…

Ella le dio un codazo.

—¡Vale! —chilló—. ¡Me encantan las trampas!

Lo tomó del brazo y lo arrastró fuera de la sala del trono.

Junto al fuego, Hestia se arropaba con su túnica y se mecía sin cesar adelante y atrás.

—Ven —le dije a Rachel—. Quiero presentarte a alguien.

Nos sentamos junto a la diosa.

—Señora Hestia.

—Hola, Percy Jackson —murmuró—. Cada vez hace más frío y resulta más difícil mantener el fuego encendido.

—Lo sé. Los titanes se acercan.

Hestia se fijó en Rachel.

—Hola, querida. Por fin has venido a nuestro Hogar.

Rachel pestañeó.

—¿Me estaba esperando?

Hestia extendió las manos y las brasas cobraron un repentino resplandor. Distinguí en el fuego una serie de imágenes: mi madre, Paul y yo, cenando en la mesa de la cocina el día de Acción de Gracias; mis amigos y yo, alrededor de la hoguera del Campamento Mestizo, cantando y asando malvaviscos; Rachel y yo conduciendo por la playa el Prius de Paul.

No sabía si Rachel veía las mismas imágenes, pero toda la tensión desapareció de sus hombros. El calor del fuego parecía difundirse por todos sus miembros.

—Para reclamar tu puesto en el Hogar —le dijo Hestia— debes abandonar todas tus distracciones. Es la única manera de que sobrevivas.

Rachel asintió.

—Comprendo.

—Espera —le dije—. ¿Tú sabes de qué está hablando?

Rachel inspiró entrecortadamente.

—Percy, cuando vine aquí… creía que venía por ti. Pero no era así. Tú y yo… —Meneó la cabeza.

—¿Cómo? ¿Ahora resulta que soy una «distracción»? ¿Es porque «no soy el héroe» o algo por el estilo?

—No sé si sería capaz de explicarlo con palabras. Me sentí atraída hacia ti porque… porque me abriste la puerta a todo esto. —Abarcó con un gesto la sala del trono—. Necesitaba comprender mi verdadera visión. Pero no era porque tú y yo… Nuestros destinos no están entrelazados. Y me parece que, en el fondo, tú lo has sabido siempre.

La miré fijamente. Quizá yo no sea el tipo más avispado del mundo en asuntos de chicas, pero estaba seguro de que Rachel acababa de dejarme plantado, lo cual era más bien patético teniendo en cuenta que ni siquiera habíamos estado juntos.

—O sea que… —musité—. « Muchas gracias por traerme al Olimpo y adiós muy buenas» . ¿Es eso lo que me estás diciendo?

Rachel no apartaba la vista del fuego.

—Percy Jackson —intervino Hestia—. Rachel te ha dicho todo lo que podía decirte. Su momento se acerca, pero tu decisión se aproxima todavía con mayor rapidez. ¿Estás preparado?

Habría querido replicar que no, que no lo estaba ni remotamente.

Miré la jarra de Pandora y, por primera vez, sentí el impulso de abrirla. La Esperanza me parecía bastante inútil ahora mismo. Muchos de mis amigos habían muerto. Rachel estaba cortando conmigo. Annabeth no quería ni verme. Mis padres seguían profundamente dormidos en la calle mientras un ejército de monstruos cercaba el edificio. El Olimpo se hallaba al borde del abismo. Y yo había presenciado un montón de crueldades perpetradas por los dioses. Había visto a Zeus destruir a María di Angelo; a Hades maldecir al último Oráculo, y a Hermes darle la espalda a Luke, pese a que sabía que su hijo se volvería un malvado.

« Ríndete —me susurraba al oído la voz de Prometeo—. De lo contrario, tu casa será destruida y tu precioso campamento arderá en llamas» .

Miré a Hestia. Sus ojos rojos resplandecían con calidez. Pensé en las imágenes que había visto en su hogar: amigos, familiares… todos aquellos que me importaban.

Recordé una cosa que había dicho Chris Rodríguez: « No tenía sentido defender el campamento si vosotros moríais. Todos nuestros amigos están aquí» . Y me acordé de Nico, plantándose ante Hades, su padre: « Si cae el Olimpo —había dicho—, la seguridad de tu palacio ya no te servirá de nada» .

Oí pisadas. Annabeth y Grover volvieron a entrar en la sala del trono y se detuvieran al vernos. Yo tenía seguramente una mirada muy extraña.

—¿Percy? —Annabeth ya no parecía enfadada conmigo: sólo preocupada—. ¿Tenemos que salir otra vez?

Súbitamente, noté como si me hubieran inyectado acero por dentro. Comprendí lo que debía hacer.

Miré a Rachel.

—No cometerás ninguna estupidez, ¿verdad? —le dije—. O sea… has hablado con Quirón, ¿verdad?

Ella sonrió débilmente.

—¿Te preocupa que cometa una estupidez?

—Bueno, quiero decir… ¿te mantendrás a salvo?

—No lo sé —reconoció—. Eso más bien dependerá de si tú salvas el mundo, héroe.

Tomé la jarra de Pandora. El espíritu de la Esperanza aleteaba dentro, tratando de caldear aquel recipiente helado.

—Hestia —dije—. Te entrego esto como ofrenda.

La diosa ladeó la cabeza.

—Soy la menos importante de los dioses. ¿Por qué habrías de confiarme una cosa así?

—Eres la ultima de los olímpicos —dije—. Y la más importante.

—¿Y eso por qué, Percy Jackson?

—Porque la Esperanza sobrevive mejor con el calor del hogar. Guárdamela y nunca tendré la tentación de darme por vencido.

La diosa sonrió, tomó la jarra en sus manos y ésta cobró un ligero resplandor. El fuego ardió con más intensidad.

—Bien hecho, Percy Jackson —dijo—. Ojalá los dioses te bendigan.

—Estamos a punto de descubrirlo. —Miré a Annabeth y Grover—. Vamos, chicos.

Me dirigí hacia el trono de mi padre.

* * *

El trono de Poseidón se alzaba a la derecha del de Zeus, pero no era ni mucho menos tan majestuoso. Era un asiento de cuero negro moldeado, adosado a un pedestal giratorio, con un par de anillas de hierro para sujetar una caña de pescar (o un tridente). Básicamente, se parecía al asiento de una barca de pesca en el que te acomodarías si quisieras atrapar un tiburón o un pez espada o un monstruo marino.

En su estado natural, los dioses miden unos seis metros, de manera que sólo llegaba al borde del asiento si extendía los brazos.

—Ayudadme a subir —les dije a Annabeth y Grover.

—¿Es que te has vuelto loco? —preguntó Annabeth.

—Es probable —reconocí.

—Percy —dijo Grover—, a los dioses no les gusta que la gente se siente en su trono. En el sentido de convertirte-en-un-montón-de-cenizas, ¿entiendes?

—Necesito que me preste atención —repuse—. Es la única manera.

Ellos se miraron, inquietos.

—Bueno —dijo Annabeth—, así seguro que lo conseguirás.

Entrecruzaron los brazos formando un peldaño y me impulsaron hacia el trono. Arriba, con los pies tan por encima del suelo, me sentí como un bebé. Miré alrededor los otros tronos, vacíos y sumidos en la penumbra, y me hice una idea de lo que debía de ser sentarse en el Consejo Olímpico: tantísimo poder en tus manos, pero tantos conflictos también. Siempre con otros once dioses tratando de salirse con la suya. No debía de ser difícil volverse paranoico y cuidar sólo de tus propios intereses, sobre todo si eras Poseidón. Sentado en su trono, sentí como si tuviera el mar entero a mis órdenes: miles de kilómetros cúbicos de océano

agitándose con todo su poder y misterio. ¿Por qué habría Poseidón de escuchar a nadie? ¿Por qué no debería ser él, y nadie más que él, el más grande de los doce?

Sacudí la cabeza. « Concéntrate» .

El trono retumbó. Una oleada de cólera semejante a un vendaval resonó en mi interior.

« ¡¿Quién osa…?!» .

La voz se apagó bruscamente. El vendaval amainó, lo cual era de agradecer, porque aquellas dos únicas palabras habían estado a punto de hacerme trizas el cerebro.

« Percy. —Mi padre aún sonaba irritado, pero parecía haber recuperado la compostura—. ¿Qué estás haciendo exactamente en mi trono?» .

—Perdona, padre —dije—. Tenía que conseguir que me prestaras atención.

« Has hecho algo muy peligroso. Incluso para ti. Si no hubiera mirado antes de fulminarte, ahora no serías más que un charco de agua marina» .

—Perdona —repetí—. Escucha, las cosas se están poniendo muy feas aquí. —Le expliqué lo que pasaba y luego le conté mi plan.

Permaneció en silencio largo rato.

« Percy, lo que pides es imposible. Mi palacio…» .

—Padre, Cronos envió un ejército contra ti a propósito. Quiere separarte de los demás dioses porque sabe que podrías inclinar la balanza.

« Sea como fuere, ataca mi hogar» .

—No es cierto. Yo sí estoy en tu hogar. En el Olimpo.

El suelo tembló, Una oleada de ira barrió mi mente. Creí que había ido demasiado lejos, pero luego el temblor decreció. En mi conexión mental, me llegaba de fondo un rumor de explosiones submarinas y el fragor de la batalla: los bramidos de los cíclopes, los alaridos de los tritones.

—¿Tyson está bien? —pregunté.

La pregunta pareció sorprenderlo.

« Está bien. Se porta mejor de lo que esperaba. Aunque, la verdad, “¡Pol mejillón!” me parece un grito de guerra muy raro» .

—¿Le has dejado combatir?

« ¡No cambies de tema! ¿Te das cuenta de lo que me estás pidiendo? Mi palacio será destruido» .

—Y el Olimpo tal vez se salve.

« ¿Te haces una idea del tiempo que llevo remodelando este palacio? Sólo la sala de juegos me llevó seiscientos años» .

—Padre…

« ¡Está bien! Se hará como tú dices. Pero, hijo mío, reza para que funcione» .

—Ya estoy rezando. Hablo contigo, ¿no?

« Hum… sí. Buena observación. Anfítrite… ¡ya voy!» .

El ruido de una tremenda explosión cortó la comunicación.

Me escurrí del trono y salté al suelo.

Grover me miraba muy nervioso.

—¿Te encuentras bien? —preguntó—. Te has puesto pálido… y has empezado a humear.

—¡Anda ya!

Me eché un vistazo, por si acaso, y vi que me salían hilos de humo por las mangas y que tenía todo el vello chamuscado.

—Si hubieras pasado más rato ahí sentado —dijo Annabeth—, habrías entrado espontáneamente en combustión. Espero que la conversación haya valido la pena.

—Muuuu —mugió el taurofidio en su esfera de agua.

—Pronto lo averiguaremos —respondí.

Justo entonces se abrieron las puertas de la sala del trono y apareció Thalia. Tenía el arco partido en dos y el carcaj vacío.

—Debéis bajar cuanto antes —nos dijo—. El enemigo está avanzando. Y Cronos marcha al frente de las tropas.

Capítulo 18

Mis padres se lían la manta a la cabeza

Ya era demasiado tarde cuando llegamos a la calle.

Había campistas y cazadoras tendidos por el suelo. Clarisse debía de haber sido derrotada por un gigante hiperbóreo, porque había quedado congelada —ella y su carro— en un bloque de hielo. A los centauros no los veía por ningún lado. O habían huido despavoridos o se habían desintegrado.

El ejército del titán había cercado el edificio y se hallaba apenas a seis metros de las puertas. Iban en cabeza Ethan Nakamura, la reina *dracaena* con su armadura verde y dos hiperbóreos. No vi a Prometeo. El muy rastrero seguramente se había quedado escondido en el cuartel general. Pero era el mismísimo Cronos quien abría la marcha guadaña en mano.

Y lo único que se interponía en su camino era…

—Quirón —dijo Annabeth, con voz trémula.

Si éste llegó a oírnos, no respondió. Tenía una flecha en el arco y apuntaba a Cronos directamente a la cara.

Los ojos del titán llamearon al verme. Se me paralizaron todos los músculos instantáneamente. Cronos volvió a concentrarse en Quirón.

—Hazte a un lado, hijo.

Oír a Luke llamando «hijo» a Quirón ya resultaba bastante raro. Pero Cronos lo dijo, además, de un modo infinitamente despectivo, como si tener un «hijo» fuese lo peor de lo peor.

—Me temo que no. —Quirón respondió con un tono acerado y sereno, como siempre que se enfadaba de verdad.

Intenté moverme, pero era como si tuviera los pies de hormigón. Annabeth, Grover y Thalia forcejeaban también, por lo visto tan paralizados como yo.

—¡Quirón! —le advirtió Annabeth—. ¡Cuidado!

La reina *dracaena* había perdido la paciencia y se abalanzó sobre él. La flecha de Quirón le entró justo entre los ojos y la monstruosa criatura se volatilizó en el acto, mientras su armadura hueca se estrellaba contra el asfalto.

Quirón fue a tomar otra flecha, pero tenía el carcaj vacío. Tiró el arco y sacó su espada. Yo sabía que no le gustaba combatir con ella. Nunca había sido su arma favorita.

Cronos sofocó una risotada. Dio un paso adelante; Quirón removió inquieto sus patas, agitando la cola.

—Tú eres un maestro —dijo Cronos con desdén—. No un héroe.

—Luke era un héroe —respondió Quirón—. Uno muy bueno, hasta que tú lo corrompiste.

—¡Idiota! —La voz de Cronos sacudió toda la ciudad—. Le llenaste la cabeza

de promesas vacías. ¡Dijiste que los dioses se preocupaban por mí!

—«Mí» —advirtió Quirón—. Has dicho «mí».

Cronos parecía desconcertado. Quirón se lanzó al ataque en ese momento. Una buena maniobra: una finta seguida de un tajo a la cara. Yo mismo no lo habría hecho mejor, pero Cronos era muy rápido. Poseía todas las dotes de combate de Luke, lo cual ya era mucho. Desvió la estocada de Quirón y gritó:

—¡Atrás!

Una luz blanca y cegadora estalló entre ambos. Quirón salió despedido por los aires y se estampó contra un lado del edificio con tal violencia que la pared se derrumbó sobre él.

—¡No! —aulló Annabeth. El hechizo se había roto y corrimos a socorrer a nuestro maestro, aunque no había ni rastro de él. Thalia y yo empezamos a apartar ladrillos, mientras un coro siniestro de risas recorría las filas del ejército enemigo.

—¡Tú! —Annabeth se volvió hacia Luke—. Y pensar que… que yo había creído…

Sacó su cuchillo.

—No, Annabeth. —Traté de sujetarla del brazo, pero ella se zafó.

En cuanto se abalanzó sobre Cronos, a éste se le borró la sonrisa petulante de los labios. Quizá una parte de Luke recordaba que aquella chica le había gustado y que se había ocupado de ella cuando era sólo una niña.

Annabeth le clavó el puñal entre las correas de la armadura, justo a la altura de la clavícula. La hoja debería haberse hundido en su pecho, pero rebotó como si nada. Ella se dobló, agarrándose el brazo. Seguramente la violencia de la sacudida había bastado para dislocarle el hombro herido.

La arrastré hacia atrás justo cuando Cronos lanzaba un golpe de guadaña que la habría rebanado por la mitad.

Ella se resistió fieramente y gritó:

—¡Te odio!

No sabía con quién hablaba; si se lo decía a Luke, a Cronos o a mí. Las lágrimas trazaban surcos entre el polvo que le cubría la cara.

—Debo luchar con él —le dije.

—¡Ésta también es mi pelea, Percy!

Cronos se echó a reír.

—¡Cuánto ímpetu! —se burló—. Ya entiendo por qué quería salvarte Luke. Por desgracia, no va a ser posible.

Alzó otra vez su guadaña y me apresté a defenderme, pero, antes de que pudiera asestarme un golpe, el aullido de un perro rasgó el aire inmóvil desde un punto situado por detrás de su ejército.

—¡Auuuurrr!

Tal vez fuese demasiado esperar, pero grité:

—*¿Señorita O'Leary?*

Los enemigos se removieron inquietos. Y entonces sucedió la cosa más extraña del mundo: sus filas empezaron a abrirse y partirse en dos, como si alguien las obligara a despejar un camino a lo largo de la calle.

En unos instantes, en el centro de la Quinta Avenida se había creado un largo corredor al final del cual —más o menos a una manzana— distinguí la silueta de mi perra gigantesca y la de una figura mucho más pequeña con armadura negra.

—¿Nico? —murmuré.

—¡Guau! —La *Señorita O'Leary* corrió hacia mí dando saltos, sin hacer caso de los monstruos que gruñían a ambos lados.

Nico avanzó a grandes zancadas. El ejército enemigo retrocedía a su paso como si irradiase un aura de muerte. Lo cual era cierto, desde luego.

A través de la abertura inferior de su casco, que tenía forma de calavera, vi que sonreía.

—Recibí tu mensaje —dijo—. ¿Es muy tarde para sumarse a la fiesta?

—Hijo de Hades. —Cronos escupió en el suelo—. ¿Tanto amas a la muerte que deseas experimentarla?

—Tu muerte sería maravillosa para mí —respondió Nico.

—¡Soy inmortal, estúpido! He escapado del Tártaro. Y tú no tienes nada que hacer aquí. Ninguna posibilidad de salir vivo.

Nico sacó su espada: un metro de hierro estigio afilado y maligno, negro como una pesadilla.

—No lo creo.

La tierra retumbó. Surgieron grietas en la calle, en las aceras y fachadas de los edificios; y de ellas empezaron a asomar manos esqueléticas que parecían asir el aire ávidamente después de abrirse paso desde las profundidades hasta el mundo de los vivos. Eran miles y, a medida que emergían, los monstruos del titán se iban acobardando y retrocedían.

—¡Mantened la posición! —ordenó Cronos—. Los muertos no son rivales para nosotros, no están a nuestra altura.

El cielo se volvió oscuro y frío. Las sombras se espesaron. Sonó un estridente cuerno de guerra y, mientras los soldados muertos formaban filas, con fusiles, lanzas y espadas, un carro enorme bajó atronando por la Quinta Avenida y se detuvo al lado de Nico. Los caballos eran sombras vivientes, moldeadas de niebla y oscuridad. El carro tenía incrustaciones de oro y obsidiana, y una decoración con escenas de muertes atroces. Las riendas las llevaba el mismísimo Hades, el señor de los muertos, que iba escoltado por Deméter y Perséfone.

Hades llevaba una armadura negra y una capa color sangre. Sobre su lívida cabeza lucía el casco de la oscuridad: una corona que irradiaba terror en estado puro y cambiaba de forma ante tus propios ojos, pasando de una cabeza de dragón a un círculo de llamas negras y luego a una guirnalda de huesos humanos.

Pero no era eso lo más espeluznante. Lo peor era que aquel casco tenía la facultad de desatar tus peores pesadillas, tus temores más secretos. En aquel momento deseé meterme en un agujero y esconderme, y los miembros del ejército enemigo se sentían igual. Sólo el poder y la autoridad de Cronos impedían que rompieran filas y corrieran en desbandada.

Hades sonrió con frialdad.

—Hola, padre. Se te ve… joven.

—Hades —gruñó Cronos—. Espero que tanto tú como estas damas hayáis venido a jurarme lealtad.

—Me temo que no. —Hades suspiró—. Mi hijo, aquí presente, me ha convencido de que debería establecer prioridades en mi lista de enemigos. —Me miró con desagrado—. Por más que deteste a ciertos semidioses advenedizos, no estaría bien que cayera el Olimpo. Echaría de menos las riñas con mis hermanos. Y si hay algo en lo que todos coincidimos… es en que fuiste un padre horrible.

—Cierto —masculló Deméter—. Nunca valoró la agricultura.

—¡Madre! —exclamó Perséfone.

Hades desenvainó su espada, una hoja de doble filo estigio con dibujos grabados en plata.

—¡Y ahora lucha conmigo! —retó—. Esta vez los miembros de la casa de Hades serán aclamados como salvadores del Olimpo.

—No tengo tiempo para tonterías —dijo Cronos con desdén.

Golpeó el suelo con la guadaña y una línea se expandió en ambas direcciones, abarcando en un círculo al Empire State. Era un muro de fuerza lo que relucía a lo largo de la línea: un muro impenetrable que nos separaba a la vanguardia de Cronos, a mis amigos y a mí del grueso de los dos ejércitos.

—¿Qué demonios ha hecho? —murmuré.

—Nos ha encerrado herméticamente —dijo Thalia—. Ha encogido las barreras mágicas que rodeaban Manhattan para aislar únicamente el edificio, y a nosotros dentro.

En efecto: en el exterior de la barrera, los motores de los coches cobraron vida; los peatones despertaron y contemplaron perplejos a los monstruos y zombis que los rodeaban. A saber qué veían realmente a través de la Niebla, aunque seguro que debía de ser terrorífico. Los conductores se apeaban desconcertados de sus coches. Y al final de la manzana, vi que Paul Blofis y mi madre abrían las puertas y se bajaban del Prius.

—No —dije—. No…

Mi madre veía a través de la Niebla. Y deduje por su expresión que comprendía la gravedad de la situación. Yo confiaba en que tuviera la sensatez de poner pies en polvorosa. Pero ella me miró, le dijo algo a Paul y los dos corrieron directamente hacia nosotros.

No podía avisarla ni decir nada. Lo último que quería era que Cronos se fijase en ella.

Por suerte, Hades se encargó de distraer la atención. Arremetió contra el muro de fuerza y su carro se estrelló contra él violentamente y acabó volcando. El dios se incorporó soltando maldiciones y lanzó una explosión de energía negra, pero la barrera resistió.

—¡Al ataque! —rugió.

Los ejércitos de los muertos se abalanzaron sobre los monstruos del titán y el caos más absoluto se apoderó de la Quinta Avenida. Los mortales chillaban y corrían para ponerse a cubierto. Deméter hizo un ademán y convirtió una columna de gigantes en un campo de trigo. Perséfone transformó las lanzas de las *dracaenae* en girasoles. Nico se abría paso entre el enemigo a base de golpes y mandobles, esforzándose por proteger a los peatones. Mis padres se acercaban a todo correr, esquivando monstruos y zombis, pero yo no podía hacer nada para ayudarlos.

—Nakamura —llamó Cronos—. Acompáñame. Que los gigantes se encarguen de ellos —añadió, señalándome a mí y a mis amigos. Y se zambulló sin más en el vestíbulo.

Me quedé atónito. Había esperado un combate, pero Cronos pasó de mí totalmente, como si no valiera la pena entretenerse conmigo. Lo cual me puso furioso.

El primer gigante hiperbóreo trató de asestarme un golpe con su porra. Rodé entre sus piernas, le clavé a *Contracorriente* en la espalda y el monstruo se desmoronó en un montón de trozos de hielo. El segundo gigante exhaló un chorro de escarcha hacia Annabeth, que apenas se tenía en pie, pero Grover la sacó de en medio a rastras mientras Thalia entraba en acción. Trepó por la espalda del gigante como una gacela, le rebanó el cuello azul con sus cuchillos de caza y creó la escultura de hielo decapitada más grande del mundo.

Miré a través de la barrera mágica. Nico se iba abriendo paso hacia mi madre y Paul, pero ellos no aguardaron a recibir ayuda. Paul tomó la espada de un héroe caído y se las arregló la mar de bien para mantener entretenida a una *dracaena*. Es más: le dio una estocada en la tripa y la criatura se desintegró.

—¿Paul? —dije, alucinado.

Él se volvió y me sonrió, entusiasmado.

—Espero que fuera un monstruo lo que acabo de matar. ¡En la universidad participé en algunas obras de Shakespeare! ¡Aprendí un poco de esgrima!

Me cayó todavía mejor por aquella hazaña. Pero justo en ese momento un gigante lestrigón arremetió contra mi madre. Ella se había puesto a registrar un coche de policía abandonado (tal vez buscando el transmisor de radio) y estaba de espaldas.

—¡Mamá! —aullé.

Se volvió cuando ya tenía al monstruo prácticamente encima. Creí que era un paraguas lo que sujetaba en las manos hasta que hizo fuego a bocajarro, mandando al gigante a cinco metros, justo donde lo esperaba la espada de Nico.

—¡Buen disparo! —exclamó Paul.

—¿Cuándo has aprendido a manejar una escopeta? —le pregunté.

Mi madre se apartó el pelo de la cara.

—Hace dos segundos. Descuida, Percy, nos las arreglaremos. ¡Sigue adelante!

—Sí —asintió Nico—, nosotros nos encargamos del ejército. ¡Debes atrapar a Cronos!

—Vamos, sesos de alga —me dijo Annabeth.

Asentí. Pero entonces miré el montón de escombros del flanco del edifico y se me encogió el corazón. Me había olvidado de Quirón. ¿Cómo era posible?

—*Señorita O'Leary*, por favor —grité—. Quirón está ahí debajo. Si alguien puede sacarlo eres tú. ¡Encuéntralo!

No sé cuánto entendería, pero ella se plantó sobre los escombros en dos saltos y empezó a excavar. Annabeth, Thalia, Grover y yo corrimos hacia los ascensores.

Capítulo 19

Hacemos polvo la ciudad eterna

El puente hacia el Olimpo se estaba disolviendo. Salimos del ascensor al sendero de mármol blanco y casi en el acto empezaron a abrirse grietas a nuestros pies.

—¡Saltad! —dijo Grover, lo cual era fácil para él, siendo en parte una cabra montesa.

Dio un salto y alcanzó la siguiente losa, mientras la nuestra se ladeaba vertiginosamente.

—¡Dioses, no soporto las alturas! —chilló Thalia.

Ella y yo saltamos también. Pero Annabeth no estaba para acrobacias. Se tambaleó y soltó un alarido:

—¡Percy!

La agarré de la mano justo cuando la losa se desplomaba y se partía en mil pedazos. Por un momento creí que me arrastraría con su peso y nos precipitaríamos los dos al vacío. Los pies le colgaban en el aire y su mano se me escurrió lentamente hasta que sólo la tuve sujeta por los dedos. Grover y Thalia se aferraron entonces a mis piernas, y encontré una reserva de energía extra. Annabeth no iba a caerse.

Tiré de ella con todas mis fuerzas hasta ponerla a salvo y los dos nos desmoronamos temblorosos. No me había dado cuenta de que nos rodeábamos el uno al otro con los brazos hasta que ella se puso de repente toda tensa.

—Hum, gracias —murmuró.

Intenté decir « De nada» , pero me salió un gritito agudo.

—¡Sigamos adelante! —exclamó Grover.

Nos desenlazamos y echamos a correr por el puente del cielo, mientras otras losas se desintegraban para hundirse en el olvido. Justo cuando alcanzábamos el pie de la montaña se vino abajo el último tramo.

Annabeth se volvió a mirar el ascensor, ahora totalmente fuera de nuestro alcance: unas puertas metálicas relucientes suspendidas sin ningún apoyo en el aire, a seiscientas plantas por encima de Manhattan.

—Nos hemos quedado aislados —dijo—. Estamos solos.

—¡Beee-eee! —baló Grover—. La conexión entre el Olimpo y Norteamérica se está disolviendo. Si se rompe…

—Esta vez los dioses no se trasladarán a otro país —comentó Thalia—. Será el fin del Olimpo. El final definitivo.

Corrimos por las calles. Había mansiones en llamas y estatuas derribadas. En los parques, se veían árboles destrozados y convertidos en astillas. Parecía como si hubieran atacado la ciudad con un cortacésped gigante.

—La guadaña de Cronos —murmuré.

Seguimos el sinuoso sendero hacia el palacio de los dioses. No recordaba que fuese tan largo. Quizá Cronos estaba ralentizando el tiempo, o quizá era el miedo lo que me producía ese efecto. Toda la cima de la montaña estaba en ruinas. Habían desaparecido montones de edificios y jardines preciosos.

Unos cuantos dioses menores y algunos espíritus de la naturaleza habían intentado detener a Cronos. Lo que quedaba de ellos estaba ahora esparcido por el suelo: armaduras aplastadas, túnicas desgarradas y espadas y lanzas partidas en dos.

Desde lejos, nos llegó la voz rugiente de Cronos:

—¡Arrasadlo todo! Es lo que prometí. ¡Que no quede piedra sobre piedra!

Un templo de mármol blanco con cúpula dorada explotó de repente. La cúpula salió disparada como la tapa de una tetera y se deshizo en pedazos, rociando la ciudad de escombros.

—Era el santuario de Artemisa —masculló Thalia—. Lo pagará caro.

Cuando pasábamos por debajo de un arco de mármol con estatuas descomunales de Zeus y Hera, la montaña entera gimió y se ladeó como una barca en mitad de una tormenta.

—¡Cuidado! —gritó Grover. El arco se desmoronó bruscamente. Levanté la vista y vi cómo se nos venía encima una Hera ceñuda de veinte toneladas. Nos habría dejado bien aplanados a Annabeth y a mí, pero Thalia nos dio un empujón por detrás y nos salvamos por los pelos.

—¡Thalia! —chilló Grover.

La encontramos todavía con vida cuando se despejó la nube de polvo y la montaña dejó de estremecerse, pero tenía las piernas atrapadas bajo la estatua.

Aunque intentamos desesperadamente mover aquella mole de mármol, habría sido necesaria la fuerza de varios cíclopes. Tiramos de Thalia para tratar de sacarla, pero ella aulló de dolor.

—He sobrevivido a infinidad de batallas —rezongó— y, al final, acaba derrotándome un estúpido pedazo de piedra.

—Es Hera —masculló Annabeth, indignada—. Me la tiene jurada desde el año pasado. Su estatua me habría matado si no nos hubieras quitado de en medio.

Thalia hizo una mueca.

—Bueno, ¡no os quedéis ahí! —dijo—. No me va a pasar nada. ¡Idos!

Nos resistíamos a dejarla allí, pero oíamos las carcajadas de Cronos, que ya debía de estar cerca del palacio de los dioses, y también los estallidos de otros edificios.

—Volveremos —prometí.

—No pienso ir a ninguna parte —gruñó ella.

Una bola de fuego se elevó sobre la ladera de la montaña, junto a las puertas del palacio.

—Hay que correr —dije.

—Supongo que no querrás decir «montaña abajo» —musitó Grover, sin perder del todo la esperanza.

Salí disparado hacia el palacio, seguido de Annabeth.

—Ya me lo temía —suspiró él, y galopó a nuestra zaga.

* * *

Las puertas del palacio eran lo bastante grandes como para que pasara un crucero, pero las habían arrancado de sus goznes y destrozado como si fueran de papel. Tuvimos que trepar por una montaña de cascotes y metal retorcido para entrar.

Cronos se hallaba en medio de la sala del trono con los brazos abiertos, contemplando el techo estrellado como si quisiera absorberlo todo. Sus carcajadas reverberaban de un modo aún más atronador que desde los abismos del Tártaro.

—¡Al fin! —bramaba—. El Consejo de los Dioses, tan soberbio y poderoso… ¿Cuál de sus tronos destruiré primero?

Ethan Nakamura permanecía a un lado, procurando mantenerse fuera del alcance de la guadaña de su amo. La hoguera estaba prácticamente apagada; sólo quedaban algunas brasas entre las cenizas. A Hestia no se la veía por ningún lado. Tampoco a Rachel. Confiaba en que estuviera bien, pero había visto ya tanta destrucción que prefería no pensarlo. El taurofidio se deslizaba por su esfera de agua, en la otra punta de la estancia, sin hacer ruido. Algo muy juicioso por su parte, aunque no pasaría mucho tiempo antes de que Cronos reparase en él.

Annabeth, Grover y yo avanzamos bajo la luz de las antorchas. Ethan fue el primero en vernos.

—Mi señor —dijo en señal de advertencia.

Cronos se volvió y sonrió a través del rostro de Luke. Aparte de aquellos ojos dorados, tenía el mismo aspecto que cuatro años atrás, cuando me dio la bienvenida en la cabaña de Hermes. Annabeth emitió un gemido gutural, como si acabase de recibir un golpe a traición.

—¿Te destruiré a ti primero, Jackson? —dijo Cronos—. ¿Será ésa la decisión que debes tomar?, ¿luchar conmigo y morir o inclinarte ante mí? Las profecías nunca acaban bien, ¿sabes?

—Luke lucharía con espada —repuse—. Pero supongo que tú no posees su destreza.

Cronos sonrió con desdén. Su guadaña empezó a transformarse hasta adoptar la apariencia de la vieja espada de Luke, *Backbiter*, con su doble filo de acero y bronce celestial.

Annabeth sofocó un grito, como si hubiera tenido una ocurrencia repentina.

—¡Percy, la hoja! —Desenvainó su cuchillo—. « El alma del héroe, una hoja maldita habrá de segar» .

No comprendí por qué me recordaba aquella frase de la profecía justo en ese momento. No me servía precisamente para animarme. Pero antes de que pudiera contestar, Cronos blandió su espada.

—¡Espera! —gritó Annabeth.

Cronos se lanzó sobre mí como un torbellino.

Mi instinto tomó el mando automáticamente. Esquivé el golpe, di un mandoble y rodé por el suelo, pero me sentía como si estuviera luchando contra un centenar de enemigos. Ethan se escurrió por un lado, tratando de ganarme la espalda, pero Annabeth le cortó el paso y empezó a combatir con él. No podía desviar la mirada para ver cómo le iba. Percibí vagamente que Grover se había puesto a tocar sus flautas de junco. Su sonido me inundó de ardor y coraje: me evocaba la sensación de un prado tranquilo, de un sol reluciente y un cielo azul: todo muy alejado del fragor de la guerra.

Cronos me acorraló contra el trono de Hefesto, un enorme armatoste mecánico lleno de palancas de bronce y plata, y me asestó un tajo tremendo. Me las arreglé para subirme al asiento de un brinco y el trono zumbó y ronroneó como si se hubieran accionado sus mecanismos secretos. « Modo defensa» , advirtió una voz enlatada.

Aquello no presagiaba nada bueno. Me lancé sobre la cabeza de Cronos justo cuando el trono empezaba a disparar filamentos eléctricos en todas direcciones: uno de ellos le dio al titán en la cara y recorrió todo su cuerpo y su espada.

—¡Ah! —exclamó, cayendo de rodillas y soltando a *Backbiter*.

Annabeth aprovechó la ocasión. Quitó de en medio a Ethan de una patada y cargó contra Cronos.

—¡Luke, escucha!

Quería gritarle, decirle que estaba loca si pretendía razonar con el titán, pero no me dio tiempo. Cronos hizo un gesto con la mano y Annabeth salió volando hacia atrás para estrellarse contra el trono de su madre y desplomarse en el suelo.

—¡Annabeth! —grité.

Ethan Nakamura se levantó, interponiéndose entre Annabeth y yo. No podía luchar con él sin darle la espalda a Cronos.

Grover entonó una melodía más acelerada mientras se acercaba a Annabeth, aunque no podía correr demasiado mientras tocaba. La hierba empezó a crecer en la sala del trono. Entre las grietas de las losas de mármol surgían raíces diminutas.

Cronos intentó incorporarse. Tenía el pelo chamuscado y la cara llena de quemaduras por la descarga eléctrica. Alargó el brazo, pero esta vez la espada no voló a sus manos.

—¡Nakamura! —gruñó—. Ya es hora de poner a prueba tu valía. Tú conoces el punto débil de Jackson. Acaba con él y te llevarás una jugosa recompensa.

Ethan bajó la vista hacia mi cintura y tuve entonces la certeza de que conocía mi secreto. Aunque no pudiera matarme por sí mismo, le bastaba con decírselo a Cronos. Yo no podría defenderme eternamente.

—¡Mira alrededor, Ethan! —le dije—. El fin del mundo. ¿Ésta es la recompensa que deseas? ¿De veras quieres verlo todo destruido?, ¿lo bueno y lo malo? ¿Todo?

Grover casi había llegado junto a Annabeth. La hierba se espesaba en el suelo. Las raíces ya tendrían un palmo de largo.

—No hay ningún trono de Némesis —murmuró Ethan—. Ningún trono para mi madre.

—¡Exacto! —Cronos se puso de pie un instante, pero le fallaron las piernas. Por encima de la oreja izquierda, tenía un mechón de pelo rubio chamuscado—. ¡Acaba con ellos! ¡Merecen sufrir!

—Me dijiste que tu madre era la diosa del equilibrio —le recordé—. Los dioses menores merecen algo más, Ethan, pero la destrucción total no es una respuesta equilibrada. Cronos no construye nada. Sólo destruye.

Ethan miró el trono crepitante de Hefesto, mientras la música de Grover seguía sonando, y empezó a mecerse siguiendo el ritmo, como si aquella canción lo llenase de nostalgia: del deseo de ver un día radiante, de estar en cualquier otro sitio menos allí. Su ojo bueno parpadeó.

Entonces se lanzó a la carga… pero no contra mí.

Se acercó a Cronos, que seguía de rodillas, y descargó su espada sobre el cuello del titán. El golpe debería haberlo matado en el acto, pero la hoja se hizo añicos. Ethan cayó hacia atrás, agarrándose el estómago. Un fragmento de la hoja había rebotado en su armadura y la había atravesado.

Cronos se levantó, tambaleante, alzándose ante su siervo.

—¡Traición! —gruñó.

Grover seguía tocando y la hierba crecía en torno al cuerpo de Ethan. Éste me miró con la cara contraída de dolor.

—Merecerían algo más —jadeó—. Si al menos tuvieran… tronos.

Cronos dio un pisotón y el suelo en torno a Nakamura se resquebrajó. El hijo de Némesis cayó por una sima que atravesaba el corazón de la montaña directamente hacia el vacío.

—Hasta aquí ha llegado —dijo Cronos, recogiendo su espada—. Y ahora vamos a ocuparnos de vosotros.

* * *

Mi único pensamiento era que debía mantenerlo alejado de Annabeth.

Grover había llegado al fin a su lado y había dejado de tocar un momento para darle un poco de ambrosía.

Allí donde Cronos pisaba, las raíces se enrollaban en sus tobillos. Por desgracia, no eran lo bastante gruesas todavía, porque Grover había interrumpido su magia demasiado pronto, y sólo servían para estorbar al titán.

Combatimos entre los restos de la hoguera, levantando chispas y pisando carbones casi apagados. Cronos cortó de un tajo el apoyabrazos del trono de Ares, cosa que me parecía muy bien, pero acto seguido me arrinconó contra el de mi padre.

—¡Ah, sí! —dijo Cronos—. ¡Éste sí que dará buena leña para mi nueva hoguera!

Nuestras hojas chocaban con un estallido de chispas. Él era más fuerte, pero en ese momento sentía en mis brazos el poder del océano. Le di un empujón y le lancé otra estocada. La hoja de *Contracorriente* le golpeó tan de lleno en la coraza que abrió una hendidura en el bronce celestial.

El titán dio un pisotón en el suelo de mármol y el tiempo se ralentizó. Traté de atacar, pero me movía a la velocidad de un glaciar. Cronos retrocedió con toda tranquilidad y aprovechó para recuperar el aliento. Examinó la abertura de su coraza mientras yo me debatía para avanzar un milímetro y lo maldecía entre dientes. Él podía tomarse todos los tiempos muertos que quisiera. Podía dejarme clavado en el sitio cuando le apeteciera. Mi única esperanza consistía en que el esfuerzo para hacerlo lo fuese consumiendo. Si lograra agotarlo del todo…

—¡Demasiado tarde, Percy Jackson! —dijo—. ¡Mira!

Señaló los restos de la hoguera y los carbones brillaron otra vez incandescentes. Se alzó una cortina de humo blanco y en su espesor aparecieron imágenes como en un mensaje Iris. Vi a Nico y a mis padres, en la Quinta Avenida, rodeados de enemigos y luchando a la desesperada. Más atrás, Hades combatía montado en su carro negro y hacía surgir una oleada tras otra de zombis de debajo de la tierra. Pero las fuerzas del titán parecían igualmente inagotables. Manhattan, entretanto, era pasto de la destrucción. Los mortales, ya del todo despiertos, corrían despavoridos; los coches viraban enloquecidos y se estrellaban por todas partes.

La escena cambió. Entonces vi algo aún más terrorífico.

Un inmenso frente tormentoso se aproximaba al río Hudson, desplazándose rápidamente por la costa de Jersey. Venía rodeado por un círculo de carros, enzarzados en estrecho combate con la criatura oculta en el espesor de las nubes.

Los dioses atacaban sin pausa y el cielo se iluminaba con el fulgor de los relámpagos. Las flechas de oro y plata surcaban las nubes como balas trazadoras y explotaban violentamente. Poco a poco, las nubes se fueron desgarrando y entreabriendo. Entonces, por primera vez, vi a Tifón con claridad.

Comprendí sin más que mientras viviera (lo cual quizá no sería mucho) no

podría sacarme aquella imagen de la cabeza. Tifón cambiaba de aspecto constantemente. A cada momento era un monstruo distinto, cada uno más horrible que el anterior. Si lo hubiera mirado a la cara demasiado rato me habría vuelto loco, así que me concentré en su cuerpo, aunque tampoco es que fuera mucho mejor. Era de tipo humanoide, pero su piel te hacía pensar en un sándwich de carne abandonado un año entero en la taquilla del gimnasio. Tenía manchas verdes y ampollas del tamaño de un edificio por todo el cuerpo, además de zonas ennegrecidas a causa de los eones que había pasado bajo un volcán. Sus manos eran humanas, pero rematadas en garras, como las de un águila; sus piernas estaban cubiertas de escamas de reptil.

—Los olímpicos están haciendo un último esfuerzo —se burló Cronos con una carcajada—. ¡Qué patético!

Zeus lanzó un rayo desde su carro y la explosión iluminó el mundo entero. Incluso allí arriba, en el Olimpo, noté la sacudida, pero cuando la nube de polvo se disipó, Tifón seguía en pie. Se tambaleaba y tenía un cráter humeante en su cabeza deforme, pero rugió enfurecido y continuó avanzando.

Empezaba a recuperar la flexibilidad en mis miembros. Cronos no pareció notarlo. Tenía puesta toda su atención en la lucha, en su victoria final. Si lograba resistir unos segundos más y mi padre mantenía su palabra. Tifón entró en el río Hudson y se hundió casi hasta la pantorrilla.

« Ahora —pensé, casi implorando a la imagen que atisbaba entre el humo—. Tiene que ser ahora, por favor» .

Como un auténtico milagro, me llegó el sonido de una caracola. La llamada del océano. La llamada de Poseidón.

Alrededor de Tifón, el Hudson entró en erupción repentinamente, agitándose con olas de quince metros. Y fuera del agua surgió un nuevo carro: éste tirado por enormes hipocampos que nadaban en el aire con la misma facilidad que en el agua. Mi padre, rodeado de un aura de poder azulada y resplandeciente, describió un círculo desafiante en torno a las piernas del gigante. Poseidón ya no era un anciano encorvado. Volvía a ser el de siempre: fornido y bronceado, y con la barba oscura. En cuanto blandió su tridente, el río respondió creando un enorme torbellino alrededor del monstruo.

—¡No! —gritó Cronos tras unos instantes de estupor—. ¡No!

—¡Ahora, hermanos! —La voz de Poseidón sonaba con tal fuerza que no estaba seguro de si la oía a través de la visión o me llegaba directamente desde la otra punta de la ciudad—. ¡Al ataque! ¡Por el Olimpo!

De las aguas del río surgió una legión de guerreros, cabalgando las olas sobre tiburones, dragones y caballos de mar descomunales. Eran cíclopes, y al frente de ellos iba…

—¡Tyson! —grité.

Sabía que no podía oírme, pero lo observé asombrado. Había aumentado de

tamaño mágicamente y debía de medir unos diez metros, o sea, casi tanto como sus primos de la Antigüedad. Y llevaba por primera vez una armadura completa. Inmediatamente detrás de él, iba Briares, el centimano.

Todos los cíclopes sujetaban enormes cadenas de hierro negro —tan grandes como para anclar un barco de guerra— con áncoras en los extremos. Las voltearon en el aire como lazadas y empezaron a arrojárselas a Tifón a las piernas y los brazos. Aprovecharon el torbellino para seguir dando vueltas y, poco a poco, lo fueron enredando y atrapando. Tifón se agitaba dando rugidos y tiraba brutalmente de las cadenas, derribando a algunos cíclopes de sus monturas; pero eran demasiadas cadenas y la superioridad numérica de los cíclopes empezó a resultar abrumadora incluso para un gigante como él. Poseidón le arrojó entonces su tridente y le atravesó la garganta. De la herida brotó sangre dorada, el icor inmortal, formando una cascada tan alta como un rascacielos. Luego el tridente voló de nuevo a las manos de Poseidón.

Los demás dioses atacaron con renovados bríos. Ares se adelantó y le dio una estocada a Tifón en la nariz. Artemisa le disparó en el ojo una docena de flechas de plata. Apolo le lanzó una salva de flechas encendidas que le incendiaron el taparrabos. Zeus siguió machacando al gigante con sus rayos mientras el agua subía poco a poco de nivel hasta envolverlo casi por completo. Tifón empezó a hundirse bajo el peso de las cadenas. Aulló desesperado y se agitó con tal violencia que las olas chapotearon por toda la costa de Jersey, empapando edificios de cinco pisos y sacudiendo el puente George Washington. Pero, pese a sus esfuerzos, Tifón se iba sin remedio hacia el fondo, donde mi padre había abierto un túnel especial para él: un tobogán de agua que lo llevaría directamente al Tártaro. La cabeza del gigante se sumergió al fin entre un torbellino burbujeante y desapareció del todo.

—¡Bah! —gritó Cronos, mientras atravesaba el humo con su espada, haciendo jirones la imagen.

—Ya vienen —dije—. Estás perdido.

—Ni siquiera he empezado de verdad.

Se adelantó con deslumbrante velocidad. Grover —tan valiente como siempre, el muy tonto— trató de protegerme, pero Cronos lo apartó de un golpe como si fuera un muñeco de trapo.

Di un paso de lado y le lancé una estocada por debajo de su guardia. Un buen truco, pero Luke por desgracia lo conocía. Contraatacó y logró desarmarme con uno de los primeros movimientos que él mismo me había enseñado. Mi espada tintineó por el suelo y cayó al vacío por la sima abierta.

—¡Quieto! —Annabeth surgió como de la nada.

Cronos giró en redondo para hacerle frente y dio un mandoble con *Backbiter*, pero ella se las arregló para parar el golpe con la empuñadura de su puñal. Sólo los luchadores más rápidos y diestros habrían sido capaces de hacer algo

semejante. No me preguntes de dónde sacó la fuerza, pero se acercó aún más para sostener el pulso —las dos hojas entrecruzadas— y por un instante se situó cara a cara frente al señor de los titanes, aguantando con firmeza.

—Luke —dijo, apretando los dientes—. Ahora lo entiendo. Has de confiar en mí.

Cronos rugió con indignación.

—¡Luke Castellan ha muerto! ¡Su cuerpo arderá hasta consumirse cuando yo asuma mi verdadera forma!

Intenté moverme, pero tenía otra vez el cuerpo paralizado. ¿De dónde sacaba Annabeth las fuerzas, magullada y medio muerta de cansancio como estaba, para combatir con un titán?

Cronos le dio un empujón, tratando de liberar su arma, y ella resistió el envite con brazos temblorosos. Pero no podía impedir que él le fuera acercando al cuello el filo de la espada.

—Tu madre —gruñó Annabeth—. Ella vio tu destino.

—¡Servir a Cronos! —rugió el titán—. ¡Ése es mi destino!

—¡No! —insistió Annabeth. Se le saltaban las lágrimas, aunque yo no sabía si era de pena o de dolor—. ¡Esto no es el fin, Luke! La profecía. Ella vio lo que harías. ¡La profecía habla de ti!

—¡Te aplastaré, niña! —bramaba Cronos.

—No lo harás —replicó ella—. Lo prometiste. Incluso ahora estás manteniendo a raya a Cronos.

—¡Mentiras! —Cronos la empujó de nuevo y esta vez Annabeth perdió el equilibrio. Él aprovechó para golpearla en la cara, lanzándola hacia atrás.

Reuní toda mi fuerza de voluntad y logré incorporarme, pero era como volver a sostener todo el peso del cielo.

Cronos se irguió sobre Annabeth, alzando la espada.

Ella tenía un hilo de sangre en la comisura de la boca. Le salió una voz cascada:

—Una familia, Luke. Lo prometiste.

Di un paso penosamente. Grover se había vuelto a poner de pie junto al trono de Hera, pero parecía forcejear también para moverse. Antes de que ninguno de los dos pudiera acercarse a Annabeth, Cronos se tambaleó.

Miró el cuchillo que ella sujetaba y la sangre que tenía en la cara.

—Lo prometiste —repitió Annabeth.

Entonces soltó un jadeo, como si le faltase el aire.

—Annabeth… —Pero no era la voz del titán. Era la de Luke. Dio un traspié, como si no controlara su propio cuerpo—. Estás sangrando…

—Mi cuchillo. —Annabeth trató de blandir su puñal, pero se le escapó y repiqueteó por el suelo. Tenía el brazo doblado en un ángulo extraño. Me miró, implorante—. Percy, por favor…

Ahora podía moverme otra vez.

Me abalancé hacia delante, recogí el cuchillo y, de un golpe, le arranqué a Luke su espada, que rodó hasta la hoguera. Él apenas me prestaba atención. Dio un paso hacia Annabeth, pero me interpuse entre ellos.

—No la toques —dije.

Su rostro se contrajo de cólera. La voz de Cronos gruñó:

—Jackson…

¿Eran imaginaciones mías o todo su cuerpo había empezado a resplandecer y volverse dorado?

Jadeó de nuevo. Ahora era la voz de Luke:

—Se está transformando. ¡Socorro! Casi… casi está listo. Ya no necesitará mi cuerpo. Por favor…

—¡No! —bramó Cronos. Miró alrededor buscando a *Backbiter*, que había caído entre las brasas.

Fue a buscarla dando tumbos. Traté de detenerlo, pero él me apartó de su camino con tal fuerza que aterricé junto a Annabeth y me golpeé la cabeza contra el trono de Atenea.

—El cuchillo, Percy —musitó Annabeth, respirando agitadamente—. Héroe… hoja maldita…

Cuando me recuperé, vi que Cronos asía la espada y la soltaba en el acto con un aullido de dolor. Tenía las manos quemadas y humeantes. La hoguera se había puesto al rojo vivo, como si el metal de la guadaña fuese incompatible con ella. Creí entrever entre las cenizas una imagen de Hestia, mirando a Cronos con severidad.

Luke dio media vuelta y se desmoronó, agarrándose sus manos destruidas.

—Por favor, Percy…

Me incorporé a duras penas y me acerqué a él con el cuchillo. Tenía que matarlo. Ése era el plan.

Luke pareció adivinar lo que estaba pensando. Se humedeció los labios.

—Tú no… no puedes. Él se zafará de mi control. Se defenderá por sí mismo. Sólo mi mano. Yo sé dónde. Yo… puedo… mantenerlo controlado.

Ya no había duda: resplandecía todo él y su piel había empezado a humear.

Alcé el cuchillo para clavárselo. Entonces miré a Annabeth y Grover, que la sostenía en sus brazos y trataba de protegerla con su cuerpo. Y finalmente comprendí lo que ella había intentado decirme todo el rato.

« Tú no eres el héroe —había dicho Rachel—. Eso influirá en lo que hagas» .

—Por favor —gimió Luke—. No hay tiempo.

Si Cronos adoptaba su verdadera forma, ya no habría modo de pararlo. Comparado con él, Tifón no parecería más que un matón de barrio.

La frase de la Gran Profecía resonó en mi interior: « El alma del héroe, una hoja maldita habrá de segar» . Sentí que el mundo daba un vuelco bajo mis pies

y le di el cuchillo a Luke.

Grover soltó un gañido.

—¿Percy? ¿Estás… hum…?

Loco. Chiflado. Mal de la cabeza. Seguramente.

Pero contemplé cómo Luke tomaba el puñal por la empuñadura.

Permanecí frente a él. Indefenso.

Luke desató las correas laterales de su armadura, dejando al descubierto un puntito de su piel justo bajo el brazo izquierdo: un lugar donde habría sido muy difícil herirlo. Con dificultad, se clavó el puñal.

No era un corte muy profundo, pero soltó un aullido. Sus ojos se pusieron incandescentes como la lava. La sala del trono sufrió una brusca sacudida que me derribó al suelo. Alrededor de Luke se formó un aura de energía que se volvía más y más brillante por momentos. Cerré los ojos y sentí que una fuerza brutal, como de explosión nuclear, me abrasaba la piel y me resquebrajaba los labios.

Luego se hizo un largo silencio.

Cuando abrí los ojos, vi a Luke tirado junto al hogar. Alrededor de él, había un círculo de ceniza ennegrecido. La guadaña de Cronos se había fundido y el metal líquido goteaba sobre las brasas de la hoguera, que resplandecía como una fragua.

Luke tenía ensangrentado el costado izquierdo. Sus ojos estaban abiertos y ahora volvían a ser azules como antes. Respiraba agitadamente entre estertores.

—Buena… hoja —musitó.

Me arrodillé junto a él. Annabeth se acercó cojeando con la ayuda de Grover. Los dos tenían lágrimas en los ojos.

Luke miró a Annabeth.

—Tú lo sabías. He estado a punto de matarte, pero lo sabías…

—Chist. —A ella le temblaba la voz—. Has sido un héroe al final, Luke. Irás a los Campos Elíseos.

Él movió la cabeza débilmente.

—Creo que… renaceré. Intentaré tres veces. Islas Afortunadas.

Annabeth gimoteó.

—Siempre te has exigido demasiado.

Él alzó su mano carbonizada. Ella acarició la punta de sus dedos.

—¿Tú me…? —Luke tosió y sus labios se tiñeron de escarlata—. ¿Me amabas?

Annabeth se secó las lágrimas.

—En una época creí… bueno, creí…

Me miró, como saboreando el hecho de que yo siguiera allí. Y entonces comprendí que yo estaba haciendo exactamente lo mismo. El mundo se desmoronaba, pero lo único que me importaba era que ella continuara viva.

—Eras como un hermano para mí, Luke —dijo suavemente—. Pero no te amaba.

Él asintió, como si hubiese esperado esa respuesta. Hizo una mueca de dolor.

—Podemos buscar ambrosía —dijo Grover—. Podemos…

—Grover. —Luke tragó saliva—. Eres el sátiro más valiente que he conocido. Pero no, no hay curación… —Tosió otra vez.

Me agarró de la manga y sentí el calor de su piel, que parecía de fuego.

—Ethan. Yo. Todos los no reclamados. No permitas… No permitas que vuelva a suceder.

Había cólera en sus ojos, pero también súplica.

—No lo permitiré —dije—. Te lo prometo.

Luke asintió levemente y su mano se aflojó.

Los dioses llegaron unos minutos más tarde, con sus arreos de guerra. Irrumpieron ruidosamente en la sala del trono, previendo una batalla; pero en la cálida penumbra que proyectaba la hoguera sólo nos encontraron a Annabeth, a Grover y a mí junto al cuerpo destrozado de un mestizo.

—Percy —dijo mi padre, impresionado—. ¿Qué… qué es esto?

Me volví y miré a los olímpicos.

—Necesitamos un sudario —anuncié con voz rota—. Un sudario para el hijo de Hermes.

Capítulo 20

Ganamos premios fabulosos

Las tres Moiras en persona se llevaron el cuerpo de Luke.

No había visto a las viejas damas desde hacía mucho, desde que las sorprendí cortando un hilo de la vida en un puesto de frutas de carretera cuando sólo tenía doce años. Entonces me habían dado pavor y ahora también me lo dieron: tres abuelas macabras con bolsos llenos de hilo y agujas de hacer punto.

Una de ellas me miró y, aunque no dijo una palabra, toda mi vida —literalmente— desfiló ante mis ojos en un fogonazo. De repente tenía veinte años. Luego fui un hombre de media edad. Y por fin me convertí en un viejo arrugado. Toda la energía abandonó mi cuerpo y entonces vi mi propia lápida, una tumba abierta y un ataúd que descendía hacia el fondo. Todo eso en menos de un segundo.

—Ya está —dijo.

La Moira sujetaba un trozo de hilo azul. Era el mismo que había visto cuatro años atrás: el cordón vital que yo les había visto cortar entonces. Había creído que era mi vida. Ahora comprendía que no, que se trataba de la de Luke. Ellas me habían mostrado la vida que habría de ser sacrificada para arreglar las cosas.

Se reunieron las tres junto al cuerpo de Luke, ahora envuelto en un sudario blanco y verde, y cargaron con él para sacarlo de la sala del trono.

—Esperad —dijo Hermes.

El dios mensajero iba vestido con su conjunto clásico, es decir, túnica griega, sandalias y casco alado (las alitas se agitaban mientras caminaba). Las serpientes, George y Martha, se enroscaban en su caduceo, murmurando: «Luke, pobre Luke».

Pensé en May Castellan, sola en su cocina, preparando galletas y sándwiches para un hijo que jamás volvería a casa.

Hermes le destapó la cara a Luke, le besó la frente y murmuró unas palabras en griego antiguo: una bendición final.

—Adiós —susurró. Luego asintió, dando su venia a las Moiras para que se llevaran el cuerpo de su hijo.

Mientras salían, pensé en la Gran Profecía. Ahora todos los versos cobraban sentido. «El alma del héroe, una hoja maldita habrá de segar». El héroe era Luke; la hoja maldita, el cuchillo que él mismo le había dado a Annabeth mucho tiempo atrás: maldita porque Luke había quebrantado su promesa y traicionado a sus amigos. «Una sola decisión con sus días acabará». Mi decisión había consistido en darle a él el cuchillo y creer —como Annabeth había hecho— que todavía era capaz de corregirse y arreglar las cosas. «El Olimpo preservará o asolará». Al sacrificarse a sí mismo, él había salvado al Olimpo. Rachel tenía

razón. Al final, no era yo el héroe. Era Luke.

Y entendí otra cosa también: al sumergirse en el río Estigio, Luke había tenido que concentrarse en algo importante que lo mantuviera unido a su vida mortal. De lo contrario, se habría disuelto. Yo había pensado en Annabeth, y tenía la sensación de que él también. Luke se había imaginado la escena que Hestia me había mostrado: la imagen de sí mismo en los buenos tiempos, con Thalia y Annabeth, cuando él había prometido que formarían una familia. Herir a Annabeth en el combate le había producido una conmoción y le había traído el recuerdo de su promesa. Era eso lo que había permitido que su conciencia mortal tomara el control y se impusiera a Cronos. Su punto débil —su talón de Aquiles— nos había salvado a todos.

Annabeth seguía a mi lado y de repente vi que se le doblaban las rodillas. Me apresuré a sujetarla, pero ella dio un grito de dolor y comprendí que la había agarrado por el brazo roto.

—¡Oh, dioses! —exclamé—. Perdona.

—No pasa nada —musitó, y se desmayó en mis brazos.

—¡Necesita ayuda! —grité.

—Déjame a mí —dijo Apolo, acercándose. Su ardiente armadura brillaba tanto que hacía daño a la vista, y sus RayBan a juego y su encantadora sonrisa le daban el aire de un modelo de ropa de combate—. El dios de la medicina a tu servicio.

Le pasó a Annabeth la mano por la cara y pronunció un conjuro. Las magulladuras de su cuerpo desaparecieron en el acto. Los cortes y cicatrices se borraron. Ella extendió el brazo y emitió un suspiro en sueños.

Apolo sonrió, satisfecho.

—En unos minutos se habrá recuperado del todo. Me da tiempo para componer un poema sobre nuestra victoria: «Apolo y sus amigos salvan el Olimpo». ¿A que suena bien?

—Gracias, Apolo —dije—. Hum, la poesía la dejo en tus manos.

Las horas siguientes forman una secuencia más bien confusa en mi memoria. Antes que nada, recordé la promesa que le había hecho a mi madre. Zeus escuchó sin pestañear mi extraña petición, chasqueó los dedos y me comunicó que la cima del Empire State acababa de iluminarse de color azul. La mayoría de los mortales no sabrían qué significaba aquello, pero mi madre lo entendería: había logrado sobrevivir. El Olimpo estaba salvado.

Los dioses pusieron manos a la obra para restaurar la sala del trono, cosa que resultó asombrosamente rápida con doce seres sobrenaturales trabajando al mismo tiempo. Grover y yo nos ocupamos de los heridos y, una vez que estuvo reparado el puente del cielo, dimos la bienvenida a todos los amigos que habían sobrevivido. Los cíclopes habían sacado a Thalia de debajo de la estatua. Andaba con muletas, pero estaba bien. Connor y Travis Stoll habían salido casi ilesos,

aparte de algunas heridas menores. Me aseguraron que ni siquiera habían saqueado demasiado la ciudad. Me contaron también que mis padres se encontraban bien, aunque a ellos no se les permitía subir al monte Olimpo. La *Señorita O'Leary* había logrado rescatar a Quirón de la montaña de escombros y se había apresurado a llevarlo al campamento. Los Stoll parecían preocupados por el viejo centauro, pero por lo menos estaba vivo. Katie Gardner me dijo que, nada más acabar la batalla, había visto a Rachel Elizabeth Dare saliendo a toda prisa del Empire State. Según ella, Rachel no parecía herida, pero nadie sabía adónde había ido, cosa que me inquietó.

Nico di Angelo entró en el Olimpo como un héroe, escoltado por su padre, cosa excepcional porque se suponía que Hades sólo visitaba el Olimpo en el solsticio de invierno. El dios de los muertos se quedó patidifuso cuando los demás dioses se pusieron a darle palmaditas en la espalda. No creo que hubiese hallado nunca un recibimiento tan caluroso.

Clarisse apareció también, todavía tiritando por el rato que había pasado dentro del bloque de hielo, y Ares bramó:

—¡Ésa es mi chica!

El dios de la guerra le alborotó el pelo y le aporreó la espalda, proclamando que era la mejor guerrera que había visto.

—¿Acabar con un *drakon* de esa manera? ¡Eso sí es luchar!

Ella parecía más bien abrumada. Se limitaba a asentir, parpadeando, como si temiera que fuese a darle otra vez, pero al final se animó a sonreír un poco.

Hera y Hefesto pasaron por mi lado: éste, algo enfurruñado por haberme atrevido a saltar sobre su trono, aunque consideró que, por lo demás, había hecho « un trabajo guay» .

Hera resopló con desdén.

—Por ahora, supongo, no os destruiré a esa chica y a ti —dijo.

—Annabeth ha salvado el Olimpo —le dije—. Ella ha convencido a Luke para que detuviera a Cronos.

—Hum.

La diosa dio media vuelta, enojada, pero supuse que no corríamos peligro, al menos por un tiempo.

Dioniso aún tenía la cabeza vendada. Me miró de arriba abajo.

—Bueno, Percy Jackson. Veo que Pólux ha salido vivo, así que deduzco que no eres del todo inepto. Todo gracias a mi entrenamiento, me imagino.

—Eh, sí, claro.

El señor D asintió.

—En agradecimiento a mi valentía —añadió—, Zeus ha reducido a la mitad mi destierro en ese miserable campamento. Ahora sólo me quedan cincuenta años en lugar de cien.

—¿Cincuenta años? —Traté de imaginarme lo que sería aguantar a Dioniso

hasta hacerme viejo (suponiendo que viviera tantos años).

—No te emociones demasiado, Jackson —dijo, y entonces advertí que pronunciaba mi nombre correctamente—. Aún sigo decidido a hacerte la vida imposible.

No pude reprimir una sonrisa.

—Desde luego.

—Que te quede claro. —Se volvió y empezó a reparar su trono de vides, bastante chamuscado por el fuego.

Grover permanecía a mi lado. De vez en cuando rompía a llorar.

—Tantos espíritus de la naturaleza muertos, Percy… —sollozó—. Tantos…

Le puse un brazo sobre los hombros y le di un pañuelo para que se sonara la nariz.

—Has hecho un gran trabajo, chico-cabra —le dije—. Nos recuperaremos de todo esto. Plantaremos árboles, limpiaremos los parques. Tus amigos se reencarnarán en un mundo mejor.

Él gimoteó, desalentado.

—Sí… quizá. Pero no sabes lo que me costó reclutarlos. Yo sigo siendo un desterrado. A duras penas lograba que me hicieran caso cuando les hablaba de Pan. ¿Quién va a querer escucharme ahora? Los he arrastrado a una carnicería.

—Te escucharán —le aseguré—. Porque te preocupas por ellos, porque te interesas por la Naturaleza más que nadie.

Trató de sonreír.

—Gracias, Percy. Espero… que sepas que me siento orgulloso de verdad de ser amigo tuyo.

Le di unas palmaditas en el brazo.

—Luke acertaba en una cosa, chico-cabra: eres el sátiro más valiente que he conocido.

Se puso rojo como la grana, pero, antes de que pudiera replicar, resonaron las caracolas y el ejército de Poseidón entró desfilando en la sala del trono.

—¡Percy! —gritó Tyson, y se abalanzó sobre mí con los brazos abiertos. Por fortuna, se había encogido hasta adoptar su tamaño normal. O sea, que su abrazo era como si te viniera encima un tractor, pero no la granja entera—. ¡No has muerto!

—¡No! —corroboré—. ¿Increíble, verdad?

Él aplaudió y se echó a reír alegremente.

—Yo tampoco he muerto. ¡Yuju! Hemos encadenado a Tifón. ¡Eso sí que ha sido divertido!

Detrás de él, otros cincuenta cíclopes con armadura sonreían satisfechos y chocaban esos cinco unos con otros.

—¡Tyson nos ha comandado! —tronó uno—. ¡Es un valiente!

—¡El más valeroso de los cíclopes! —bramó otro.

Tyson se ruborizó.

—No es para tanto.

—¡Te he visto! —le dije—. ¡Has estado increíble!

Pensé que el pobre Grover iba a desmayarse. Le dan pánico los cíclopes. Pero controló sus nervios y dijo:

—Sí. Hum… ¡tres hurras por Tyson!

—¡Hurra! —rugieron los cíclopes.

—Por favor, no me comáis —murmuró Grover, aunque no creo que lo oyera nadie.

Las caracolas sonaron de nuevo. Los cíclopes abrieron paso y mi padre avanzó por la sala del trono con su armadura y su tridente, que fulguraba en sus manos.

—¡Tyson! —tronó—. Buen trabajo, hijo mío. Y Percy… —Adoptó una expresión muy seria y meneó un dedo con severidad. Por un instante temí que me fulminara—. Incluso te perdono que te sentaras en mi trono. ¡Has salvado al Olimpo!

Abrió los brazos y me estrechó contra su pecho. Caí en la cuenta, algo incómodo, de que nunca había recibido un abrazo de mi padre. Resultaba cálido —como un humano normal— y olía a salitre y brisa marina.

Cuando me soltó, me examinó con una gran sonrisa. Me sentí tan bien que se me escapó alguna lagrimilla, debo confesarlo. Supongo que hasta entonces no me había permitido reconocer lo aterrorizado que me había sentido en los últimos días.

—Papá…

—¡Chist! —dijo—. Ningún héroe está por encima del miedo, Percy. Y tú te has elevado por encima de todos los héroes. Ni siquiera Hércules…

—¡Poseidón! —clamó una voz atronadora.

Zeus ya había ocupado su trono y le lanzó una mirada fulminante, mientras los demás dioses ocupaban sus asientos. Incluso Hades estaba entre ellos, acomodado en una simple silla para invitados junto al hogar. Nico se había sentado a sus pies con las piernas cruzadas.

—¿Y bien, Poseidón? —refunfuñó Zeus—. ¿Eres demasiado orgulloso para sumarte a nuestro consejo, hermano?

Pensé que mi padre se enfurecería, pero me miró y me guiñó un ojo.

—Será un honor, señor Zeus —contestó.

Supongo que existen los milagros. Poseidón caminó muy erguido hasta aquel asiento de barcaza y el Consejo de los Dioses dio comienzo.

* * *

Mientras Zeus hablaba —un largo discurso sobre la bravura de los dioses,

etcétera—, Annabeth entró y se situó a mi lado. Tenía muy buen aspecto teniendo en cuenta que se había desmayado hacía poco.

—¿Me he perdido mucho? —susurró.

—Nadie piensa matarnos por ahora —dije en voz baja.

—Por primera vez en todo el día.

Poco me faltó para troncharme de risa, pero Grover me dio un codazo. Hera nos observaba con mirada aviesa.

—En cuanto a mis hermanos —dijo Zeus—, estamos agradecidos —se aclaró la garganta, como si no le acabaran de salir las palabras—, hum, agradecidos por la ayuda de Hades.

El señor de los muertos hizo un leve gesto con la cabeza. Mostraba una expresión engreída, pero supongo que tenía derecho. Se lo había ganado. Le dio unas palmaditas en el hombro a su hijo Nico. A éste se lo veía más feliz que nunca.

—Y naturalmente —prosiguió Zeus, aunque parecía que le estuvieran quemando los pantalones—, debemos… eh… darle las gracias a Poseidón.

—Perdona, hermano —dijo el aludido—. ¿Cómo has dicho?

—Debemos darle las gracias a Poseidón —refunfuñó Zeus—, sin cuya ayuda… habría sido difícil…

—¿Difícil? —repitió Poseidón con aire inocente.

—Imposible —dijo Zeus—. Imposible derrotar a Tifón.

Los demás dioses rompieron en murmullos de asentimiento y golpearon el suelo con sus armas en señal de aprobación.

—Dicho lo cual —continuó Zeus—, ya sólo nos queda dar las gracias a nuestros jóvenes héroes semidioses, que tan bien han defendido el Olimpo… más allá de que mi trono haya sufrido algún que otro desperfecto.

Primero llamó ante su presencia a Thalia, ya que era su hija, y le prometió que la ayudaría a cubrir las bajas que se habían producido en las filas de las cazadoras.

Artemisa sonrió.

—Te has portado muy bien, mi lugarteniente —le dijo a Thalia—. Has logrado que me sintiera orgullosa. Y las cazadoras que han perecido a mi servicio jamás caerán en el olvido. Alcanzarán los Campos Elíseos, de eso estoy segura. —Le lanzó a Hades una mirada acerada y llena de intención.

Él se encogió de hombros.

—Es lo más probable —comentó el dios.

Artemisa siguió mirándolo con ferocidad.

—Está bien —rezongó Hades—. Agilizaré sus expedientes.

Thalia sonrió orgullosa.

—Gracias, mi señora.

Hizo una reverencia a todos los dioses, incluido Hades, y cojeó hasta situarse

al lado de Artemisa.

—¡Tyson, hijo de Poseidón! —tronó Zeus.

Tyson parecía nervioso, pero avanzó hasta el centro del consejo y Zeus soltó un gruñido.

—Éste no se salta ni una comida, ¿eh? —musitó, como para sus adentros—. Tyson, por el valor demostrado en la batalla y por dirigir el ataque de los cíclopes, te nombramos general de los ejércitos del Olimpo. En adelante, comandarás a tus hermanos en la guerra siempre que los dioses lo requieran. Y te concedemos una nueva… hum… ¿Qué clase de arma te gusta? ¿La espada? ¿El hacha?

—¡La porra! —dijo Tyson, mostrando su porra rota.

—Muy bien —repuso Zeus—. Te concedemos una nueva, eh, porra. La mejor que pueda encontrarse.

—¡Hurra! —gritó Tyson, y los demás cíclopes estallaron en vítores y se pusieron a darle porrazos en la espalda en cuanto se reunió con ellos.

—¡Grover Underwood, de los sátiros! —llamó Dioniso.

Grover se adelantó, nervioso.

—Deja de mordisquearte la camisa —lo reprendió el dios—. En serio, no voy a fulminarte. Bien. Por tu bravura y sacrificio, bla, bla, bla, y dado que lamentablemente tenemos una vacante, los dioses hemos considerado oportuno nombrarte miembro del Consejo de los Sabios Ungulados.

Grover se desmayó allí mismo.

—Fantástico —suspiró Dioniso, mientras varias náyades corrían a socorrer a Grover—. Bueno, cuando despierte, que alguien le explique que ya no está desterrado y que todos los sátiros, náyades y demás espíritus de la naturaleza lo tratarán en adelante como señor de la naturaleza, con todos los derechos, honores y privilegios, bla, bla, bla. Y ahora, por favor, sacadlo de aquí antes de que despierte y se ponga demasiado sumiso.

—¡Comidaaaa! —gemía Grover en sueños, mientras los espíritus de la naturaleza se lo llevaban.

Supuse que se recuperaría enseguida. Despertaría convertido en señor de la naturaleza y rodeado de los cuidados de un puñado de hermosas náyades. Qué vida más dura.

Entonces alzó la voz Atenea:

—Annabeth Chase, mi propia hija.

Annabeth me apretó el brazo; luego se adelantó y fue a arrodillarse a los pies de su madre.

Atenea sonrió.

—Tú, hija mía, has superado todas las expectativas —dijo—. Has empleado tu inteligencia, tu fuerza y tu coraje para defender esta ciudad y la sede de nuestro poder. Nos han llegado noticias de que el Olimpo está… en fin,

destrozado. El señor de los titanes ha causado graves daños que habrán de ser reparados. Podríamos reconstruirlo todo mágicamente, desde luego, y dejarlo tal como estaba. Pero los dioses creemos que la ciudad podría mejorarse. Vamos a tomarnos esta situación como una oportunidad. Y tú, hija mía, te encargarás de diseñar las mejoras…

Annabeth levantó la vista, totalmente pasmada.

—¿Mi… mi señora?

Atenea sonrió con ironía.

—Eres arquitecta, ¿no? Has estudiado las técnicas del mismísimo Dédalo. ¿Quién mejor para remodelar el Olimpo y convertirlo en un monumento que perdurará durante otro eón?

—Eso significa… ¿que puedo diseñar lo que quiera? —preguntó Annabeth.

—Lo que te salga de dentro —contestó la diosa—. Construyenos una ciudad a la altura de los tiempos.

—Siempre que haya muchas estatuas mías —añadió Apolo.

—Y mías —asintió Afrodita.

—Eh, ¡y mías! —gritó Ares—. Grandes estatuas con enormes espadas mortíferas y…

—¡Muy bien! —cortó Atenea—. Ha captado el mensaje. Levántate, hija mía, arquitecta oficial del Olimpo.

Annabeth se puso de pie y caminó hacia mí prácticamente en trance.

—Enhorabuena —le dije, sonriendo.

Por una vez, se había quedado sin palabras.

—Tendré… tendré que empezar a hacer planos… Papel de dibujo, hum, y lápices…

—¡Percy Jackson! —tronó Poseidón. Los ecos de mi nombre recorrieron la sala del trono.

Todos los murmullos se extinguieron y se hizo el silencio. Sólo se oía el chisporroteo de la hoguera. Todo el mundo fijó sus ojos en mí: los dioses, los semidioses, los cíclopes, los espíritus… Me adelanté hasta el centro de la sala. Hestia me dirigió una sonrisa tranquilizadora. Había adoptado nuevamente la apariencia de una niña, y parecía contenta y feliz por poder estar otra vez sentada junto al fuego. Su sonrisa me dio valor para seguir adelante.

Primero me incliné ante Zeus. Luego me arrodillé ante mi padre.

—Levántate, hijo mío —dijo Poseidón.

Me incorporé, vacilante.

—Un gran héroe debe ser recompensado —proclamó—. ¿Hay alguien aquí dispuesto a negar los méritos de mi hijo?

Esperé a que alguien metiera baza. Los dioses nunca se ponían de acuerdo en nada, y a muchos de ellos seguía sin caerles bien, pero ni uno solo de ellos protestó.

—El consejo está de acuerdo —dijo Zeus—. Percy Jackson, recibirás un don de los dioses.

Titubeé.

—¿Cualquier don?

Zeus asintió muy serio.

—Sé lo que vas a pedir. El mayor de todos los dones. Sí, si lo quieres, será tuyo. Los dioses no le han otorgado ese don a ningún héroe mortal desde hace muchos siglos. Sin embargo, Perseus Jackson, si tú lo deseas, te convertirás en un dios. Inmortal. Indestructible. Serás el lugarteniente de tu padre durante toda la eternidad.

Me quedé mirándolo, alucinado.

—¿Un dios?

Zeus puso los ojos en blanco.

—Un dios algo alelado, por lo visto. Pero sí. Con el consentimiento del consejo en pleno, puedo hacerte inmortal. Y luego habré de soportarte toda la eternidad.

—Hum —murmuró Ares, pensativo—. Eso significa que podré hacerlo papilla tantas veces como quiera, y que él seguirá volviendo para recibir la siguiente paliza. Me gusta.

—Yo doy mi aprobación también —dijo Atenea, aunque no apartaba la vista de Annabeth.

Eché un vistazo a mi espalda. Annabeth intentaba eludir mi mirada. Estaba pálida. Me vino un recuerdo de dos años atrás, cuando creí que ella iba a comprometerse con Artemisa y a convertirse en una cazadora. Yo había estado a punto de sufrir un ataque de pánico, sólo de pensar que la perdería. Ahora ella parecía exactamente en la misma posición.

Pensé en las tres Moiras y recordé cómo había visto desfilar mi propia vida en un fogonazo. Todo aquello podía evitármelo. La vejez, la muerte, la tumba. Podría ser un adolescente para siempre: en plena forma, poderoso, inmortal, trabajando al servicio de mi padre. Podía tener poder y una vida eterna.

¿Quién rechazaría semejante oferta?

Entonces volví a mirar a Annabeth. Pensé en mis amigos del campamento: Charles Beckendorf, Michael Yew, Silena Beauregard y tantos otros que ahora estaban muertos. Pensé en Ethan Nakamura y en Luke.

Y comprendí lo que debía hacer.

—No —dije.

El consejo enmudeció. Los dioses se miraban unos a otros frunciendo el entrecejo, como si no hubieran escuchado bien.

—¿No? —balbució Zeus, incrédulo—. ¿Estás… rechazando nuestro generoso regalo?

Había un matiz peligroso en su voz, como una tempestad a punto de estallar.

—Me siento muy honrado y tal —añadí—. No vayáis a entenderme mal. Es sólo… que me queda aún mucho que vivir. Me parecería horrible haber alcanzado mi mejor momento en segundo de secundaria.

Los dioses me miraban airados, pero Annabeth se había tapado la boca con las manos. Sus ojos relucían. Y eso, para mí, lo compensaba todo.

—Quiero un don, sin embargo —proseguí—. ¿Prometéis concederme mi deseo?

Zeus reflexionó un momento.

—Si está en nuestras manos… —repuso.

—Lo está. Y ni siquiera es difícil. Pero quiero que lo prometáis por el río Estigio.

—¿Qué? —gritó Dioniso—. ¿Acaso no te fías de nosotros?

—Alguien me explicó una vez —dije mirando a Hades— que siempre hay que asegurarse un juramento solemne.

Hades se encogió de hombros.

—Culpable.

—¡Muy bien! —gruñó Zeus—. En nombre del consejo, juramos por el río Estigio concederte tu razonable petición, siempre que esté en nuestro poder.

Los dioses asintieron con un murmullo. Estalló un trueno, que sacudió la sala del trono. El trato estaba cerrado.

—De ahora en adelante, quiero que reconozcáis como es debido a los hijos de los dioses —dije—. A todos los hijos… de todos los dioses.

Los olímpicos se removieron, incómodos.

—Percy —dijo mi padre—, ¿a qué te refieres exactamente?

—Cronos no podría haberse rebelado sin la ayuda de un montón de semidioses que se sentían abandonados por sus padres —expliqué—. Estaban furiosos, llenos de rencor, y tenían motivos.

Zeus parecía a punto de echar fuego por la nariz.

—Te atreves a acusar…

—Se acabaron los hijos no reconocidos —declaré—. Quiero que prometáis que reconoceréis a vuestros hijos, a todos vuestros hijos semidioses, cuando cumplan los trece años. Ninguno será abandonado a su suerte en el mundo, ni dejado a merced de los monstruos. Quiero que sean reconocidos y llevados al campamento para recibir un entrenamiento adecuado y poder sobrevivir.

—A ver, un momentito —terció Apolo, pero yo estaba lanzado.

—Y los dioses menores —proseguí—: Némesis, Hécate, Morfeo, Jano, Hebe, todos ellos merecen una amnistía general y un lugar en el Campamento Mestizo. Sus hijos no deberían ser menospreciados. Calipso y los demás vastagos pacíficos de la estirpe de los titanes también merecen que se los perdone. Y Hades…

—¿Estás diciendo que soy un « dios menor» ? —bramó él.

—No, mi señor —me apresuré a responder—. Pero vuestros hijos no

deberían ser dejados de lado. Deberían tener su propia cabaña en el campamento. La experiencia de Nico lo ha demostrado. Ya nunca más debiera haber semidioses no reconocidos apretujados en la cabaña de Hermes, preguntándose quiénes podrían ser sus padres. A partir de ahora tendrán sus propias cabañas, y las habrá para todos los dioses sin excepción. Y se acabó el pacto de los Tres Grandes. Tampoco funcionó, de todos modos. Debéis dejar de intentar libraros de los semidioses poderosos. Al contrario: serán aceptados y entrenados como corresponde. Todos los hijos de los dioses serán bienvenidos y tratados con respeto. Ése es mi deseo.

Zeus resopló.

—¿Nada más?

—Percy —dijo Poseidón—. Pides demasiado. Estás abusando.

—Debéis cumplir vuestro juramento —contesté—. Todos.

Recibí un montón de miradas aceradas. Sorprendentemente, fue Atenea la que tomó la palabra:

—El chico tiene razón. Hemos sido imprudentes al dejar de lado a nuestros hijos. Era una debilidad estratégica, como se ha demostrado en esta guerra, y, de hecho, poco ha faltado para que provocara nuestra destrucción. Percy Jackson, tenía mis dudas sobre ti, pero tal vez —miró a Annabeth y luego prosiguió como si le resultara muy desagradable pronunciar aquellas palabras—, pero tal vez estuviera equivocada. Propongo que aceptemos el plan del chico.

—Hum —masculló Zeus—. Que una simple criatura nos diga lo que debemos hacer… Pero, en fin, supongo…

—Votos a favor —dijo Hermes.

Todos los dioses levantaron la mano.

—Bueno, gracias —murmuré.

Me volví, pero, antes de que diera dos pasos, Poseidón gritó:

—¡Guardia de honor!

Los cíclopes se adelantaron y formaron dos filas desde los tronos hasta la puerta: un pasillo para que yo lo atravesara al retirarme. Se pusieron todos firmes.

—¡Salve, Perseus Jackson! —clamó Tyson—. Héroe del Olimpo… ¡y mi hermano mayor!

Capítulo 21

Secuestran a *Blackjack*

Annabeth y yo salíamos del palacio cuando vi a Hermes en un patio lateral. Estaba contemplando un mensaje Iris en la cortina de vapor de una fuente.

—Nos vemos en el ascensor —le dije a Annabeth.

—¿Seguro? —respondió ella, escrutándome—. Sí, ya veo que sí.

Hermes no pareció advertir que me acercaba. Las imágenes del mensaje Iris se sucedían tan rápidamente que apenas pude captarlas. Eran informativos y noticiarios de todo el país: escenas de la destrucción causada por Tifón, los restos de la batalla esparcidos por todo Manhattan, el presidente en una rueda de prensa, el alcalde de Nueva York, vehículos del ejército transitando por la Avenida de las Américas.

—Asombroso —murmuró Hermes, volviéndose hacia mí—. Después de tres mil años, me sigue sorprendiendo el poder de la Niebla… y la ignorancia de los mortales.

—Bueno, gracias por la parte que me toca.

—Ah, no me refiero a ti. Aunque supongo que también debería preguntármelo, porque, vamos, rechazar la inmortalidad…

—Era la decisión acertada.

Hermes me miró con curiosidad y luego volvió a prestar atención al mensaje Iris.

—Míralos —dijo—. Han decidido que Tifón no ha sido más que una monstruosa serie de temporales y tormentas. Qué más hubiéramos querido. Aún no se explican cómo es posible que todas las estatuas del bajo Manhattan hayan desaparecido de sus pedestales y terminado hechas pedazos. Pero imagino que al final se les ocurrirá alguna interpretación lógica.

—¿Está muy deteriorada la ciudad?

Hermes se encogió de hombros.

—No tanto, cosa sorprendente. Los mortales están consternados, desde luego. Pero esto es Nueva York. Nunca he visto a un puñado de humanos con tal capacidad de recuperación. Me imagino que habrán vuelto a la normalidad en unas semanas; y yo, claro, les echaré una mano.

—¿Usted?

—Soy el mensajero de los dioses. Me corresponde a mí supervisar lo que dicen los mortales y, si es necesario, ayudarlos a comprender lo sucedido. Me encargaré de tranquilizarlos. Créeme, acabarán reduciéndolo todo a un terremoto monstruoso o una erupción solar. Cualquier cosa menos la verdad.

Había cierta amargura en su tono. George y Martha se enroscaban alrededor de su caduceo, pero permanecían en silencio, lo cual me hizo pensar que Hermes

estaba muy, pero que muy enfadado. Debería haberme callado, pero le dije:

—Le debo una disculpa.

Hermes me miró con recelo.

—¿Y eso por qué?

—Lo tomé por un mal padre —reconocí—. Creía que abandonó a Luke porque conocía su futuro y que no hizo nada para impedirlo.

—Yo conocía su futuro —dijo Hermes con tristeza.

—Pero conocía algo más que la parte negativa: no sólo que se volvería malvado. También preveía lo que haría al final. Sabía que tomaría la decisión acertada. Pero no podía decírselo a él, ¿verdad?

Hermes miraba la fuente fijamente.

—Nadie puede alterar el destino, Percy; ni siquiera un dios. Si yo lo hubiera prevenido sobre lo que ocurriría, o hubiese tratado de influir en sus decisiones, no habría hecho más que empeorar las cosas. Permanecer en silencio y apartado de él… ha sido lo más difícil que he hecho jamás.

—Tuvo que permitirle que encontrara su propio camino —dije— y que desempeñara su papel en la salvación del Olimpo.

Hermes suspiró.

—No debería haberme ensañado con Annabeth —continuó—. Cuando Luke fue a verla a San Francisco… bueno, comprendí que habría de desempeñar un papel en el destino de mi hijo. Eso llegué a preverlo. Pero pensé que acaso ella podría hacer lo que yo no podía, o sea, salvarlo. Cuando se negó a irse con él, no pude contener mi furia. Debería habérmelo pensado mejor. Con quien estaba furioso, en realidad, era conmigo mismo.

—Ella lo salvó —le dije—. Luke murió como un héroe. Se sacrificó para matar a Cronos.

—Agradezco tus palabras, Percy. Pero Cronos no ha muerto. No puedes matar a un titán.

—Entonces…

—No lo sé —rezongó Hermes—. Ninguno de nosotros lo sabe. Hecho polvo, tal vez. Esparcido por el viento. Con suerte, en partículas tan diminutas y dispersas que nunca podrá recomponer su conciencia, no digamos ya un cuerpo. Pero no te equivoques, no lo tomes por muerto, Percy.

Se me revolvió el estómago.

—¿Y los demás titanes?

—Escondidos —dijo Hermes—. Prometeo le ha enviado un mensaje a Zeus con un montón de excusas para justificar su apoyo a Cronos. «Yo sólo pretendía minimizar los daños», bla, bla, bla. Permanecerá sumiso y calladito unos siglos, si sabe lo que le conviene. Crios ha huido, y el monte Othrys se ha convertido en un montón de ruinas. Océano se refugió en las profundidades del mar en cuanto quedó claro que Cronos había perdido. Y entretanto, mi hijo Luke ha muerto.

Murió convencido de que no me preocupaba por él. Nunca me lo perdonaré.

Hermes atravesó el vapor con su caduceo y el mensaje Iris se desvaneció.

—Hace mucho tiempo —murmuré— usted me dijo que lo más duro de la vida de un dios era que no podía ayudar a sus hijos. También me dijo que no puedes dejar por imposible a tu familia, aunque resulte tentador y tu familia haga muchos méritos.

—Y ahora has descubierto que soy un hipócrita, ¿no?

—No, usted tenía razón. Luke le quería. Al final, entendió su destino. Creo que entendió el motivo de que usted no hubiera podido ayudarlo. Recordó lo que era de verdad importante.

—Demasiado tarde para él y para mí.

—Usted tiene otros hijos. Honre la memoria de Luke reconociéndolos. Eso todos los dioses pueden hacerlo.

Hermes se encogió de hombros.

—Lo intentarán, Percy. Bueno, sí, todos trataremos de cumplir nuestra promesa. Y quizá durante un tiempo las cosas mejoren. Pero a los dioses nunca se nos ha dado muy bien cumplir nuestra palabra. Tú mismo naciste de una promesa rota, ¿no? Al final, nos volveremos olvidadizos. Como siempre.

—También podrían cambiar.

Hermes se echó a reír.

—¿De veras crees que después de tres mil años los dioses pueden cambiar su naturaleza?

—Sí —dije—. Lo creo.

A Hermes pareció sorprenderle mi respuesta.

—¿Tú crees… que Luke me quería? —preguntó—. ¿Después de todo lo ocurrido?

—Estoy seguro.

Hermes contempló la fuente.

—Te daré una lista de mis hijos —dijo—. Un chico en Wisconsin; dos chicas en Los Ángeles. Y algunos más. ¿Te encargarás de que vayan al campamento?

—Se lo prometo —respondí—. Y a mí no se me olvidará.

George y Martha se retorcieron por el caduceo. Ya sé que las serpientes no pueden sonreír, pero dio la impresión de que lo intentaban.

—Percy Jackson —dijo Hermes—, tal vez podrías darnos alguna que otra lección.

* * *

Había otro dios esperándome cuando me disponía a abandonar el Olimpo. Es decir, una diosa, Atenea, que se había apostado en mitad del camino con los brazos cruzados y una expresión que me hizo pensar: «Oh oh». Se había

despojado de su armadura y llevaba sólo unos vaqueros y una blusa blanca, pero no por eso parecía menos guerrera. Sus ojos grises llameaban.

—Bueno, Percy —dijo—. Así que seguirás siendo mortal.

—Pues sí, señora.

—Me gustaría conocer tus motivos.

—Quiero ser un tipo normal. Quiero crecer. Pasar la secundaria normalmente.

—¿Y mi hija?

—No podía dejarla —reconocí, con la garganta seca—. Ni a Grover —me apresuré a añadir—. Ni…

—Ahórratelo. —Atenea se me acercó más. El aura de su poder me provocó un hormigueo en la piel—. Una vez te advertí, Percy Jackson, que por salvar a un amigo serías capaz de destruir el mundo. Quizá estaba equivocada. Al parecer, has salvado a tus amigos y al mundo. Pero piensa con mucho cuidado lo que harás a partir de ahora. Te he concedido el beneficio de la duda. No vayas a estropearlo.

Y como para demostrar su observación, se convirtió en una columna de fuego, chamuscándome la pechera de la camisa.

* * *

Annabeth me esperaba junto al ascensor.

—¿Y ese olor a ahumado? —preguntó.

—Es una larga historia.

Descendimos hacia la planta baja, los dos en silencio. La música era espantosa: Neil Diamond o algo así. Debería haber incluido ese detalle en mi petición a los dioses: que mejorasen un poco la música ambiental.

Cuando llegamos al vestíbulo, me encontré a mi madre y a Paul discutiendo con aquel portero de cabeza rapada, que ya había regresado a su puesto.

—¡Le estoy diciendo —chillaba mamá— que tenemos que subir! Mi hijo… —Entonces me vio y abrió mucho los ojos—. ¡Percy!

Me dio tal abrazo que me dejó sin respiración.

—Hemos visto el edificio iluminado de azul —me dijo—. Pero como no bajabas… ¡Subiste hace horas!

—Se estaba poniendo un poco nerviosa —adujo Paul con ironía.

—Estoy bien —les aseguré, mientras mamá abrazaba a Annabeth—. Ahora todo se ha arreglado.

—Señor Blofis —dijo Annabeth—, ¡qué manejo de la espada!

Paul se encogió de hombros.

—Bueno, parecía lo obligado dadas las circunstancias. Pero Percy… ¿es verdad toda esa historia de la planta seiscientos?

—El Olimpo —respondí—. Sí.

Paul levantó la vista hacia el techo con expresión soñadora.

—Me encantaría verlo.

—Paul —lo reprendió mamá—, no es apto para mortales. En fin, lo importante es que nos encontramos bien. Todos.

Estaba a punto de relajarme. Todo parecía perfecto. Las cosas entre Annabeth y yo se habían calmado. Mi madre y Paul habían sobrevivido. El Olimpo se había salvado.

Pero la vida de un semidiós nunca es tan fácil. Justo en ese momento Nico llegó corriendo desde la calle, y por su expresión deduje que algo andaba mal.

—Es Rachel —dijo—. Acabo de cruzármela en la calle Treinta y dos.

Annabeth frunció el entrecejo.

—¿Qué ha hecho esta vez? —preguntó.

—No, la cuestión es adonde ha ido —explicó Nico—. Le he dicho que moriría en el intento, pero ella ha insistido. Se ha montado en *Blackjack*…

—¿Qué se ha llevado a mi pegaso?

Nico asintió.

—Va hacia la colina Mestiza. Ha dicho que tenía que llegar al campamento.

Capítulo 22

Recibo un jarro de agua fría

Nadie me roba mi pegaso. Ni siquiera Rachel. No sabía si estaba más enfadado, asombrado o preocupado.

—¿En qué estaría pensando? —me dijo Annabeth mientras corríamos hacia el río. Por desgracia, yo tenía una idea bastante aproximada, y me daba mucho miedo.

Había un tráfico espantoso. Todo el mundo estaba en la calle mirando boquiabierto los daños causados en la zona de guerra. Se oían sirenas de policía a cada paso. Era imposible encontrar un taxi y todos los pegasos se habían largado volando. Me habría conformado con unos Ponis Juerguistas, pero ellos habían desaparecido con casi todas las existencias de cerveza de raíces de la ciudad. Así pues, no nos quedó más remedio que correr y abrirnos paso entre aquella multitud de mortales alelados que atestaban las calles.

—No podrá atravesar las defensas —dijo Annabeth—. Peleo la devorará.

Eso no se me había ocurrido. La Niebla no despistaría a Rachel como a la mayoría de la gente; localizaría el campamento sin problemas. Pero yo había dado por supuesto que los límites mágicos la mantendrían a raya como un campo de fuerza. No se me había ocurrido que Peleo pudiera atacarla.

—Hemos de darnos prisa. —Le eché una mirada a Nico—. ¿No podrías invocar a unos caballos-esqueleto?

Él corría jadeando.

—Estoy tan agotado… que no podría hacer aparecer ni un hueso para el perro.

Finalmente, subimos al terraplén de la orilla y solté un silbido bien fuerte. No me apetecía hacerlo. Incluso con el medio dólar de arena que le había dado al río East para que se limpiara mágicamente, el agua seguía allí bastante contaminada. No me hacía gracia provocarle una enfermedad a ninguna criatura marina. Pero ellas, de todos modos, acudieron a mi llamada.

Surgieron en el agua gris tres estelas y enseguida salieron a la superficie sendos hipocampos, relinchando con repugnancia y sacudiéndose la mugre de sus crines. Eran criaturas preciosas, con cola de pez multicolor y cabeza y patas delanteras de semental. El que iba delante era mucho mayor que los otros dos: una montura adecuada para un cíclope.

—¡*Rainbow!* —grité—. ¡Cómo va, amigo!

Él relinchó, quejándose.

—Sí, lo siento —le dije—. Pero es una emergencia. Tenemos que llegar al campamento.

Dio un resoplido.

—¿Tyson? ¡En plena forma! Lamento que no esté aquí. Ahora es un gran general del ejército de los cíclopes.

—¡Hiiiiiiiii!

—Sí, ya me imagino que siempre te trae manzanas. Bueno, ¿y qué me dices de ese trayecto…?

En un periquete, Annabeth, Nico y yo estábamos deslizándonos por el río Este más aprisa que en una moto acuática. Aceleramos al pasar bajo el puente Throgs Necky nos dirigimos hacia Long Island Sound.

* * *

Me pareció que transcurría una eternidad hasta que divisamos la playa del campamento. Les dimos las gracias a los hipocampos y vadeamos hacia la orilla, donde descubrimos que Argos nos estaba esperando. Se hallaba de pie sobre la arena, con los brazos cruzados y sus cien ojos mirándonos airados.

—¿Está aquí? —pregunté.

Asintió, muy serio.

—¿Va todo bien? —preguntó Annabeth.

Argos meneó la cabeza.

Lo seguimos por el sendero. Era surrealista encontrarse en el campamento, porque allí todo parecía tranquilo y pacífico, sin edificios carbonizados, ni guerreros malheridos. Las cabañas destellaban al sol y los campos relucían cubiertos de rocío. Aunque el lugar estaba casi desierto.

No había duda: en la Casa Grande algo iba rematadamente mal. De todas las ventanas salía un resplandor verde, idéntico al que había visto en mi sueño sobre May Castellan. La Niebla (la de tipo mágico) se arremolinaba en el patio. Quirón yacía en una camilla tamaño caballo junto a la pista de voleibol, rodeado de un corrillo de sátiros. *Blackjack* galopaba nervioso de un lado para otro.

«¡A mí no me culpe, jefe! —suplicó al verme—. ¡Esa chica extraña me obligó!».

Rachel Elizabeth Dare estaba de espaldas, al pie de los escalones del porche, con los brazos alzados, como si esperase que alguien le lanzara una pelota desde el interior de la casa.

—¿Qué está haciendo? —masculló Annabeth—. ¿Y cómo habrá atravesado los límites de seguridad?

—Volando —dijo uno de los sátiros, echándole una mirada acusadora a *Blackjack*—. Ha pasado justo por encima del dragón y ha cruzado las fronteras mágicas.

—¡Rachel! —grité, pero los sátiros me detuvieron cuando intenté acercarme a ella.

—No, Percy —me advirtió Quirón. Hizo una mueca al tratar de moverse.

Tenía un brazo en cabestrillo, las patas traseras entablilladas y la cabeza vendada —. No puedes interrumpir.

—¡Creía que habías hablado con ella!

—Así es. Y la invité a venir aquí.

Lo miré, incrédulo.

—¡Dijiste que nunca permitirías que nadie volviera a intentarlo! Dijiste…

—Sé lo que dije. Pero me equivocaba. Rachel tuvo una visión sobre la maldición de Hades. Cree que tal vez haya sido levantada. Me ha convencido de que vale la pena intentarlo.

—¿Y si no ha sido levantada aún? Como Hades no se haya ocupado de ello, se volverá loca.

La Niebla se arremolinó alrededor de Rachel, que empezó a temblar como si sufriera una convulsión.

—¡Rachel! —grité—. ¡Detente!

Corrí hacia ella sin hacer caso a los sátiros. Cuando ya la tenía a tres metros, choqué con una especie de pelota invisible elástica. Salí rebotado hacia atrás y aterricé en la hierba.

Rachel abrió los ojos y se volvió. Tenía aspecto de sonámbula, como si sólo me viera en sueños.

—Todo va bien. —Su voz sonaba remota—. Para eso he venido.

—¡Serás destruida!

Ella meneó la cabeza.

—Éste es mi sitio, Percy. Por fin comprendo por qué.

Aquello se parecía demasiado a lo que había dicho May Castellan. Tenía que detenerla, pero ni siquiera podía levantarme.

La casa retumbó y la puerta se abrió de golpe, dejando escapar un fulgor verde. Noté un olor rancio a reptil.

La Niebla se retorció sinuosamente convertida en un centenar de serpientes, que se deslizaban por las columnas del porche y envolvían en sus anillos toda la casa. Entonces apareció el Oráculo en el umbral.

La momia avanzó arrastrando los pies con su vestido multicolor. Tenía peor aspecto que de costumbre, lo que ya es decir. El pelo se le caía a mechones. Su piel apergaminada se agrietaba como el asiento gastado de un autobús. Sus ojos vidriosos parecían perdidos en el vacío, aunque tuve la espeluznante sensación de que caminaba directamente hacia Rachel.

Ésta extendió los brazos. No parecía asustada.

—Llevas demasiado esperando —dijo—. Pero aquí estoy por fin.

El sol brilló todavía con más ardor. Por encima del porche, apareció una figura flotando en el aire: un tipo rubio con toga blanca, gafas de sol y sonrisa engreída.

—Apolo —dije.

Él me guiñó un ojo, pero se llevó un dedo a los labios.

—Rachel Elizabeth Dare —dijo el dios—. Posees el don de la profecía. Pero también se trata de una maldición. ¿Estás totalmente decidida?

Ella asintió.

—Es mi destino.

—¿Aceptas los riesgos?

—Sí.

—Entonces, adelante.

Rachel cerró los ojos.

—Acepto esta misión. Me entrego a Apolo, dios de los Oráculos. Abro mis ojos al futuro y abrazo el pasado. Acepto al espíritu de Delfos, Voz de los Dioses, Portador de Enigmas, Vidente del Destino.

No sabía de dónde sacaba aquellas palabras, pero salían de ella con toda fluidez mientras la Niebla se iba espesando. De la boca de la momia brotó entonces un serpenteante reguero verde, grueso como una pitón, que se deslizó por los escalones y empezó a enroscarse perezosamente por las piernas de Rachel. La momia del Oráculo se desmoronó y se fue deshaciendo hasta que sólo quedó un montoncillo de polvo y un viejo vestido de colores.

La Niebla envolvía a Rachel de tal modo que apenas la veía. Luego, poco a poco, empezó a despejarse.

Rachel cayó al suelo y se acurrucó en posición fetal. Annabeth, Nico y yo corrimos hacia ella, pero Apolo nos detuvo:

—¡Alto! Ahora viene la parte más delicada.

—¿Qué sucede? —pregunté—. ¿A qué se refiere?

Apolo estudió a Rachel con inquietud.

—El espíritu puede alojarse en su interior o no.

—¿Y si no lo hace? —preguntó Annabeth.

—Cinco sílabas —dijo Apolo, contándolas con los dedos—. «Sería fatal».

Pese a la advertencia de Apolo, corrí a arrodillarme junto a Rachel. El olor del desván se había disipado. La Niebla descendió a ras de suelo y el resplandor verde se extinguió. Ella, sin embargo, seguía muy pálida y apenas respiraba.

De pronto se le abrieron los párpados. Me enfocó con dificultad.

—Percy.

—¿Te encuentras bien? —pregunté.

Intentó sentarse.

—Uf. —Se llevó las manos a las sienes.

—Rachel —dijo Nico—, tu aura vital se había desvanecido casi del todo. He visto cómo morías con mis propios ojos.

—Estoy bien —musitó—. Ayudadme a levantarme, por favor. Las visiones… me desorientan un poco.

—¿Seguro que estás bien? —pregunté.

Apolo bajó flotando desde el porche.

—Damas y caballeros —dijo—, es un placer presentarles al nuevo Oráculo de Delfos.

—Está de broma —resopló Annabeth.

Rachel esbozó una leve sonrisa.

—También para mí resulta algo sorprendente, pero éste es mi destino. Lo vi al llegar a Nueva York. Ahora sé por qué nací con este don. Fui creada para convertirme en Oráculo.

Parpadeé, perplejo.

—¿Estás diciendo que ahora mismo puedes predecir el futuro? —pregunté.

—No a todas horas —dijo—. Pero hay visiones, imágenes y palabras en mi mente. Cuando alguien me hace una pregunta, yo… ¡Oh, no…!

—Ya empieza —anunció Apolo.

Rachel se dobló como si le hubieran dado un puñetazo. Al incorporarse de nuevo, tenía en los ojos un brillo verdoso.

Entonces comenzó a hablar con una voz que parecía triplicada, como tres Rachel hablando a la vez:

Siete mestizos responderán a la llamada.
Bajo la tormenta o el fuego, el mundo debe caer.
Un juramento que mantener con un último aliento,
y los enemigos en armas ante las Puertas de la Muerte.

Al pronunciar la última palabra, Rachel cayó fulminada. Nico y yo nos apresuramos a sujetarla y la llevamos hacia el porche. Tenía un calor febril en la piel.

—Estoy bien —dijo, ya con su voz normal.

—¿Qué ha sido eso? —pregunté.

Ella negó con la cabeza, desconcertada.

—¿El qué?

—Yo diría que acabamos de oír la siguiente Gran Profecía —comentó Apolo.

—¿Qué significa? —inquirí.

Rachel frunció el entrecejo.

—Ni siquiera recuerdo qué he dicho.

—No —terció Apolo, pensativo—. El espíritu sólo hablará a través de ti en ocasiones. El resto del tiempo, Rachel seguirá siendo la de siempre. No tiene sentido interrogarla, aunque acabe de pronunciar la nueva gran predicción sobre el futuro del mundo.

—¿Qué? —exclamé—. Pero…

—Percy —atajó Apolo—, yo no me preocuparía demasiado. La última Gran

Profecía sobre ti tardó casi setenta años en cumplirse. Esta quizá ni siquiera suceda durante el curso de tu vida.

Reflexioné en lo que Rachel había dicho con aquella voz espeluznante sobre fuego y tormentas y las Puertas de la Muerte.

—Puede ser —comenté—. Pero no sonaba demasiado bien.

—Ya —dijo Apolo jovialmente—. Nada bien. ¡Va a ser una Oráculo fantástica!

* * *

No era fácil olvidarse por el momento del asunto, pero Apolo insistió en que Rachel debía reposar. A decir verdad, se la veía bastante desorientada.

—Perdona, Percy —dijo—. No te lo expliqué todo en el Olimpo. La llamada me asustó y no creía que fueses a entenderlo.

—Aún no lo entiendo —reconocí—, pero, bueno, me alegro por ti.

Rachel sonrió.

—Quizá no sea para alegrarse exactamente. Ver el futuro no resultará fácil. Pero es mi destino. Sólo espero que mi familia… —No terminó la frase.

—¿Todavía piensas ir a la Academia Clarion? —pregunté.

—Se lo prometí a mi padre. Intentaré ser una chica normal durante el curso, pero…

—Pero ahora debes dormir —la reprendió Apolo—. Quirón, no me parece que el desván sea el sitio indicado para nuestra nueva Oráculo, ¿no crees?

—Desde luego que no. —Quirón tenía ya mucho mejor aspecto, porque Apolo le había estado aplicando algunos de sus remedios mágicos—. Rachel puede utilizar la habitación de invitados de la Casa Grande mientras lo pensamos con calma.

—Se me ocurre una cueva en las montañas —murmuró Apolo, pensativo—. Con antorchas y una gran cortina morada en la entrada… algo misterioso de verdad. Pero con un apartamento en el interior decorado a la última, que incluya sala de juegos y uno de esos sistemas ultramodernos de cine en casa.

Quirón carraspeó ruidosamente.

—¿Qué pasa? —dijo Apolo, desconcertado.

Rachel me dio un beso en la mejilla.

—Adiós, Percy —susurró—. Y no necesito ver el futuro para decirte lo que debes hacer ahora, ¿verdad?

Su mirada parecía más penetrante que antes.

Me puse colorado.

—No.

—Así me gusta.

Dio media vuelta y se adentró con Apolo en la Casa Grande.

* * *

El resto del día resultó tan extraño como lo había sido el principio. Los campistas empezaron a llegar desde Nueva York en coche, en pegaso o en carro. Los heridos fueron atendidos y los muertos recibieron honras fúnebres en la hoguera del campamento de acuerdo con los antiguos ritos.

El sudario de Silena era de un rosa subido y llevaba bordada una lanza eléctrica. Las cabañas de Ares y Afrodita la aclamaron como a una heroína y luego prendieron juntas la pira. Nadie pronunció la palabra « espía» . Ese secreto ardió hasta convertirse en cenizas mientras se elevaba hacia el cielo una nube de humo aromatizado con perfume de diseño.

Incluso Ethan Nakamura tuvo su sudario: uno de seda negra con un logo formado por dos espadas cruzadas bajo una balanza. Mientras el sudario empezaba a arder, confié en que Ethan supiera que había logrado algo importante. Había tenido que pagar un precio mucho más alto que un ojo, pero los dioses menores iban a obtener al fin el respeto que merecían.

La cena en el pabellón transcurrió discretamente. La única nota de interés la puso la ninfa Enebro, que apareció de pronto gritando « ¡Grover!» , y se lanzó sobre su novio con un abrazo-placaje, entre los aplausos de todos los presentes. Luego bajaron a la playa a dar un paseo a la luz de la luna. Me alegraba por ellos, aunque la escena me hacía pensar en Silena y Beckendorf, y eso me entristecía.

La *Señorita O'Leary* retozaba alegremente de aquí para allá, comiéndose las sobras de todas las mesas. Nico estaba en la mesa principal con Quirón y el señor D, cosa que nadie parecía encontrar fuera de lugar. Al contrario, todos le daban palmaditas en la espalda y lo felicitaban por su destreza en el combate. Hasta los hijos de Ares lo consideraban un tipo guay. Ya lo ves: preséntate con un ejército de guerreros muertos en el momento crucial y, de repente, todos querrán ser tus amigos.

Poco a poco, la gente se fue retirando del pabellón. Algunos se dirigieron a la hoguera del campamento para cantar a coro; otros se fueron a la cama. Permanecí sentado a la mesa de Poseidón, contemplando cómo rielaba la luna en las aguas de Long Island Sound. Vislumbraba a Grover y Enebro en la playa, tomados de la mano y charlando. Reinaba la tranquilidad.

—Eh, Percy. —Annabeth se deslizó a mi lado en el banco—. Feliz cumpleaños.

Sostenía un trozo de tarta grandioso y algo magullado, cubierto de azúcar glasé azul.

Me quedé mirándola.

—¿Qué?

—Hoy es dieciocho de agosto —dijo—. Tu cumpleaños, ¿no?

Estaba perplejo. Ni siquiera me había acordado, pero tenía razón. Había cumplido dieciséis años aquella mañana: justamente la mañana en que había decidido darle el cuchillo a Luke. La profecía se había cumplido con toda exactitud, como estaba previsto, y yo no había caído en que era mi cumpleaños.

—Pide un deseo —agregó con una sonrisa.

—¿La has preparado tú?

—Tyson me ha ayudado.

—Ya entiendo por qué parece un ladrillo de chocolate —dije—. Con ración extra de cemento azul.

Annabeth se echó a reír.

Pensé un segundo y luego soplé la vela.

Cortamos la tarta por la mitad y la compartimos, comiendo con los dedos. Sentados uno junto al otro, contemplamos el océano. Nos llegaba el canto de los grillos y algún rugido de los monstruos del bosque, pero por lo demás había silencio.

—Has salvado al mundo —murmuró.

—Hemos salvado al mundo.

—Y Rachel es la nueva Oráculo, lo cual significa que no podrá salir con nadie.

—No pareces muy apenada.

Annabeth se encogió de hombros.

—Bah, me da igual.

—Oh-oh.

Ella arqueó una ceja.

—¿Tienes algo que decirme, sesos de alga? —preguntó.

—Seguramente me darías una patada en el trasero.

—Tenlo por seguro.

Me sacudí las migas de las manos.

—Cuando estaba en el río Estigio, volviéndome invulnerable… Nico me dijo que debía concentrarme en algo que me mantuviera anclado al mundo, algo que me diera ganas de seguir siendo mortal.

Annabeth mantuvo la vista fija en el horizonte.

—¿Sí?

—Luego, en el Olimpo —proseguí—, cuando quisieron convertirme en un dios y tal, yo no paraba de pensar…

—Ah, pero tú lo deseabas…

—Bueno, quizá un poco. Pero no, porque pensaba… que no quería que las cosas siguieran igual toda la eternidad, porque las cosas siempre podrían mejorar. Y pensaba…

Me notaba la garganta reseca.

—¿En alguien en especial? —preguntó Annabeth suavemente.

La miré y vi que reprimía una sonrisa.

—¿Te estás riendo de mí? —protesté.

—¡Qué va!

—No me lo estás poniendo nada fácil.

Entonces se echó a reír de verdad y me rodeó el cuello con los brazos.

—Yo nunca, lo que se dice nunca, voy a ponértelo fácil, sesos de alga. Vete acostumbrando.

Cuando me besó, tuve la sensación de que se me derretía el cerebro por dentro.

Podría haberme quedado así toda la vida, pero inesperadamente una voz gruñó a nuestra espalda:

—¡Bueno, ya era hora!

Y de pronto, el pabellón se llenó de campistas con antorchas. Clarisse dirigió la operación mientras todos se echaban sobre nosotros y nos subían en hombros.

—Pero bueno —protesté—. ¿Es que no hay un poco de intimidad?

—¡Los tortolitos necesitan agua fría! —dijo Clarisse con pitorreo.

—¡Al lago de las canoas! —gritó Connor Stoll.

Entre vítores y aplausos nos llevaron cuesta abajo, aunque siempre lo bastante cerca para que siguiéramos tomados de la mano. Annabeth se reía a carcajadas y yo no podía dejar de reírme tampoco, aunque tenía la cara completamente roja.

No nos soltamos las manos hasta que nos arrojaron al agua.

Pero el último en reírse fui yo. Formé una gran burbuja de aire en el fondo del lago y nuestros amigos se quedaron plantados en la orilla esperando a que saliéramos… Ah, cuando eres el hijo de Poseidón, no tienes que darte tanta prisa.

Fue sin duda el mejor beso submarino de todos los tiempos.

Capítulo 23

Nos despedimos… más o menos

El campamento se prolongó aquel verano. Todavía duró dos semanas más, justo hasta el comienzo del curso, y debo reconocer que fueron las dos mejores semanas de mi vida.

Desde luego, Annabeth me mataría si dijera algo diferente, pero hubo también muchas otras cosas estupendas. Grover se había hecho cargo de los sátiros buscadores y estaba enviándolos por todo el país para encontrar mestizos que aún no hubieran sido reconocidos. Por el momento, los dioses cumplían su promesa. Estaban apareciendo semidioses nuevos por todas partes: no sólo en Estados Unidos, sino en muchos otros países.

—Casi no damos abasto —reconoció Grover una tarde, mientras nos tomábamos un descanso en el lago de las canoas—. Necesitaremos un presupuesto más grande para viajes; podría emplear tranquilamente a un centenar más de sátiros.

—Sí, pero los que tienes están trabajando a lo bestia —le dije—. Me parece que les das miedo.

Grover se sonrojó.

—Qué tontería. Yo no doy miedo.

—Eres el señor de la naturaleza, amigo. El elegido de Pan. Y miembro del Consejo de…

—¡Basta! —protestó—. Eres tan terrible como Enebro. Pronto pretenderá que me presente como candidato a presidente.

Empezó a mascar una lata mientras contemplábamos la serie de cabañas nuevas que estaban construyendo al otro lado del lago. La U que formaban las antiguas pronto se convertiría en un rectángulo completo, y los semidioses se habían aplicado a la tarea con entusiasmo.

Nico tenía a unos cuantos obreros muertos trabajando en la cabaña de Hades. Aunque él sería por ahora su único ocupante, la verdad es que le estaba quedando muy chula: paredes macizas de obsidiana, con una calavera sobre el dintel y antorchas que ardían con fuego griego las veinticuatro horas del día. A su lado, se alzaban las cabañas de Iris, Némesis, Hécate y algunas más que no identifiqué. Todos los días añadían alguna nueva al proyecto. La cosa iba tan bien que Annabeth y Quirón estaban considerando la posibilidad de crear una nueva ala de cabañas para que todas contaran con suficiente espacio.

La cabaña de Hermes ya no estaba tan abarrotada como antes, porque muchos de los chicos no reconocidos habían recibido la señal de sus progenitores divinos. Sucedía casi cada noche. Y cada noche, asimismo, llegaban semidioses a nuestras fronteras, acompañados de sátiros buscadores y perseguidos por varios

monstruos repulsivos. La mayoría conseguía zafarse de ellos y entrar en el campamento.

—El próximo verano va a ser muy distinto —le dije a Grover—. Quirón prevé que tendremos el doble de campistas.

—Sí —asintió—, pero seguirá siendo el mismo sitio entrañable de siempre.

Suspiró con satisfacción.

Observé un rato a Tyson, que dirigía a un grupo de cíclopes constructores. Estaban izando piedras enormes para levantar los muros de la cabaña de Hécate, una tarea difícil y delicada. Cada piedra tenía signos mágicos grabados en la superficie y, si se caía alguna, podía explotar o convertir en árbol a todo el mundo en un radio de medio kilómetro. Cosa que a nadie, salvo a Grover, le habría hecho gracia, supongo.

—Entre mis tareas de protección de la naturaleza y la búsqueda de mestizos, voy a tener que viajar mucho —me advirtió—. Quizá no nos veamos tanto.

—Eso no cambiará nada. Sigues siendo mi mejor amigo.

Sonrió de oreja a oreja.

—Aparte de Annabeth —comentó.

—Eso es diferente.

—Ya —asintió—. Desde luego que sí.

* * *

A media tarde, mientras daba un último paseo por la playa, oí una voz conocida:

—Un buen día para pescar.

Mi padre, Poseidón, estaba metido en el agua hasta las rodillas, con sus bermudas de siempre, su vieja gorra y una camisa muy fina verde y rosa Tommy Bahama. Tenía una caña de pescar en las manos y, cuando arrojaba el sedal, lo mandaba muy lejos: como a medio camino de Long Island Sound.

—Eh, papá —dije—. ¿Qué te trae por aquí?

Hizo una mueca.

—No tuvimos ocasión de hablar a solas en el Olimpo. Quería darte las gracias.

—¿A mí? Fuiste tú quien acudió a salvarnos.

—Sí, y mi palacio entretanto fue destruido. Pero ¿sabes?, los palacios pueden reconstruirse. He recibido muchísimas tarjetas de agradecimiento de los demás dioses. Incluso Ares me ha enviado una, aunque creo que Hera lo obligó a hacerlo. Resulta más bien gratificante. Así que… gracias. Supongo que incluso los dioses pueden aprender nuevos trucos.

El agua empezó a burbujear. En el extremo del sedal, de repente salió a la superficie una enorme serpiente marina. Forcejeaba y daba tremendos latigazos,

pero Poseidón se limitó a suspirar. Sujetando la caña con una mano, sacó su cuchillo y cortó el sedal. El monstruo volvió a sumergirse en el agua.

—No tenía el tamaño suficiente —se lamentó—. Tengo que soltar a los pequeños o los guardas se me echarán encima.

—¿Los pequeños?

Él sonrió.

—Estáis haciendo un buen trabajo con esas nuevas cabañas, por cierto. Supongo que eso significa que ya puedo reconocer a todos mis demás hijos y mandarte unos cuantos hermanos el verano que viene.

—Ja-ja-ja.

Poseidón recogió su sedal y yo lo miré.

—Bromeas, ¿no? —pregunté con cierta inquietud.

Me hizo un guiño enigmático y no supe si hablaba en serio.

—Nos veremos pronto, Percy —dijo—. Y recuérdalo, hay que distinguir si los peces tienen tamaño suficiente para pescarlos.

Dicho lo cual, se disolvió en la brisa marina, dejando una caña de pescar tirada en la arena.

* * *

Aquella noche, la última en el campamento, se celebró la ceremonia de las cuentas de collar. La cabaña de Hefesto había diseñado la de aquel año: una cuenta que mostraba la imagen del Empire State rodeada de una espiral de letras griegas diminutas, con todos los nombres de los héroes que habían sucumbido en defensa del Olimpo. Había demasiados nombres, pero aun así me sentí orgulloso de recibirla y la coloqué en mi collar; ya tenía cuatro cuentas. Me sentía como un veterano. Pensé en la primera hoguera de campamento a la que había asistido, a los doce años, y recordé que me había sentido como en casa de inmediato. Eso al menos no había cambiado.

—¡Jamás olvidéis este verano! —nos dijo Quirón. Estaba extraordinariamente recuperado, aunque todavía se le veía una leve cojera mientras trotaba junto al fuego—. Este verano hemos descubierto la bravura, la amistad y el coraje. Hemos mantenido el honor del campamento.

Me dirigió una sonrisa y todos aplaudieron. Desvié la mirada y reparé en una niña con vestido marrón que cuidaba el fuego. Tenía un brillo escarlata en los ojos, y me hizo un guiño. Nadie más parecía advertir su presencia, pero llegué a la conclusión de que ella quizá lo prefería así.

—Y ahora —dijo Quirón—, ¡a la cama temprano! Recordadlo, tenéis que desalojar las cabañas mañana a mediodía, a menos que hayáis hecho las gestiones necesarias para pasar todo el año con nosotros. Las arpías de la limpieza devorarán sin piedad a los rezagados, ¡y no me gustaría concluir el

verano con una nota amarga!

* * *

A la mañana siguiente, Annabeth y yo nos detuvimos en lo alto de la colina Mestiza y contemplamos los autobuses y furgonetas que empezaban a salir, llevándose de vuelta al mundo real a la mayoría de los campistas. Algunos veteranos, así como algunos recién llegados, se quedaban en el campamento, pero yo volvía para iniciar mi segundo año en la Escuela Secundaria Goode: la primera vez en mi vida que hacía dos cursos en el mismo colegio.

—Adiós —nos dijo Rachel, echándose la bolsa al hombro. Se la veía bastante nerviosa, pero pensaba mantener la promesa que le había hecho a su padre y asistir a la Academia Clarion en New Hampshire. Hasta el verano siguiente no recuperaríamos a nuestra Oráculo.

—Te irá de maravilla. —Annabeth la abrazó. Era curioso: ahora parecía llevarse muy bien con ella.

Rachel se mordió el labio.

—Ojalá tengas razón. Estoy algo preocupada. ¿Y si alguien se pregunta qué van a poner en el examen de Mates y yo empiezo a farfullar una profecía en medio de la clase de Geometría? «El teorema de Pitágoras será el segundo problema…». ¡Dioses, resultaría muy embarazoso!

Annabeth se echó a reír y, para mi alivio, consiguió que Rachel sonriera un poco.

—Bueno —dijo—, portaos bien el uno con el otro. —Vete a saber por qué, pero me miró como si fuera un tipo problemático. Antes de que pudiera protestar, Rachel nos deseó suerte y corrió cuesta abajo para subir a su vehículo.

Annabeth, gracias al cielo, se quedaría en Nueva York. Sus padres la habían dejado ingresar en un internado de la ciudad para que permaneciera cerca del Olimpo y pudiera supervisar los trabajos de reconstrucción.

—Y para estar cerca de mí, ¿no? —pregunté.

—Hum, me parece que hay alguien aquí que se da demasiada importancia. —Pero entrelazó sus dedos con los míos. Me acordé de su idea de construir algo permanente, de la que me había hablado en Nueva York, y pensé que quizá estábamos empezando con buen pie.

Peleo, el dragón guardián, se enroscó alrededor del tronco del pino, justo debajo del Vellocino de Oro, y empezó a roncar, echando una bocanada de humo a cada suspiro.

—¿Has estado pensando en la profecía de Rachel? —le pregunté a Annabeth.

Arrugó el ceño.

—¿Cómo lo sabes? —contestó.

—Porque te conozco.

Me dio un empujón con el hombro.

—Vale, sí, he pensado. «Siete mestizos responderán a la llamada». Me pregunto quiénes serán. Vamos a tener muchas caras nuevas el verano que viene.

—Sí —asentí—. Y todo eso del mundo cayendo bajo la tormenta o el fuego…

Frunció los labios.

—Y los enemigos a las Puertas de la Muerte. No lo sé, Percy, pero no me gusta. Creía… bueno, que quizá tendríamos un poco de paz para variar.

—No sería el Campamento Mestizo si fuese pacífico —dije.

—Ya… O tal vez la profecía no se cumpla en muchos años.

—Podría tratarse de un problema para la próxima generación de semidioses. En tal caso podemos relajarnos y disfrutar.

Ella asintió, aunque aún parecía inquieta. No la culpaba, pero me resultaba difícil preocuparme en un día tan bonito, con ella a mi lado y sabiendo que no me estaba despidiendo en realidad. Teníamos mucho tiempo por delante.

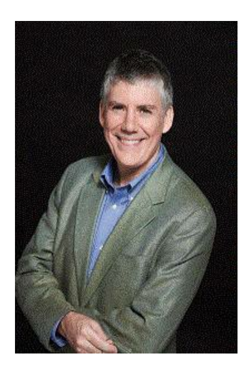
—¿Una carrera hasta abajo? —la reté.

—Pues pierdes seguro. —Salió disparada por la ladera y corrí tras ella.

Por una vez, no miré atrás.

Agradecimientos

Ahora que la primera serie del Campamento Mestizo toca a su fin, debo dar las gracias a mucha gente: a mi editora, Jennifer Besser, que ha defendido a Percy Jackson desde el primer día; a toda la gente maravillosa de Disney-Hyperion; a mi agente, Nancy Gallt, que contribuyó a llevar la serie a todo el mundo; a mi familia —Becky, Haley y Patrick—, que son mis seguidores más pacientes y comprensivos; y, claro está, a mis lectores: nadie podría pedir un grupo de fans más entusiasta y entregado. ¡Todos tenéis un sitio en el Campamento Mestizo!



RICHARD RUSSELL RIORDAN. Nació el 5 de junio de 1964 en San Antonio, Texas (Estados Unidos) es un escritor americano. Estudió inglés e historia en la Universidad de Texas. Ejerció la docencia antes de alcanzar el éxito literario con la serie de novelas de fantasía protagonizadas por Percy Jackson, un adolescente que descubre que es hijo del dios mitológico Poseidón.

Rick Riordan es un autor de fantasía, misterio y literatura juvenil, conocido principalmente por su serie de libros acerca de Percy Jackson y los dioses del Olimpo. Ha recibido diversos galardones para sus relatos de misterio, como un Premio Edgar, y ha publicado en revistas como Ellery Queen.

También escribió la serie de misterio dedicado para el público adulto Tres Navarres, y ayudó en la edición de Demigods and Monsters, una colección de ensayos sobre el tema de su serie Percy Jackson. La mayoría de sus libros están basados sobre las mitologías griega, romana y egipcia, y la trama ambientada sobre la época actual.